

no es una escuela secreta de perfeccionamiento y descubrimiento de las leyes que gobiernan el mundo sensible. Es también un formidable instrumento de perfeccionamiento espiritual.

doctrina que nos enseña que el hombre no está actualmente en el estado que merece: víctima de una Caída de la que es responsable, vive en lo sucesivo en el mundo.

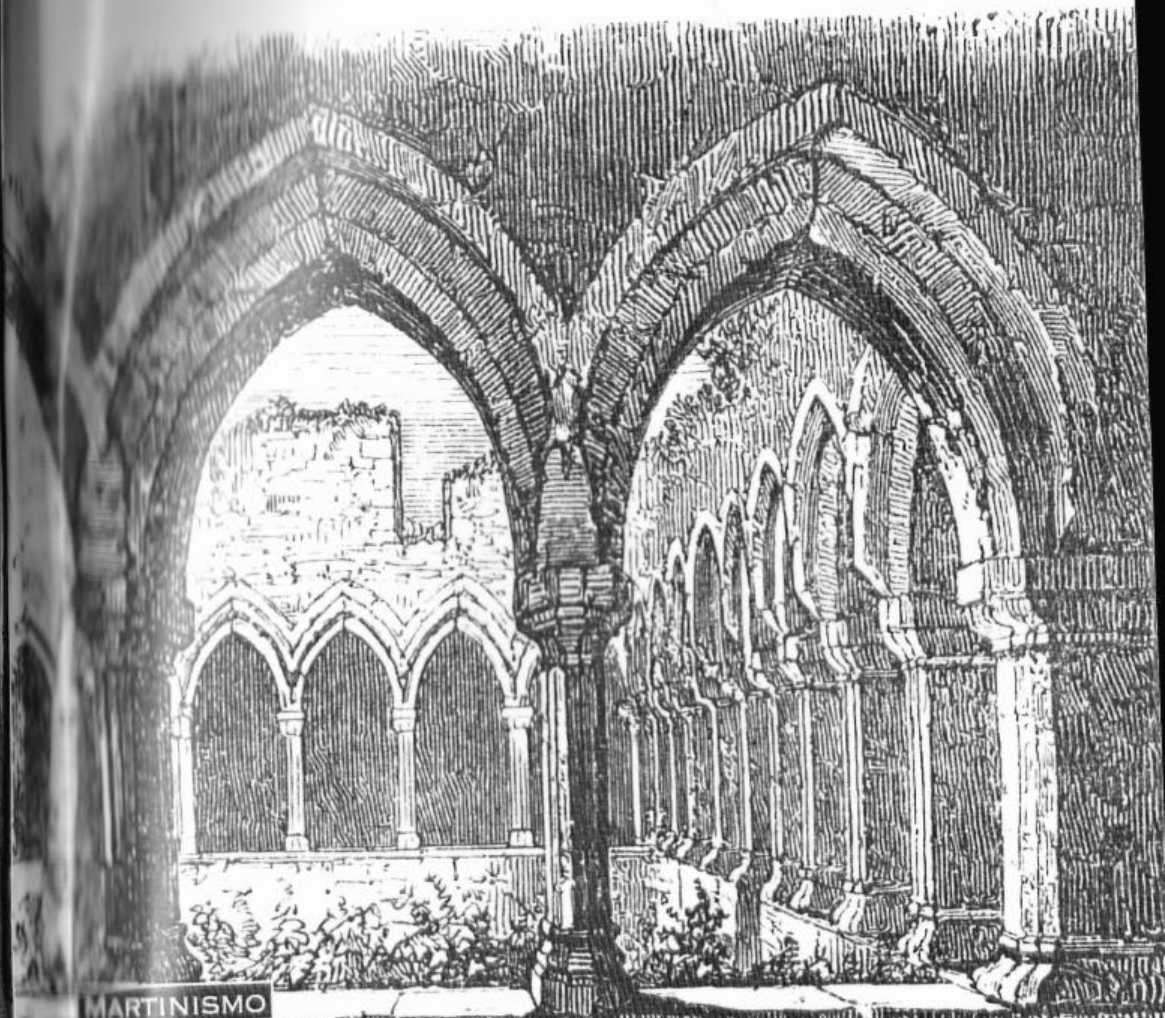
doctrina, claramente expresada en las Santas Escrituras, evocada por los apóstoles, y transmitida en el curso de los siglos por los Padres de la Iglesia, será recordada y enseñada en el siglo XVIIIº, en Francia, por Martinès de Pasqually y por su discípulo el Maestro de Saint-Martin, dicho el Filósofo Desconocido, representando ellos dos columnas fundadoras del edificio sagrado del Martinismo. Al lado de ellos, es necesario recordar también a Jean-Baptiste Willermoz en el origen del Rito Escocés de la Franc-Masonería, quien supo reunir el conjunto de herramientas necesarias para transmitir la herencia doctrinal e iniciática del Martinismo, es decir, en definitiva, la vía que opera para la obra fundamental de la "Reintegración".

Jean-Marc Vivenza

Las enseñanzas secretas del Martinismo

Las enseñanzas secretas del Martinismo

Jean-Marc Vivenza

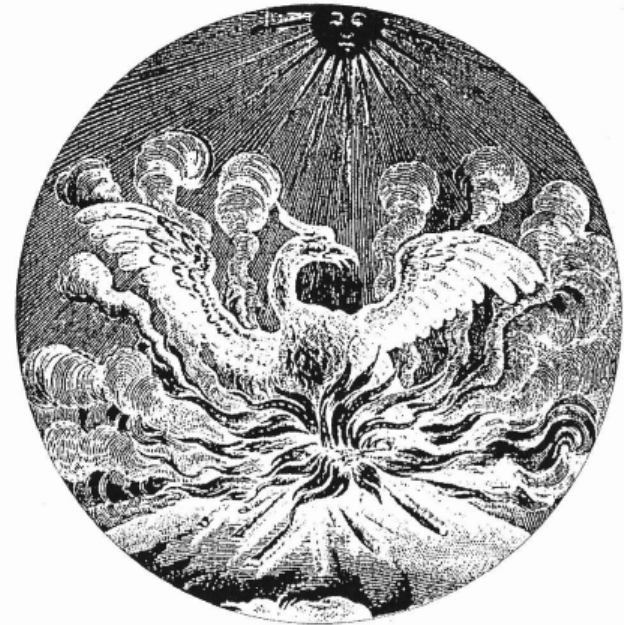


MARTINISMO



JEAN-MARC VIVENZA

LAS ENSEÑANZAS SECRETAS
DEL MARTINISMO



Manakel
Madrid, 2010

PRÓLOGO

“Os deseo a todos una unión eterna e indisoluble que nada pueda alterar. Vuestra constancia a uniros será el sello de vuestra bondad. Uníos a mí para rogar al Eterno que nos proporcione a todos la gracia de caminar cada vez más en la luz”.

Instrucciones a los Hombres de Deseo (II). Saint-Martin.

Tal como nos dice el autor, *“el Martinismo es, con toda evidencia, y ello contando a partir de la época del siglo XVIII, en que se desarrolló y expresó apoyándose en sus propias convicciones..., una escuela secreta de perfeccionamiento y descubrimiento de las leyes ocultas que gobiernan el mundo sensible, y que recíprocamente rigen silenciosamente aquellas que no lo son. [...] es al mismo tiempo... un maravilloso crisol transformador, un formidable instrumento de realización, una exigente herramienta de ‘conversión’ para que sean anunciadas, en la renuncia a uno mismo y el aniquilamiento voluntario, la Gloria de Dios y los misterios de la inaccesible divinidad”.* *“Por desconcertante y sorprendente que esta afirmación pueda suponer, el Martinismo no es una Orden, una estructura o una organización; es un espíritu y una obra, una pura e intensa celebración...”* *“Esta obra, es decir, la obra Martinista por excelencia, tiene necesidad, por razón de su naturaleza, de seres singulares destinados al santo sacrificio, de hombres de «deseo» pudiendo darse y dedicarse, por entero, al servicio del Santuario, [...] es decir, un culto animado por los fieles y sinceros «Servidores Desconocidos» del que el Altísimo pide sus votos; rito sacrificador de inmolación y expiación transmitido por los justos y los Profetas, desde Abel, Enoc, Elías y Noé, pasando por Moisés, Josué y Zorobabel, preservado hasta nuestros días por los elegidos del Señor, rito que debe realmente ser presidido por los sacerdotes del nuevo Templo, reedificado místicamente, y en consecuencia no*

© Jean-Marc Vivenza
© por la traducción: Ramón Martí Blanco
© Editorial Dilema, 2010
Ibáñez Marín, 11 - 28019 Madrid
Teléfono y Fax: 914729071
info@editorialdilema.com
www.editorialdilema.com
ISBN: 978-84-9827-191-1
Depósito legal: GU-139-2010

Maquetación: Estéban Gancedo
Portada: María Pérez-Aguilera
mariap.aguilera@gmail.com

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor.

perceptible a los ojos carnales, iluminado solamente por la inefable Presencia del Divino Maestro y Reparador, el Cristo Jesús, el Mesías, Nuestro Soberano Redentor: יהושוע (Ieshuah)". (Conclusión).

Este culto, cuyo origen se remonta a la noche de los tiempos, al mismo momento de la caída de Adán y su posterior reconciliación con el Eterno, ha sido transmitido por los elegidos del Señor y perfeccionado por el Cristo para la Reintegración del ser humano en su originario estado glorioso. La iniciación Martinista, cuya esencia se halla en este culto primitivo, y podemos decir que toda iniciación verdadera, no tiene otro objeto que el de "recordar" al ser caído cuál es su verdadero origen, su situación actual y su destino, y mostrarle las herramientas a su alcance para "restaurar" aquello que por su naturaleza divina le corresponde y que perdió tras la caída. "La palabra 'iniciar' –escribe Saint-Martin–, en su etimología quiere decir acercar, unir al principio: la palabra *initium* significa tanto principio como comienzo". Es así, añade, porque el objeto de la iniciación "es anular la distancia que se encuentra entre la luz y el hombre, o de acercarlo a su principio restableciéndolo en el mismo estado en el que se encontraba en el principio" (Tabla Natural).

La doctrina Martinista recoge pues los fundamentos "que verdaderamente propone este camino iniciático, absolutamente original en el seno del esoterismo cristiano del que fue, y lo sigue siendo, incontestablemente, una de las más altas formas de expresión" (Conclusión). Esta doctrina, recogida en el *Tratado de la Reintegración de los seres* de Martinès de Pasqually, desarrollada con sensibilidad propia por sus dos principales discípulos, Louis-Claude de Saint-Martin y Jean Baptiste Willermoz, se esboza de forma clara en la presente obra ofreciendo al lector una guía de inestimable valor, un manual que se impone como reflexión previa a todo 'Hombre de Deseo' que comienza a 'despertar', una brújula que orientará su estudio y su trabajo iniciático, dado el caso, para discernir mejor desde un principio "las vías que le son abiertas".

Sea a través de la iniciación masónica del Régimen Escocés Rectificado, de la teúrgia de los Élus Cohen o de la 'vía cardíaca' de Saint-Martin, Jean Marc-Vivenza enfatiza en esta obra los principios funda-

mentales que ligaban fuertemente al Maestro Pasqually y a sus dos discípulos notables en un objetivo común, "que no era otro que el cumplimiento efectivo de la obra preparatoria y sagrada de «reconciliación», misión, deber y valor del hombre regenerado, del «hombre Nuevo» deseo de aproximarse al Santuario de la Divinidad. [...] estos tres maestros pues, hablan con una sola voz, participando de la misma visión, admitiendo parecidos principios ante cuestiones centrales y reivindicando, al mismo tiempo y de manera conjunta, posiciones comparables sobre los temas más importantes" (Ídem). El mensaje de Vivenza es una llamada a los verdaderos Hombres de Deseo que, en su condición humana, irremediablemente soportan el peso tortuoso de la división, la dispersión y la confusión a la que nos someten continuamente las debilidades y las contingencias del mundo de la materia infectado por el maligno. Ni siquiera las estructuras iniciáticas, por sólidas que parezcan, escapan a este veneno. Es por ello necesario que el espíritu vivifique en todo momento 'la letra', para que la forma sirva al espíritu y no que el espíritu se aprisione en la forma, pues el término victorioso de la iniciación conduce al hombre a una resurrección divina, a una verdadera y plena unión con la divinidad, donde el mundo de las formas (representado en masonería por el Templo de Salomón) desaparece porque estas ya cumplieron su función, y el Iniciado accede a un nuevo mundo: la Jerusalén Celeste, la nueva Sión en cuya cumbre se haya el Cordero de Dios Triunfante. Por lo tanto, desde el punto de vista Martinista, "no hay ni puede haber varios «martinismos»; hay hombres diferentes, ambientes distintos, atmósferas y condiciones específicas, por otra parte perfectamente válidas y respetables, pero el Martinismo es «uno», no dividido y no divisible, pues la Verdad que defiende y venera es única" (Ídem).

Estamos seguros de que el lector, sea o no miembro de una Orden Iniciática, que lea con verdadero 'deseo' los fundamentos doctrinales esbozados en esta obra, no será ajeno, en mayor o menor medida, a ese "recuerdo interior" que levanta levemente el velo de la materia para hacernos entrever nuestro verdadero origen, nuestro estado actual y nuestro destino glorioso, esencia y fundamento de toda verdadera iniciación y por tanto de todo despertar espiritual.

Aquellos que ya han emprendido el sendero de la Iniciación Marti-
nista (sea masónica, teúrgica o cardíaca), encontrarán una guía que les
ahorrrará tiempo de trabajo para llegar a una mejor comprensión de los
textos doctrinales que, como valiosos tesoros espirituales, dejaron los
Maestros.

Diego Cerrato
Presidente del G.E.I.M.M.E.
Madrid, 4 de Abril de 2.010
Domingo de Resurrección



*Esposo de mi alma, tú, que para ella has concebido el san-
to deseo de la Sabiduría, vienes a ayudarme a dar a luz a este
hijo bien amado que nunca podré querer lo bastante. Tan pron-
to como haya visto la luz, sumergido en las aguas puras del
bautismo de tu espíritu vivificante, a fin de que sea inscrito en
el libro de la vida, que sea reconocido para siempre entre el
número de los fieles miembros de la Iglesia del Altísimo.*

Louis-Claude de Saint-Martin, Plegaria nº III

INTRODUCCIÓN

“Las obras de Dios se manifiestan sosegadamente, y su principio permanece invisible. Toma este modelo en tu sabiduría, no lo des a conocer sino por la dulzura de sus frutos; las vías dulces son las vías ocultas [...]. El Señor ha conducido su pueblo por una vía oscura, a fin de que sus designios se cumplieren”.

Louis-Claude de Saint-Martin, *El Hombre de deseo*, 10.

Qué otro término, sino el de “Martinismo”, puede pretender beneficiarse de una tal reputación de extrañeza, de sospecha, incluso de temor, tan rodeado este nombre de un espeso velo de misterio creando a su entorno una profunda y sólida opacidad que parece tan difícil –por no decir imposible– disipar. Toda contribuye, reconozcámoslo, en razón de la naturaleza de esta corriente original, a hacer extremadamente compleja, para el común de los mortales e incluso de los iniciados, una justa percepción de los objetivos y trabajos que persigue. Así es, en comparación a los innumerables estudios realizados sobre la Francmasonería, y por su propio carácter relativamente cerrado y silencioso: muy pocas cosas se han impreso al respecto en el transcurso de estos últimos años, y las que se han hecho, por desgracia están lejos de ser portadoras de las verdades que serían necesarias encontrar en este tipo de materias en las que debería, normalmente, dominar tan solo la gracia del espíritu y la simplicidad de corazón.

Es por lo que nos ha parecido sumamente útil, cuando la confusión reina ampliamente por doquier, contribuir con esta obra a que una luz benéfica pueda venir a iluminar a los auténticos buscadores, a los “hombres de deseo” sinceros llevados por una justa intención, traer al conocimiento de aquellos para los que las realidades del Cielo ya son las de la tierra los elementos significativos que permitirán comprender mejor

lo que es la auténtica espiritualidad Martinista, sabiendo que lo esencial se situará siempre en este lugar donde se desarrolla la obra según el interno, a saber, el inaccesible ámbito de la inefable Verdad.

Evidentemente que no se trata con este estudio de revelar algunos oscuros secretos, favorecer la vana y malsana curiosidad, sino más bien invitar al lector a comprometerse en la comprensión de las enseñanzas de los maestros de la transmisión, a volver a encontrar la llave de la puerta que abrirá su interioridad, y por qué no, hacerle íntimo un camino que eventualmente podría llegar a ser el suyo si acepta purificar su intención y comprometerse, con humildad, en la operación de su lenta transformación que Le hará participar, no sin dolor y angustia, pero para su mayor felicidad espiritual, del nacimiento en él del "Hombre Nuevo".

El Martinismo, eso es cierto, posee una doctrina fundamentada en un principio primero, y que se resume en esta afirmación simple pero categórica: el hombre no está actualmente en el estado que era el suyo primitivamente; víctima de una Caída de la que es responsable, vive en lo sucesivo como un prisionero, un exiliado en el seno de un mundo y un cuerpo que le son extraños.

Esta doctrina, claramente expresada en las Santas Escrituras, evocada por los apóstoles, y después en el curso de los siglos por los Padres de la Iglesia, será sin embargo recordada, precisada y desarrollada de manera juiciosa y pertinente en Francia en el siglo XVIII por Martinès de Pasqually (1710-1774), y luego por su discípulo Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), dicho el "Filósofo Desconocido", a los que podemos considerar, uno y otro, como los incontestables maestros de esta ciencia superior que trata sobre el origen y el destino del hombre, ciencia que específica y caracteriza, absolutamente, todo el pensamiento Martinista.

Es de destacar al respecto que Martinès y Saint-Martin, por una sorprendente homonimia y señalada consonancia patronímica sobre la que no dejamos de preguntarnos, darán su nombre a la corriente que reivindicará en adelante esta autoridad, y es siempre bajo su bendición y soberanos auspicios que los martinistas prosiguen su tarea, distinguiéndose

por una sorprendente fidelidad y ferviente respeto a estos dos maestros venerados y bien amados, que por efecto de un idéntico reconocimiento ocupan un lugar singular en el corazón de cada iniciado.

No obstante, si estas dos personalidades, evidentemente emblemáticas, representan las principales y esenciales columnas fundadoras de un edificio sagrado que abriga los trabajos de aquellos que se han comprometido en la vía silenciosa y discreta en la que el ruido, que no es productor de bien, no tiene lugar, no hay por ello que excluir y olvidar con excesiva rapidez la significativa importancia del interesantísimo e incansable buscador lionés situado en el origen del Régimen Escocés Rectificado, Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824), representando la faceta casi externa del Martinismo, o más exactamente su vertiente masónica, que supo reunir, con tan sabia y notable pedagogía, en el seno de las logias que tuvieron la inteligencia de situarse bajo las luces de su reforma, el conjunto de herramientas necesarias para la edificación de los cimientos del nuevo Templo, y que encarnan hoy, no tememos en afirmarlo, la cadena de transmisión tradicional más directa y vinculada a la herencia doctrinal e iniciática del Martinismo original.

Es por lo que, en este estudio dedicado a la doctrina Martinista, y por bien que nuestro corazón sea directamente sensible a las palabras y, reconozcámoslo, estando singularmente tocado por las enseñanzas del "Filósofo Desconocido", reservaremos por igual un lugar equivalente al pensamiento de Martinès de Pasqually y Jean-Baptiste Willermoz, pues si los temperamentos de estos tres incontestables maestros, sus visiones, sus aproximaciones, pudieran —como es normal—, participar de naturales diferencias entre ellos, su espiritualidad estuvo siempre ligada a una idéntica fuente y fe común, que por otra parte harán resplandecer, y de los que se puede decir sin la menor sombra de duda que lograron brillantemente preservar y hacer vivir a pesar de las sordas e ingratas mordeduras de los tiempos, a fin que se eleve siempre hacia el Cielo el homenaje que los hombres han de expresar a Dios, y que pueda ser entonado a través de los siglos el canto de su perpetua alabanza.

Pero previamente, y antes de ir más allá en nuestro propósito, aclaremos una cuestión fundamental entre todas, puesto que condiciona la posibilidad incluso de utilizar, como hacemos en esta obra, una denomi-

nación de manera genérica, a saber, y para formular esta pregunta más exactamente: ¿qué entendemos por el término “Martinismo”? ¿Qué recubre esta apelación relativamente imprecisa para la mayor parte de lectores contemporáneos, habida cuenta que lo que se ha escrito, o si se quiere la mayor parte de lo que se ha escrito al respecto, no ha contribuido verdaderamente, al menos hasta ahora y salvo raras y notables excepciones¹, a hacer más explícita una cuestión ya de por sí singularmente problemática?

Nuestra aproximación y concepción al respecto son absolutamente deudoras, digámoslo de inmediato, del análisis y criterio expuestos con mucha exactitud por Robert Amadou en un estudio que publicó hace ya algunos años sobre esta cuestión², y en el que tuvo cuidado de exponer, después de un serio examen de la cuestión, los criterios efectivos que nos permitirán asentar un enjuiciamiento creíble y sólido, posibilitando delimitar lo que responde o no a la doctrina Martinista, así como definir, evacuando los claroscuros, las falsas apariencias y engañosas inexactas que perjudican la sana comprensión de los datos, lo que son los elementos de evaluación fundamentados en la verdad desde el punto de vista iniciático, y así pues identificar a aquellos “hombres de deseo” sinceros, conocidos o no, que puedan ser considerados como pertenecientes realmente al Martinismo.

De tal manera, y de acuerdo a los criterios precisos establecidos por Robert Amadou, y después de recordar como consecuencia de ello que el *“Martinismo designa en primer lugar [...] el sistema de teosofía compuesto por Louis-Claude de Saint-Martin”*³, pueden ser consideradas y contempladas como “Martinistas”:

En primer lugar los discípulos en “espíritu y en verdad” del Filósofo Desconocido, fervientes lectores de sus obras y ligados a él por una “cadena dócil e invisible”, al margen, o en paralelo de toda pertenencia a una escuela iniciática particular. Es esta la más sutil de las ataduras, por su carácter directo e imperceptible, señalando una participación segura en la corriente Martinista, que por su originalidad y sensibilidad específica autoriza perfectamente y se presta a las mil maravillas al establecimiento de una vocación espiritual concreta y duradera de naturaleza extra-orgánica, liberada de toda formalización institucional.

Designamos a continuación, pues convendría devolverle su presencia en el plano histórico, como “Martinismo”, la doctrina enseñada en la Orden por Martinès de Pasqually, doctrina que se sitúa sin duda en el origen real del nombre, haciendo de los Elegidos Coëns del siglo XVIII^o los únicos y verdaderos “Martinistas” iniciados.

Son igualmente “Martinistas”, aunque a menudo sin saberlo, los Masones del Régimen Escocés Rectificado, pues se benefician indirectamente, gracias a la preciosa labor de Jean-Baptiste Willermoz que adaptó al simbolismo de la Masonería Escocesa en la que se apoyaba la Estricta Observancia Templaria las enseñanzas y la doctrina de Martinès de Pasqually, cuyos trabajos poseen de manera incontestable, en el plano iniciático, las más puras luces, pues participan de una transmisión auténtica no interrumpida desde el siglo XVIII⁴. Es por otra parte interesante recordar que la denominación “Martinista” proviene históricamente de los Masones del Régimen Escocés Rectificado establecidos en Rusia, que fueron designados de esta manera porque eran generalmente, más allá de su calidad de hermanos del “Régimen Rectificado”, adeptos más o menos activos de las prácticas teúrgicas de Martinès de Pasqually, o admiradores entusiastas del pensamiento de Louis-Claude de Saint-Martin, y para algunos incluso, como en el caso de Nicolaï Novikof (1744-1818), discípulos directos e íntimos del Filósofo Desconocido⁵.

Finalmente, y este es el criterio más clásico y corrientemente admitido, es “Martinista” el miembro de la “Orden Martinista” constituida entre 1887 y 1891 por Papus (1865-1916) y Agustin Chaboseau (1868-1946), o de una de las múltiples “Ordenes” derivadas de esta estructura histórica, que a pesar de numerosos aspectos delicados respecto a ciertas incertidumbres concernientes a las filiaciones respectivas reivindicadas por sus dos fundadores, presenta al mismo tiempo la ventaja, este es a nuestro juicio el punto esencial de haber preservado la herencia y haber dado a conocer (en ocasiones ciertamente bajo un ensamblaje heteróclito y un fárrago relativamente curioso muy en relación con la atmósfera propia del ocultismo del siglo XVIII), la doctrina de Martinès de Pasqually así como la obra y pensamiento del Filósofo Desconocido⁶.

Establecidos estos criterios, y la dificultad terminológica superada –al menos eso esperamos–, podemos permitirnos –eso creemos– el refe-

rinos a un pensamiento "Martinista", más allá de las escuelas, las Ordenes y los círculos declarados como tales al hilo de los tiempos, y emplear esta denominación en su sentido original, o sea, como se entendía en Rusia en época de Catalina IIª (1729-1796) y de Pablo Iº (1754-1801)7, es decir, evocando la corriente espiritual extrayendo sus referencias históricas y doctrinales de Martinès de Pasqually, Louis-Claude de Saint-Martin o Jean-Baptiste Willermoz, independientemente de las muy nítidas diferencias de apreciación e incluso de importantes divergencias –que conviene a buen seguro no olvidar ni dejar en silencio–, que hayan podido existir entre estos tres maestros, lo que les llevó por otro lado a escoger actitudes y "vías" bien distintas respecto a la manera de vivir su compromiso iniciático ("vías" que deberían lógicamente conducirnos, para mayor claridad, a distinguir nítidamente el "martinesismo", del "san-martinismo" y del "willermozismo"), pero reencontrándose los tres, ya que lo que los une sobrepasa ampliamente lo que los separa, en tanto que figuras emblemáticas de una idéntica doctrina de la "Reintegración", doctrina designada para la posteridad bajo el nombre de "Martinismo", tomando siempre la precaución de precisar lo que conviene entender por este término, y recordando, como bien haremos, los matices que imponen sus diversas formulaciones.

Todo esto explica pues por qué el reconocimiento que los "hombres de deseo", los "Martinistas" de hoy, deben a estos maestros, es inmenso, y cada uno convendrá en que no haremos nunca esfuerzo bastante a fin de profundizar las luces y tesoros que nos son legados, correspondiéndonos la imperativa misión de hacer fructificar y no dejar en el olvido para que cada generación pueda nutrirse y perennizar su saber superior y precioso conocimiento, saber y conocimientos indispensables para la continuación de los trabajos iniciáticos cuyo objetivo, claramente expresado, es hacer lo necesario para que el hombre pueda reencontrar (al final de un itinerario en ocasiones largo y difícil, pero que constituye para cada hijo de Adán, de todas formas, el sentido principal de su paso por este mundo), su *primitiva propiedad, virtud y poder espiritual divino*.

Habremos comprendido la vinculación a la cadena espiritual de la transmisión que enlaza a los adeptos actuales con los maestros pasados, de naturaleza todavía más sutil y penetrante que en otras corrientes tradicionales, confirmando por otra parte una significativa singularidad a esta "vía", que se expresa siempre de manera bien concreta y muy simbólica en los trabajos martinistas a fin de manifestar los estrechos lazos que unen a los miembros vivos con aquellos que se han distinguido, a través de la Historia, por su servicio cerca de los santos altares de la Divinidad. Esta noción de "servicio" dedicado a la glorificación del Nombre del Divino Reparador, el Mesías, es hasta tal punto fundamental en el Martinismo, que bien podría darnos a comprender el sentido verdadero de las dos letras, de las que se sabe hasta qué punto están ligadas a esta "Sociedad" cuando esta fue constituida y organizada en una Orden propiamente dicha, puesto que corresponden a su grado último, a saber "S" "I", letras tan a menudo incomprendidas y habiendo recibido interpretaciones erróneas, entre las que la más corriente consistía en conferir a aquellos que eran designados como tales una superioridad que jamás fue objeto de su función, antes al contrario, puesto que estas dos letras traducen simplemente el estado de "Servidor", de "Servidor Desconocido" oculto detrás la segunda puerta del Templo, dedicado y consagrado a la plegaria ofreciendo perfumes al Eterno.

El Martinismo, en efecto, si es fiel a su misión, debe ser, evidentemente, una escuela de plegaria, conforme a las enseñanzas de Louis-Claude de Saint-Martin del que se sabe con qué fuerza insistía sobre la necesidad y previa purificación del corazón para avanzar en el Santuario de la Verdad; es también un auténtico seminario donde son progresivamente descubiertos, y puestos en manos del iniciado, los "objetos" del culto interior, los instrumentos sagrados que tendrá que utilizar para presentarse ante la faz de Dios. Vía "cardíaca" de adoración, apoyándose y fundamentándose en la práctica de la contemplación y la alabanza, el Martinismo es pues, de alguna manera, un Arca, donde piadosamente es conservada la práctica de la celebración de la Alianza del Creador con el hombre, pero con un hombre santificado, regenerado "perpetuamente y por completo en la piscina del fuego, y en la sed de la Unidad", como lo expresa magníficamente el "Filósofo Desconocido", a fin que

pueda cumplirse la principal religión, aquella que consiste en religar y volver a reunir “nuestro espíritu y nuestro corazón con Dios”, para que el hombre sea restablecido en las prerrogativas de su primer origen, cumpliéndose, en definitiva, su indispensable “Reconciliación”.

De manera premonitoria, Saint-Martin había previsto, sabiendo la lentitud del progreso del alma humana, que su acción no daría sus frutos sino después de haber dejado esta tierra. Su inmenso mérito, del que cada Martinista celebra en el presente su aspecto providencial, es el haber sabido, durante el tiempo de su paso por este valle de lágrimas, devolvernos a la memoria los deberes que nos impone nuestra verdadera esencia, profetizando con una rara lucidez: *“Mi tarea en este mundo ha sido la de conducir al espíritu del hombre por vía natural hacia las cosas sobrenaturales que le correspondían por derecho, pero de las que había perdido totalmente la idea, fuere por su degradación, fuere por la falsa instrucción de sus institutores. Esta tarea es nueva, pero llena de numerosos obstáculos; y es tan lenta que no será sino después de mi muerte que dará los buenos frutos”* (Mi Retrato histórico y filosófico, 1135).

Es importante pues, en tiempos en que la confusión intelectual reina por completo sobre los espíritus y las conciencias, que se emprenda no solamente un llamamiento, sino, mejor aún, un retorno a las bases fundamentales de la doctrina de los maestros venerados, única y sola posibilidad de evitar las trampas, abiertas de par en par, capaces de engullir las mejores intenciones y romper brutalmente las voluntades más sinceras. La perspectiva Martinista está fundada sobre un conjunto de principios que es necesario poseer, profundizar en ellos, estudiar y respetar escrupulosamente. Es el sentido mismo de la obra espiritual atribuida a los hombres de fe sinceros que forman la “Sociedad de los Íntimos”, es decir, precisando y según la expresión escogida, la “Sociedad de los Independientes”, única “Sociedad” invisible, soñada y deseada por el Filósofo Desconocido, reagrupando a los verdaderos y puros amigos de la *Sophia*, que corre el riesgo de verse totalmente desfigurada

y pervertida en provecho de falsas vías dispensadas por maestros indigentes.

Es por lo que la nueva “tarea”, de la que habla Saint-Martin, y que nos incumbe particularmente, al menos si consideramos como íntima y vital su imperiosa invitación a pasar de las cosas naturales a las cosas sobrenaturales que nos están reservadas “por derecho”, es la de obrar por la santa reconciliación del hombre con el Eterno. Ciertamente, el camino no es simple ni fácil, pero ya es hora que sean claramente reafirmados los elementos doctrinales efectivos de la “vía” Martinista, del tal manera que los perfumes destinados a quemar sobre el altar que les está reservado puedan elevar hacia el Cielo un incienso de aroma agradable, ofrecido con corazón puro y espíritu de verdad; incienso que represente la santa y adorable ofrenda sobre la que descenden, tal vez, para la inmensa alegría de los “Servidores Desconocidos” del Templo reedificado “místicamente”, las inestimables bendiciones del Señor.

El Martinismo, rodeado de tantos enigmas, recubierto por un impresionante halo de oscuridad, no tiene otra misión que esta: obrar secretamente y lejos del mundanal ruido, para llevar al espíritu del hombre, extrayendo de él los vestigios degradados que componen su triste condición, hacia las realidades sobrenaturales a las que está llamado y predestinado desde los primeros instantes de su “emanación”. Trabaja igualmente, en lo invisible, por ayudar al “Menor” espiritual a reencontrar al término de su itinerario el lugar que le corresponde desde siempre en el seno del mundo celeste; trabaja para que su corazón, después de haber dado misteriosamente aquí abajo nacimiento al Verbo, pueda finalmente reposar y fundirse, por toda la eternidad, en el corazón del amor universal del Divino Reparador.

- ¹ Además de la admirable investigación que realizó Robert Amadou durante muchos años, y de la que se puede afirmar ampliamente que ha abierto la “vía” a numerosos espíritus en busca de verdades martinianas y san-martinianas, señalamos, igualmente, las pertinentes y eruditas contribuciones, en el curso del siglo XX, de Gérard van Rijnberk, Auguste Viatte, René le Forestier, Ernst Benz, Émile Dermenghem, Jacques Roos, Léon Séller, Alexandre Koyré, Louis Guinet, Roger Ayrault, Eugène Susini y Antoine Faivre, que contribuyeron a un mejor conocimiento de las doctrinas e historia del Iluminismo. En nuestros días, es preciso alabar paralelamente la notable actividad editorial de las ediciones Cariscript, así como del C.I.R.E.M. (Centro Internacional de Investigaciones y Estudios Martinistas), que han permitido la feliz difusión de numerosos y preciosísimos documentos, al igual que por su gran calidad, el trabajo efectuado por Serge Caillet, y el incontestable interés de sus estudios difundidos por el Instituto Eleazar (*Curso de Martinismo*, primera serie, 1990-2003), Instituto fundado precisamente para contribuir a la reflexión y ahondamiento en la doctrina Martinista.
- ² R. Amadou, *Martinisme*, 2ª edición revisada y aumentada, C.I.R.E.M., 1997.
- ³ *Ibid.* pág. 2 (Texto retomando el de la entrada [Martinismo], publicado en el *Dictionnaire de la Franc-Maçonnerie*, bajo la dirección de Daniel Ligou, Éditions de Navarre/du Prisme, 1974, nueva edición 1991, págs. 785-789).
- ⁴ Robert Ambelain, en este aspecto, en un texto argumentado extremadamente sorprendente que tuvo por otra parte, y esto es un eufemismo, una cierta “repercusión” en el mundo del esoterismo de después de la guerra, declaraba: “¿Qué queda del movimiento lanzando por Martinès de Pasqually, y dónde podemos encontrar una filiación ritualística indiscutible no interrumpida? La respuesta es clara: en el seno del Régimen Escocés Rectificado. En efecto, hemos estudiado cuidadosamente los diversos Rituales e Instrucciones tanto de sus Logias de San Juan como de sus Logias de San Andrés o de su Orden Interior. Todo está indiscutiblemente marcado con el sello martinista. Podemos comparar las instrucciones de los diversos grados de los Elus-Cohen, publicadas por Papus en su obra “Martinès de Pas-

qually”, con las que figuran en el “Ritual de las Logias Escocesas Rectificadas”. La nítida voluntad de una perpetuación teórica de las enseñanzas del Maestro queda comprobada de manera indiscutible. Esto no es en absoluto sorprendente si recordamos que en el Convento de Wilhemsbad estas Instrucciones fueron redactadas, presentadas y apoyadas por Willermoz y sus amigos [...]

Que el Martinismo teórico sea ignorado por la mayor parte de MASONES del Régimen Escocés Rectificado, que el Martinismo práctico (es decir teúrgico) lo sea igualmente por los altos dignatarios de la Orden Interior (Escuderos o Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa), es igualmente cosa indiscutible. No es menos cierto que los Martinistas contemporáneos, deseosos de ligarse realmente al sentido iniciático de la palabra, al verdadero Martinismo histórico, deberán ir a recibir la “Luz” en el seno de las Logias Escocesas Rectificadas [...] únicamente, por su tradición histórica, sus orígenes, el Rito Escocés Rectificado es susceptible de servir de matriz egregórica a un Martinismo auténtico y activo. Solamente él podrá dar la vida oculta a sus Logias, solamente él puede enlazar ocultamente, en los Tiempos y a pesar de los siglos, con los verdaderos “Superiores Desconocidos” de antaño [...] aquellos que aspiran a encontrarlos en espíritu en el humo de los incensarios rituales y en la claridad de los misteriosos candelabros [...]” (R. Ambelain, “Le Martinisme contemporain et ses véritables origines”, *Les Cahiers de Destins*, 1948, p. 31).

- ⁵ Antoine Faivre indica sobre este punto: “La Reforma de Lyon se llama en Rusia “Martinismo” en razón de los rasgos que le son comunes con la filosofía de Saint-Martin; ella hace numerosos prosélitos, entre ellos el príncipe Gagarin; distintas logias adoptan los tres grados simbólicos comunicados por Willermoz. En 1784, la muerte de Schwarz [Johan Georg Schwarz, de origen alemán, profesor de filosofía en Moscú, se encontró con que Willermoz le confió en el Convento de Wilhemsbad las Instrucciones y autoridad necesarias para la apertura de Logias Rectificadas en Rusia], no interrumpió esta evolución. Su amigo, el C.B.C.S. Nicolaï Novikof le sucedió ese mismo año; fundó la sociedad tipográfica de los Amigos –que traducía y publicaba cantidad de obras esotéricas y masónicas– de la que se ocupó Lopouchine. El “Martinismo” hizo entonces grandes progresos en las logias al mismo tiempo que difundía en la sociedad profana los libros de Saint-Martin (De los Errores y la Verdad aparece en 1785 en una traducción de P. Strachov). Serge Ivanovitch Plechtchéieff, gran funcionario de Estado, contribuye mucho en introducir las ideas del Filósofo Desconocido; bajo Catalina IIª, crea centros bhomistas y martinistas enrolándose luego

en la secta aviñonesa de Dom Pernéty” (A. Faivre, *L'Esotérisme au XVIII^e siècle en France et en Allemagne*, La Table d'Émeraude/Seghers, 1973, p. 168-169).

- 6 No olvidemos esta bella página de Papus, en la que explica, con exactitud, que el Martinismo consiste: “*en la adquisición, por la pureza corporal, anímica y espiritual, de los poderes que permiten al hombre entrar en relación con los seres invisibles, aquellos que las iglesias llaman ángeles, y alcanzar así, no solamente la reintegración personal del operador, sino también la de todos los discípulos de buena voluntad*”. (Papus, *Martinésisme, willermozisme, martinisme et Franc-Maçonnerie*, Remeter, 1986, p. 7 – Publicado en castellano por la Editorial Manakel, Madrid 2008, bajo el título “Francmasonería Iluminista”. N. del T.).
- 7 Podemos leer con provecho, tratándose de la originalidad del “Martinismo” Ruso, el muy interesante y esclarecedor estudio de Daniel Fontaine: “Le Martinisme Russe du XVIII^e siècle à nos jours”, *Les Cahiers Verts* n° 6, 1981, p. 9-28. (Este estudio fue traducido al castellano por Ramón Martí y publicado en el Boletín Informativo n° 2 del GEIMME de Enero de 2.004. N. del T.).

ADVERTENCIA

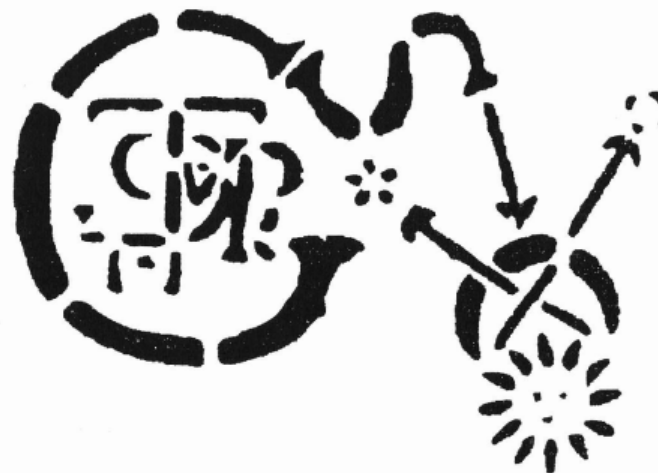
- Por convención, las referencias relativas a las citas del *Tratado sobre la reintegración de los seres*, de acuerdo a la última edición establecida por Robert Amadou en junio de 1995, reeditada en febrero de 2000 y enero de 2002, y publicada en el marco de la “Colección martinista” de las Éditions Rosicruciennes, serán dadas bajo la indicación (*Tratado*), seguida de la cifra correspondiente al capítulo señalado en la obra, según la notable y sumamente precisa división numérica efectuada en este libro fundamental, permitiendo así un acercamiento mucho más accesible, y sobre todo facilitando de manera significativa la aproximación y comprensión del texto.
- De igual modo, los extractos de las *Lecciones de Lyon a los Elegidos Cohen* (“un curs de martinisme au XVIII^e siècle par Louis-Claude de Saint-Martin, Jean-jacques du Roy d’Hauterive, Jean-Baptiste Willermoz”), de acuerdo a la primera edición completa según los manuscritos originales, puesta en orden por Robert Amadou con la colaboración de Catherine Amadou, publicada por las Éditions Dervy en 1999, serán referenciadas de la manera siguiente: (*Lecciones de Lyon*, n° 32, 6 de julio de 1774, SM), indicando, en este caso particular por ejemplo, que se trata de la lección 32, dada a los hermanos del Templo cohen de Lyon el 6 de julio de 1774 por Saint-Martin.
- Por lo que respecta a las obras de Louis-Claude de Saint-Martin, serán indicadas según su título completo, título acompañado de la cifra particular del capítulo, así como, llegado el caso, del párrafo correspondiente a la citación evocada.
- Por otra parte, a fin de ofrecer a los lectores deseosos de profundizar en ciertas cuestiones doctrinales y teóricas que piden un

examen específico, sin por otro lado sobrecargar en demasía el cuerpo del texto, hemos creído oportuno situar al final del volumen, bajo la forma de diferentes “Apéndices” y “Anexos”, algunos desarrollos y reflexiones con el fin de contribuir a ofrecer provechosas aclaraciones sobre puntos que tocan directamente los temas abordados y que exigen, en ocasiones, por la naturaleza de la misma problemática, una argumentación precisa y detallada.

- Señalemos, finalmente, que las citas de las Santas Escrituras son por regla general extraídas de: *La Sainte Bible contenant l'Ancien et le Nouveau Testament*, traducida de la vulgata por Le Maître de Sacy, J. Smith, 1822; *La Sainte Bible del canónigo Crampon*, Desclée de Brouwer, 1960; *La Bible de Jérusalem*, Desclée de Brouwer, 1970; *La Sainte Bible qui comprend l'Ancien et le Nouveau Testament*, traducida de los textos originales por J.N. Darby, Publications chrétiennes, 1991.

MARTINÈS DE PASQUALLY

y la doctrina de los Elegidos Cohen



Sello de Martinès de Pasqually

I

MARTINÈS DE PASQUALLY

“Adán, habiendo actuado y manifestado su voluntad según deseaba su Creador, recibió el nombre augusto de Hombre Dios de la tierra universal, porque debía surgir de él una posteridad de Dios y no una posteridad carnal”.

MARTINÈS, *Tratado sobre la reintegración de los seres*, 10

Toda la doctrina Martinista bebe en la fuente de Martinès de Pasqually (1710-1774); él es, en múltiples aspectos, el incontestable padre fundador, el primer profeta, el sorprendente inspirador iluminado, el anunciador excepcional y el extraordinario revelador. Taumaturgo, hombre de Dios, teúrgo, sus conocimientos son la base de los escritos y pensamiento de Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), incluso si más tarde el Filósofo Desconocido, por su propio encaminamiento espiritual y el descubrimiento de la obra de Jacob Boehme (1575-1624) hiciera valer sus propias concepciones, distinguiéndose por tomar una senda esencialmente interior. Las tesis de Martinès, resplandeciendo y obrando sutilmente en el desarrollo de un saber superior, ejercieron igualmente una creciente influencia en los medios dispuestos a recibir nuevas luces en materia de iniciación, e inspiraron secretamente la edificación doctrinal del sistema masónico conocido bajo el nombre de Régimen Escocés Rectificado, que realizó Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824) con motivo del Convento de las Galias en 1778 y el Convento de Wilhemsbad en 1782.

Personaje desconcertante, nacido en Grenoble, que al parecer había heredado, sin duda por transmisión familiar, una enseñanza judeocris-

tiana de la que nadie, hasta el momento presente, por una ausencia casi total de documentos, ha podido verdaderamente determinar la naturaleza; Martinès va, por su actuación en el siglo XVIII, a trastornar a no pocos masones que frecuentaban las logias y círculos versados en las ciencias ocultas, erigiendo una estructura iniciática que lo convertirá, a ojos de la historia, en un personaje inmensamente célebre, estructura conocida bajo el nombre de Orden de los Caballeros Masones Elegidos Coëns del Universo, que inicialmente él mismo bautizó como Orden de los Elegidos Coëns de Josué. Si bien puso, durante varios años, una real energía en abrir numerosos Templos en Francia (Montpelier, Toulouse, Foix, Burdeos, Versalles, París, Lyon, etc.) donde serán practicados y estudiados los complejos rituales coëns, se recordará sobre todo, por su singular valor, la importancia de los elementos teóricos expuestos por Martinès de Pasqually que, por otra parte, van a jugar un papel significativo en el ámbito del esoterismo cristiano.

Si queremos comprender el sentido del trabajo propuesto a sus émulo por Martinès, el objetivo al que se apuntaba, la perspectiva central en la que se comprometía cada “Elegido Coën”, conviene estudiar, previamente, la explicación que él mismo da en su *Tratado sobre la reintegración de los seres creados en sus primitivas propiedades, virtudes y poderes espirituales divinos*⁸, concerniente a la triste situación en la que se encuentra el hombre después de su culpable prevaricación y las terribles consecuencias de una Caída que lo separó de la Divinidad, alejándolo de Dios y quedando reducido a vivir de manera gregaria y sufriendo en un estado de grosera animalidad, en este mundo de materia dominado por el pecado y las tinieblas.

Desarrollando, sobre la cuestión de la degradación del hombre y su posible “reintegración”, un pensamiento de una profunda originalidad, que causó por otra parte una fuerte impresión y suscitó una nutrida reflexión haciendo ganar para su causa diversos espíritus de gran valor, en particular aquellos que tuvieron el privilegio de ser recibidos en su Orden y entrar en su escuela, Martinès, ayudado en un primer tiempo por un eclesiástico, el abate Pierre Fournié (1738-1821), más tarde en 1771 por Saint-Martin que se revelará a su lado como un útil y eficaz secretario, intentó, bien que mal, organizar y estructurar sus templos y, sobre todo,

transmitir las instrucciones y luces necesarias para practicar las “operaciones” que debían efectuar los émulo pertenecientes a las diferentes clases de su sistema. Estos últimos estaban situados y referidos, simbólicamente, con evocaciones de las tres partes distintivas del Templo de Jerusalén; es decir el Porche, el Templo y el Santuario. Se practicarán diez grados en la Orden de Martinès de Pasqually, desplegándose de acuerdo a una progresión sabiamente establecida: Aprendiz, Compañero y Maestro, después Maestro elegido representando una auténtica bisagra que desembocaba en los niveles de Aprendiz Coën, Compañero Coën y Maestro Coën, seguidos por los grados de Gran Arquitecto, Gran elegido de Zorobabel (o Comendador de Oriente y Occidente), y finalmente, coronando el sistema, el décimo y último grado de Réau+Croix.

Inmerso totalmente en su empresa, entregando su tiempo a manos llenas, escribiendo los cuadernos destinados a la ejecución de los rituales, respondiendo a los numerosos correos, viajando a las diferentes ciudades donde se hallaban sus discípulos, Martinès edificará, relativamente en poco tiempo, si tenemos en cuenta que la primera fundación bajo su cuidado de un capítulo independiente data tan solo de 1754 en Montpelier, una Orden de carácter aparentemente masónico, pero que poseía, en realidad, una dimensión y una finalidad mucho más vastas, mucho más elevadas que aquellas que constituían la arquitectura iniciática de los grados, por muy prestigiosos que fueran, que se propagaban en las logias escocesas de esa época.

Si Martinès pudo constituir, en 1767, el Tribunal Soberano de su Orden, y transmitir lo esencial de sus conocimientos, en particular a los hermanos que accederán al grado del Santuario recibiendo la ordenación de Réau+Croix, el maestro, siempre muy ocupado, casándose y convirtiéndose en feliz padre de dos niños, en 1768 y 1771, de los que el primero morirá en la primera infancia, solicitado en todas partes, constantemente falto de dinero, se embarcará finalmente el 5 de mayo de 1772 para dirigirse a Santo Domingo en busca de una herencia, y fallecerá el 20 de septiembre de 1774 dejando a su sucesor, Joseph Pierre Caignet de Lestère (1719-1778), su carga de Soberano Gran Maestro, así como la delicada y abrumadora responsabilidad de velar por la continuidad de su obra.

I. La Esencia del Eterno

Martinès de Pasqually nos deja una enseñanza, o más exactamente nos lega una doctrina estructurada y firmemente establecida, si queremos considerar que nos encontramos aquí en el marco de una casi, aunque indirecta “filiación” espiritual, desde el momento en que abordamos estos ámbitos en los que son puestos a la luz, no sin una prudente reserva, los fundamentos espirituales del pensamiento secreto y misterioso que presidió los trabajos de la Orden de los Elegidos Coëns del Universo. Esta doctrina, presentando numerosos elementos sorprendentes, posee una coherencia interna admirable, ofreciéndonos, sobre numerosos aspectos oscuros de la Historia universal, aclaraciones esenciales, ofreciendo a aquel que se toma el trabajo de estudiarla sucintamente la posibilidad de entrar en la inteligencia de las causas primeras y la comprensión de verdades que hasta aquel momento le eran desconocidas.

Ahora bien, antes de todo desarrollo tocante a las razones concretas que condicionan nuestra inmediata realidad, Martinès entraña a su discípulo en un impresionante viaje que lo conduce a un tiempo “de antes del comienzo de los tiempos”, en una suerte de descubrimiento de la “proto-historia”, en ese estado original situado en la fuente del comienzo de todo, del conjunto de acontecimientos que se producirán a favor de las circunstancias particulares, en el momento, incluso cuando no es posible poder situar temporalmente ese instante en que el Eterno Dios, Principio infinito, Ser inefable que sobrepasa a la vez el Ser y el No Ser y los reúne en un inaccesible misterio, subsistiendo en sí mismo, exento de toda determinación, Uno sin segundo, informal más allá de todo, Centro primordial auto-creador, desde siempre Origen único de todos los orígenes, abismo insondable, Absoluto inconcebible, Nada conceptual pero igualmente Luz y Vida, presente sustancialmente y no diferente de lo que Martinès nombra como “la inmensidad divina”, “emanará”, término fundamental si lo hay en el plano doctrinal, los espíritus que constituyen, en sentido propio y figurado, “la corte divina”, cumpliendo la obra de la generación celeste de las entidades espirituales salidas directamente de Él, el Eterno, el Señor, Dios Santo, el Altísimo y Muy Poderoso Creador y Maestro de las cosas visibles e invisibles⁹.

Sabemos que Martinès, sin duda por su herencia judeocristiana de tendencia nítidamente “pre-niceana”, como señala Robert Amadou, estaba atado a la idea de que Dios, único en su esencia, no podía concebirse como siendo un ser trino. Para él, las Tres Personas de la Santísima Trinidad, “*solo están en Dios proporcionalmente a sus operaciones divinas y no podemos concebirlas de otra manera sin degradar la Divinidad, que es indivisible y no puede ser susceptible, de ningún modo, de tener en ella diferentes personalidades distintas unas de otras*” (Tratado, 182). Afirmación seguramente muy sorprendente para oídos cristianos, y que debió tropezar posiblemente con las firmes convicciones de fervientes católicos que eran los discípulos del maestro, del tal modo que en el mismo pasaje del *Tratado sobre la reintegración*, Martinès no deja de insistir aún más sobre este delicado asunto: “*Si fuera posible admitir en el Creador personalidades distintas, habría que admitir entonces cuatro en lugar de tres, relativas a la cuádruple esencia divina [...]. Es por esto que concebimos la imposibilidad que el Creador sea dividido en tres naturalezas personales*” (Ibid.).

Así, para Martinès, Dios es íntegramente “uno” desde el punto de vista de sustancia y “cuádruple” según su esencia, expresión singular, curioso neologismo totalmente extraño a la lengua francesa, queriendo significar que el Eterno indivisible es constituido por una esencia de poder cuaternario, es decir, una esencia divina dicha, bajo la pluma del autor del *Tratado sobre la reintegración*, “cuádruple”.

Hay que tener cuidado, tratándose de esta cuestión del Ser de Dios, de no referir la rigurosa precisión terminológica de la escolástica con las fórmulas propias de la lengua de Martinès, al hablar éste último no como teólogo sino como teósofo. Martinès aborda pues, cosa que no debe sorprendernos, los problemas extremadamente sutiles y difíciles de la naturaleza de Dios, problemas que ocuparán y en ocasiones dividirán y opondrán, desde principios del cristianismo, a los más grandes Padres de la Iglesia con una seguridad a menudo desarmante, exponiendo sus convicciones como lo haría un maestro en ciencia sagrada —que lo fue sin lugar

a dudas-, detentando un saber en tanto que heredero de una larga y lejana cadena de transmisión esotérica. De ahí que Martinès considere, por un hábil conocimiento del simbolismo de los números, “*por los números de los que me sirvo, escribe, deben aprender a conocer la triple y cuádruple esencia divina. Estos números son con los que el Eterno se ha servido para operar la creación universal, general y particular, y la emanación de los espíritus [...]*” (Tratado, 64), que el cuaternario especifica a Dios en su ser a causa de un lazo íntimo que liga el 1 al 10 por mediación del 4, números divinos por excelencia. En efecto, si añadimos, como nos lo enseña el taumaturgo bordelés, las cuatro primeras cifras de la sucesión numérica inicial: $1+2+3+4$, obtendremos como resultado el número 10, que es igualmente el 1, puesto que la adición del 1 y del 0 ($1 + 0 = 1$) es equivalente a 1, mostrando que Dios se expresa, por así decirlo, cuando actúa, cuando manifiesta los seres manifestándose a la vez, cuando crea en virtud de su cuatriple esencia, irradiando una imagen del denario indivisible llevando en sí mismo toda posibilidad “de emancipación y de creación”, cuyo mejor testimonio nos es dado por el יהוה: (Yod Hé Vau Hé), Nombre Divino que fue revelado por Dios a Moisés sobre el monte Horeb como relata el libro del Éxodo: “*Habló Dios a Moisés y le dijo: Yo soy el Eterno (Yahveh). Me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como el Dios Todopoderoso (El-Shadai), pero con mi Nombre del Eterno (Yahveh) no fui conocido de ellos*” (Éxodo 6:2-3).

No obstante, si este aspecto cuaternario de la esencia de Dios está presente constantemente en Martinès, la referencia a un aspecto triple de la naturaleza divina no deja tampoco de imponerse igualmente en él, en particular en su evocación de las tres facultades: “Pensamiento, Voluntad y Acción”, facultades que podemos considerar pues presidiendo la concreta emanación de los espíritus como siendo la modelización activa del Padre, del Hijo y del Espíritu, vinculados a los tres venerables Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, cuyas santas figuras serán omnipresentes en la liturgia de los Elegidos Coëns. La importancia de este carácter triple, de este triple poder, viniendo a acompañar y a establecerse como complemento de la esencia situada bajo la dominación del cuaternario, permite, evidentemente, explicar el sentido extraño de la expresión “cuatriple” que acabamos de abordar. Ella nos ofrece, al mismo tiempo, la

posibilidad de comprender mejor por qué encontramos bajo la pluma de Martinès un elogio tan constante del ternario, en particular cuando nos explica el carácter universal del triángulo, del que “*Adán, Enoc, Noé, Moisés, Salomón y Cristo han hecho un gran uso de esta figura en sus trabajos*” (Tratado 102), pero de la que hay que guardarse de identificarla con un símbolo de la Santísima Trinidad, como insistirá el maestro de los Coëns a quien repugna toda idea de representación del Eterno, aunque sea geométrica, pues según él: “*Tampoco podemos creer que dicho triángulo sea la representación de la Trinidad, aunque demos a los tres ángulos de un triángulo equilátero el nombre de Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque en definitiva la divinidad no puede representarse de ninguna manera que puedan percibir los ojos materiales. Por tanto, esta figura sólo representa las tres esencias espirituosas presentes en la forma general terrestre*” (Ibid.).

Precisemos aquí, para mayor claridad de la exposición, que las esencias espirituosas primitivas, bien conocidas por los adeptos, puesto que se trata de la Sal, el Azufre y el Mercurio, correspondiendo a los tres elementos fundamentales: Agua, Fuego y Tierra, de los que provienen los tres principios corporales (“el acuático”, “el ígneo” y “la Tierra”), están situadas en la raíz profunda y orgánica de cada forma viviente, de cada criatura mineral, vegetal o animal, principios que nos permiten comprender mejor porqué, según Martinès, la Tierra es triangular en su forma y sólo posee “*tres horizontes relevantes: el norte, el sur y el oeste*”, pues de la misma manera que la materia es limitada en su esencia, ella lo es en su estructura y su forma. Señalemos que esta enseñanza es de la mayor importancia en el plano metafísico y esotérico, y no, como algunos imaginan por doquier, debida a una confusa construcción arbitraria surgida del espíritu enardecido de Martinès, enseñanza que volvemos encontrar, gracias a la bienaventurada mediación de Jean-Baptiste Willermoz, en el seno de las logias del Régimen Escocés Rectificado que observan un escrupuloso respeto en relación a la ley ternaria en sus trabajos, ley sagrada presente en la edificación de todo lo que existe aquí abajo, explicando por qué sólo pueden ser reconocidos, en el plano doctrinal, tres elementos o “poderes” (Agua, Fuego y Tierra), en el seno del compuesto material.

II. La Emanación de los seres espirituales

Después de haber visto, antes de todo, y como es normal dado su carácter primero, en qué consiste la esencia del Principio, el fundamento eterno sobre el que todo reposa, podemos en el presente abordar, en un segundo tiempo, el modo propio de procesión activa de este Principio, es decir, la manera en que Dios da “existencia”¹⁰, confiere el ser a los espíritus que constituyen la jerarquía de criaturas que rodean su trono de luz y componen su “corte divina”. Martinès, cuando hablaba del acto creador del Eterno, dirá que Dios “emana” los seres espirituales, expresión que hay que entender, no en el sentido, evidentemente, que le daban las sectas gnósticas cuando defendían, en los primeros siglos del cristianismo, un “emanatismo” erróneo que era una forma grosera de panteísmo, sino como respondiendo, por generosidad y santa liberalidad, del don participativo de la esencia divina, sin por tanto reducirse a una identidad de naturaleza; similitud que no implica ninguna confusión, obra resultante de la voluntad del Creador deseoso de hacer participar de su Gloria, por pura gratuidad, a los espíritus de los que desea rodearse en la perfección infinita de su amor¹¹.

Esta emanación se produce “antes de los tiempos”, primeras palabras del *Tratado sobre la reintegración* que abren e introducen simbólicamente el conjunto del discurso martinésista y nos conducen directamente a la realidad aún no manifestada de los misterios de la Divinidad: “*Antes de los tiempos, Dios emanó seres espirituales para su propia gloria, en su inmensidad divina. Estos seres debían ejercer un culto determinado por la Divinidad mediante leyes, preceptos y mandatos eternos. Eran, por tanto, libres y distintos a su Creador; no se les podía negar el libre albedrío con que habían sido creados...*” (*Tratado*, 1). Creados libres, pero no obstante sometidos a la celebración de un culto que debían “operar con precisión en los límites en que debían ejercer su poder”, los primeros seres provenían del pensamiento de la Divinidad de la que recibían la vida y la inteligencia. Presentes en el pensamiento de Dios, los seres, antes de surgir bajo la apariencia y calidad que recibieron, subsistían en estado de convertirse, en tanto que simple posibilidad en el seno del pensamiento de Dios, lo que implica que les faltaba pasar,

concretamente, de la potencia al acto: “*únicamente podían actuar y sentir por voluntad del Ser superior que les contenía y en el que todo se movía*” (*Tratado*, 2).

Ahora bien, Dios emanó a los primeros espíritus, cuando ese fue su deseo, distinguiéndolos según una jerarquía precisa, según un orden riguroso correspondiente a diversas “clases” vinculadas a cuatro “círculos”:

- 1º El “círculo” de los espíritus denarios superiores: agentes privilegiados del poder universal del Padre.
- 2º El “círculo” de los espíritus mayores octonarios: ministros íntimos del verbo divino.
- 3º El “círculo” de los espíritus inferiores septenarios: auxiliares inmediatos de la Acción divina.
- 4º El “círculo” de los espíritus menores ternarios: servidores dedicados al servicio de la manifestación de la “cuatriple” esencia divina.

La distinción establecida por Martinès, o más exactamente expuesta, pues es cierto que se refería en estos ámbitos a una enseñanza de la que tan solo era el depositario, reposaba en las diferencias resultantes de la virtud, del poder y del nombre que llevaban los espíritus. Verdadera imagen de una especie de jerarquía espiritual o angélica, si bien “*Los nombres de estas cuatro clases de espíritus eran más poderosos que los que damos ordinariamente a Querubines, Serafines, Arcángeles y Ángeles*” (*Tratado*, 3), este conjunto armonioso y radiante componía un orden maravilloso y perfecto en el que los “*cuatro primeros principios de seres espirituales poseían, además, una parte de la dominación divina: un poder superior, mayor, inferior y menor, por el que conocían todo lo que podía existir y todo lo que se encerraba en los seres espirituales que aún no habían salido del seno de la Divinidad*” (*Ibid.*). Los espíritus denarios del primer “círculo”, en razón de su lugar en la jerarquía de seres espirituales, tenían incluso la facultad de leer “claramente y con certeza lo que pasaba en la Divinidad al igual que todo lo que ella contenía”, exorbitante poder que confería a estos espíritus mayores denarios una califi-

cación superior totalmente relacionada con el sentido de su presencia cerca del Eterno, pues habían “*sido emanados del seno del Creador para admirar todas las operaciones divinas de la manifestación de Su gloria*” (Ibid.).

III. La sublevación de los primeros espíritus

Incluso habiendo sido dotados de facultades excepcionales, gratificados extraordinariamente por cualidades maravillosas gracias a la enorme e inagotable bondad del Eterno, los primeros espíritus, y en particular los que se situaban en el interior de la clase más elevada de estos últimos, es decir, la que constituía el círculo de los espíritus denarios superiores, alimentaron en sí mismos una negra amargura hacia el Creador al que envidiaban, rechazando estar limitados, y solo pudiendo ejercer su poder sobre las causas segundas y no, como la Divinidad, sobre las causas primeras que les eran inaccesibles. Furiosos, hicieron crecer en ellos nefastos sentimientos de revuelta y engendraron una siniestra voluntad hostil e insumisa que les resultó fatal y los perdió. “*Su crimen, nos dice Martinès, fue, en primer lugar, intentar condenar la eternidad divina en sus operaciones de creación; en segundo lugar, intentar limitar la Omnipotencia divina en estas mismas operaciones; en tercer lugar, desear en su pensamiento espiritual ser Creadores de causas terceras y cuartas, aun cuando sabían que eran innatas a la omnipotencia del Creador, lo que denominamos cuádruple esencia divina*” (Tratado, 5).

El terrible y nocivo proceso que iba a trastocar y revolucionar la corte divina, produciendo una brutal e irreparable ruptura en su seno, una auténtica catástrofe, estaba desgraciadamente en marcha, y ya no se podían detener los efectos. “¿Cómo, se pregunta justamente Martinès, hablando de estos primeros espíritus, *podían ellos condenar la eternidad divina?*” Condenarla, ¿no era acaso condenarse a ellos mismos, matar la fuente de su propia vida, negar la íntima y esencial sustancia que nos había constituido, dado forma y creado? Esto resultaba evidente, pero sin embargo, la obcecación y la perversión triunfaron: “*Queriendo otor-*

gar al Eterno una emanación igual a la suya; considerando simplemente al Creador como un ser similar a ellos, y que en consecuencia debían nacer de ellos criaturas espirituales que dependerían inmediatamente de ellos mismos, como ellos dependían de Aquel que los había emanado” (Tratado, 5).

La intención malévola había sido suficiente como para entrañar su perdición, pues tal es “*el principio del mal espiritual, pues cualquier mal pensamiento concebido por el espíritu emanado es siempre criminal ante el Creador, aun cuando no se lleve a cabo de manera efectiva*” (Ibid.). El origen del mal, en este episodio que resulta casi fundador de la Historia de la Caída, nos es así claramente indicado y desarrollado voluntariamente por Martinès, que espera hacernos comprender cómo se reproduce el mismo e idéntico crimen espiritual desde este tremendo momento en que se agrietó la primitiva unidad del mundo divino en todos los períodos sucesivos de “la emanación” y la “creación”.

Por haber concebido simplemente en sí mismos pensamientos condenables, los primeros espíritus, conducidos por un jefe que no era otro que Lucifer, el príncipe de los demonios, fueron expulsados del mundo divino, cercenados de la presencia del Eterno y proyectados de los lugares puros que constituían su morada, lugares benditos iluminados por el esplendor de la Luz increada, hacia nauseabundas ciénagas inferiores, simas abiertas de la limitación contingente del tiempo y el espacio. Privados de su comunión con Dios, fueron severamente culpados y castigados por haberse dejado enajenar por sus locos pensamientos de envidia; sufrieron un justo castigo por haber escuchado los cánticos venenosos y emponzoñados que una voluntad perversa hizo crecer en ellos: “*Es en castigo de esta voluntad criminal que los primeros espíritus fueron arrojados por el único poder del Creador a lugares de sumisión, privación y miseria impura contrarios a su ser espiritual, que era puro y simple por su emanación*” (Ibid.).

Para poder atar y contener a los primeros espíritus rebeldes, Dios procedió en primer lugar a una “emancipación”, es decir, a una proyección de sí mismo, una salida de la inmensidad divina de espíritus que habían permanecido fieles a una efectiva instalación en otros círculos alejados del Eterno, aunque al mismo tiempo unidos y ligados a él, a fin

de dar cumplida respuesta a las tareas y necesidades específicas, consecuencia de la revuelta que acababa de sobrevenir. Se trata aquí, observémoslo, de la primera separación o diferenciación, de la manifestación de la primera exterioridad del primer “mundo” distinto o inmensidad supraceleste: *“la emancipación de estos espíritus se produjo acto seguido a que se cometiera la prevaricación de los espíritus perversos. No hubo otro intervalo que el del pensamiento del Creador, por orden del cual estos espíritus salieron de la inmensidad divina y fueron a ejecutar en la inmensidad supraceleste las leyes que les habían sido dadas”* (Tratado, 243). Martinès, cuando aborda este punto relativo a la ruptura de la unidad primitiva, insiste sobre un aspecto extremadamente importante, el hecho de que el crimen de los espíritus perversos ha roto la inicial pureza original: *“Es preciso que sepas, Israel, explica Martinès en un pasaje fundamental del Tratado sobre la reintegración, titulado el “Gran discurso de Moisés”, que el cambio que operó la prevaricación de los espíritus perversos fue tan fuerte que el Creador se vio obligado a hacer uso de su ley, no solamente contra estos prevaricadores, sino también contra las diferentes clases espirituales de la inmensidad divina”* (Tratado, 234).

¿Qué quiere decir con esto? ¿Qué significa esta acción del Creador y a qué corresponde? Podemos comprender fácilmente que haya sido necesario castigar a los espíritus rebeldes, pero ¿porqué intervenir sobre las diferentes clases, los diferentes círculos de espíritus de la inmensidad divina, cuando la mayoría de seres espirituales permaneció fiel a Dios? La respuesta, inquietante, es esta: cuando su prevaricación, los espíritus rebeldes, dirigidos por su siniestro príncipe Lucifer y *“por su palabra de mando, que hay que contemplar como su acción”* (Tratado, 222), han arrastrado a consecuencia de ello cantidades ingentes de espíritus, al menos aquellos que fueron sensibles a la hiel venenosa de los malvados pensamientos, dejando a los otros, que rechazaron con repugnancia esta propagación del mal, en su feliz lealtad hacia el Creador. Pero aún así, subsiste una turbadora dificultad: el pensamiento perverso de los demonios, en el momento que surgió de estos seres corrompidos, fue transmitido a todos los espíritus de la corte divina, y estos no pudieron, por desgracia, antes de rechazarlo por supuesto vigorosamente, evitar de percibir, oír y leer este pensamiento, lo que fue suficiente, incluso si su

rectitud preservaba la integridad de su ser, para “mancharlos”, al turbarlos insidiosamente, perturbando imperceptiblemente su esencia primitiva, echando sobre ellos una sombra, pues, se quiera o no, el pecado deja estigmas, rastros imborrables incluso en los justos; la fuerza del mal, por una inflexible ley, viene siempre por su extraordinario poder y poderosa capacidad a corromper y pervertir incluso a los mejores y más dignos¹². Es lo que evoca y recuerda Martinès con estas líneas: *“La prevaricación de los primeros espíritus ya había manchado esta corte divina [...] y como consecuencia, esta mancha había sometido a todos los seres espirituales habitantes de las diferentes clases de esta corte a un cambio en sus leyes de acción y operación”* (Tratado, 235).

Solamente una clase de espíritus, la de los espíritus mayores octonarios, escapó un poco a la conmoción general viéndose, sin embargo, delegar una función especial, un papel en relación con su poder. No sufriendo, a diferencia de otros espíritus, el doloroso rigor de un alejamiento en la inmensidad supraceleste, y aunque no dejándolos tampoco en una morada “fija” en la inmensidad divina, el Creador confió en los espíritus octonarios, o “doblemente fuertes”, para asistirlo y ayudarlo *“en las diferentes inmensidades sin distinción”*, en la “reconciliación” de aquellos que hayan sido juzgados dignos por sus méritos de recibir los beneficios: *“De ahí viene que se te haya enseñado que el espíritu doblemente fuerte está en ti cuando tú lo mereces, y se te aleja cuando te haces indigno de su acción doblemente poderosa”* (Tratado, 246).

Fuera como fuere, a fin de aprisionar a los primeros espíritus criminales que habían sido expulsados *“de su habitación espiritual por haber causado una disensión horrible”* (Tratado, 224), pues era preciso responder muy rápidamente y hacer frente a esta nueva situación, y sobre todo impedir que todo fuera infectado a causa de esta prevaricación que acababa de sobrevenir provocando una desorganización espantosa, Dios ordenó que los espíritus perversos, es decir los demonios y su jefe, fueran *“arrojados a las tinieblas por un tiempo infinito”* (Tratado, 15), y para ello pidió a los espíritus menores ternarios proceder a la creación del universo material para que se convirtiera en prisión, una infranqueable barrera, un límite herméticamente cerrado y cercado de manera que *“contuviera y sometiera a los espíritus malvados en un estado de*

privación”, para que las fuerzas negativas hostiles fueran mantenidas firmemente alejadas y constreñidas en ámbitos extraños: “apenas los espíritus perversos fueron expulsados de la presencia del Creador, los espíritus inferiores y menores ternarios recibieron el poder de operar la ley innata en ellos de producción de esencias espirituosas, a fin de contener a los prevaricadores en los límites tenebrosos de privación divina” (Tratado, 233). Los espíritus menores ternarios, desde el momento que fueron emancipados, vieron su acción “que era pura espiritual divina”, transformarse y convertirse en temporal: “pasaron a ser seres espirituales temporales, destinados a operar solamente las diferentes leyes que el Creador les prescribía para el pleno cumplimiento de sus voluntades” (Ibid.).

La materia fue pues creada, formada bajo orden de Dios por los espíritus menores ternarios, marcando estos últimos con su huella indeleble e indefectible, por una firma universal, cada forma, cada esencia, cada vida, determinando temporalmente, con una identidad grabada irreductiblemente con la imagen del ternario, hasta el menor de los elementos presentes en este mundo¹³. Pero para acrecentar todavía más la coacción respecto a las fuerzas demoníacas, para reforzar y completar la acción de los espíritus ternarios, Dios emancipará igualmente y someterá a un cierto número de espíritus, entre ellos a los espíritus menores septenarios, que tendrán por misión actuar y operar en las tres divisiones del universo creado que describe el “Cuadro universal” de Martiñes: el supraceleste, el celeste y el terrestre¹⁴.

Ahora bien, esta modificación suponía un desequilibrio preocupante que convenía necesariamente “compensar”, en la medida en que la emancipación de los espíritus ternarios provocaba una suerte de espacio en el seno de la inmensidad divina, un vacío que no podía perdurar: “No hay que creer que los lugares que estos espíritus, actualmente temporales, ocupaban en la inmensidad divina antes del establecimiento de los tiempos hayan quedado vacíos después de ser emancipados gracias a sus operaciones espirituales temporales. No puede haber vacío alguno cerca del Creador ni en su inmensidad [...]” (Tratado, 232). ¿Qué hizo pues el Eterno para remediar esta situación? emanó de nuevo otra clase de espíritus, la clase del menor espiritual cuaternario, que ocupó el sitio “en la inmensidad divina [de] la clase que dejaron los espíritus menores

ternarios que acababan de ser emancipados para operar temporalmente” (Tratado, 233).

IV. La gloria primitiva del menor espiritual cuaternario

De esta clase, a la que Dios confirió grandes privilegios, es precisamente de la que surgirá Adán, el hombre-Dios, el admirable menor espiritual que será desgraciadamente situado, después de su caída, en el centro de la superficie terrestre. Adán había sido emanado, pues tal fue la voluntad del Eterno, “para que dominara sobre todos los seres emanados y emancipados antes que él. El universo no fue emanado sino después que este universo fuera formado por la Omnipotencia divina para ser el asilo de los primeros espíritus perversos y el límite para sus malas obras” (Tratado, 6).

Adán fue establecido —cuesta cierto trabajo imaginarlo hoy en día—, en un espléndido y magnífico estado de gloria y no en un vil cuerpo de materia. “tenía las mismas virtudes y poderes que los primeros espíritus [...]”. Más extraordinario todavía, aquel que Dios había emanado para que pudiera, por su propia operación, obrar en el restablecimiento de la armonía rota por los espíritus perversos, “se convirtió en su superior y mayor gracias a su estado de gloria y fuerza del mandato recibidos del Creador. Conocía perfectamente la necesidad de la creación universal, conocía también la utilidad y santidad de su propia emanación espiritual, así como la forma gloriosa de la que había sido revestido para actuar según su voluntad sobre las formas corporales activas y pasivas. Era en este estado, que debía manifestar todos sus poderes ante a la creación universal, general y particular para mayor gloria del Creador” (Tratado, 6).

Auxiliar privilegiado del Eterno, Adán vivía en una intimidad profunda con el Creador, le había confiado un poder considerable, pues Dios tenía depositadas en su menor numerosas esperanzas: “Adán, en su primer estado de gloria, fue el verdadero émulo del Creador. Como espíritu puro, leía abiertamente los pensamientos y actuaciones divinas” (Tratado, 8). Muy por encima de otras clases de espíritus, el menor cuaternario llegaba al ser en su inocente pureza. En efecto, no había sido

testigo de la prevaricación primitiva y estaba pues, a diferencia de los espíritus emanados anteriormente, exento de toda mancha; no tenía en él ningún rastro, ninguna sombra, ninguna memoria de la prevaricación original: *“por su poder y virtud [el menor] les era infinitamente superior [a las otras clases], porque como te he enseñado, este menor era un ser puro que no había sido manchado por ningún escándalo espiritual. También era el único de esta inmensidad que tuvo la potencia cuaternaria y su acción era muy diferente a la de las tres otras clases del supraceleste”* (Tratado, 246).

Debemos tomar conciencia que Adán, por lo que nos revela Martí-nès, fue primeramente, en su primera propiedad, provisto de un cuerpo de gloria y no formado con la arcilla o el barro, lo que no sucederá, para su desgracia, si no después de la Caída. El Eterno, que no puede ser autor del mal ni de la muerte, de la corrupción de los cuerpos y la degradación, conferirá a Adán, después de haberlo producido conforme a su imagen y según su semejanza, un “verbo de creación” desprendiéndolo *“de su inmensidad divina para que fuera hombre-Dios sobre la tierra [...] Adán poseía un verbo poderoso, con que debía hacer nacer de su palabra de mando, según su buena intención y su buena voluntad espiritual divina, formas gloriosas impasibles y parecidas a las aparecidas en la imaginación del Creador”* (Tratado, 47). De la misma manera y en conformidad con “la imagen y semejanza” que había recibido del Todopoderoso: *“en su estado de gloria, este primer menor no tenía ninguna acción ni operación espiritual y aún menos material, antes al contrario, tenía toda suerte de acciones y operaciones espirituales de formas gloriosas. [...] estas formas gloriosas no estaban sometidas al tiempo, como tampoco lo estaba Adán [...]”* (Tratado, 239).

Podemos ver que Adán gozaba de un inmenso privilegio, y Martí-nès nos enseña a distinguir nítidamente el primitivo origen de Adán, que no es de orden temporal, de su entrada en la Historia cuando su Caída y su trágica “incorporación” en una forma de materia que, por sí sola, en realidad es objeto de la paleontología o de la prehistoria biológica de la humanidad¹⁵. El Adán original no es el ancestro del hombre actual, el mismo Jesús nos lo dirá afirmando: *“...no se hizo así desde el principio”* (Mt 19, 8), indicando muy bien la ruptura, radical y brutal,

que sobrevino y modificó el ser de Adán. Escuchemos en este sentido, y para nuestra instrucción, a Martí-nès describiéndonos el estado del Adán primordial: *“la forma que recibió Adán era puramente espiritual y gloriosa, a fin de que pudiera dominar sobre toda la creación y ejerciese libremente sobre ella su poder y mandato sobre todos los seres que le había entregado el Creador”* (Tratado, 47). Esta forma gloriosa, concebida y creada por el espíritu, era de naturaleza impasible y podía “tan rápidamente ser reintegrada como ser engendrada”, libre de toda influencia elemental vivía por su propia sustancia y habría podido atravesar la eternidad conservando su perfecta y pura integridad en virtud de su carácter no corruptible y su pureza substancial. Por otra parte, desde el punto de vista de su perpetuación: *“Esta forma gloriosa habría sido perpetuada por Adán para la reproducción de su descendencia espiritual [...] sin intervención de la materia, tal como demostró el advenimiento y resurrección de Cristo, y la bajada del espíritu divino al templo de Salomón”* (Ibid.). Estos dos ejemplos sorprendentes, la Resurrección y el descenso del Espíritu sobre el Templo de Salomón, nos muestran así la increíble santidad y extraordinaria dignidad de la forma espiritual original de Adán, procediendo, en el marco de su perpetuación, en un modo idéntico a dos acontecimientos milagrosos de la Historia de la Revelación, que la memoria de los justos y creyentes admira y venera con gran devoción.

Por el momento, feliz por haber encontrado una clase de espíritus en que depositar toda la confianza, el Creador, que se ensalzaba por la perfecta armonía que lo unía a su menor, deseó que Adán realizara tres “operaciones”, de manera que interviniese en lo particular, lo general y la creación universal, y progresara así en virtudes y poderes espirituales. Le pidió pues, con el fin de iluminar a su émulo, que “concibiera” los “tres principios que componen el universo”. Adán obedeció y pudo constatar la extensión de sus posibilidades, acrecentando considerablemente su comprensión de las leyes particulares. Luego el Creador le invitó a mandar a “lo general o tierra”, y Adán verificó que dominaba sobre lo general; finalmente el Creador propuso a Adán mandar sobre “todo el universo creado”, y el éxito de esta tercera operación hizo acceder al menor a un completo conocimiento de la creación universal.

Es como consecuencia de estas tres operaciones que Adán “recibió el nombre augusto de hombre-Dios de la tierra universal, porque debía surgir de él una posteridad de Dios y no una posteridad carnal” (Tratado, 10). Satisfecho de las capacidades de su menor, Dios le confió solemnemente la ley, el precepto y el mando, y le otorgó la entera plenitud de su libre arbitrio, emancipándole de la inmensidad divina, entregándole a su sola y única responsabilidad, bajo reserva, evidentemente, de que observara siempre las voluntades divinas sobre las que había sido ampliamente instruido.

Adán, encantado y feliz por su libertad, tomó conciencia en primer lugar de la importancia de su poder que las tres operaciones que acababa de cumplir le habían revelado, y constató que su poder era “similar en importancia al del Creador, pero no pudiendo por sí mismo profundizar perfectamente estas tres primeras operaciones ni las del Creador, la preocupación empezó a apoderarse de él [...]” (Tratado, 12).

Como de algún modo temía, esta turbación no tardó en ser percibida por los espíritus perversos, y el primero de ellos se apareció en su esplendor demoníaco ante Adán y le halagó los oídos, alabando desconsideradamente sus poderes, cosa que socavó profundamente su espíritu: “Actúa según tu voluntad innata en ti, le dijo el tentador con voz dulce y persuasiva, y obra en calidad de ser libre, bien sobre la Divinidad, bien sobre toda la creación universal sometida a tu mandato. Te convencerás por ello de que tu omnipotencia no difiere en nada de la del Creador” (Ibid.).

Adán quedó hasta tal punto prendido por estas palabras, que cayó en una especie de “éxtasis” del que se aprovechó inmediatamente el enemigo de Dios para introducir, en el espíritu del menor, su criminal poder. Cuando volvió en sí, Adán, que estaba completamente subyugado y seducido por la influencia negativa: “resolvió utilizar la ciencia demoníaca [...] rechazando así totalmente su propio pensamiento espiritual divino, para utilizar únicamente lo que le sugirió el espíritu maligno” (Tratado, 13). Entonces, Adán decidió, en una suerte de vertiginosa locura, entregarse a una cuarta operación que ejecutó a fin de proceder a una acción de creación perversa y criminal. Para lograrlo: “se sirvió de todas las poderosas palabras que el Creador le había transmitido para

sus tres primeras operaciones, aunque rechazando completamente el ceremonial de estas mismas operaciones. En su lugar utilizó preferentemente el ceremonial que el demonio le había enseñado, así como el plan que había recibido para atacar la inmutabilidad del Creador” (Tratado, 14).

Lo irreparable acababa de producirse; conjugando el crimen y la traición, la abyección y la ausencia total de escrúpulos, pisoteando los santos mandamientos de la Divinidad, menospreciando los sabios consejos del Señor que le quería, Adán, alzándose rabiosamente contra las leyes del Eterno, acababa de proceder a un acto insensato y enormemente culpable de creación, acababa de cumplir este pecado de los orígenes, este tristemente célebre “pecado original”, repitiendo a su vez “lo que los primeros espíritus perversos habían concebido operar, para convertirse en creadores en detrimento de las leyes que el Eterno había prescrito para servirles de límite en sus operaciones espirituales divinas” (Ibid.).

V. La prevaricación de Adán

La originalidad de la doctrina martinesista recae en suma, como se percibe fácilmente, sobre el análisis de los episodios que jalonan la historia de la Caída, aclarando los puntos que, hasta entonces, habían permanecido totalmente incomprensibles y oscuros a la inteligencia común. En efecto, la explicación de Martinès relativa al crimen espiritual de Adán, su pecado, tiene que ver con la naturaleza de su acto, con el carácter propio de esta “prevaricación”, por emplear la terminología requerida, especificando la falta de nuestro ancestro, del menor espiritual, respecto a aquellos deberes que eran los suyos, y poniendo de manifiesto la extrema gravedad de su acto.

Así, en el *Tratado sobre la reintegración*, aprendemos que Adán se libró, de manera culpable, a una terrible fechoría puesto que ejecutó, como nos ha sido descrito, poniendo en práctica las fuerzas que poseía por su potencia y poder, una incalificable “operación” dicha de creación, lo que aclara considerablemente nuestra percepción, a menudo confusa, del “pecado original”, y demuestra que el pago de este pecado,

es decir, la supresión de la comunión con Dios y la muerte, son los frutos amargos que Adán se ha merecido perfectamente por su escandalosa conducta¹⁶.

Aunque influenciado por los espíritus perversos, lo cual podría, a nuestros ojos ingenuos e indulgentes, descargar de algún modo a Adán de su responsabilidad, Martinès nos explica al contrario que: *“la prevaricación del primer hombre es más considerable que la de los primeros espíritus, donde no solamente Adán tuvo la impresión del consejo de los demonios a favor de los cuales contrajo una voluntad malvada, sino que además puso a disposición toda su virtud y poder divino contra el Creador, operando a gusto de los demonios y de su propia voluntad un acto de creación, cosa que los mismos espíritus no lograron hacer, pues el Creador detuvo sus malos pensamientos y previno el acto de la operación de ésta voluntad [...]”* (Tratado, 18).

Adán será pues severamente castigado, y caerá bajo el peso de una pesada reprobación, que para Martinès corresponde a un oprobio proporcional a la grave falta cometida al que era su deber que caracteriza la actitud indigna, la infame traición de nuestro primer padre. Utilizando una imagen sobrecogedora, Martinès nos pregunta directamente formulando de inmediato la evidente respuesta consiguiente a su cuestión: *“si vuestro diputado, habiendo recibido vuestras órdenes para ir a combatir contra vuestros enemigos, en vez de atacarles y vencerles se uniese a ellos contra ustedes, y juntos viniesen a librar batalla y buscasen por este medio que estuviesen sometidos a ellos en lugar de someterse ellos ¿cómo considerarían a éste diputado? Lo considerarían como un traidor y tendrían la máxima precaución con él”* (Tratado, 20).

En efecto, Dios, aún y habiendo hecho a su menor, su auxiliar, su enviado, su ministro para combatir los malos espíritus, el hombre se alió con los enemigos del Cielo, volviéndose contra el Creador y dirigiendo sus ataques contra él, convirtiéndose en un “traidor” del que había que protegerse y hacerle frente: *“Pues bien, esa fue exactamente la prevaricación del primer hombre contra el Creador. Es por lo que el ángel del Señor dijo, según recogen las Escrituras: Alejemos de aquí al hombre que ha conocido el bien y el mal, pues podría perturbar nuestras funciones absolutamente espirituales, y cuidemos que no toque nunca el*

árbol de la vida y que no viva así por siempre jamás” (El árbol de la vida no es otra cosa que el espíritu del Creador, al que el menor atacó injustamente con sus aliados). *“Que no viva así por siempre jamás” significa que no viva eternamente como los primeros espíritus demoníacos en una virtud y poder malditos”* (Tratado, 20).

El castigo infligido por Dios a su menor, es decir, el someterlo a la determinación de una radical finitud condenándolo a la muerte, será en realidad, para el hombre, un formidable medio de expiación, una posibilidad de reparar lo que había estado manchado, de “reconciliarse” con el Creador autorizándolo a recobrar los poderes y virtudes que poseía antes de su acto culpable. La muerte fue de alguna manera la penitencia del Cielo¹⁷, el instrumento purificador que permite a Adán recobrar de nuevo las mismas virtudes y poderes que le habían sido dadas por Dios, pero con la imperativa condición de que le sirvan, a partir de entonces, a modo de remedio, para esta reconciliación que la muerte puede procurarle: *“Sin este castigo, el primer hombre no habría cumplido penitencia alguna por su crimen, no habría obtenido su reconciliación; no habría tenido descendencia y habría permanecido como menor de los menores demoníacos, por su propia culpa. Sin embargo, gracias a su reconciliación espiritual, el Creador le devolvió sus virtudes y poderes originales de que disponía contra los infieles a la ley divina”* (Tratado, 21).

Ciertamente, por el duro castigo que tuvo que sufrir, a saber, sufrir en su propio ser el doloroso poder de la finitud, Adán fue parcialmente restaurado en sus poderes, pero debió guardarse de hacer un mal uso de ellos y volver a caer, una vez más, en sus errores pasados, so pena de convertirse para siempre en “el árbol de la vida del mal”: *“Es por esta reconciliación que obtuvo por segunda vez poderes para favorecer o perjudicar a todo ser creado. A él le corresponde utilizarlos con sabiduría y moderación, y no volver a utilizar su libre albedrío en beneficio de los enemigos del Creador, so pena de convertirse eternamente en el árbol de vida del mal”* (Tratado, 21). La muerte, insiste Martinès, que sabía el horror que provocaría la perspectiva del tránsito, y el rechazo de la idea misma de castigo en el ánimo del hombre, ha significado para la indigna criatura la posibilidad de un retorno en gracia ante la faz del Señor,

pues "Cuando el Creador castiga a su criatura, se le da el nombre de justo, y no el del autor del azote que lanza para preservar a su criatura del sufrimiento infinito" (Tratado, 17).

Esta muerte, prueba de una feliz reconciliación, le permitirá esperar un fin de sus penas y un retorno a la intimidad del Eterno. Sin embargo, caído en un cuerpo animal que contribuyó a generar gracias a su operación perversa que hizo surgir una materia impura y pasiva, los hijos de Adán tuvieron que soportar los dolores de una espantosa situación, puesto que: "El Creador dejó subsistir la obra impura del menor para que le sirviese de escarmiento inmemorial, de generación en generación, teniendo siempre ante sus ojos el horror de su crimen" (Tratado, 23).

VI. La corporización del hombre

Quizá podemos medir mejor ahora lo que significaba para Martinès la situación del hombre que fue puesto en un entorno que originalmente no era el suyo, lo que representará la dureza de su exilio, ser encerrado en un cuerpo que asumirá, difícilmente, en el seno de un medio que le es extraño.

Pero, más allá de los análisis originales y criterios personales de Martinès, que podríamos considerar como surgidos claramente de un evidente origen no desprovisto de influencias cabalísticas tardías¹⁸, en contrapartida su discurso sobre las consecuencias de la Caída en el *Tratado de la reintegración* es perfectamente agustiniano, aunque en ocasiones quizá más oscuro, más acentuado e inquietante que el del obispo de Hipona. En efecto, Adán, según Martinès, por su Caída, sumió como consecuencia al mundo creado en una horrible depravación; los rastros del mal son universalmente visibles y el sufrimiento, la muerte, la adversidad, las zarzas, las espinas y muchas otras cosas atestiguan todavía trágicamente esta siniestra realidad, como dice el apóstol Pablo: "todo lo creado está gimiendo y traspasado de dolor" a la espera de la liberación de las cadenas a que está sometido (Romanos 8:19-22). De la misma manera que la creación del mundo fenoménico fue impuesta a Dios,

por la revuelta de ciertos espíritus y potencias angélicas negativas que era preciso constreñir, encerrándolos en los estrechos límites de la materia, parecidamente, después de su culpable desobediencia, el hombre, que fue condenado a morir, ha sido precipitado a un cuerpo de carne, sometido a una encarnación bestial, encerrado en una forma degradada y cargado con una apariencia animal grosera¹⁹. Martinès nos explica, sin rodeos, no dejando subsistir ninguna duda sobre el contenido singular de su doctrina, cómo se ha producido la degradación de Adán, cómo, cuando se beneficiaba de una forma gloriosa, fue cambiado y precipitado en un cuerpo de materia: "Puede que se pregunten cómo acaeció la transformación de la forma gloriosa de Adán en forma material y si fue el Creador quien dio a Adán este cuerpo de materia tras su prevaricación; pues bien, apenas Adán hubo cumplido su voluntad criminal, el Creador, haciendo uso de su omnipotencia, transmutó de inmediato la forma gloriosa del primer hombre en una forma de materia pasiva, semejante a la surgida de su horrible obra. El Creador transmutó esta forma gloriosa, precipitando al hombre en los abismos de la tierra, de donde había salido el fruto de su pecado. Así, el hombre pasó a habitar sobre la tierra, como el resto de los animales, en lugar del sitio que ocupaba antes de su crimen, cuando reinaba sobre esta misma tierra como hombre-Dios, y sin ser confundido con ella ni con sus habitantes" (Tratado, 24). La corporalidad que asumimos, no sin pena desde la Caída, como nos lo expone el *Tratado sobre la reintegración*, es pues, para Martinès, positiva y concretamente el tributo por el pecado, ya que la operación de creación ejecutada por Adán produjo una forma de materia realizada por la mediación de esencias espirituosas, y se convertirá en la propia prisión del menor prevaricador que verá, con horror, el fruto de su obra malsana volverse de algún modo contra él y convertirse en el instrumento objetivo de su dolorosa cautividad. El menor va, de esta manera, después de haber obrado de este modo, a caer brutalmente de su estado de gloria y a descender, hundiéndose en la "forma general terrestre" a la que habrá, para su vergüenza y a causa de su acción perversa, contribuido a generar y reforzar, incorporándose a ella por una duración de la que nadie conoce su término sino el mismo Creador, en el seno del caos, pues "el cuerpo no es más que un caos para el alma, [prisión en la

que el menor] *pasa su vida temporal [...] como castigo por el crimen del primer hombre*" (Tratado, 124).

En el pensamiento martinesista la envoltura carnal con la que estamos vergonzosamente recubiertos es pues el fruto envenenado de un acto escandaloso que privó a Adán, no solamente de su unión y relación de intimidad con Dios, sino que también lo redujo a un estado gregario de humillante y abyecta animalidad: "*Adán, por su creación de forma pasiva material, degradó su propia forma impasible, de la que debían emanar formas gloriosas como la suya, para servir de morada a los menores espirituales que el Creador habría enviado*" (Tratado, 23).

Respecto a este punto relativo al estado actual del hombre, además de Orígenes, al que hemos ya evocado (cf. Apéndice I p.: *El estatuto ontológico de la materia, o el problema doctrinal y dogmático de su carácter "necesario" según Martinès*), que veía nuestro aprisionamiento en el cuerpo y el acto sexual como las pruebas de nuestra reprobación, consecuencias inmediatas de la Caída, vemos igualmente a Gregorio de Nisa²⁰, al igual que san Basilio, san Jerónimo y san Agustín, entre los Padres, tener exactamente el mismo lenguaje y participar del mismo e idéntico análisis. San Agustín, por lo que a él respecta, no sin una cierta insistencia, unirá de manera indisociable el pecado original a la concupiscencia de la carne, al deseo animal, al carácter instintivo y apasionado de la atracción febril y frenética de los sexos. El pecado original, según la opinión de varios Padres, respecto de los cuales Martinès se encuentra en esta ocasión en perfecto acuerdo, no solamente ha "alterado" la naturaleza humana en su esencia, sino que ha desfigurado y condenado al hombre a soportar, durante el tiempo de su existencia terrestre, un cuerpo mortal grosero y animal. El pecado original ha viciado radicalmente la sustancia primitiva del hombre; por su prevaricación Adán ha corrompido su naturaleza, ha llegado incluso, en su sentido estricto, a desnaturalizar su sustancia. El hombre en el presente, por creación, recibe en su nacimiento una naturaleza malvada; la prevaricación, por su extensión, su profundidad y su fuerza, procede de manera constitutiva de la naturaleza que poseen actualmente los hombres, está tan ligada al compuesto humano que el estado denominado como "natural", ontológicamente pervertido por el pecado, puede justamente ser

designado como siendo, según la sobrecogedora expresión de Joseph de Maistre (1753-1821), una "contra-naturaleza"²¹.

De esta transmisión de Adán a su descendencia, después de la pérdida de su "estado de gloria", de la herencia de su pecado por generación, Martinès dará una descripción detallada, mostrándonos a los hombres, sometidos a las leyes materiales, poner en el mundo a seres situados bajo la dominación de una inflexible y pesada determinación, recibiendo una naturaleza infecta por la falta cometida: "*Desde su prevaricación, sólo provienen de él [de Adán] formas corporales materiales, sujetas como la suya a la pena temporal, mientras que si hubiera permanecido en su estado de gloria, emanaría formas corporales espirituales e impasibles de la creación en las que el verbo estaría innato en ellas. Tal es el cambio producido en las leyes de acción y operación del primer menor: tenía la capacidad, en su estado de gloria, de hacer uso de las esencias puramente espirituales por la reproducción de su forma gloriosa, mientras que, después de su crimen, estando condenado a reproducirse materialmente, no pudo en lo sucesivo sino hacer uso de esencias espirituosas materiales para su reproducción*" (Tratado, 235). La afirmación por parte de Martinès de la imposibilidad en la que se encuentra actualmente el hombre para servirse de las "esencias espirituales" para poder dar la vida, y en consecuencia, verse obligado a utilizar las "esencias espirituosas materiales", muestra claramente que lo que se ha producido, lo que ha sobrevenido en el hombre, desgraciadamente para los pobres hijos del inconsciente prevaricador, es una modificación profunda, un cambio radical, una auténtica y verdadera corrupción "sustancial".

VII. El culto primitivo

No obstante, viéndose horriblemente degradado en su ser después de su monstruosa desobediencia, Adán tuvo a pesar de todo la saludable reacción de confesar su crimen y dirigir a Dios una desgarradora plegaria para implorar su perdón. Suplicando al Señor para que le perdone su culpa, Adán invocará al Eterno saludándole y reconociéndolo ante todo por el enunciado de sus múltiples títulos de Gloria, y acabará su

súplica con estas frases: "...Dios padre de misericordia sin límites a favor de tu débil criatura, escucha a aquel que gime ante ti por su abominable crimen. Él no es más que la causa segunda de su prevaricación. Reconcilia a tu hombre en ti y somételo por siempre. Bendícele para que en el futuro permanezca inquebrantable en tu ley. Bendice también la obra hecha de la mano de tu primer hombre, a fin de que no sucumba, al igual que yo, a las solicitudes de aquellos que son la causa de mi justo castigo y de la obra de mi propia voluntad. Amén" (Tratado, 25).

He aquí, por esta desgarradora plegaria dirigida al Creador, la posibilidad para Adán, conservando muy felizmente los medios de su sacerdocio, de verse de nuevo admitido a la celebración del culto sagrado, de poder reedificar el altar con el fin de proceder al cumplimiento de los ritos destinados a obtener la gracia del Altísimo y recibir sus santas bendiciones. Sin embargo, el culto primitivo de Adán, aquel que era practicado en el jardín del Edén antes de la Caída, había quedado de algún modo manchado por la culpa del primer pecador. De cualquier manera Dios deseaba, después de los tristes acontecimientos que acababan de suceder, que fuera establecido otro culto, otra liturgia, otra forma de celebración. "Este culto, que el Creador exige hoy de su criatura temporal, no es el mismo que habría exigido a su primer menor de haber permanecido en su estado de gloria. El culto que el hombre hubiera tenido que cumplir en su estado de gloria, siendo establecido con un solo fin, sería de índole totalmente espiritual, mientras que aquel que el Creador exige hoy de su criatura temporal tiene dos fines, uno temporal y otro espiritual" (Tratado, 26). Ahora bien, este culto, temporal y espiritual, sucediendo y paliando aquel otro culto que celebraba originalmente el primer Adán y del que fue privado por su prevaricación, este culto nuevo que la criatura debe ejecutar para obtener su reconciliación, es el que revela y desvela a sus discípulos el maestro fundador de la Orden de los Elegidos Coëns.

Tomamos conciencia en este instante, con una ligera incredulidad quizá para los menos enterados, del carácter extraordinario de la enseñanza Martinesiana, y nos damos cuenta, si bien de manera imperfecta y a buen seguro muy débilmente, de en qué consiste la originalidad de la Orden de los Elegidos Coëns del Universo, de lo que fue su dimen-

sión efectiva, su vocación real, lo que especifica su naturaleza que no es otra que, en definitiva, la de poseer un valor, una función, una esencia propia y auténticamente sacerdotal. Ahora bien, resulta muy evidente que este aspecto único de la Orden Coën, y hemos de reconocer que en lo que al mundo masónico concierne hay aquí algo de incomparablemente superior a todo lo que esta tradición comportaba hasta entonces, va a marcar de manera duradera e intensa a los adeptos de Martinès, transformándolos radicalmente, y va a abrirles de par en par las puertas que les darán acceso a los misterios más elevados, tanto en el ámbito iniciático como en el religioso, y a ofrecerles la participación en una obra que bien pocos imaginaban tan sutil y misteriosa.

Así Martinès, no contento con transmitir una doctrina perfectamente establecida y acabada, enseña igualmente a sus émulos la práctica de un culto al que designa como "primitivo", puesto que se trata de aquel que celebró Adán en los primeros tiempos de la historia humana cuando fue expulsado del Edén. Como lo explicará Jean-Baptiste Willermoz en las *Lecciones de Lyon*: "El hombre, ser espiritual menor, tenía un culto a operar. Este culto era puro y simple, pero habiendo degradado su ser y desnaturalizado su forma, su culto ha cambiado. Se ha visto sometido a la ley ceremonial del culto. El hombre, participando de la naturaleza divina y completando la cuatriple esencia, debe rendir un culto que corresponda a las cuatro facultades divinas de las que es imagen y semejanza" (*Lecciones de Lyon*, 99, W, del sábado 22 de junio de 1776).

De tal manera que el culto celebrado por los Coëns retomará elementos del culto celebrado por Adán, pero los perfeccionará, lo hará más eficaz y justo: "Culto de expiación, de purificación, de reconciliación, de santificación. El último corresponde al pensamiento divino, el tercero a la voluntad o al verbo, el segundo a la acción, el primero a la operación. El hombre en su primer estado solo tenía que operar un culto de santificación y alabanza. Era el agente por el que los espíritus a su cargo debían operar los otros tres. Habiendo caído, es preciso que los opere por sí mismo". Willermoz prosigue sin embargo explicando que el aporte de luces superiores de la Revelación transmitidas por Cristo Jesús, hacen posible una celebración incomparablemente más elevada y más pura: "Estos cuatro cultos eran designados en la antigua ley por los

4 sacrificios diferentes que hacía el sumo sacerdote, por las 4 especies de animales. Lo son todavía por los 4 tiempos o fiestas principales, y por las 4 plegarias diarias. El verdadero culto ha sido enseñado a Adán después de su caída por el ángel reconciliador; ha sido operado santamente por su hijo Abel en su presencia, restablecido bajo Enoc que formó nuevos discípulos, olvidado acto seguido por toda la tierra y restaurado por Noé y sus hijos, renovado a continuación por Moisés, David, Salomón, Zorobabel y finalmente perfeccionado por el Cristo entre los doce apóstoles en la Cena” (Lecciones de Lyon, 99).

Es extremadamente interesante constatar, por las anteriores líneas, el carácter excepcional de lo que fue enseñado por Martinès, desvelándonos los elementos, que eran por otra parte estrictamente reservados a un muy pequeño número de adeptos, dándonos a descubrir lo que caracteriza el culto que operaban los Coëns, verdaderos sacerdotes de naturaleza muy particular, exclusivamente consagrados a la ejecución de una práctica y una liturgia que va intensificándose con los diferentes grados de la Orden como fue precisado, una vez más, en estos términos instructivos por Jean-Baptiste Willermoz: “De igual modo que todos los espíritus planetarios concurren con su armonía al mantenimiento y gobierno del gran templo universal, de igual manera todos los maestros coëns son como un punto de la circunferencia en la que se opera el culto particular de los verdaderos elegidos. Pero, este culto, estando sometido a leyes ceremoniales temporales, lo que está claramente probado por la ley del Levítico dada bajo Moisés, es preciso pues dedicarse a estudiar esta ley ceremonial de la Orden que tiene como finalidad, para todas las ceremonias establecidas desde las primera clase hasta la última, el formar a los émulos en la adquisición de un perfecto conocimiento de aquellas leyes a las que pueden estar destinados” (Lecciones de Lyon, 99).

El culto martinesista operado y celebrado por los coëns, por sus virtudes reconciliadoras, es de hecho la puesta en práctica de la obra de la “Reintegración”, participa desde este mismo momento en el restablecimiento de los lazos rotos entre Adán y el Eterno después del episodio de la Caída, y ofrece, a aquel que lo practica con sinceridad y verdad, la posibilidad de entrar en una relación reencontrada, reconstituida con Dios el Altísimo. El culto de reconciliación se impone pues al hombre si

desea verdaderamente acercarse a Dios y evitar ser engullido, como las pobres criaturas olvidadizas de sus deberes espirituales, en las “tumbas de la muerte”. Martinès no dudará en afirmar: “*las bestias tienen mayor virtud con su instinto pasivo que el menor espiritual que ha degenerado y se pierde en la inacción espiritual divina hasta el punto de convertirse en tumba de la muerte. Con la expresión “tumba de la muerte” de la que aquí me sirvo, precisa Martinès, quiero decir que los desdichados menores que no se reconcilien, serán presa de los espíritus perversos, y por la unión que harán con ellos, los harán permanecer en su falta por tiempo infinito*” (Tratado, 49).

De aquí la importancia fundamental, para aquel que se compromete en esta “vía” sacerdotal, de ligarse a la larga cadena de filiación espiritual constituida por los elegidos del Eterno, para trabajar en línea directa con aquellos que formaron el pequeño núcleo de algunos raros justos, y a través de los tiempos, en haber celebrado un culto santo y puro, desde el primero, después de Adán, es decir su hijo Abel, pasando por Set, Enoc, Noé, hasta Zorobabel y Cristo.

Incidentalmente por otra parte, tocamos aquí un punto a menudo ignorado de la doctrina de Martinès, o por el que se ha pasado de puntillas en silencio, y que resulta determinante si se quiere comprender la perspectiva del sacerdocio coën, a saber, que la Tradición, lejos de constituir un bloque homogéneo, compacto, único, como fue durante largo tiempo enseñado por ciertas escuelas²², por así decirlo, es una Tradición doble, puesto que la una es santa, bendita por el Eterno, pues procede de un culto aceptado y agradable a Dios, y la otra reprobada, profana a pesar de su carácter religioso, porque está rechazada a causa de la naturaleza manchada de su culto; doble Tradición pues, cuyas figuras emblemáticas nos son evidentemente dadas por Caín y Abel.

En efecto, lo que fundamenta la esencia de la verdadera y auténtica Tradición, viene del carácter justo y perfecto del culto que se celebra al Eterno. Si una tradición está corrompida en su origen, sea cual sea su anterioridad o antigüedad, su “primordialidad”, podríamos decir, conserva su naturaleza viciada y no presenta ningún interés desde el punto de vista espiritual; permanecerá marcada por el sello de la reprobación y constituirá una rama manchada portadora de una esencia alterada.

Por este hecho podríamos, y con derecho, tratándose de elementos tradicionales, hablar de una Tradición santa y auténtica ante la cual conviene, humilde y fielmente, situarse, y de otra tradición “apócrifa” como la nombrará Martinès, la cual debe ser apartada vigorosamente por inexacta y falsa.

Lo que para una Tradición determina su valor espiritual, como el ejemplo contundente de Caín y Abel nos lo hace ver en el libro del Génesis (capit. IV), es la naturaleza sustancial de su culto y nada más.

Abel, en efecto, comprendió que después de la Caída el culto celebrado al Eterno, de no sangrante como lo había sido en el Edén, debía desde entonces ser sacrificatorio y sangrante, pues era necesario e imperativo conferirle un carácter expiatorio para poder ser aceptado por Dios, no pudiendo continuar el hombre, en lo sucesivo, seguir presentándose ante el Creador sin confesar su crimen y arrepentirse de su pecado. Caín, el primogénito, al no percibir que le faltaba este carácter a su ofrenda, será rechazado y apartado por el Eterno, contrariamente a Abel, que yendo más allá de la simple acción de gracias que ya no era suficiente después de la trágica expulsión del Edén, da a su culto una dimensión sacrificadora, única capaz de obtener la bendición del Altísimo. Es pues el culto expiatorio, el sacrificio sangrante de Abel aceptado por Dios, el que se convertirá en fundador, prefigurando el “operado” por todos los justos hasta Cristo, apartando con ello el culto incompleto de Caín, y se impondrá como legítimo y fundador desde el punto de vista de la Tradición, Tradición que debiéramos decir divina, pues no existe más que una cuya validez no se basa en que fuera “primordial” o primera, sino en ser santificada por el Eterno.

Así, la alteración que ha sufrido la “Revelación” primitiva necesitará que sea en cada período de la Historia, Historia que desde el pecado de Adán, no lo olvidemos, no es otra cosa que la historia continuada de la Caída, restaurado y restablecido el culto sacrificial expiatorio que practicarán los menores elegidos: Abel (al que sucederá Set), Enoc, Noé, Melquisedec, José, Moisés, David, Salomón, Zorobabel y el Mesías: “*Los sacrificios sangrantes, o esta efusión de sangre para la purificación de la forma y purgar la impureza que el menor contrajo al habitar este cuerpo de materia tan contrario a su naturaleza, han sido practicados en*

todas las edades del mundo. Eran necesarios para los hombres que han vivido bajo la antigua ley, pero ya no lo son bajo la ley de gracia, habiendo sido operada esta purificación universal de las formas materiales por la efusión misma de la sangre de Cristo, cuando su venida temporal” (Lecciones de Lyon, 6, 24 de enero 1774, W).

Observemos por otra parte, a este respecto, que es por mediación de Set, a continuación de Abel, que se transmitió la enseñanza divina y la práctica del culto, lo que explica porqué “*este nombre significa ser admitido al verdadero culto divino, o ejecutor perfecto de la manifestación de la gloria y justicia divinas. Por ello la descendencia de Set fue nombrada como la de hijos de Dios y no hijos de los hombres. Este título de hijos de los hombres fue reservado para la posteridad femenina de Caín, que fue engendrado por la operación de los demonios, porque su origen corporal primero provenía solamente de la facultad de operación del primer hombre, que fue sujeto de su prevaricación”* (Tratado, 266).

Por este hecho, dos ramas, dos tradiciones se codean desde el mismo origen y son pues radicalmente opuestas y antitéticas una de otra, la primera reuniendo a los “hijos de Dios”, es decir la posteridad de Set, la segunda constituida por la descendencia pervertida de Caín, los “falsos hermanos” según Jean-Baptiste Willermoz, encarnando a la tradición desviada de los “hijos de los hombres”. Martinès insiste en numerosas ocasiones para ponernos en guardia contra el peligro de confusión entre estas dos ramas extrañas, pues numerosos ejemplos demuestran que es frecuente ver corromperse la auténtica Tradición. Así, “*los descendientes de Set y de su hijo Enós no tardaron en corromperse al unirse con los descendientes de Caín, lo que les hizo perder todos los conocimientos espirituales divinos que Set les había comunicado. Estos descendientes de Enós vivieron así en la abominación hasta su séptima generación, de la que procede el patriarca Enoc [...]*” (Tratado, 106). Con esto, podremos comprender mejor la importancia que para el elegido tiene sustraerse del mal, preservarse de la descendencia criminal de Caín y su tradición pervertida, y la utilidad que para él tiene inscribirse, en contrapartida, en la continuidad del culto santo y puro celebrado por Set, huyendo radicalmente de las obras demoníacas de los “hijos de los hombres”.

VIII. La obra de la "Reintegración"

Si para el elegido es necesario huir de la influencia de la descendencia de Caín, de la que acabamos de ver representa una tradición viciada, peligrosa y reprobada, para los Coëns lo es especialmente, puesto que la Orden fundada por Martinès es una Orden sacerdotal, son sacerdotes consagrados a la celebración del culto primitivo, y en razón de esta misión especial y calificación particular deben trabajar especialmente, cada día, cada hora de su vida, por la preservación de la pureza de su ordenación, preocupación constante e indispensable para que se cumpla, en un espíritu de santidad y verdad, la obra litúrgica e invocatoria exigida por el Cielo.

Ayudado en su labor sagrada por los mediadores celestes que lo acompañan, por la figura del Elegido del Eterno que lo protege y lo guía, conjurando los espíritus rebeldes, el iniciado en esta "ciencia de orden superior", convocará en sus circunferencias –y tocamos con esto el aspecto más interior de la "teúrgia" Martinesiana–, los ángeles del Eterno a fin de operar con ellos el verdadero culto cósmico, consistente en restablecer el culto primitivo confiado a Adán por Dios y que nunca le fue retirado, sabiendo que la Caída simplemente ha modificado y transformado, necesariamente, el contenido, y que se acompaña, en el presente, de un modo operatorio descompuesto en "cuatro tiempos", o cuatro disposiciones, que hacen del culto coën, en su contenido ceremonial íntimo y fundamental, un culto de santificación, de reconciliación, de purificación y de expiación²³.

La teúrgia coën intervendrá pues directamente en el mundo espiritual, al cual no temerá, no sin una extrema prudencia, solicitar y despertar, y recibirá, según el agrado de Dios, signos, en diversos grados y con fuerza igualmente diferente, traducidos en manifestaciones luminosas ("glifos"), auditivas o táctiles, que fueron bautizados por los émulos del siglo XVIII con el extraño nombre de "pases". Pero no se despiertan tampoco sin riesgo alguno estas realidades misteriosas y desconocidas, y ha sido siempre esencial, para el sacerdote coën, el asegurarse la presencia a su lado del espíritu buen compañero, mediante un conjunto de plegarias y prácticas ascéticas previas (ayuno, vigilia, régimen alimenta-

rio, etc.), ángel tutelar capaz de velar por su seguridad y la paz de su alma –"El hombre ha perdido su relación inmediata con el denario. Solo puede lograrla a través del compañero fiel que el Creador le ha dado por su pura misericordia, y este ser es el que debe reconciliarnos" (Lecciones de Lyon, 2, 10 de enero de 1774, SM)–, a fin que pueda, a favor de la gracia del Cielo, acercarle a la santa manifestación del "Verbo", de esta enigmática "Cosa" en el lenguaje de los adeptos, que no es otra que la presencia bendita de Jesús-Cristo.

Por otra parte, esta práctica teúrgica personal que lo lleva a practicar purificaciones, exorcismos, conjuros, ofreciendo a la vez perfumes en su santuario, lleva igualmente al menor espiritual a obrar, no tan solo para restablecer la relación rota por Adán, sino también para que se cumpla el gran proceso final de retorno a la Unidad, o "Reintegración", proceso que verá al componente material disolverse y volver a la nada de la que fue, ¡ay! sacado un día: "*a imagen de los cuerpos particulares, esta materia permanecerá errante y en la inacción, hasta que sea completamente disipada. Tal es la ley que pondrá fin a todas las cosas temporales. Deben entender* (nos dice Martinès, como para consolar a su lector que pudiera estar sorprendido de saber que el mundo material está irremediable y fatalmente condenado a la desaparición), *que la materia primera fue concebida por el espíritu bueno para contener y someter al espíritu malo en un estado de privación y que verdaderamente esta materia primera, concebida y dada a luz por el espíritu y no emanada de él, había sido engendrada para estar a la sola disposición de los demonios*" (Tratado, 274).

Feliz recordatorio por parte del autor del *Tratado*, que toca los acontecimientos que deberán sobrevenir al final de los tiempos y que no deben ser en absoluto motivo de asombro ni de tristeza, si recordamos que la aparición del mundo material fue una respuesta a la rebelión de los primeros espíritus y para que sirviera de límite a su acción perversa, y que luego, este mismo mundo se convirtió en la prisión temporal del menor, el lugar de su exilio donde soportará una rigurosa privación espiritual, cuando Adán, pisoteando todos los principios sagrados y traicionando a Dios de manera escandalosa, prevaricó efectuando una operación de creación.

Una imagen sobrecogedora, que se podría aplicar a esta inevitable disolución de la materia que sucederá, en un tiempo y una hora para nosotros desconocido, nos es ofrecida por el rasgamiento del velo del Templo de Jerusalén, cuando la expiración de Jesús en la madera de la Cruz, dejando aparecer, en toda su increíble y espléndida verdad el Arca de la Alianza: *“este rompimiento del velo del Templo es un modelo considerable en provecho del menor espiritual que tendrá la felicidad de ser comprendido entre el rango de aquellos a los que el Creador recompensará con su mayor gloria espiritual divina. Este velo desgarrado es el verdadero modelo de la liberación del menor privado de la presencia del Creador. Explica la reintegración de la materia aparente, que oculta y separa a todo ser menor del conocimiento perfecto de las magníficas obras que opera a cada instante el Creador para su mayor gloria. Explica el desgarrar y caída de los siete cielos planetarios, cuyo cuerpo material oculta al menor espiritual la poderosa luz divina reinante en el círculo supraceleste. Explica, además, el rasgamiento del velo que ocultaba y velaba, a la mayoría de menores, el conocimiento de las obras que el Creador ha operado para su mayor justicia en favor de su criatura”* (Tratado, 94).

Este feliz recuerdo del sacrificio de Nuestro Señor y la venida última que él prepara, nos hace más legible el sentido de esta segunda Alianza establecida por el Creador, que por el descenso a este mundo de su Hijo, el Divino Reparador, a fin de salvar a los hombres y liberarlos de las cadenas de la reprobación, nos ha dado un Soberano Sacrificador capaz, por su obra reconciliadora y redentora, de poner fin al insoporrible exilio en el que han estado sumidas todas las generaciones desde Adán. En efecto, Jesús, el Hijo amado del Padre, nos anuncia, con infinito dulzor e inmensa ternura, que los sufrimientos del hombre tocan a su fin gracias a la redención del crimen original obtenido por la efusión de su preciosa sangre: *“efusión de la sangre de Cristo [que] al hacer temblar la tierra, hizo sentir a toda la naturaleza su reconciliación y la alianza del Creador con ella y con todos sus habitantes”* (Tratado, 92).

El sacrificio de Cristo es pues un acontecimiento preparatorio para la reconciliación universal, para esta “Reintegración” tan deseada, *“reconciliación dispuesta por los justos que Él [Cristo] mismo eligió”* (Tratado, 40). A imagen de la separación del espíritu y el cuerpo, en el

instante de la muerte, lo que sucede dolorosamente para cada menor desde que el hombre fue revestido de una forma de materia burda después de la Caída, podemos imaginar por analogía lo que pasará cuando la parusía última que pondrá término a las tristes y penosas condiciones existenciales que llevan todas las criaturas venidas a nacer en este valle tenebroso. Martinès nos confía, utilizando el ejemplo estremecedor de la separación de la parte celeste que reside en el hombre de su cuerpo en el momento del traspaso: *“Es por esta observación que pueden concebir el acontecimiento y la revolución que sobrevendrá al universo entero cuando Aquel que lo vivifica se separe de él. Porque, a imagen de los cuerpos particulares, esta materia permanecerá errante y en la inacción, hasta que sea completamente disipada. Tal es la ley que pondrá fin a todas las cosas temporales”* (Tratado, 274).

Cómo pues, desde entonces, no regocijarse de esta perspectiva última, de esta apocatástasis que solo debería aterrorizar a los seres apegados a los tristes vestigios pasajeros que tienen ante sus ojos, retenidos por los irrisorios restos de los bienes temporales corruptibles, que en su error toman por tesoros maravillosos, cuando incluso todo lo que existe, en este bajo mundo, está tocado por la caducidad y condenado a la degradación y a la muerte; *“en aquel día, dice el apóstol Pedro, los cielos, con ruido ensordecedor, se desbararán; los elementos abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá. Puesto que todas estas cosas han de disolverse así...”* (2 Pedro 3:10-11). Permanezcamos en la alegría, muy al contrario, en la certeza de que vendrá, en su espléndida Luz, el Cordero de Dios, y se cumplirá entonces, para el conjunto de los seres espirituales regenerados y para los elegidos del Señor, los menores reconciliados y santificados, un formidable retorno a su primitivo origen, una “Reintegración” que los autorizará a ser de nuevo revestidos de su “primera propiedad, virtud y poderes espirituales divinos”.

Podemos calibrar, después de lo que acaba de ser expuesto, el carácter cuando menos perturbador de lo que Martinès de Pasqually entrega y transmite a sus discípulos, y la enorme influencia que este tipo de “revelación” puede haber tenido entre ellos, así como la significativa impresión que esta doctrina y esta práctica suscitarán en el ánimo de los

adeptos escogidos de la Orden, confiriendo a cada uno un saber único que jugará un papel manifiesto, y de primera importancia, en sus opciones iniciáticas, al igual que, como consecuencia de ello, en el contenido de sus diferentes caminos espirituales.

La herencia de Martinès es pues considerable, propiamente desconcertante, y vamos a ver en qué, a través de dos figuras emblemáticas del esoterismo del siglo XVIII, su doctrina va a participar en la fecundación del pensamiento tan original y profundo del Filósofo Desconocido, así como en la creación, indirectamente, del Régimen Escocés Rectificado, produciendo y proponiendo de tal suerte una rica continuidad a las tesis que iluminaron los trabajos de la Orden de los Caballeros Masones Elegidos Coëns del Universo, tesis que serán ampliamente extendidas y conocidas, a través de toda Europa, e incluso hasta en Rusia, bajo el nombre de "Martinismo".

Notas al Capítulo I

- 8 Martinès de Pasqually, *Traité de la réintégration des êtres créés dans leurs primitives propriétés, versus et puissances spirituelles divines* [versión original editada por vez primera, confrontada con la versión publicada en 1899, acompañada del *Tableau universal*, precedida de una introducción y documentos inéditos, por Robert Amadou], Robert Dumas editor, 1974. Última edición establecida en junio de 1995, reeditada en febrero de 2000 y enero de 2002, y publicada en el marco de la "Colección martinista" de las *Éditions Rosicruciennes*.
- 9 Franz von Baader (1765-1841), pondrá a la luz la existencia de una cierta analogía entre Jacob Boehme (1575-1624) y Martinès a propósito de su concepción de la Divinidad, analogía limitada, sin embargo, puesto que el visionario de Görlitz, lo sabemos, no dudó en comprometerse en un acercamiento muy avanzado del abismo insondable de Dios: "*Martinès de Pasqually distingue como J. Boehme el Dios-Uno (Unidad Centro) de sus tres revelaciones o grados de manifestación, y lo compara al suc commum (la savia) de este árbol de vida (de la región divina, de la región del espíritu y de la región de la naturaleza). Pero no entiende en absoluto por esta Unidad Centro el ser de esta unidad no desarrollada o que no ha alcanzado todavía su expansión, y afirma que esta unidad, con y por esta expansión inmanente del sí, se retira y se cierra a todo lo que no es ella; es esta una distinción que, para no ser observada, encierra la idea "según la cual el "Divino" se comunica absolutamente y por completo en cada una de sus formaciones, podemos decir que solo una parte de Dios puede ser de alguna manera manifestada a la criatura, la otra permanece escondida. Por ello se explica la prohibición hecha a la criatura de buscar un cierto conocimiento, prohibición hecha de un cierto modo a Lucifer y de otro a Adán, y que fue transgredida por los dos. J. Boehme, él también hace salir del abismo en la contemplación de sí mismo, en la alegre calma de mirarse a sí mismo y en el cumplimiento de sí mismo; lo hace salir y desarrollarse como espíritu, pero de inmediato encerrarse en sí, habiendo descubierto el secreto sobre su Sophia (la esfera de su visión). Volvemos a encontrar aquí el concepto de "inexpresable" en su sentido más fuerte*" (Franz von Baader, *Fermenta Cognitionis*, Libro V, 21, Albin Michel, 1985, p. 191-192).
- 10 El término existencia, al tenerlo que utilizar evidentemente con infinidad de precauciones, puesto que posee una acepción ontológica y metafísica

que ha sido objeto de comentarios considerables e innumerables en el transcurso de los siglos, es por lo que Martinès juzga prudente precisar sabiamente: “*Cabría preguntarse qué eran estos primeros seres antes de su emanación divina, si existían o no. Existían en el seno de la Divinidad, pero sin distinción de acción, pensamiento ni entendimiento propio, únicamente podían actuar y sentir por voluntad del ser superior que les contenía y en el que todo se movía. Aunque no puede decirse que esto sea verdaderamente existir...*” (Tratado, 2)

- 11 “*Guardaos de confundir la creación con la emanación. La creación concierne únicamente a la materia aparente, que no proviniendo de nada si no es de la imaginación divina, debe volver a la nada, pero la emanación pertenece a los seres espirituales que son reales e imperecederos*” (Tratado, 138). El emanantismo fue condenado por el 1^{er} Concilio Vaticano (1870) que veía, no sin razón, una forma de “panteísmo” (D. 1804), contradiciendo no solamente la gratuidad del acto divino, sino igualmente el carácter de absoluta simplicidad e inmutabilidad de Dios puesto que este último era, para los defensores de estas tesis, contemplado de alguna manera como forzado a producir seres parecidos a él. Al contrario, “la emanación”, según el pensamiento de Martinès, es totalmente extraño a este emanantismo herético considerando que la sustancia divina se transmite por el efecto de un proceso necesario y determinado, haciendo de todas las cosas esencias no diferentes, no separadas, de la misma naturaleza que Dios mismo, llamadas a degradarse sin embargo por un alejamiento que va en crecimiento y que las hace, por una inflexible ley de entropía, más y más imperfectas y diferentes en su forma, pero no en su sustancia de origen divino. La emanación, desde el punto de vista martinésista, designa al contrario un modo de generación únicamente reservado a los seres espirituales, que no implica ni identidad ni confusión con Dios, mientras que la creación, por lo que respecta a su modo propio, solo se aplica al compuesto material, especificando su carácter “segundo”, “necesario”, contingente o distante ante el Principio.
- 12 Podemos meditar al respecto estas importantes líneas de Martinès, que nos muestran muy bien el cambio acaecido después de la prevaricación de los espíritus perversos, y el efecto indirecto, pernicioso, de la sombra aportada por su acción criminal que ha turbado el conjunto del mundo divino y de los seres espirituales que lo componen: *No te sorprenda pues que te diga que los habitantes del mundo divino se resienten todavía de la primera prevaricación y se resentirán de ello hasta el fin de los tiempos, en que su*

acción dejará de participar de lo temporal, que no es su verdadero empleo y para el que no han sido emanados. Sí, Israel, en verdad te digo que entre los habitantes del mundo divino sucede lo mismo que entre los habitantes espirituales del mundo general terrestre: al igual que estos pagan tributo a la justicia del Eterno por la prevaricación del primer menor, cometida en el centro del universo temporal, de igual modo los habitantes del mundo divino pagan tributo a la justicia del Creador por la expiación del crimen de los primeros espíritus. Te digo la pura verdad referente a los diferentes tributos que estas dos clases de seres espirituales pagan y pagarán al Creador hasta el fin de los tiempos. Lo que te sorprenderá mucho más es que todos los espíritus que el Creador ha emanado en la inmensidad divina desde esta prevaricación están sujetos al mismo tributo” (Tratado, 250).

- 13 Ver Apéndice I: “El estatuto ontológico de la materia, o el problema doctrinal y dogmático de su carácter “necesario” según Martinès”.
- 14 Ver Anexo I: “*El Cuadro universal*” de Martinès.
- 15 Tendremos de nuevo cuidado en distinguir radicalmente “la emanación” del primer Adán de la “creación” material de este mismo Adán, pero esta vez realizado como castigo de su crimen e introduciéndolo en el tiempo, el espacio y la encarnación grosera de la carne, carne recibida por razón de su pecado. El relato bíblico de la Creación en seis días, que lleva sobre la generación de las formas materiales y la salida del limo de la criatura caída, es por otra parte explicado e interpretado así por Martinès: “*El número de días, que doy a las seis operaciones de la creación, no pueden pertenecer al Eterno, que es un ser infinito, sin tiempo, sin límite y sin extensión, sino que estos seis días anuncian la duración y los límites del curso de esta misma materia, es decir, que esta materia durará seis mil años en toda su perfección, y el séptimo, caerá en un terrible deterioro, en el que subsistirá hasta su completa disolución. [...] el número septenario, que ha dado perfección a todo ser creado, es el mismo que destruirá y abolirá todas las cosas. De igual modo que operó en el principio para hacer subsistir todo lo que existe en este universo material, operará al final para la demolición de su obra. [...] todo se aproximará a su fin gradualmente y volverá a su primer principio*” (Tratado, 227). (Los lectores maestros masones del Régimen Escocés Rectificado, instruidos sobre ciertas verdades relativas a la degradación de la materia y la necesaria “ascensión hacia la unidad” de la parte incorruptible que reside en el hombre, pueden constatar, por este extracto del *Tratado sobre la reintegración*, hasta qué punto la doctrina de

Martinès puede jugar un papel preponderante sobre la orientación espiritual de Jean-Baptiste Willermoz).

- 16 Ver Apéndice II: "La teología del pecado original".
- 17 Sobre el particular, se puede leer con provecho nuestro estudio sobre el valor de la muerte según los pensadores tradicionales del siglo XVIII: cf.: "Le sens spirituel de la mort selon la doctrine de l'Illuminisme mystique", in *La Soeur de l'Ange*, nº 3, mayo del 2005.
- 18 He aquí un punto entre los más oscuros referente a Martinès, y si Robert Amadou, preguntándose sobre las fuentes, ha puesto de manifiesto perfectamente las raíces judeocristianas de la doctrina, es decir, lo que responde innegablemente al cristianismo primitivo, al cristianismo de los primeros siglos (ebionismo, elkessaïsme, etc.), cuyo rastro son aparentemente bien visibles bajo la pluma del autor del *Tratado de la reintegración*, aparecen también los elementos cabalísticos nítidamente perceptibles. *Martinès de Pasqually*, escribe Robert Amadou, *es un filósofo religioso y un teúrgo, su sistema posee una afinidad evidente con el fondo general de la cábala y particularmente con ciertos movimientos cabalistas. [...] La teúrgia acerca a Martinès a la cábala y sobre todo a las escuelas cabalísticas de España. [...] la cábala dicha cristiana es autorizada por el hermetismo que él mismo justifica como una prisca teológica ecuménica en la que conviven los profetas Pitágoras y Trimegisto, Platón y Orfeo, Zoroastro y Moisés. El encuentro, la interacción había tenido lugar, sin embargo, en España, en la generación precedente a la expulsión cristianizante –estaríamos tentados de decir–, de un pre-Martinesismo. Si la cábala italiana se inclina hacia la filosofía, la cábala española es ante todo teosófica y teúrgica; trabaja para la restauración de la unidad divina. Estamos más próximos de lo que parece a la reintegración según Martinès. [...] Después del renacimiento, las dos líneas, que se habían cruzado, divergirán de nuevo: una hacia la magia ligada a la cábala cristiana y el neoplatonismo, y la otra hacia la magia y teúrgia judías. Resulta imposible situar a Martinès de Pasqually aquí o allá. Pero las marcas de estas dos líneas no pueden resultar indiferentes al estudiante del Martinesismo"* (R. Amadou, Introducción, capit. II in *Tratado de la reintegración*, op. cit. p. 21-32.) Sin embargo, una vez admitido esto, nos parece más que necesario recordar que la doctrina de Martinès, si toma prestado de la cábala, no es de la "cábala" propiamente dicha. Podemos encontrar, es cierto, numerosos temas comunes, en particular la noción de Caída, el descenso de las almas y su reintegración hacia lo Divino, la importancia de los ángeles, a lo que se puede añadir,

evidentemente, las técnicas invocatorias, el simbolismo de los números, etc., pero Martinès, por su orientación doctrinal, es ante todo un judeocristiano señalándose por su práctica del *midrach*, del que la *reintegración* es perfecto testimonio. Como lo subraya con pertinencia Robert Amadou, prodigándonos un precioso consejo destinado a iluminar, más de lo que sin duda pudiera él mismo imaginar, numerosas cuestiones no resueltas: *Leed la Epístola de Judas, el hermano del Señor y de Santiago el Justo, y constataréis que Martinès no es aberrante ni se encuentra aislado. La Iglesia de Judas es la Iglesia de Santiago, primer obispo de Jerusalén. Martinès se sitúa en la continuidad de esta Iglesia oficialmente desaparecida*" (Ibid. p. 26).

- 19 Ver Apéndice III: "La naturaleza de la carne y el pecado".
- 20 Gregorio de Nisa sostendrá: *En el paraíso la multiplicación del género humano hubiera sido otra, de la manera en que se multiplican los ángeles, sin unión física, por una operación del poder de Dios; Dios antes del pecado hizo al hombre varón y hembra, tuvo cuidado del modo de generación que iba a ser después del pecado y que Dios presagiaba*" (De la creación del hombre, capit. XVIII).
- 21 El sombrío pesimismo maistriniano respecto al hombre, que se destila en el talento literario del conde saboyano, talento que se beneficia en la actualidad por un justo reconocimiento de la posteridad, es teñido sin embargo de un cierto temor ampliamente compartido, y fácilmente perceptible en las palabras de los modernos biógrafos del autor de las *Aclaraciones sobre los sacrificios*. En efecto, se finge a menudo ignorar, o se prefiere callar por muchas y evidentes razones, que Maître fue profundamente marcado por las tesis martinesistas, a causa de su vinculación, jamás desmentida a lo largo de su vida, con los principios espirituales del Régimen Escocés Rectificado, del que da testimonio elocuentemente este texto inédito redactado en 1797, o sea en un período de plena madurez intelectual: "*San Agustín (Ciudad de Dios, XI, 23-24) no ha comprendido bien a Orígenes cuando este dice que las causas de la materia son, no únicamente la bondad de Dios, sino el que las almas, habiendo pecado alejándose de su creador, han merecido ser encerradas en diversos cuerpos como en una prisión según la diversidad de sus crímenes, y que el mundo es así; que de este modo la causa de la creación no ha sido para hacer buenas cosas, sino para impedir las malas. La opinión de la que se trata no tiene nada en común con el maniqueísmo. Podemos observar que ella es aún hoy en día la base de todas las iniciaciones modernas*" (Mélanges B, p. 302).

22. Pensamos en particular en las tesis de escuelas tradicionalistas guenonianas o schuonianas, que tuvieron y tienen todavía una exagerada tendencia en considerar que la “Tradición” constituye un pedestal único, cuando incluso las Escrituras nos muestran profusamente (Caín y Abel, Ismael e Isaac, Esaú y Jacob, etc.) que no es el carácter primero lo que fundamenta la legitimidad de una transmisión, sino y muy al contrario, su tipo de relación con el Eterno, su “elección” y su bendición.

Es importante observar al respecto que la famosa Tradición pre-noaquita, que es la base de numerosas iniciaciones de oficio que se apoyan en la utilización y el conocimiento, a menudo profundo, de útiles simbólicos relativos al orden cósmico, fue objeto de una clara reprobación por parte de Dios, y no obtuvo de él ninguna clemencia puesto que sufrió el rigor de un diluvio que ahogó bajo las aguas del Cielo toda carne viviente sobre la faz de la tierra: “Viendo el Eterno que era mucha la malicia del hombre en la tierra y que toda la traza de los pensamientos de su corazón no era de continuo sino el mal, el Eterno se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra y se apenó de corazón. Dijo pues el Eterno: “Borraré de sobre la faz del suelo al hombre que creé. [...] la tierra se corrompió ante Dios y se llenó el orbe de violencia. Observó, pues, Dios la tierra, y he aquí que se hallaba corrompida, porque toda criatura había corrompido su camino sobre la tierra” (Génesis, 6:5-7, 11-12). Podemos medir, después de estas rudas palabras, el estado en que debería encontrarse la “Tradición” por primordial y adánica que fuera, el hundimiento desastroso del conjunto de formas tomadas por el conocimiento sagrado y la práctica religiosa, todo ello reforzado por la profunda ruina moral en la que prosperaban los hombres, reducidos a la esclavitud por el demonio (cf. *Tratado*, 114 & 115). Solo Noé “que andaba con Dios” (Génesis, 6:9), conservaba piadosamente las enseñanzas divinas y celebraba ante el Eterno un culto santo y puro; en cuanto a “Los descendientes de Caín y Set, habiendo llevado sus abominaciones no tan solo hasta abandonar al Creador y su culto, sino hasta cometer las fornicaciones más inmundas en las que no podemos pensar sin estremecernos, el Creador se alzó contra estos prevaricadores y contra los demonios que los habían seducido” (*Tratado*, 122).

Es pues por Noé que la santa Tradición divina se perpetúa, la única que puede ser considerada como verdadera y auténtica, la Tradición de la Alianza restaurada con Dios (de la que el arco iris es el signo), la otra, la de Caín y sus hijos, habiendo sido engullida y no resurgiendo de nuevo, desgraciadamente, a favor de las fuerzas demoníacas y prometeicas, con su total limitación y reprobación histórica, que en el triste episodio de la torre de Babel (Génesis, 11:1-9), torre que representa el símbolo emble-

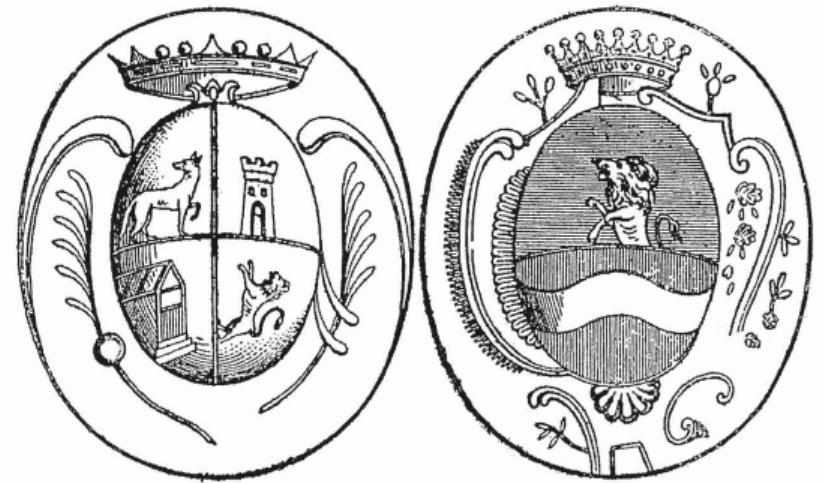
mático de una pseudo-tradición cosmológica ciertamente “primordial” en algunos de sus aspectos, pero que, después del diluvio, ya no puede ser primitiva sino destruida, pervertida, incompleta, inferior y satánica.

Esto explica porqué la “Alta y Santa Orden de los elegidos del Eterno”, de la que la Orden de los Elegidos Coëns del Universo es la expresión directa, se vincula a la Tradición restaurada por Noé, al culto expiatorio que celebró a la salida del Arca: *culto [que] era la verdadera figura de aquel otro que operaría el hombre divino para la reconciliación del primer menor, a fin de que la creación universal no cambiara de forma, como Adán había cambiado de cuerpo. Fue por este culto del hombre divino, o Cristo, que el Creador volvió a bendecir su creación universal, volviendo a bendecir a Adán que estaba maldito. Noé, con su culto, rememoró todo ello. Con su invocación intercedió ante la misericordia divina del Creador, para que reconciliase la tierra con el resto de habitantes que habían alcanzado su gracia ante él*” (*Tratado*, 133). Citamos, por el inmenso valor espiritual de estas bellas palabras y su sentido “operativo” extraordinario, las últimas palabras de la invocación que Noé hizo llegar al Eterno, con motivo de la celebración del culto que cumplirá para agradecer a Dios el Altísimo, haciendo subir hacia el Cielo las llamas del fuego que se consumía sobre el altar: “¡Oh! Creador vivificante, vuelve a vivificar el cuerpo general sobre el que tu criatura espiritual debe operar tu culto divino y que contemplamos como receptáculo general, o altar universal sobre el que debe ser ofrecido el holocausto pacífico de la reconciliación”.

23. Robert Amadou nos ofrece una completa y perfecta explicación de carácter nuevo, “cuádruple”, del culto que debe operar en el presente el elegido del Eterno: “El hombre en su primer estado solo tenía que operar en cuanto a él un culto de santificación o de alabanza; él era el agente por el que los espíritus que él llevaba debían operar los otros tres. Una vez caído, es preciso que los opere todos por sí mismo. La forma del culto ha cambiado también; es más, el hombre no puede en lo sucesivo prescindir de las formas y el culto coën está sometido a leyes ceremoniales. Puesto que los espíritus mediadores se imponen en el estado —son los dioses de la teúrgia establecida por Martinès—, al igual que la forma corporal impone las formas, empezando por la suya propia, no abusemos de una vía de recambio. Pero, si el trabajo es de los ángeles, el culto sirve al Eterno, a favor de cada coën, en provecho de la humanidad, a favor de los espíritus perversos, en provecho de todos y de todo (pues por ser aniquilada aprovecha a la materia), a la gloria del Gran Arquitecto que es Dios” (R. Amadou, Prefacio, in *Lecciones de Lyon*, Dervy, 1999, p. 20).

LOUIS-CLAUDE DE SAINT MARTIN

El filósofo desconocido y la Tesosofía



Sellos de Louis-Claude de Saint-Martin

II

LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN

“La Sociedad de los Independientes en su totalidad tenía también los ojos abiertos sobre los grandes acontecimientos que sucedían; cada uno de los miembros de esta sociedad estallaba en arrebatos de alegría al ver acelerarse el reino de un poder justo, y el triunfo de la Verdad.

Hubo entre ellos santos cánticos premonitorios y nuevos anuncios proféticos sobre los éxitos aún más considerables que debían sucederse y anunciar la buena causa”.

LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN, *El Cocodrilo, Canto 62.*

El más puro, el más sutil, refinado, penetrante y poderoso genio espiritual del esoterismo cristiano –tal es nuestra opinión–, esto podría servirnos de enunciado a modo de primera e inmediata presentación, y parafraseando a Joseph de Maître²⁴, para referirnos a aquel que se dio a conocer, por así decir, bajo el enigmático nombre de “El Filósofo Desconocido”. Nacido en Amboise, el 18 de enero de 1743, Saint-Martin, dotado por nacimiento de una débil constitución y una rara sensibilidad, pasará su existencia con los ojos del alma continuamente fijados en las realidades eternas, aspirando, en cada amanecer que el sol hará levantar en cada uno de sus días, poder reunirse rápidamente con la fuente inefable que, encontrándose fuera de este mundo, esclarece e ilumina con una soberana luz nuestra verdadera patria original. Poseyendo, innegablemente, una personalidad extremadamente sensible y habiendo experimentado, desde su más tierna edad, y no sin un vivo sufrimiento,

los vivos ataques que constituyeran la triste atmósfera habitual que envolvía a los pobres seres perdidos, exiliados en las esferas de la materialidad, Saint-Martin, extremadamente interesante en múltiples aspectos, sabrá más tarde traducir, en sus numerosas obras, en una lengua bella y pura, las verdades esenciales necesarias para la instrucción de los espíritus en busca de la inefable Paz del Cielo.

La suerte que para Saint-Martin decidirá su orientación para el resto de su vida, cuando recién incorporado en 1765, después del fracaso sufrido en la carrera de derecho, en el regimiento de Infantería de Foix, le vendrá a través del milagroso encuentro que tuvo, poco tiempos después de su ingreso en la carrera militar, con Martinès de Pasqually, encuentro que le permitió el acceso a un ámbito inesperado pero al que aspiraba desde hacía años, que lo llenó de alegría y le confirió conocimientos de naturaleza excepcional. Los dos hombres, casi predestinados para entenderse y complementarse, entablaron estrecha relación, de tal manera que en 1771, Saint-Martin abandonará definitivamente su cargo de oficial para ponerse por completo al servicio de aquel que se había convertido en su maestro en diversos “asuntos”, feliz de poder por fin, según su propia expresión, dedicarse plenamente a su “*gran asunto*”²⁵.

Recibiendo rápidamente, por su natural predisposición, todos los grados de la Orden Coën hasta su ordenación como Réau+Croix en abril de 1772, Saint-Martin, sorprendido y apenado por la precipitada partida de Martinès a Santo Domingo en 1774, no tardará, desde el primer día de su estancia en Lyon, acogido fraternalmente por Jean-Baptiste Willermoz cuya invitación facilitará las instrucciones en el marco de las actividades del Templo Coën entroncado en la Logia *La Beneficencia*, en destacarse por la originalidad de su pensamiento y puntos de vista, que contradecían en numerosos aspectos las actitudes y métodos de los iniciados “según las formas”. En efecto, el Filósofo Desconocido, insistiendo sobre la recepción silenciosa e íntima de la Palabra, así como sobre el carácter superior de la progresión llevada a cabo según el interno, declarará abiertamente que era inútil embrollarse con pesadas técnicas y burdos artificios, resultando vano entretenerse con los elementales y espíritus intermedios, y que convenía, muy al contrario, abrirse directamente, por una sincera purificación de corazón, a los misterios de la

generación del Verbo. Apartando pues las prácticas que juzgaba, en el presente, peligrosas y apremiantes, Saint-Martin, que chocará a causa de sus propósitos con algunos de los antiguos alumnos de Martinès, preconizará en lo sucesivo un retorno a la simplicidad evangélica, y se hará un ardiente profeta de la unión sustancial con el Divino Reparador, unión en la que debía dominar absolutamente la renuncia y el amor.

Robert Amadou, fino analista en estos ámbitos delicados, explicará en estos términos la posición de Saint-Martin: “*Louis-Claude de Saint-Martin rechazó los ritos teúrgicos y los masónicos, como inútiles y peligrosos. El Filósofo Desconocido cree, sabe, que nosotros tenemos más de lo que se lamentaba Martinès: tenemos lo interno que lo enseña todo y protege de todo, el corazón, donde todo pasa entre Dios y el hombre, por la mediación única de Cristo y los desposorios de la Sabiduría. El reencontro con la cosa se hace místico.*”

Atengámonos, aconseja Saint-Martin, más a la marcha de los principios y de los agentes superiores que a la de los principios inferiores y elementales. Desconfiemos de lo sidéreo, llamado también astral o celeste y, sobre todo, de su rama activa. Cuando se abren las puertas de par en par, no se sabe quién va a entrar por ellas y, aunque se hayan tomado todas las precauciones hasta lo inverosímil, las formas teúrgicas, como todas las formas, correrían el riesgo de desviar, más que mantener al hombre de deseo que tiene todo en sí mismo, ya que viene Dios y, por tanto, ha limpiado y engalanado la sala del festín, ha limpiado el espejo, cuya pureza permite la asimilación del reflejo en lo reflejado”²⁶.

I. La vía interior

Como podemos constatar, el Filósofo Desconocido no duda en defender y alentar la posibilidad de un trabajo operativo altamente espiritualizado, apartando las trampas que no dejan nunca de producir aquellos procedimientos por ser demasiado dependientes de las manifestaciones fenoménicas. Pero ¿cuál era, en el fondo, el origen de tal actitud, sobre todo viniendo del secretario mismo de Martinès, de aquel que había sido durante los últimos años, antes de su partida para Santo

Domingo, el más próximo colaborador y auxiliar privilegiado del maestro, aquel que había vivido en contacto y compartido estrechamente su tiempo y su intimidad? El misterio, que ya en el siglo XVIII intrigaba y turbaba a aquellos versados en estas cuestiones, prosigue aún en nuestros días y continúa alimentando las legítimas reflexiones y numerosas preguntas de los "hombres de deseo"²⁷.

En realidad, la necesidad de interiorización, de la vía puramente secreta, silenciosa e invisible, es justificada por Saint-Martin a causa de la debilidad constitutiva de la criatura, de su desorganización completa y su inversión radical, sumergiéndolo por este hecho a los seres en un medio infectado, una atmósfera viciada y corrompida que acecha cada uno de nuestros pasos cuando nos alejamos de nuestra fuente, que pone en peligro a nuestro espíritu cuando, por imprudencia y presunción, nos atrevemos a traspasar los límites de los ámbitos serenos protegidos por la sombra apacible de la profunda paz del corazón: *"Por esto apenas el hombre da un paso fuera de su interior, estos frutos de las tinieblas lo envuelven y se combinan con su acción espiritual, como su aliento sería prendido e infectado por miasmas pútridos y corrosivos, tan pronto como saliera de él, si respirara un aire corrompido. La Sabiduría suprema conoce tan bien cuál es el estado de nuestros abismos, que emplea las mayores precauciones para abrirse paso y aportar sus socorros; aunque desgraciadamente demasiado a menudo se ve obligada a replegarse por la horrible corrupción con que impregnamos sus presentes [...] cuantas veces [...] el hombre corre peligro desde que sale de su centro y se adentra en las regiones exteriores"* (Ecce Homo, IV). El hombre debe convenirse pues de que no hay nada que esperar en las regiones exteriores, muy al contrario, tiene que trabajar, ahondar en él a fin de descubrir las preciosas luces infundidas que aguardan desde la eternidad a ser puestas a la luz, y finalmente llevadas a la revelación. Los tesoros del hombre no están situados en lejanos e inaccesibles horizontes, están a sus pies, o más exactamente en su corazón; permanecen pacientemente disimulados, resplandecen sordamente, borrados y olvidados, bajo el ruido permanente de la agitación frenética que llevan, en una inverosímil y estéril carrera, las energías hacia realidades no esenciales y periféricas. Saint-Martin insistirá en este punto con fuerza: *"por sus imprudencias*

universales, el hombre está inmerso a perpetuidad en los abismos de la confusión, que devienen tanto más funestos y más oscuros cuando engendran sin cesar nuevas regiones opuestas unas a otras, y que hacen que el hombre se encuentre situado como en medio de una horrible multitud de poderes que tiran de él y lo arrastran en todos los sentidos; sería verdaderamente un prodigio que quedara en su corazón un soplo de vida, y en su espíritu una chispa de luz. [...] cuán lejos pasa la obra verdadera del hombre de todos estos movimientos exteriores" (Ibid.).

La verdadera obra sucede efectivamente lejos del exterior, pues es en el interno, detrás del segundo velo del Templo donde se desarrollan los ritos sagrados, que tiene lugar el auténtico culto espiritual y la liturgia divina celebrados por el ejercicio constante de la plegaria y la adoración. Esta es la santa labor, la pura ocupación, la vocación primera de aquel que está destinado al servicio de los altares de la Divinidad. Nuestra plegaria es un canto puro, un sublime bálsamo, un incienso de agradable perfume; la plegaria es el dulce entretenimiento al que el hombre debe consagrar sus días, e igualmente, "consagrar" su ser, pues es lo que Dios, en su insondable amor, aguarda y espera de su menor.

Esta actitud, que pudo sorprender en un primer tiempo a los amigos de Saint-Martin, a la mayor parte de adeptos instruidos en busca de iniciaciones prestigiosas, a curiosos o letrados, gentes de mundo en busca de conocimientos misteriosos, acabará finalmente por imponerse a los más sensibles y despiertos a las piadosas verdades, y se les aparecerá como el único camino, seguro y elevado, dispensador de inefables beneficios y numerosos frutos, mientras que muchos otros, no obstante, no alcanzarán a comprenderle, no viendo lo que se hallaba en el origen de esta actitud del Filósofo Desconocido, de cuya causa se hacía abogado este último en sus principales obras, actitud nueva y hasta tal punto sorprendente, incluso chocante para ellos, habituados como estaban al ceremonial de las recepciones masónicas, a la superficial gloria de los títulos y los cargos, o también fascinados por las impresiones sensibles que provocaban ciertas prácticas extrañas y poco comunes, enseñadas por algunos renombrados y célebres maestros de los que el siglo de las Luces fue tan prolijo.

II. La purificación del corazón

Es por tanto relativamente fácil comprender lo que pudo conducir a Saint-Martin a afirmar: "*La plegaria es la principal religión del hombre, porque es la que religa nuestro corazón a nuestro espíritu*²⁸[...]", pues la mayor intuición que se dio lugar en su pensamiento fue la de darse cuenta, en una suerte de iluminación viva, de que el hombre, a pesar de todos sus esfuerzos, movilizándolo mil y una técnicas, desarrollando un complejo aparato hecho de ritos, invocaciones, gestos simbólicos, si no es capaz de transformar radicalmente su corazón, en realidad actúa en vano y permanece, desgraciadamente, como triste e inútil "*címbalo que retiñe*" (I Corintios, 12:1). Saint-Martin, que se preguntaba en los primeros tiempos de su iniciación Coën si realmente era necesario emplear tantos medios para dirigirse al Eterno: "*Cuando en los primeros tiempos de mi instrucción yo veía al maestro P. [Pasqually] preparar todas las fórmulas y trazar todos los emblemas y signos empleados en sus procedimientos teúrgicos, le decía: Maestro, icómo puede llegar a ser necesario todo esto para rogar al buen Diosi*" (Portrait, 41), en contrapartida, pronto se convencerá de que la única cosa indispensable y preceptiva para poder unirse a Dios es presentarse ante Él con un corazón puro, con un verdadero deseo y un alma humillada. Estas son las únicas condiciones de una relación espiritual auténtica, de una apertura efectiva a lo divino, de una inefable reunión de corazón a corazón²⁹. Lejos de vanas pretensiones humanas deseosas de llegar a Dios por vías inciertas y falsas, a menudo hinchadas de orgullo y vanidad, hay que, y muy al contrario, preparar y disponer el único órgano que poseemos para "operar", es decir, nuestro corazón, conformándolo a la exigencias de la verdad, pues: "*La verdad no pide otra cosa que hacer una alianza con el hombre; pero ella quiere que sea únicamente con el hombre, y sin ninguna otra mezcla de todo aquello que no sea fijo y eterno como ella*" (El Hombre Nuevo, 1). Ahora bien, esta mezcla "no fija", es todo lo que proviene de la naturaleza pecadora, de las adherencias de la carne, de la antigua seducción de la serpiente, de las ilusiones del viejo hombre que solo encuentran su reparación en el trabajo de santificación: "*Dios quiere ser servido en espíritu, pero también en verdad [...] es el corazón del*

hombre lo que hay que santificar y llevarlo como triunfo ante todas las naciones. El corazón del hombre se origina en el amor y la verdad; sólo puede recobrar su condición tendiendo hacia el amor y la verdad" (El Hombre de deseo, versículo 199).

Si Martinès insistió principalmente sobre la naturaleza del crimen de nuestro primer padre según la carne, y las terribles consecuencias judiciales que entrañó para las generaciones que le sucedieron sobre la tierra, Saint-Martin se inclinará, por su parte, con atención creciente, dando prueba de una capacidad de percepción excepcional respecto a lo que son los diversos mecanismos del alma humana, sobre el lamentable estado en que interiormente se encuentran en el presente los hijos de Adán, y constatará no solamente la profunda degradación y decaimiento que pesa sobre ellos habiéndoles hecho perder su estatus privilegiado ante el Creador, sino también habiéndolos reducido en todas sus facultades, y en particular condenándolos a una suerte de casi "muerte moral". Esta situación trágica que caracteriza la humanidad actual golpeará y afectará de tal manera a Saint-Martin que le llevará a considerar, no sin razón, como vana y estéril toda acción que no tenga como paso previo una absoluta y verdadera "purificación", y esto antes de toda empresa de instauración de un contacto o diálogo con el Cielo. El hombre se encuentra en tal estado de abyección que precisa de antemano y en primer lugar que se reconozca como miserable pecador y se humille profundamente ante el Señor, a fin de esperar el poder atreverse, después de haber pasado por las diferentes etapas del arrepentimiento, a dirigirse al Eterno.

Saint-Martin, en este punto, es sin duda alguna aquel que ha visto con mayor agudeza la espantosa perversidad del alma humana, y el que sufre visiblemente, con una rara y comprobable intensidad, ante el espectáculo lamentable que ofrecen los pobres desechos satisfechos de sí mismos, plenos de innobles pretensiones que el mal y el vicio reparten ampliamente en el seno de las repugnantes criaturas que somos. Su retrato no admite concesiones, y es uno de los que ciertamente más se han avanzado en la descripción de la terrible decadencia en la que, con increíble inconsciencia y despreocupación, nos sumimos horriblemente³⁰: "*Nos hemos dejado agarrotar en vivo y en todas nuestras facultades,*

escribe Saint-Martin, por las cadenas del enemigo: sentimos que estas cadenas nos aplastan y nos hurtan todos nuestros movimientos [...]. El hombre bajo las leyes de su materia está aprisionado y limitado por los cuatro costados; ha bastado para atarlo así que se reunieran en una suerte de unidad los poderes, las fuerzas y las facultades que dejó salir de sí mismo, y que diseminó en todas las regiones para operar el desorden de sus planes impíos y mentirosos: el enemigo, apoyándose todavía sobre las cadenas con las que le ha cargado, busca por ello tratarle como su juguete y su víctima, aquel que fingió antaño querer tratarle como a su amigo” (El Hombre Nuevo, 4).

A lo largo de su reflexión, el Filósofo Desconocido, con constante preocupación por poner de relieve los miasmas de los que somos portadores, penetra en los pliegues secretos del alma humana, extirpando las más pequeñas bajezas y poniendo a la luz todos los embustes, las zonas disimuladas y las piadoras actitudes que le son habituales. Desmontará, trozo a trozo, la increíble arquitectura que los hombres se construyen, y en la que desean establecer su morada a fin de enmascarar su propia miseria a sus semejantes. Para Saint-Martin, la suerte de la criatura humana es de tamaña tristeza, reducida y condenada a una finitud de naturaleza hasta tal punto siniestra, que se preguntará cómo puede esta última continuar negando la evidencia, rechazando el ver claramente la realidad de su estado cuya primera imagen, es decir, la de su nacimiento, ofrece a la observación objetiva una significativa lección a aquellos que quieren detenerse, aunque sea un instante, sobre el sentido de esta generación bestial y animal que condiciona nuestra aparición en este mundo. Hablando de esta lastimosa situación, Saint-Martin, nos dice: “Es desde el momento de su nacimiento corporal que uno ve empezar la penas que le aguardan. Es entonces que muestra todas las marcas de la más vergonzosa reprobación; nace como un vil insecto en la corrupción; nace en medio de sufrimientos y gritos de su madre, como si fuera para ella un oprobio dar a luz; ahora bien, qué lección es para él ver que de todas las madres la mujer es la que tiene el alumbramiento más penoso y peligroso! Que apenas comienza a respirar, inmediatamente después del parto, es cubierto de lágrimas y atormentado por los males más agudos. Los primeros pasos que hace en la vida le anuncian que no ha veni-

do más que a sufrir, y que verdaderamente es el hijo del crimen y del dolor.

¡Oh! hombre, vierte un amargo llanto sobre la enormidad de tu crimen, que tan horriblemente ha cambiado tu condición; estremécete ante el funesto decreto que condena a tu descendencia a nacer en los tormentos y la humillación, cuando no debería haber conocido otra cosa que la gloria y una felicidad inalterable” (De los errores y la verdad).

Sin miramientos, el Filósofo Desconocido nos indica que el envoltorio material con el que estamos cubiertos es la causa de esta dolorosa situación; es la carne, el compuesto basto, que asumimos, no sin múltiples dificultades, que es la fuente de nuestra tormentosa relación con el mundo y de nuestra incapacidad de subir hacia ámbitos espirituales: “Este cuerpo material que llevamos, es el órgano de todos nuestros sufrimientos; es pues él quien poniendo gruesos límites a nuestra vista y a todas nuestras facultades nos tiene en privación y en pena; no debo disimular en absoluto que la unión del hombre con este basto envoltorio es la pena a la que su crimen lo ha sometido temporalmente, puesto que vemos los horribles efectos que experimenta desde el momento que es revestido con él hasta aquel otro en que es despojado del mismo; y que es por esto que comienzan y se perpetúan las pruebas sin las cuales no puede restablecer las relaciones que antaño tenía con la Luz” (De los errores y la verdad).

No obstante, esta sombría pintura tiene sin embargo sentido, puesto que las vestimentas de oprobio que llevamos y las pruebas, a menudo agobiantes e inaceptables que se nos hace pacientemente atravesar, es el precio que nos es pedido en pago por nuestra expiación, es el tributo que debemos al amor el cual solo castiga en conformidad con el sublime destino que reserva a sus elegidos, pues la aniquilación sería una condena mucho peor que el castigo que tiene por finalidad el hacernos dignos de comulgar con los misterios de la Divinidad: “Este Principio, siendo amor, solo castiga a los hombres con el amor, pero al mismo tiempo no siendo más que amor, cuando se le quita el amor, no deja nada más. [...] nada debería asustarles más que dejar de tener el amor de este Principio, pues desde entonces se hallarán en la nada; y ciertamente esta nada que el hombre puede experimentar a cada instante, si se le muestra en todo

su horror, sería para él una idea más eficaz y saludable que la de las eternas torturas a las cuales, a pesar de la Doctrina de estos Ministros de la sangre, el hombre ve siempre como un fin, y jamás como un comienzo” (De los errores y la verdad).

Seamos sin embargo lúcidos. Creado en gloria, elevado y establecido a fin de colaborar con las verdades celestes, puesto que fue “emanado” para contribuir a la rehabilitación general del orden divino peligrosamente contestado por Satán y sus legiones, el hombre, por su Caída, cuando su imperdonable falta, ha estropeado de tal manera, desfigurado su esencia, que su retorno a la gracia es efectivamente extremadamente difícil y duro. La prueba, sin lugar a dudas, es extenuante, pero la redención solo puede obtenerse por mediación de estos exigentes medios de restauración, socorros esenciales sin los cuales ninguna perspectiva de retorno a la comunión original es posible; socorros singularmente espantosos, hay que reconocerlo, aunque también absolutamente necesarios e indispensables: “*Los socorros concedidos al hombre para su rehabilitación, aún y siendo preciosos, tienen sin embargo condiciones muy rigurosas. Y verdaderamente, a más gloriosos los derechos perdidos, más deberá sufrir para recobrarlos; en definitiva, estando sometido por su crimen a la ley del tiempo, no puede evitar sufrir los penosos efectos, pues habiéndose puesto él mismo todos los obstáculos que el tiempo encierra, la ley quiere que nada pueda obtener sino a medida que los experimenta y los supera” (De los errores y la verdad).*

El lejano recuerdo de un antiguo estado en el que vivía una felicidad perfecta, puesto que se beneficiaba de una unión nítida y sin sombra con Dios, lleva al hombre a aspirar con todo su ser, si acaso no destruye en él la esencial memoria que le recuerda el esplendor de su existencia anterior en tanto que espíritu bendito de Dios, a recobrar su verdadera naturaleza, y para conseguirlo le es vital obrar sin descanso en esta tarea central, que sobrepasa toda otra forma de empresa humana, por loable que sea³¹. En efecto, si el hombre pierde este precioso tesoro que fue preservado en su fuero interno, en su centro sagrado, a pesar de la prevaricación, no le queda ninguna esperanza de acceder a las regiones magníficas que constituían, primitivamente, su habitáculo original, y sobre todo de “reintegrar” su estado primero que nunca

hubiera debido dejar y del que ha sido separado para su desgracia e infinita tristeza que nada puede apaciguar: “*En este estado de reprobación en el que el hombre ha sido condenado a reptar, y en el que solo percibe el velo y la sombra de la verdadera luz, conserva en mayor o menor medida el recuerdo de su gloria, alimenta más o menos el deseo de volver a ella, todo ello en razón del libre uso de sus facultades intelectuales, en razón de los trabajos que le son prescritos por la justicia y del empleo que debe tener en la obra. Algunos hombres se dejan subyugar, y sucumben a los numerosos escollos sembrados en esta cloaca elemental, otros tienen el coraje y la felicidad de evitarlos. Debemos así decir que aquel que se preserva lo mejor que puede, habrá dejado desfigurarse menos la idea de su Principio, y estará menos alejado de su primer estado” (De los errores y la verdad).*

III. El “Hombre Nuevo” y la obra de santificación

Resulta evidente que no se comprenderá en nada a Saint-Martin, y a la vía sanmartiniana, si uno se equivoca, por efecto de una lamentable confusión, sobre el carácter absolutamente específico, y original a la vez, de su actitud e igualmente de su objetivo particular. El Filósofo Desconocido, siendo esta idea de primera importancia desde el punto de vista del análisis, ha percibido que la trágica situación en la que se encuentra el hombre, abandonado en este mundo tenebroso al poder de las fuerzas negativas, exige un trabajo de regeneración total que no puede contentarse con los pobres instrumentos que le ofrece una naturaleza caída, un espíritu prisionero e infestado por el pecado. Es pues otro camino el que debe ser recorrido, lejos de los “*Objetos figurativos y alegóricos [de las] instituciones simbólicas [...] Sois como enigmas, a los que no se presta atención desde el momento en que se descubre la clave [...]” (El Hombre de deseo, Vers. 177)*; es un recorrido absolutamente diferente a efectuar por el hombre perdido y caído, pues importa saber que si “*el Padre santificó al Hijo, el Hijo santificó al Espíritu, el Espíritu santificó al hombre*”, es porque “*el hombre debe santificar todo su ser*” y, sublime destino al igual que misión original: “*su ser debe santificar a*

los agentes del universo. Los agentes del universo debían santificar toda la naturaleza y la santificación debía extenderse hasta la iniquidad” (El Hombre de deseo, 224).

Ahora bien, esta obra de santificación, vital y esencial, siendo por esencia el más importante deber de todo hombre que viene a este mundo, no es realizada en absoluto por las estructuras tradicionales que pretenden revelar al hombre los últimos secretos escondidos a la oscurecida vista de los profanos. Saint-Martin lo comprenderá rápidamente, y ésta es la razón de su retiro y toma de distancia con las vías incompletas, que por razón del carácter profundamente degradado del ser, ni las ceremonias de imponente hieratismo, ni los ritos pomposos y majestuosos son capaces de modificar el corazón del hombre. Por muchos años, incluso una vida entera dedicada a recibir grados, a ejecutar sabias puestas en escena, por muy de naturaleza superior que fueran, no producen ningún cambio en el interno. Los vicios no son desarraigados de ninguna manera, las mismas trabas, los idénticos defectos y la irrisoria pequeñez triunfan siempre a pesar de los augustos títulos con que se engalanan algunos individuos, títulos que apenas logran esconder su pobre miseria espiritual de la que se jacta, más de lo que convendría, su risible vanidad. El espíritu del hombre, por la enfermedad de la que está afectado, exige un remedio totalmente distinto, reclama un tratamiento muy diferente; le es necesario tomar una vía con la exigencia más secreta y profunda, necesita alejarse lo más rápidamente de los callejones sin salida, de los senderos desviados en los que en ningún momento es verdaderamente tratada y purificada la negra constitución del alma.

No basta con, confortablemente instalados en mullidos sofás, alabar la virtud, ponderar el incomparable valor de la piedad y el recto pensamiento, cantar las odas, la mayor parte de tiempo sin conciencia de ello, al Ser eterno y Todopoderoso, sino que es necesario ponerse, concreta y positivamente, de rodillas y rezar. Es importante confesar su crimen, poner su cabeza entre las manos y, llorando, gritar con sinceridad al Señor diciendo: “Dios mío, yo sé bien que sois la vida y que no soy digno de aproximarme a vos, yo, que no soy más que un ser manchado, mísero e inicuo. Sé que tenéis una palabra viva, pero que las espesas tinieblas de mi materia impiden que la hagáis oír a los oídos de mi alma.

Haced no obstante descender sobre mí una muy gran abundancia de esta palabra, para que su peso pueda equilibrar la masa de la nada en la que está absorbido todo mi ser, y que en el día del juicio final, este peso y esta abundancia de vuestra palabra puedan sacarme fuera del abismo y hacerme subir hasta vuestra santa morada [...]” (El Hombre Nuevo, 1).

Es necesario humillarse, que el hombre desnude su corazón, que confiese su pecado, que reconozca su iniquidad y debilidad, que golpee su pecho descendiendo a su interior y comprenda que “[...] la familia humana no tiene otro recurso y salvación que la súplica, recurriendo a la misericordia del Señor, habida cuenta que las nuevas prevaricaciones de las generaciones sucesivas no hacen sino acrecentar los males y la miseria del hombre” (El Hombre Nuevo, 7).

He ahí, para Saint-Martin, cuál es la obra auténtica, el itinerario riguroso y severo en el que debemos comprometernos, apartando de nosotros los engañosos embustes, las amplias rutas que conducen a los precipicios y la perdición, pues “desgraciado aquel que no cimenta su edificio espiritual sobre la base sólida de su corazón en perpetua purificación e inmolación por el fuego sagrado” (Retrato, 427). Se nos pide entregarnos por entero, abandonarnos y sumergirnos con confianza en los brazos del Señor sin intentar querer agarrarnos todavía a las viejas ramas muertas, someternos al misterio del amor infinito y entrar en la pura comunión con el Cielo, siguiendo, en esto, el precioso consejo que nos ofrece el Filósofo Desconocido: “Alma humana, únete a aquel que ha traído sobre la tierra el poder de purificar todas las sustancias; únete a aquel que siendo Dios, solo se da a conocer a los simples y los pequeños, y se deja ignorar por los sabios” (El Hombre de deseo, 201).

La obra de santificación, que no está reservada, contrariamente a lo que algunos puedan imaginar, a aquellos que han pronunciado votos religiosos, sino que concierne, muy al contrario, a todo verdadero hombre de deseo aspirante a entrar en unión con la Divinidad, no conoce otro método que el retiro de las obras del mundo; la obra de santificación consiste en un ponerse aparte por Dios, una puesta aparte indispensable para aquellos que saben hacer la “diferencia entre lo puro y lo impuro” (Ezequiel, 44:23); así pues está plenamente destinada al hombre que ha comprendido el sentido de estas palabras de las Escrituras:

“Sed santos, porque yo, Yahveh, vuestro Dios, soy santo” (Levítico, 19:2). Es por lo que, como precisará Saint-Martin: *“El primer grado de la cura que el hombre tiene que operar sobre sí mismo es separar de él todos estos humores viciados y secundarios que se han acumulado en él desde la caída; y estos humores son aquellos que se han fijado sobre la especie humana a causa de las diversas desviaciones de la descendencia del primer hombre; los que tenemos de nuestros padres por las falsas influencias de las generaciones depravadas; en definitiva, aquellos que dejamos acumular sobre nosotros por nuestras negligencias y prevaricaciones diarias”* (El Ministerio del hombre-espíritu, 1ª parte, “De la naturaleza”).

IV. Nuevo nacimiento y regeneración

En efecto, *“¿qué sería la santificación del hombre nuevo, si ésta no se extendiera a todo nuestro ser? Y ¿qué sería la santificación de todo nuestro ser, si solo se extendiera a nuestro propio círculo?”* (El Hombre Nuevo, 64). El nuevo nacimiento, la regeneración del hombre nuevo, es una obra completa que ejerce una influencia general, transforma radicalmente al individuo no dejando subsistir en él las antiguas ataduras a los frutos del pecado. Pero si el hombre permanece, por su naturaleza, prisionero de su carne mortal y sus pasiones desordenadas, está, cuando se compromete en el trabajo de regeneración, desde este momento preciso, perfectamente lúcido sobre el valor de las tendencias fétidas que subsisten en su seno: *“En tanto no hayamos expulsado de nosotros todos estos diversos humores, no podemos empezar a caminar en la línea de nuestra restauración, que consiste particularmente en atravesar la espesa región de tinieblas en la que la caída nos ha precipitado y hacer renacer en nosotros el elixir natural con el que poder reanimar los sentidos del universo desvanecido”* (El Ministerio del hombre-espíritu, 1ª parte, “De la naturaleza”).

Convencido de su bajeza, y de las señales de insumisión que aparecen invariablemente a la menor ocasión, el hombre está obligado a purificar y apartar de él los rastros de sus múltiples prevaricaciones sucesivas que reproducen, a cada instante, el acto horrible y criminal que

Adán, bajo la influencia del adversario, se atrevió a cometer, y que reiteran todas las generaciones a su vez en cada una de sus culpables acciones o pensamientos perversos. Antes de comprometerse pues en la vía espiritual, los principios de ésta regeneración deben ejercerse totalmente y cambiar al hombre degradado en hombre regenerado: *“Se trata de ver si has purgado tu ser de todas las inmundicias secundarias que todos amasamos diariamente desde la caída, o al menos si sientes el ardor de entregarte al precio que sea, y reanimar en ti esta vía apagada por el crimen primitivo, sin lo cual no puedes ser ni servidor de Dios, ni consolador del universo. [...] Sondéate profundamente sobre estas nuevas condiciones, y si no has logrado echar de ti todos los frutos de tus extravíos secundarios, si no has desarraigado en ti hasta la más mínima inclinación extraña a la obra, te lo repito formalmente, no vas a ir más lejos: la obra del hombre pide hombres nuevos”* (Ibid., 1ª parte).

Sin transformación previa, sin renovación del corazón, ninguna plegaria se pronuncia correctamente, ninguna acción justa es posible, ya que las tinieblas solo se disipan por la regeneración espiritual. Entonces, y solamente entonces, el Espíritu atravesará nuestro espíritu y podremos empezar a oír las primeras palabras de Redención, y tímidamente podremos atrevernos, por nuestra parte, a proferir algunos agradecimientos y dirigir nuestra mirada hacia el Eterno. Nuestras substancias carnales, sumamente activas hasta nuestro último aliento y aguardando volver a la polvareda de la que provienen, verán surgir en nuestro corazón las sobrenaturales luces, y manifestarse el fuego de la Verdad resplandeciendo una incomparable claridad. Esta purificación es hasta tal punto importante y crucial que, sin haberla emprendido no puede haber, para cada hombre, posición verdadera, actitud justa, auténtica reconciliación. El arrepentimiento sincero, que conduce a la renovación del corazón, es la condición imprescindible, la indispensable introducción a todo avance en este camino. La obra de regeneración es a este precio, al precio de la increíble transformación adquirida, no sin un extraordinario movimiento de retorno completo, por un abandono esencial a la santa voluntad de Dios, no sin una total entrega del espíritu en manos de la Divinidad. Ciertamente el cambio puede parecer radical, incluso incomprensible para el “hombre del torrente”, para el hombre viviente

todavía bajo la ley de la carne que no ha sido purificado e iluminado por la fuerza del Espíritu. No obstante, nos es preciso reconocerlo, hay indiscutiblemente un antes y un después, un paso del hombre viejo al hombre nuevo, paso cuyo fruto, visible y evidente, es la emergencia luminosa, en el ser objeto de la transformación, de otro corazón, de un pensamiento no pecaminoso, de un deseo puro y, sobre todo, de una conciencia desobstruida que permita una visión limpia y desprovista de los tristes vestigios en los que habremos de residir hasta que el Cielo, por fortuna, nos libere de nuestra prisión material, nos desembarace de los miserables harapos con los que hemos estado cubiertos en el momento de nuestro nacimiento y, finalmente, nos lave de esta siniestra y perversa orientación diabólica que contemplábamos antes como “más íntima a nosotros que nosotros mismos”, y que guiará y dirigirá con fuerza ejemplar cada segundo de nuestras pobres vidas hasta que la Luz se haga en nosotros.

Si Saint-Martin insiste con tanto vigor, con tan excepcional calor de convicción, sobre la regeneración, si para él representa tanto en el seno de la acción espiritual, es que, si lo pensamos solo un instante, nada, absolutamente nada de bueno puede provenir de aquel que no se haya renovado completamente; nada es contemplable, aceptable y admisible viniendo de aquel que no haya recibido la pura bendición de la soberana acción del corazón nuevo. De igual modo que nada de sincero puede surgir proveniente de aquel que no ha atravesado la ciénaga del olvido, parecidamente, ningún acto, ningún pensamiento estará fundamentado en la verdad en aquel que no ha pasado al otro lado del reino de las sombras y los fantasmas, en aquel que no ha salido del ámbito de los espejismos, que no ha dejado definitivamente la comedia de las vanidades y el grotesco teatro de las ilusorias y vanas pretensiones.

En este aspecto, el trabajo sanmartiniano es un trabajo según el interno porque es allí, en el corazón, en este lugar preciso, que se juega la posibilidad misma de un devenir para el alma; es en este lugar mayor y único que son selladas las condiciones para un eventual futuro de estrecha unión para el hombre de deseo. No hay pues, y que esto sea dicho solemnemente, otras posibilidades que se ofrezcan al buscador, otros caminos que autoricen un acercamiento a los lugares santos: es

desde el fondo del alma que deben elevarse los incienso de las plegarias, es desde este centro que se hacen oír los cánticos dirigidos al Rey de los cielos, es en este lugar que son celebradas las inefables nupcias que ven, en un indescriptible misterio, a la querida esposa reposar definitivamente sobre el corazón compasivo del Señor y dormirse, en una paz profunda, por una eternidad de perpetuo amor.

V. La plegaria como teúrgia cardíaca

Comprenderán sin esfuerzo, después de lo que acaba de ser expuesto, que no conviene actuar, en el seno de la vía espiritual según el interno, como se haría en otros senderos muchos más amplios y singularmente frecuentados, donde son utilizados, sin vergüenza aparente, pesados y burdos medios, frutos miserables de la ceguera de los hombres que se imaginan, ingenuamente, poder conquistar el cielo con la ayuda de sus ridículas e irrisorias maniobras apoyadas en conocimientos imperfectos y limitados. Saint-Martin, con inteligencia, nos recuerda que poseemos, muy al contrario, un itinerario, mucho más seguro y simple para acercarnos al Eterno, un vehículo ideal incomparablemente superior a cualquier otro y que no conoce ningún equivalente: la plegaria.

La plegaria es el único auxilio que Dios, en su bondad, ha dejado a su criatura después del pecado original, a fin de que haga uso de ella para lograr su reconciliación, para que obtenga del Altísimo las gracias que tanto necesita, los consuelos que trágicamente le faltan y le libran, cruelmente, al sufrimiento desde el desgraciado episodio de la Caída. La plegaria es una palanca capaz de levantar todo el peso del mundo caído y de transportar la pesada materialidad, cambiándola en un vibrante impulso de transfiguración. Ella es también una potencia de vida y de eternidad, actuando en los seres con una sorprendente eficacia, que en ocasiones sorprende enormemente, pero que siempre repara y cura las consecuencias desastrosas que todos heredamos desde la misma cuna por el crimen de nuestro primer padre según la carne.

La plegaria es pues soberana y esencial, sobrepasa sin contestación alguna los estériles procedimientos con que nos rodeamos para paliar

nuestras insuficiencias y a las cuales, mediocrementemente, nos aferramos piosamente. La plegaria es una escala dirigida hacia el vasto Cielo, es “una escala con la que uno puede elevarse hasta el cielo de los cielos”, como lo dirá pertinentemente Saint-Martin; la plegaria es ofrecida libremente a aquellos que desean comprometerse verdaderamente en la purificación del corazón y la celebración de la unidad³².

Sin embargo, es preciso añadir a continuación que la plegaria posee muchas virtudes y cualidades que hemos puesto en evidencia, pero que tampoco se trata, para Saint-Martin, de no importa qué plegaria. En los comienzos, como es fácil constatar, solo sabemos presentar al Señor quejas y suspiros, solo sabemos pronunciar balbucientes palabras. Saint-Martin precisará pues al respecto: “Es porque nuestras plegarias son solamente gemidos, lamentaciones, invocaciones, en lugar de ser contemplaciones, órdenes, acciones de gracias y gozos, como debieron ser en el origen, y como serán al final de todas las cosas, para aquellos que se habrán consagrado al mantenimiento de la justicia y a la observación de las leyes del Señor” (*El Hombre Nuevo*, 6). Y esto es tanto más cierto como que la plegaria es un poder, una fuerza, un incomparable instrumento de ascensión, de superación de lo creado e incluso de generación de la luz invisible como lo expresa, con la ayuda de una bella imagen, el Filósofo Desconocido, cuando nos recuerda que estamos en la obligación de trabajar, sin descanso, en nuestra obra incluso antes que el sol material ilumine las realidades de este mundo, de manera que ocurra, en nosotros, un resplandor de naturaleza sutil capaz de extenderse sobre el conjunto de oscuros vestigios de las circunferencias terrestres: “Levántate, hombre, todos los días antes del amanecer, para acelerar tu obra. Es una vergüenza para ti que tu incienso diario sólo levante su humo después de salir el sol. No es el alba de la luz la que debería invitar a tu plegaria para que venga a rendir homenaje al Dios de los seres y a pedir sus misericordias, sino que es tu plegaria la que debería llamar al alba de la luz y hacer que brille en tu obra para que, acto seguido, pudieses verterla desde lo alto de este oriente celeste sobre las naciones dormidas en su inactividad y sacarlas de sus tinieblas” (*Ibid.*, 8).

De esta forma, la plegaria es vista y contemplada, desde el punto de vista sanmartiniano, de modo bien diferente en relación a la manera

como la concebimos habitualmente. Es percibida bajo un ángulo original en que se revela, casi milagrosamente, en una dimensión raramente entrevista, convirtiéndose, por efecto de una revelación inesperada, en una auténtica teúrgia, una teúrgia cardíaca, una teúrgia según el interno desprovista de todo aparato superfluo³³. Es posible, igualmente, calificar más precisamente esta “teúrgia cardíaca” designándola bajo el nombre de plegaria activa, es decir, “plegaria viviente”, “plegaria operante” porque es turbadora, plegaria que compromete y arrastra hacia los límites de la inmensidad, al umbral de la Ciudad Santa donde se encuentra el Templo en el que son celebrados los misterios del culto original. Esto explica por qué nos es dicho: “Nuestra plegaria podría transformarse en una invocación activa y perpetua, y en lugar de decir esta plegaria podríamos realizarla y operarla en todo momento [...]” (*Ibid.*, 45), pues la plegaria puede, y debe, devenir “la operación” por excelencia del ser espiritual, ella es el arma y el escudo, la defensa y la espada del hombre santificado, ella lo conduce ante el divino esplendor del Padre, y realiza la gloria del Verbo en el interior de nuestro corazón.

Saint-Martin, anticipándose a este momento tan aguardado y esperado, nos da fraternalmente un precioso consejo conforme a las enseñanzas que caracterizan su doctrina en múltiples aspectos: “Intenta pues despojarte de todas estas trabas que te retienen en las tinieblas; ve, por tus esfuerzos y constantes plegarias, hacia tu unidad espiritual y tu simplicidad original, oirás entonces pronunciar por encima tuyo y mío: santo, santo, santo [...]” (*El Hombre Nuevo*, 17). La liturgia que se eleva entonces en el hombre en quien, por fortuna, será pronunciado este canto de alabanza a la santidad del Eterno, le cambiará de la pobre criatura que era anteriormente a un elegido de las naciones, se tornará en un hijo querido del Padre, beneficiario de los siete dones del Espíritu.

Esto nos demuestra que si el nuevo hombre ha sido capaz de hacer de su plegaria una invocación activa, si ha logrado convertirla en una teúrgia según el interno, será capaz y estará en estado de proclamar: “Invocaré a Dios en nombre del reparador, invocaré al reparador en nombre del cumplimiento de la ley, invocaré al cumplimiento de la ley en nombre de la fe, invocaré la fe en nombre de mis obras y la constancia de mis santas resoluciones” (*El Hombre Nuevo*, 49). Proclamación mag-

nífica que le valdrá una bendición infinita cuya influencia, inmensa y provechosa, repercutirá sobre la totalidad de sus esencias y sobre el conjunto de las regiones visitadas por el poder de santidad de la Palabra.

VI. El Divino Reparador

Nos corresponde, en este instante, antes de sumergirnos más profundamente todavía, si cabe, en el pensamiento íntimo del teósofo de Amboise, insistir sobre un aspecto extremadamente original de la vía sanmartiniana, aspecto que sin duda podría parecer evidente para muchos, pero que merece al mismo tiempo, siendo el asunto de singular relevancia, una atención muy especial en razón de su importancia innegablemente determinante. En efecto, la característica propia, básica y singular del pensamiento sanmartiniano tiene el papel "crucial" de que reconoce en Jesucristo el lugar privilegiado reservado al "Reparador", ocupando en todos los ámbitos, y en particular en lo que concierne a la obra espiritual que es necesario cumplir a fin de reencontrar el venturoso camino de la unidad con la Divinidad, una función insustituible. Robert Amadou subraya por otra parte, en un texto de gran valor titulado *Sédir, levez-vous*: "Todo en Saint-Martin gira en torno a Cristo. El Cristo está en el centro de todo; por consecuencia, en el centro de la doctrina de Saint-Martin, preocupada por el único centro, el único interno. San Juan, san Pablo, el Apocalipsis son, por coincidencia o por influencia, las fuentes de la teosofía sanmartiniana. Volviendo sobre ella comprenderemos mejor el martinismo en espíritu y en verdad³⁴ [...] ", análisis que confirma estas explícitas líneas del Filósofo Desconocido: "Que todas las voces celebren al Reparador universal, el cordero sin tacha interior ni exterior, aquel cuya naturaleza es viviente de la vida misma, aquel que ha abierto para nosotros los canales de las dos Alianzas, por mediación de las cuales podemos únicamente recobrar la explicación de nuestro ser" (El Hombre nuevo, 51).

Por este hecho, en el corazón del "Hombre Nuevo" deseoso de comprometerse sinceramente en el camino de su restauración, se debe establecer la firme convicción de que su regeneración verdadera, efecti-

... la acción de la que tenía necesidad, lo ha
... entrar en su antiguo dominio y recorrer
... pues por el Cristo, gracias a Cristo, que
... brar la plenitud de su esencia, ser lavado
... nuevo, en los dominios que eran los suyos;
... ha logrado, cuando su santo sacrificio
... la Cruz, romper las cadenas demoníacas que
... que hizo donación, por amor, de palabras
... que faltaba en la descendencia de Adán:
... los hombres la Ley secreta velada para ellos
... de expiación, a fin de que actuando vir-
... se abriera por así decirlo el paso a las
... supremas que, únicamente, pueden volver
... electuales del hombre y devolverle el oído,
... posteridad" (Ibid.). Sí, es Jesús, el dulce
... restaurado en nuestros derechos perdidos
... él estaba en disposición de cumplir.
... teníamos nada que hacer, y fue él, que por
... situación, lo hizo todo por nosotros, quien
... lultad de la tarea y ha celebrado hasta su
... ción, promesa de la Redención universal:
... amor infinito por los hombres, ha sufrido
... hambido a ninguno. Este ser divino era inac-
... que se desvanecían ante él sin que ninguno
... ha experimentado el combate de los ele-
... de los hombres, pero su espíritu no sufrió.
... porque jamás se había separado de su divi-
... otros padecimientos que los que le hacía
... los hombres. Esta caridad era una compara-
... perfecciones divinas con el abismo de des-
... en las que el hombre se había precipita-
... rebajado y descendido hasta nosotros. No
... que sería este sufrimiento, puesto que leía a
... (Las Lecciones de Lyon, 92, 6 de marzo de

Saint-Martin nos descri-
sacrificio, y la manera en la
ciente de su viva oblación: "to-
tos, y revestirse de este efo-
esta tiara de la que los sum-
sus funciones sacerdotales y
verdaderas vestiduras con las
desnudez de la posteridad ha
ante los ojos de aquellos qui-
cer ante ellos las palabras q-
confiado antaño al hombre
debido también darles un ni-
que, gracias a él, aquellos a l-
disipar los males y las tiniebl-
había rodeado, y que apren-
invulnerables" (Tabla natura

Prosiguiendo la descrip-
solo evaluamos, a primera v-
ella reviste, tanto en el plan-
do gracias a ella nos fue de-
que es por esta operación su-
en este mundo y cuyo valor
da al hombre, por vez prin-
alimentar el altar de los per-
de los Santos", se celebra e-
culto de santificación univer-
perfume del que se habla en
igual peso, y que los sacerdo-
del templo, bajo las prohibi-
rio sagrado, y después de ha-
ha debido convencer a sus i-
perfume. En definitiva, su
hubiera iniciado en estos co-
mismos estos cuatro precios
me incorruptible y a extrae

va y esencial, no puede, en ningún caso, efectuarse sin la ayuda salvadora del Señor Jesús, y que es preceptivo, para él, ponerse por completo, abrigarse y resguardarse, con todo el vivo ardor de su fe, bajo las luces dispensadas por el Evangelio.

Para Saint-Martin, resulta claro que la Palabra de salvación que hemos recibido, la enseñanza liberadora que nos fue prodigada por Cristo, son un puro tesoro, una rica herencia que es la única que puede abrirnos las puertas del Reino, y queda fuera de lugar para el Filósofo Desconocido, que conoce perfectamente los peligros que representan los numerosos atajos, principalmente en el marco de las actividades iniciáticas, que cualquiera corre el riesgo de apartarse, de alejarse del soberano Maestro en provecho de elementos intermedios de interés relativo, a menudo inaptos e incapaces de procurarnos participar de los maravillosos misterios del Cielo, a los que legítimamente aspiramos.

Así mismo, Saint-Martin multiplicará en su obra los indispensables recordatorios, y volverá sobre ello sin cesar especialmente con sus íntimos, a fin de que se abandonen en manos del Mesías, y que se alejen definitivamente de las vías falsas, de los agentes ciegos, de las potencias limitadas, para confiarse totalmente, por entero, absolutamente, en el Cristo y Señor, el Divino Reparador, Jesús, o bajo su nombre original יהשוא (Ieshuah), el Hijo bienamado del Padre. Pudiera parecer que este tipo de precisión, sobre todo para personas que se sitúan en los diversos grados de las circunferencias del esoterismo dicho cristiano, resultara un tanto superfluas por lo evidente que puede resultar la cuestión. Ahora bien, sabiendo la facilidad con la que el espíritu humano —altamente volátil—, se aparta rápidamente de lo que a buen seguro es su único bien para entregarse, con pasión, a los espejismos de la antigua y primitiva seducción, le parece más que deseable a Saint-Martin que cada uno trabaje en volver, humildemente, al interior del recto y seguro sendero trazado por Cristo, y que no se aparte de él bajo ningún pretexto, pues *“todo se oscurece, todo se divide; todo se aniquila, porque el hombre reducido a sí mismo agota sus fuerzas y no recibe nada para renovarlas [...]”* (Tabla natural, XIX).

Reconozcamos, nos pide Saint-Martin, *“que el Agente universal [el Cristo], apareciendo en medio de los tiempos en una época cuaternaria,*

y dando al hombre la verdadera reacción de la que tenía necesidad, lo ha puesto al alcance de volver a entrar en su antiguo dominio y recorrer todas sus partes [...]” (Ibid.). Es pues por el Cristo, gracias a Cristo, que el hombre puede esperar recobrar la plenitud de su esencia, ser lavado de su crimen y penetrar, de nuevo, en los dominios que eran los suyos; es el Divino Reparador quien ha logrado, cuando su santo sacrificio sobre la bendita madera de la Cruz, romper las cadenas demoníacas que amarraban la humanidad, y que hizo donación, por amor, de palabras de vida, de la Palabra eterna que faltaba en la descendencia de Adán: “Este Agente ha divulgado a los hombres la Ley secreta velada para ellos desde su exilio en ésta morada de expiación, a fin de que actuando virtualmente en estos tres centros, se abriera por así decirlo el paso a las Virtudes de las tres Facultades supremas que, únicamente, pueden volver a vivificar los tres órganos intelectuales del hombre y devolverle el oído, la vista y la palabra a toda su posteridad” (Ibid.). Sí, es Jesús, el dulce Cristo compasivo, que nos ha restaurado en nuestros derechos perdidos por un “sacrificio” que solamente él estaba en disposición de cumplir. Muertos espiritualmente no teníamos nada que hacer, y fue él, que por amor, viendo lo trágico de la situación, lo hizo todo por nosotros, quien ha actuado sabiendo la dificultad de la tarea y ha celebrado hasta su muerte el gran rito de expiación, promesa de la Redención universal: “Víctima voluntaria de su amor infinito por los hombres, ha sufrido todos los ataques y no ha sucumbido a ninguno. Este ser divino era inaccesible al mal, todos sus ataques se desvanecían ante él sin que ninguno pudiera penetrarle. Su cuerpo ha experimentado el combate de los elementos y los golpes de malicia de los hombres, pero su espíritu no sufrió. No podía estar en privación, porque jamás se había separado de su divinidad. No ha experimentado otros padecimientos que los que le hacía sufrir su caridad infinita por los hombres. Esta caridad era una comparación clara e instructiva de sus perfecciones divinas con el abismo de deshonra, abominaciones y miserias en las que el hombre se había precipitado. Es para liberarlo que se ha rebajado y descendido hasta nosotros. No es difícil imaginar lo grande que sería este sufrimiento, puesto que leía a la vez en todos los espíritus” (Las Lecciones de Lyon, 92, 6 de marzo de 1776, SM).

Saint-Martin nos describe con detalle el sentido de este soberano sacrificio, y la manera en la que Jesús acompañó el rito perfecto y suficiente de su viva oblación: “Ha tenido que entrar en el Santo de los Santos, y revestirse de este efod, de esta ropa de lino, de este pectoral, de esta tiara de la que los sumos sacerdotes de los Hebreos hacían uso en sus funciones sacerdotales y que no eran para ellos sino el símbolo de las verdaderas vestiduras con las que el Regenerador debería cubrir un día la desnudez de la posteridad humana. Ahí, ha debido desarrollar la ciencia ante los ojos de aquellos que habían sido escogidos; ha debido restablecer ante ellos las palabras que se habían borrado en este antiguo libro confiado antaño al hombre, y que este hombre había desfigurado; ha debido también darles un nuevo libro más extenso que el primero para que, gracias a él, aquellos a los que fuera transmitido pudieran conocer y disipar los males y las tinieblas con los que la posteridad del hombre se había rodeado, y que aprendieran así mismo a prevenirse y a hacerse invulnerables” (Tabla natural, XIX).

Prosiguiendo la descripción de esta acción magnífica, y de la que solo evaluamos, a primera vista, muy débilmente el sentido efectivo que ella reviste, tanto en el plano celeste como para el hombre, incluso cuando gracias a ella nos fue desvelado el secreto del auténtico sacerdocio, que es por esta operación superior la más elevada que se haya ejecutado en este mundo y cuyo valor es inigualable, que haya sido nunca revelada al hombre, por vez primera, la preparación aromática destinada a alimentar el altar de los perfumes, allí donde, en el interior del “Santo de los Santos”, se celebra el rito puro y sagrado de reconciliación, el culto de santificación universal³⁵: «Allí, ha debido preparar este antiguo perfume del que se habla en el Éxodo³⁶, compuesto de cuatro aromas de igual peso, y que los sacerdotes Hebreos solo podían emplear para uso del templo, bajo las prohibiciones más rigurosas; ha llenado el incensario sagrado, y después de haber perfumado todas la regiones del Templo, ha debido convencer a sus Elegidos de que nada podían hacer sin este perfume. En definitiva, su obra hubiera sido inútil para ellos si no los hubiera iniciado en estos conocimientos, enseñándoles a recoger ellos mismos estos cuatro preciosos aromas, a componer a su vez este perfume incorruptible y a extraer estas exhalaciones puras, que por su viva

salubridad están destinadas desde el origen del desorden a contener la corrupción y a sanear todo el universo. Pues el Universo, añade Saint-Martin, es como un gran fuego encendido desde el comienzo de las cosas para la purificación de todos los seres corrompidos » (Ibid.).

Sin duda que comprenderemos mejor, por estas líneas, en base a qué, Jesús, el Divino Reparador, es realmente para Saint-Martin aquel que debe ser adorado y alabado como Señor y Maestro, él es el que ha venido para arrancarnos del poder criminal del pecado, de la fuerza perversa de Satán que nos tiene, desde la Caída, prisioneros entre los barrotes de la prevaricación, pues «Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos» (Filipenses 2:9-11). El Cristo, Salvador de los hombres, se convierte a la vez en el “Sacrificio” y el “Sacrificador”, él es el Sumo Sacerdote ante la faz de Dios, el ordenador universal, la figura perfecta y el Cordero llevado a la muerte para reparar las tristes consecuencias de la criminal desobediencia de Adán. Don del Padre a los hombres, ha entrado solo en el Santo de los Santos para cumplir el holocausto que pone fin al tiempo de la ley, y hace pasar la humanidad a la era bendita de la gracia: «El sacerdote según la orden de Melquisedec, el Sacrificador, el Regenerador y Remunerador universal, el Cristo, es salido de la tribu de Judá. No ha venido a destruir la ley dada a Moisés, sino que, viniendo a cumplir las cosas que ella figura, la ha hecho cesar, sucediéndola por la ley de gracia del hijo a la ley del espíritu. Nosotros estamos bajo esta segunda ley, o segunda acción. Como ella es toda espiritual, ya no habrá, desde Cristo y hasta el fin de los tiempos, manifestaciones sensibles y visibles, porque el tiempo de las manifestaciones sensibles ha pasado, puesto que ellas no eran más que figuraciones para anunciar a los hombres la ley espiritual de gracia que iba a suceder a la antigua ley» (Las Lecciones de Lyon, 82, 6 de diciembre de 1775, SM).

Este Cristo Santo, el Cordero de Dios, no duda en llegar hasta la donación de su vida por nosotros, puesto que «de lo alto de su trono la Sabiduría divina da sus propios Poderes y sus propias Virtudes para anular el tratado criminal que ha sometido toda la posteridad del hombre a la esclavitud: aquí abajo, el Regenerador universal ha tenido que dar sus

sudores y su misma vida para darnos a conocer las verdades sublimes y para arrancarnos de la muerte». (Tabla natural, XIX). El Cristo, venido como un hombre entre los hombres³⁷, es realmente el “Salvador”, poseyendo el Poder y el Nombre capaces de liberarnos, de sacarnos de la esclavitud de la muerte, y de las ataduras de la corrupción: «El Cristo, en el instante en que fue engendrado de la imagen eterna del hombre por el gran Nombre, se encontró colmado de la omnipotencia y de la viva esencia eterna, o de este gran Nombre divino que es a la vez el principio y el sostén de todas las cosas. [...] El Cristo, poseyendo en Él todos estos tesoros, los ha dejado en suspenso para venir a sepultarse en nuestra materia; sólo los ha desarrollado ante nosotros gradualmente y continuará manifestándolos progresivamente hasta devolvernos al punto de unión completa con el principio, cuando el fin de los tiempos» (Del espíritu de las cosas, “Diferencia de la misión del Reparador con la de Adán”)

Es pues el Cristo, יֵשׁוּעַ (Ieshuah) el Mesías, el único que se encuentra en disposición de enseñarnos cómo transformar nuestra plegaria en una “plegaria activa”, es el Divino Reparador quien nos conducirá hasta el Santuario a fin de que recibamos la unción sacerdotal, él es quien nos conferirá una vida nueva que transmitirá una “ordenación” al Hombre Nuevo y le permitirá entrar en el camino de la plegaria, la reconciliación y la santificación, ya que nadie puede ir al Padre si no es por Él.

VII. La unción sacerdotal del hombre espíritu

Al Hombre Nuevo, como es normal, le costará trabajo entrever las consecuencias directas, las obras producidas por su “plegaria activa”, lo que detentan como virtudes purificadoras estas santas liturgias. No percibirá tampoco, por lo insensibles y sutiles que son en ocasiones, las modificaciones significativas que empezarán, lentamente, a transformar su ser y a trabajarlo a fin de hacerlo conforme a la voluntad de Dios. Pero, incluso cuando nada lo hace suponer, «[...] en el momento en que menos lo esperamos, nuestra hora espiritual llegará, y nos hará conocer, como de improviso, este delicioso estado del hombre nuevo. Es entre esta

clase que son escogidos aquellos destinados a administrar las santificaciones del Señor» (El Hombre Nuevo, 20).

Esta última frase, lejos de ser anodina, y más bien de un trastocador alcance puesto que, formalmente, no dice otra cosa que el Hombre Nuevo, después de haber pasado por los dolores del nacimiento, después de haber sido bendito por Dios, está destinado a recibir una sublime unción de naturaleza sacerdotal que lo hará un sacerdote del Eterno. Ahora bien, la recepción de esta unción lleva un nombre particular, es designada por una palabra precisa que solo se evoca temblando: «Ordenación». En efecto, se trata claramente, en esta etapa fundamental del camino, de ser «ordenado», consagrado, sin ninguna otra mediación humana, en tanto que sacerdote del Santo Nombre. Saint-Martin nos desvelará, primeramente de manera discreta, bajo la forma de un encuentro, de una revelación privada del más alto interés: «*Tú me hiciste sentir que, si no hubiese ningún sacerdote para ordenar al Hombre, el propio Señor iría a ordenarlo y a curarlo*» (El Hombre de deseo, 65). Luego no dudará en explicitarnos por completo el sentido y el valor de esta ordenación de género poco habitual, no pareciéndose a ninguna transmisión clásica como la que cumplen los hombres según los venerables, y a menudo inmemoriales, principios de la Tradición.

En efecto, nos encontramos aquí en el marco de una comunicación absolutamente original, de naturaleza diferente a todas las conocidas en modo humano, de una consagración que no surge de procedimientos que nos sean familiares. En realidad, si el ser ha modificado su relación con el mundo, si se ha alejado de las falsas luces de engañosa apariencia, se convierte entonces en un extraño para sí mismo y para los otros, ya no es dependiente de métodos temporales, sino que se encuentra, bajo la influencia de una operación propiamente y enteramente Divina, capaz de cambiarlo en todas sus facultades: «*El hombre que, siendo como el pensamiento del Dios de los seres, se halla cumplido hasta el punto de haber abandonado sus propias facultades a la dirección y la fuente de todos los pensamientos, no tendrá más incertidumbres en su conducta espiritual aunque no se encuentre al abrigo en su conducta temporal, si la debilidad lo arrastra todavía a situaciones extrañas a su verdadero objeto; pues en lo referente a este verdadero objeto, debe esperar los más*

eficaces socorros, puesto que intentando perseguirlo y alcanzarlo, sigue la misma voluntad Divina, que lo acucia y lo invita a dedicarse a ello con ardor».

Pero ¿de dónde le viene esta manera de ser tan ventajosa y saludable? «*Si logra ser regenerado en su pensamiento, pronto lo será en su palabra que es como la carne y la sangre de su pensamiento, y cuando sea regenerado en la palabra, pronto lo será en sus obras que son la carne y la sangre de la palabra. [...] todo en él se transforma en substancias espirituales y angélicas, para llevarlo sobre sus alas hacia todos los lugares a los que su deber le llama [...]*» (El Hombre Nuevo, 4).

Cuando esta regeneración se cumple, cuando son profundamente cambiadas las fibras antiguas que ataban a la criatura enferma y herida, cuando se levanta en ella el primer rayo de sol espiritual, cuando por fin aparece la inicial autora del eterno astro de la verdad: «*Es entonces que el hombre se encuentra siendo, en espíritu y en verdad, el sacerdote del Señor; es entonces que ha recibido la vivificante ordenación, y que puede transmitir esta ordenación sobre todos aquellos que se consagran al servicio de Dios, es decir, atar y desatar, purificar, absolver, sumergir al enemigo en las tinieblas, y hacer revivir la luz en las almas; pues la palabra ordenación viene de la palabra ordinare, ordenar, que quiere decir poner cada cosa en su rango y su lugar; y tal es la propiedad del verbo eterno que produce continuamente todo según el peso, el número y la medida*» (Ibid., 4).

Así, la ordenación recibida, sobrepasando toda medida humana, dona el insigne privilegio de penetrar en el interior del Santuario, hace posible el paso detrás del segundo velo del Templo. El adepto puede entonces oír, en este momento preciso, estas sorprendentes palabras que le son ofrecidas secretamente: «*La virtud vinculada a la santa arca te hará abrir las puertas eternas, y hará descender sobre ti ciertas briznas de estas influencias vivificantes con que se colman para siempre las moradas de la luz*» (El Hombre Nuevo, 16). Ahora bien, la presencia ante el Arca santa no es jamás anodina, es un acto cuyo alcance no es a menudo totalmente comprendido en toda su dimensión, incluso entre lo iniciados y los seres instruidos en ciertas ciencias. Es importante, por este hecho, que sea claramente anunciado al elegido el sentido pleno de esta

situación en el seno de la cual ignora las consecuencias últimas de lo que está en trance de suceder. Saint-Martin precisará por otra parte, queriendo hacernos sensible la presencia de יהוה detrás de la figura sagrada del Arca santa: «Jacob erigió un altar en Bethel después de su combate con el ángel; Moisés erigió un monumento de piedras después del paso del Mar Rojo; Josué erigió uno parecido después del paso del Jordán; David depositó el arca santa sobre la montaña de Sión, después de la derrota de los Filisteos que se habían apoderado de ella, y esto fue lo que hizo a esta montaña tan célebre. [...] Hombre elegido antes que Israel (nos dice el Filósofo Desconocido, dirigiéndose a cada uno de nosotros), echa un vistazo sobre ti mismo, échalo sobre la universalidad de los bienes que te son prodigados y sobre aquellos que te cabe esperar si perseveras, sentirás que no debería producirse un solo movimiento en la menor de tus facultades que no fuera para intentar erigir un altar al Señor, y que todo tu ser es esta tierra prometida. [...] Sí, cada acto de la palabra sagrada quisiera elevarse en tantos altares en tu pensamiento, en tus deseos, en tu amor, en tu humildad, en tu fe, en tu valerosa actividad, en tu caridad, en tu inteligencia, para que no haya nada en ti que no esté ocupado en ofrecer sacrificios de alabanza al Señor, y a fin de que el Señor resplandeciendo por todos los puntos de tu existencia así purificada y santificada, todas las naciones te encontrasen siempre ocupado como los Levitas en mantener el fuego sagrado, siempre dispuesto a recibir sus ofrendas y a hacer llegar sus plegarias hasta el trono del Eterno » (El Hombre Nuevo, 15).

El Arca, es cierto, hace casi palpable la presencia de Dios, ella ofrece al Eterno un lugar que le está reservado, es un signo sagrado de su santa Gloria, el símbolo de la vida y de la luz. Pero, en primer lugar, es el órgano por excelencia de las gracias, la fuente de toda santidad, el receptáculo de las bendiciones y, por encima de todo, el instrumento que preside “la ordenación” suprema efectuada según la libre voluntad del Altísimo; ella es el origen del verdadero sacerdocio de aquel que posee las virtudes purificadoras de la vía levítica, aquel a quien ha sido confiado el precioso ministerio de la Palabra, aquel que se ha beneficiado de la recepción sobrenatural de las unciones supremas³⁸. Saint-Martin nos explica por otra parte, muy claramente, cómo se desarrollará la

silenciosa ceremonia de ordenación que verá al nuevo hombre, según un ritual no escrito, dirigido y servido únicamente por los Ángeles del Cielo, convertirse en un sacerdote según las leyes de la Iglesia invisible, de la «Iglesia interior» que no tiene ataduras terrestres: «Esta misma arca santa comprometerá al sumo sacerdote de la orden de Melquisedec a revestirte de tus hábitos sacerdotales que antes habrá bendecido, y te dará de su propia mano las ordenaciones santificantes por medio de las cuales tú podrás, en su nombre, verter el consuelo en las almas [...]» (El Hombre Nuevo, 16).

Esta es la esencia profunda de la enseñanza del Señor Jesús³⁹, el sentido oculto de la ordenación sacramental conferida directamente por las manos de Dios a los puros discípulos de Cristo, a los «ministros de las cosas santas», pues «el cristianismo es el complemento del sacerdocio de Melquisedec; es el alma del Evangelio; es el que hace circular en este evangelio todas las aguas vivas de las que las naciones tienen necesidad para apagar su sed. [...] el cristianismo nos muestra a Dios al descubierto en el seno de nuestro ser, sin las ayudas de las formas y las fórmulas. [...] el cristianismo solo puede estar compuesto por la raza santa y sacerdotal que es el hombre primitivo, o la verdadera raza sacerdotal». (El Ministerio del hombre espíritu, 3ª parte, «De la Palabra»).

VIII. El nacimiento de Dios en el alma

¿Cuál es, no obstante, el sentido de esta trastocante ordenación sacerdotal que se efectúa sin ninguna mediación humana, que se cumple por efecto de una gracia que sobrepasa nuestras débiles medidas temporales, ordenación, por un misterio que nos es inaccesible, directamente recibida de manos de Dios? ¿Cuál es su propio objeto, su objetivo, su vocación? ¿A qué razón superior obedece? Todas estas preguntas, lógicas y comprensibles, reciben por parte de Saint-Martin una única respuesta que se puede formular así: Dios nos confiere una unción, una ordenación, a fin de disponer nuestro corazón para convertirse en receptáculo de su divina generación. Dios quiere santificarnos, purificarnos, para poder tener nacimiento en nosotros; desea surgir al ser pasando

por nuestro centro más íntimo⁴⁰: «*El Dios único ha escogido su santuario en el corazón del hombre, y en este hijo querido del espíritu que todos debemos hacer nacer en nosotros [...]*» (*El Hombre Nuevo*, vers. 27).

Sí, Dios quiere engendrarse en nosotros pues, extraordinaria revelación, no es sino aquí, en nuestro pobre corazón, donde puede nacer verdaderamente y en plenitud. El hombre es ahora, desde la Encarnación, la imagen del humilde establo, el símbolo del miserable pesebre que el Salvador escogió para acogerle cuando vino a este mundo. La perspectiva sanmartiniana, en su fondo, en su esencia, se revela finalmente como una «teofanía», una obra de generación de la presencia divina, pues Dios, el Verbo, es substancialmente Dios en el hombre, Dios manifestado por el hombre, Dios pronunciando su Verbo en nosotros, es el Emmanuel, el Hijo amado del Padre surgiendo de las profundidades del abismo insondable de nuestro ser.

El Verbo es Dios viniendo al mundo, como vino, la primera vez, en Belén de Judea, cuando se encarnó en la Muy santa Virgen María, solicitando una pura y casta matriz a fin de conseguir la existencia, de manera de recibir el ser y la vida por y en nuestra alma, el santo tabernáculo de la Presencia divina, cámara secreta en la que se cumplió la sublime generación del Logos; piedra bendita, Cielo primordial, sustancia fecunda del cuerpo de Dios. Comprendamos que es en el hombre que Dios puede hacerse hombre, como es por Dios, en el presente, que el hombre puede hacerse Dios, pues es en el hombre, vertiginoso misterio de la existencia espiritual, que Dios puede nacer, que se revela en tanto que Principio sin comienzo y sin origen. El nacimiento del Verbo es pues, evidentemente desde el nacimiento del Salvador, un nacimiento totalmente celeste, absolutamente invisible, puesto que se desarrolla en la insondable noche del espíritu santificado, lejos de las realidades limitadas de la espesa materialidad, pues es en Dios que el hombre puede, desde aquí abajo, nacer al Cielo y ser bañado, incluso antes de su traspaso, con el infinito esplendor de la luz increada.

La gracia redentora del Verbo es en este aspecto una gracia turbadora, es propiamente desconcertante y nos muestra que la Revelación cristiana y las enseñanzas del Evangelio son propiamente impensables en modo racional y piden ser recibidas haciendo callar en nosotros la

estrecha razón discursiva, abriéndonos piadosamente a las incomprensibles vías de Dios que sobrepasan todos los modos clásicos que utiliza generalmente la inteligencia humana para asentar sus convicciones fragmentarias. Porque Dios busca nacer, el Verbo se acerca discretamente a cada uno de nosotros y toca, dulcemente, en la puerta de nuestro corazón: «*Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa [...]*» (Apocalipsis 3:20); solicita nuestro pobre y miserable amor para revelarse como «el Amor» eterno de infinita Caridad.

Si meditamos sobre ello, gracias al cumplimiento del nacimiento del Verbo en nosotros, el Cielo no se encuentra a inaccesible distancia, deja de estar disimulado detrás de la inmensidad de mundos visibles, se despliega, aquí mismo, en nuestro templo interior, en la cámara secreta, en nuestro íntimo; es viviente por y en nuestro corazón, real en nuestra alma y radiante en nuestro espíritu: «*Sí, hombre nuevo, he aquí este verdadero templo donde solamente podrás adorar al verdadero Dios de la manera que él quiere ser adorado [...]. El corazón del hombre es el único puerto donde el navío lanzado por el gran soberano a la mar de este mundo puede transportar los viajeros a su patria, para encontrar un asilo seguro contra la agitación de las olas, y un anclaje sólido contra la impetuosidad de los vientos*» (*El Hombre Nuevo*, 27). Entonces, en el mismo instante en que se produce el Nacimiento del Verbo en el alma ocurre una Luz inefable, una fuente desconocida, por la que «*recibimos en nosotros multiplicidades de santificación, multiplicidades de ordenación, multiplicidades de consagración...*» (*El Hombre Nuevo*, 3). Podemos entonces oír resonar en el interno estas palabras espléndidas: «*¡Oh amigo mío!, vayamos juntos a erigir altares al Señor, avancémonos a preparar todo lo que nos sea necesario para celebrar dignamente las alabanzas de su gloria y majestad; sirve de órgano a mi obra para anunciarla al pueblo, como debo yo servir a la Divinidad para anunciar a todas las familias espirituales los movimientos de la gracia y las vibraciones de la luz. Y tú, Dios de mi vida, si alguna vez te place escogerme para ser tu sacerdote, ¡que sea tu voluntad! Todas mis facultades son para ti. Me prosternaré en mi indignidad recibiendo el nombre de tu sacerdote y tu profeta [...]*» (*El Hombre Nuevo*, 3).

He aquí lo que le sucede a aquel que deje a su alma convertirse en Templo del Señor, aquel que se haga digno de ser visitado por la simiente Divina: tendrá por función fecundar el germen de Dios, la palabra inexpresada del Verbo, puesto que: *«es preciso que esta obra santa se opere en nosotros, para que podamos decir que hemos sido admitidos en la categoría de los sacrificadores del Eterno»* (El Hombre Nuevo, 16).

Dando la vida al Verbo de Dios, a este Hijo recién nacido «anunciado en nosotros por el ángel», concebido en nosotros por «obra del espíritu», reconstruimos, concretamente, el Arca santa, levantamos el Tabernáculo sagrado de la Divinidad, volviéndolo a situar en el centro del Templo de la Jerusalén reedificada «místicamente», restablecida espiritualmente sobre sus bases en todas sus estructuras y partes lo instalamos solemnemente, acompañado por la benevolente presencia del Ángel del Altísimo, en el centro del Templo secreto para siempre santificado por el Eterno nuestro Dios.

Esta es la única religión que el menor espiritual tiene verdaderamente que practicar, este es su deber más elevado y su tarea más noble. De toda manera, cómo podría tener una misión más sublime, más maravillosa, que dar la vida y el ser a Aquel que es precisamente *«el Camino, la Verdad y la Vida»* (Juan 14:6). Si pensamos en ello, el destino primero del hombre, en su origen, lo conducía a colaborar intensa e íntimamente en el proyecto de Dios, era el agente por excelencia con que contaba la Divinidad para lograr la realización de sus planes, puesto que el hombre fue constituido, formado, «emanado» y sutilmente generado en el espíritu por el Eterno para convertirse en un ser privilegiado teniendo vocación de participar, según un modo propio y una relación que sobrepasaba toda comprensión, de la naturaleza misma de Dios⁴¹. En este aspecto, el culto que practicaba Adán en su gloria, el sacerdocio que era el suyo, conserva pues íntegramente su sentido y su necesidad si lo queremos considerar, para los hombres, siendo su colaboración siempre solicitada y deseada por Dios a fin que se cumpla, en la eternidad sin fin de la inmensidad divina, el secreto superior que ningún lenguaje puede traducir, es decir, la eclosión maravillosa del misterio de la generación del Verbo. Pero el culto, en el presente, debe pasar por los santificantes dolores de la expiación, a imitación de Cristo que nos ofreció el

ejemplo cuando su suplicio en el Gólgota, de tal manera que cargando nuestra Cruz, tras él, nos beneficiemos de la virtud redentora del sacrificio del Cordero y que, finalmente, reconciliados con el Eterno, podamos vivir de nuevo en la intimidad bienaventurada de su amor.

En el fondo, el culto que le incumbía al hombre celebrar primitivamente no ha cambiado desde el punto de vista de su perspectiva, incluso si su forma, por la fuerza de las cosas, ha sido necesariamente modificada; en efecto:

«La primera Religión del hombre, siendo invariable, a pesar de la caída, continúa sometida a los mismos deberes; pero como ha cambiado de atmósfera, ha precisado también que cambiara de Ley para dirigirse en el ejercicio de su Religión.

Ahora bien, este cambio no es otra cosa que el estar sometido a la necesidad de emplear medios sensibles para un culto que no debió jamás conocerlos. Sin embargo, como estos medios se presentan ante él de manera natural, a poco que se esfuerce puede encontrarlos, pero necesita emplear mucho más esfuerzo, eso es cierto, para hacerlos valer y servirse de ellos con éxito.

Primeramente, no puede dar un paso sin encontrar su Altar; y este Altar está siempre guarnecido con Lámparas que no se apagan nunca, y que subsistirán tanto tiempo como el Altar mismo. En segundo lugar, lleva siempre el incienso con él, de modo que tiene todos los instantes para entregarse a los actos de su Religión» (De los errores y la verdad).

Ineluctablemente, no hay otro camino más importante, otra vía, otra iniciación superior a la de celebrar en nuestro «Altar», en la invisibilidad y el silencio del corazón, las alabanzas del Eterno, iluminándonos solamente con esta lámpara sagrada comportando siete espléndidas luces, y elevar lentamente hacia el Cielo nuestro puro incienso de reconocimiento para mayor gloria de Dios, *«el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos, en Cristo [...]»* (Efesios 1:3). Esta «revelación», esta enseñanza por fin desvelada, corresponde a lo que Saint-Martin nombra

como la «tercera época», es decir el tiempo en que la Verdad, por los beneficios que la misma prodiga al hombre, «*le anime de la misma unidad, y le asegure con la misma inmortalidad*».

El Filósofo Desconocido, como a menudo hace en sus obras, encontrándose además alentado por las maravillosas palabras del Señor, se expresa abiertamente con su discípulo y le da, o más exactamente le confía, el secreto que resume toda la iniciación sanmartiniana, diciéndole más allá de los siglos, que a la postre tampoco cuentan desde el punto de vista de la eternidad, estas preciosas verdades: «*Has de saber [que tu] Ser intelectual [es] el verdadero templo; que las antorchas que deben iluminarlo son las luces del pensamiento que lo rodean y siguen por todas partes; que el sacrificador es tu confianza en la existencia necesaria del Principio de orden de la vida; es ante este convencimiento ardiente y fecundo que la muerte y las tinieblas desaparecerán; cuando los perfumes y las ofrendas, sean [tu] plegaria, sean [tu] deseo y [tu] altar para el reinado exclusivo de la unidad* » (Tabla natural, XVII).

Dejémonos pues instruir un poco (tan fundamental es esta transmisión) por la escuela de este maestro incomparable que es Saint-Martin, y escuchemos cómo nos revela en una última enseñanza en qué consiste el «altar» de nuestra reconciliación, de manera que podamos celebrar en él hasta el final de nuestros días, y más allá incluso, «en espíritu y en verdad», el culto que debemos rendir al Eterno: «*El altar es esta convención eterna, fundada sobre su propia emanación, a la que Dios y el hombre acuden, como de común acuerdo, para renovar la alianza de su amor eterno y encontrar allí, uno su gloria y el otro su felicidad; en una palabra, que el fuego destinado al consumo de los holocaustos, este fuego sagrado que no debería apagarse jamás, es el de aquel destello divino que anima al hombre y que, si ha sido fiel a su primitiva ley, lo habrá hecho para siempre como una lámpara brillante y compasiva, puesta en el sendero del trono del Eterno, a fin de iluminar el paso de aquellos que se habían alejado; porque en definitiva, el hombre debe dejar de dudar que ha recibido la existencia para ser testimonio vivo de la luz y el signo de la Divinidad*» (Tabla natural, XVII).

Notas al Capítulo II

- 24 “*Hace ya más de treinta años que tuve ocasión de convencerme, en una ciudad de Francia, de que cierta clase de iluminados tenían grados superiores desconocidos para los iniciados y admitidos a sus juntas ordinarias, y que tenían también un culto y unos sacerdotes a quienes llamaban con el nombre hebreo cohen.*

No se sigue de aquí que deje de haber, y realmente hay, en sus obras cosas verdaderas, razonables e interesantes; pero se hallan desfiguradas por lo que se les han añadido de falso y de peligroso, sobre todo a causa de su aversión a toda autoridad y jerarquía sacerdotal. Esta inquina es general en ellos, y jamás he encontrado una sola excepción entre los numerosos adeptos que he conocido.

El más instruido, el más sabio y el más elegante de los teósofos modernos, Saint-Martin, cuyas obras fueron el código de los hombres de quienes hablo, participó, no obstante, de esa misma inquina” (J. de Maître, Las Veladas de San Petersburgo, XIª Conversa, Espasa-Calpe, S.A. Colección Austral, Tercera Edición, 1966, pág. 250).

- 25 Para un desarrollo detallado y preciso, relativo a la vida, obra y pensamiento de Louis-Claude de Saint-Martin, se pueden referir a nuestra obra biográfica: “*Qui suis-je?*” SAINT-MARTIN, Pardes, 2003.

- 26 R. Amadou, Introducción, in *Tratado sobre la reintegración*, op. cit. p. 24.

- 27 Saint-Martin, en marzo de 1778, rendirá visita a los hermanos del Templo coën de Versalles, y no les ocultará sus reservas respecto a unas prácticas que juzgará en lo sucesivo inútiles, prefiriendo trabajar en la transformación interior, lejos de las formas y las ceremonias, en el silencio y la renuncia únicos capaces, según él, de disponer correctamente al corazón para las operaciones divinas que deben allí celebrarse. No obstante, no todos compartían la opinión y los pareceres del Filósofo Desconocido en estas cuestiones, es lo que declarará por otra parte el hermano Salzac a un adepto de Metz, el hermano Disch: “*Parece ser según dice el M.P.M. [Saint-Martin] que estamos en el error y que todas las ciencias que Don Martinès nos ha legado están llenas de incertezas y peligros, porque éstas nos confían a operaciones que exigen condiciones espirituales que no siempre cumplimos. [...] El Señor de Saint-Martin no da ninguna explicación; se limita a decir que tiene de todo esto nociones espirituales de las que saca buenos frutos,*

que lo que tenemos es demasiado complicado y no puede ser otra cosa que inútil y peligroso, puesto que solo lo simple es seguro e indispensable. Le he mostrado dos cartas de Don Martinès que le contradicen en eso, pero responde que no era este el pensamiento secreto de D.M. [...].” Franz von Baader, por su parte, confirmará que nadie insistirá más que Saint-Martin sobre la necesaria prudencia, por no decir reserva, que conviene observar respecto a los fenómenos sensibles si queremos aproximarnos realmente a la auténtica espiritualidad, y mencionará la actitud vigorosamente crítica del Filósofo Desconocido ante aquellos que se entregaban todavía a este tipo de experiencias: “Es difícil ir más lejos que Saint-Martin, podemos creerlo, en el recelo sobre los fenómenos sensibles. ¿Qué pretende pues? Pretende que el único criterio de toda manifestación reside en una conciencia iluminada por la plegaria. Es lo que llama la vía interna o interior; vía a favor de la que combatirá más o menos abiertamente, desde 1777, el ceremonial y las fórmulas teúrgicas de las que aún hacían uso algunos Elegidos-Coëns del norte del Loria bajo la dirección espiritual del Gran Maestro R+C y Gran Soberano, Caignet de Lestere, sucesor de Martinès de Pasqually” (F. von Baader, *Les enseignements secrets de Martinès de Pasqually*, precedes d’une notice sur le Martinézisme et el Martinisme, Têlètes, 1989, p. LXV-LXVI).

Por otra parte, podríamos sin duda poner en paralelo las amonestaciones de Saint-Martin ante los hermanos de Versalles, con las duras palabras que tendrá en *Ecce Homo*, palabras que parecían haber sido escritas para ciertos adeptos demasiado fascinados por las manifestaciones de lo externo, desgraciadamente olvidadizos de las grandes verdades de la vida espiritual, verdades que nos son recordadas en este texto en términos que ponen de relieve una gran lucidez, y demostrando un perfecto conocimiento de la cuestión: “Entre estas vías secretas y peligrosas, en las que el principio de las tinieblas aprovecha para equivocarnos, dice Saint-Martin, podemos dispensarnos en situar todas estas extraordinarias manifestaciones con las que los siglos se han inundado y que no nos sorprenderían tanto si no hubiéramos perdido el verdadero carácter de nuestro ser y sobre todo si conociéramos mejor los anales espirituales de nuestra historia, desde el origen de las cosas.

En todos los tiempos, la mayor parte de vías han empezado abriéndose en la buena fe y sin ninguna especie de mala intención para aquellos a los que se daban a conocer. Pero a falta de encontrar, en estos hombres favorecidos, la prudencia de la serpiente junto a la inocencia de la paloma, estas vías han operado en ellos más bien el entusiasmo de la inexperiencia que el sentimiento a la vez sublime y profundo de la santa magnificencia de su Dios;

y es entonces que el principio de las tinieblas ha venido a mezclarse en estas vías y a producir esta innumerable multitud de combinaciones diferentes, tendientes todas a oscurecer la simplicidad de la luz.” La advertencia de Saint-Martin, ante los temibles riesgos incurridos por los imprudentes, se hace en este instante de su discurso aún más imperativo, y no esconde cuál es el objeto verdadero y principal de sus temores: “En unas [refiriéndose a las vías secretas y peligrosas], este principio de tinieblas solo forma ligeras manchas, que son como imperceptibles y que son absorbidas por la superabundancia de claridades que las equilibran; en otras, aporta suficiente infección para que sobrepase el elemento puro. Finalmente, en otras, establece de tal modo su dominación que se convierte en el único jefe y administrador” (*Ecce Homo*, IV).

- 28 L.-C. de Saint-Martin, “La Priere”, in *Oeuvres posthumes*, Collection martiniste, 2001, p. 51. (Traducido al castellano en el Boletín Informativo nº 18 del GEIMME –Nota del Traductor–).
- 29 En 1792, en una carta a su amigo Kirchberger, Saint-Martin, volviendo de manera mucho más explícita y detallada sobre la pregunta que hizo a Martinès relativa al método para acercarse a Dios, y reafirmando una vez más su convicción a propósito del carácter superior de la vía interna, escribirá: “Así pues, solo contemplo todo lo que tiene que ver con estas vías exteriores como preludios de nuestra obra, pues nuestro ser, siendo central, debe encontrar en el centro donde ha nacido todos los socorros necesarios para su existencia. No os oculto que antaño he caminado por esta vía fecunda y exterior que es la que me ha abierto la puerta a mi trayectoria; aquel que me conducía tenía virtudes muy activas, y la mayor parte de aquellos que le seguían conmigo han obtenido confirmaciones que podían ser muy útiles a nuestra instrucción y desarrollo, pero a pesar de esto, yo he sentido durante todo este tiempo una gran inclinación por la vía íntima y secreta, pues esta vía exterior no me seducía en mucho, incluso desde mi primera juventud; pues fue a la edad de 23 años que me abrieron a todo esto. Así mismo, en mitad de cosas tan atrayentes para otros, en medio de los medios, de las fórmulas y preparativos de todo género a los cuales nos libraban, se me ha ocurrido decir en varias ocasiones a nuestro maestro: ¿cómo, maestro, puede ser necesario todo esto para llegar al buen Dios? y la prueba [que] todo esto no era más que sustitutorio es que el maestro respondía: hay que contentarse con lo que se tiene. Sin querer pues despreciar los socorros que todo lo que nos rodea puede procurarnos, os exhorto a clasificar solamente los poderes y las virtudes.

Todas ellas tienen su lugar, pero solamente la virtud central se extiende por encima de todas las demás.

El aire puro, todas las buenas propiedades elementales son útiles al cuerpo y lo mantienen en una situación ventajosa para las operaciones de nuestro espíritu; pero cuando nuestro espíritu ha adquirido, por la gracia superior, sus propias medidas, los elementos se convierten en sus sujetos, incluso sus esclavos, de simples servidores que eran anteriormente. Ved lo que eran los apóstoles” (Carta a Kirchberger, 12 de julio de 1792).

- 30 El llanto de Saint-Martin, en una conmovedora queja ante los vestigios de una naturaleza ajada y estropeada, son singularmente punzantes, y nos llevan a una dolorosa tristeza. En este sentido, la descripción de las consecuencias, así como la transmisión del veneno liberado a causa del “pecado original” estableciendo y determinando las bases de la condición humana, le hicieron escribir una de las páginas más sobrecogedoras de toda la historia de la literatura espiritual, que creemos necesario reproducir, por su carácter excepcional, ya que su acento es de una chirriante e impresionante verdad que cada uno, si lo desea, podrá meditar y volver a leer a su gusto: “¿Cómo podríamos dejar de alimentar en nosotros el espíritu del dolor, o quizá mejor el dolor del espíritu cuando consideramos el camino temporal y espiritual del hombre sobre la tierra? El hombre es concebido no solamente en el pecado, como decía David, sino incluso concebido por el pecado, vistas las tenebrosas iniquidades de aquellos que lo engendran. Estas tenebrosas iniquidades van a influir sobre él corporal y espiritualmente hasta su nacimiento. El hombre nace; recibe interiormente la leche manchada de estas mismas iniquidades, y exteriormente, mil torpes tratamientos que van a deformar su cuerpo incluso antes que termine de formarse; concepciones depravadas, lenguas falsas y corrompidas van a acosar todas sus facultades, y a fisgarlas de paso para infectarlas desde que las manifieste por el menor de sus órganos.

Así viciado en su cuerpo y en su espíritu antes mismo de haber hecho uso de él, entrará bajo la falsa administración de aquellos y aquellas que lo rodean en su más tierna infancia, los cuales sembrarán gérmenes emponzoñados en esta tierra ya de por sí emponzoñada, y se felicitarán por haber producido frutos análogos a esta atmósfera desordenada que se ha convertido en su elemento natural.

La juventud, la madurez no serán sino un desarrollo sucesivo de todos estos gérmenes. Un régimen físico, casi siempre contrario a la misma naturaleza, va a continuar urgiendo a contrasentido el principio de su vida. Un régimen moral destructivo de toda moral va a perjudicar todavía más a su ser inte-

rior, y a desviarlo hasta tal punto de su línea que dejará de creer que pueda existir una para él; doctrinas de todo género van a repeler su ánimo por su contrariedad, o solo servirle para equivocarlo; ocupaciones ilusorias van a absorber todos sus momentos y a ocultarle constantemente su verdadera ocupación.

Es así que, al término de una perpetua tempestad, llegará al término de su vida; y para acabar de poner el sello sobre el decreto que lo ha condenado a venir a este valle de lágrimas, se atormenta su cuerpo con procedimientos de una medicina ignorante y su espíritu con torpes consuelos, mientras que en estos peligrosos momentos este espíritu solo busca encontrar su camino y experimentar quizá en secreto todo el dolor de haberse apartado de él. Cuando uno piensa que todos nosotros estamos compuestos de estos mismos elementos, dirigidos por estas mismas leyes, alimentados por estos mismos desórdenes y estos mismos errores, que somos todos inmolados por estos mismos tiranos y que a nuestra vez inmolamos a nuestros semejantes con estas mismas armas emponzoñadas; cuando finalmente uno piensa que tal es la atmósfera que nos envuelve y nos penetra, uno teme respirar, uno teme mirarse, uno teme moverse y sentirse” (El Hombre Nuevo, 9).

- 31 Martinès ya afirmaba la realidad de este primer estado de gloria en lo que concierne al hombre, y consideraba que el cuerpo de materia le había sido dado en retribución del pecado (cf. Capítulo I, Vers. IV, p. 42: “La gloria primitiva del menor espiritual cuaternario”; Vers. V p. 46: “La prevaricación de Adán”; Vers. VI p. 49: “La corporización del hombre”), idea que retoma y hace suya Saint-Martin sosteniendo, como podemos constatar fácilmente, el conjunto de su discurso cuando evoca el carácter gregario de la actual existencia de los hijos de Adán. No olvidemos que esta convicción, mucho antes que Martinès, era ya ampliamente compartida por numerosos religiosos que estaban convencidos de la veracidad de esta hipótesis entre las más verosímiles, si consideramos la insatisfacción permanente en la que los hombres están inmersos en esta tierra y los increíbles sufrimientos que deben soportar a lo largo de su vida: “La humanidad en cuya presencia nos encontramos no es la naturaleza humana tal como Dios la hubiera querido primigeniamente, ni tal como existirá finalmente. A esta humanidad a imagen de Dios, que constituye la única naturaleza, se le ha añadido lo que Gregorio de Nisa llama las “túnicas de piel”, es decir, la existencia biológica, la participación en la vida animal” (J. Daniélou, *Platonisme et théologie mystique*, 1ª parte, CAPIT. II, sect. I, Aubier, 1944, p. 60). Por otra parte, los cabalistas hebreos de las escuelas medievales, así como numerosos talmudistas eruditos, profesan una idéntica visión, como nos lo confirma este pasaje

del *Sol Ets Ha-Daath de Ezra de Gerona* citado por Gershom Scholem: "Adán, antes que hubiera comido del árbol de la ciencia, era todo espíritu y llevaba las vestimentas angélicas como Enoc y Elías. Es por lo que fue digno de comer los frutos del paraíso que son los frutos del alma" (G. Scholem, *Les grands courants de la mystique juive*, Payot, 1994, p. 408).

Desde el simple punto de vista cronológico uno sospecha, por la lectura del libro del Génesis, que debió forzosamente pasar algo grave entre este "comienzo" inicial que ve a Dios crear "los cielos y la tierra" (Génesis 1:1), y el momento en que el libro sagrado nos dice que la "tierra era informe y vacía" (Génesis 1:2). ¿Cómo imaginar, en efecto, a Dios, el Eterno bueno y omnisciente, omnipotente y justo, creando una obra imperfecta, deforme, caótica y vacía? El profeta Isaías nos confirma esta imposibilidad cuando nos dice: "Pues así dice Yahveh, creador de los cielos, él, que es Dios, plasmador de la tierra y su hacedor, él, que la ha fundamentado, y no la creó caótica [...]" (Isaías 45:18). Es preciso pues admitir, entre el primer y el segundo versículo del Génesis, una ruptura dramática, una fractura que ha roto el orden primero, una Caída violenta, una revuelta terrorífica de la que no se sabe muy bien quién es el responsable, es decir, el príncipe de este mundo, quien, desgraciadamente, desfigura el plan de Dios como relata este pasaje sobrecogedor de Isaías: "Ha sido precipitada al seol tu arrogancia al son de tus cítaras. Tienes bajo ti una cama de gusanos, tus mantas son gusanera. ¡Cómo has caído de los cielos, Lucero, hijo de la Aurora! ¡Has sido abatido a tierra, dominador de naciones! Tú que habías dicho en tu corazón: "Al cielo voy a subir, por encima de las estrellas de Dios alzaré mi trono, y me sentaré en el Monte de la Reunión, en el extremo norte. Subiré a las alturas del nublado, me asemejaré al Altísimo. ¡Ay! al seol has sido precipitado, a lo más hondo del pozo" (Isaías 14:11-15). Ezequiel volverá igualmente sobre este acontecimiento, de consecuencias considerables para la sucesión de la Historia de la Creación, y nos relata en estos términos el episodio de la caída del Ángel rebelde: "...Eras el sello de una obra maestra, lleno de sabiduría, acabado en belleza. En el Edén estabas, en el jardín de Dios. Toda suerte de piedras preciosas formaban tu manto: rubí, topacio, diamante, crisólito, piedra de ónice, jaspe, zafiro, malaquita, esmeralda; en oro estaban labrados los aretes y pinjantes que llevabas, aderezados desde el día de tu creación. Querubín protector de alas desplegadas te había hecho yo, estabas en el monte santo de Dios, caminabas entre piedras de fuego. Fuiste perfecto en tu conducta desde el día de tu creación, hasta el día en que se halló en ti iniquidad. Por la amplitud de tu comercio se ha llenado tu interior de violencia, y has pecado. Y yo te he degradado del monte de Dios, y te he eliminado, querubín protec-

tor, de en medio de las piedras de fuego. Tu corazón se ha pagado de tu belleza. Has corrompido tu sabiduría por causa de tu esplendor. Yo te he precipitado en tierra, te he expuesto como espectáculo a los reyes. Por la multitud de tus culpas, por la inmoralidad de tu comercio, has profanado tus santuarios. Y yo he sacado de ti mismo el fuego que te ha devorado; te he reducido a ceniza sobre la tierra, a los ojos de todos los que te miraban. Todos los pueblos que te conocían están pasmados por ti. Eres un objeto de espanto, y has desaparecido para siempre" (Ezequiel 28:12-19). De esta sentencia, de este juicio que lo golpea, Satán confirma la realidad y la autenticidad a Cristo cuando su tentación en el desierto: "Llevándole a una altura le mostró en un instante todos los reinos de la tierra; y le dijo el diablo: "Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, porque a mí me ha sido entregada, y se la doy a quien quiero" (Lucas 4:5-6). Así se expresa el "jefe del mundo" (Juan 14:30), "el príncipe del mundo será echado fuera" (Juan 12:31), y nos da a entender que en su rechazo de Dios, él, el astro magnífico cubierto de piedras resplandecientes, transformó radicalmente la naturaleza de esta "tierra" y de estos "cielos" creados primeramente en perfección, luego reducidos al vacío y la desolación, antes que por su culpa, el hombre a su vez, expulsado del Edén, no sea también precipitado del seno de la Creación, degradado y corrompido sustancialmente. ¿Qué se nos puede objetar de que Dios creó al hombre de la tierra tal cual lo conocemos, como lo imaginan ingenuamente ciertos exegetas? Escuchemos más bien lo que afirma el libro de la Sabiduría, cuando nos dice claramente, sin sombra de ambigüedad: "Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen" (Sabiduría 2:23-24). Es evidente que este carácter de "incorruptibilidad" no puede en modo alguno referirse a un hombre dotado de un cuerpo de carne y sangre, y designa, muy al contrario, lo que Pablo contempla como siendo "cuerpo espiritual" al que vincula únicamente al Edén y al Reino, y que no tiene nada que ver con esta "túnica de piel" mortal y contingente, que llevamos encima para nuestra mayor vergüenza en retribución del pecado. Es indudable que "nos hemos convertido en carne y sangre por el pecado" (Gregorio de Nisa, *Cont. Eunom.* 12, II, 889), y que solo lograremos retornar a nuestra primitiva esencia abandonando, desbarazándonos, siempre de acuerdo a Gregorio de Nisa, definitivamente de "todo aquello que hemos recibido con la "túnica de piel": sexualidad, concepción, nacimiento, acción y efecto de manchar, lactancia, alimentación, excreción, crecimiento, virilidad, vejez, enfermedad y muerte" (De an. Et res. III, 148 b). Así se viene abajo la idea de un Adán inicial biológi-

co, arcilloso y carnal, que una pseudo-antropología y una concordancia chapucera tienden a imponernos, y se desprende más bien la certeza de una "emanación" primera en un cuerpo de Gloria, en un "cuerpo espiritual" incorruptible, en un estado de perfección del que conservamos, con más o menos vivacidad según los seres, el lejano recuerdo y la inmensa nostalgia. El P. de Finance, en el fondo, no deja de confirmárnoslo cuando escribe: "En la tradición cristiana, en efecto, el pecado original del hombre y toda la masa de pecados que han proliferado aparecen como el último episodio de una sombría tragedia cuyo teatro es la creación por entero y cuyos primeros actos se han jugado en los cielos. El pecado del hombre tiene, no su causa, sino su prototipo en la catástrofe celeste que ha hecho estallar, sin duda alguna, apenas ha surgido en el ser, este mundo de luz y belleza que formaba el estadio superior de lo creado" (J. de Finance, *Citoyen de deux mondes*, Téqui, 1980, p. 268).

32 Podemos referirnos, para un desarrollo detallado concerniente al sentido y valor, así como a la práctica de la plegaria de Saint-Martin, a:
R. Amadou, *Dix prières, precedes de Prier avec Saint-Martin*, Cariscript, documents martinistes, 1987.

J.-M. Vivenza, *Prière du coeur et oración intérieure chez Louis-Claude de Saint Martin*, (próxima aparición).

33 Una vez más, en un correo destinado a su amigo Nicolás-Antoine Kirchberger, el 19 de junio de 1797, el Filósofo Desconocido insiste sobre el carácter particular de la iniciación que él contempla como siendo la única verdadera, aquella que, para él, sólo surge del interno, aquella que se ha desembarazado de las pesadeces nocivas que se encuentran en las prácticas de una teúrgia pesada y a menudo inhábil. No es en absoluto necesario recargarse de formas y ritos complejos, conviene, declara ahora el teósofo de Amboise, únicamente "adentrarse más y más hasta las profundidades de nuestro ser", refiriéndose a Jacob Boehme que escribía ya en su tiempo: "Aquel que reza como debe ser opera interiormente con Dios" (J. Boehme, *Lib. Apologeticus*, S 10). Así, poco antes de encontrarse con Kirchberger, el Filósofo Desconocido le explica, de manera extremadamente clara y precisa, la diferencia existente entre la vía externa y la auténtica iniciación, entre lo que fueron las enseñanzas de su primera escuela y las luces que son las suyas, ahora que sobrepasa las limitaciones que le imponía su iniciación primera. Escuchémosle atentamente, pues cada palabra habla de perlas, cada frase es un puro tesoro de ciencia espiritual: "Los conocimientos, que anteriormente podían transmitirse por cartas, daban soporte a ins-

tituciones, que luego reposaban sobre usos y ceremonias misteriosas, cuyo todo mérito radicaba más en el parecer y la costumbre que en una verdadera importancia, y que, luego también, reposaban sobre prácticas ocultas y operaciones espirituales, de las que hubiera sido peligroso transmitir sus procedimientos al vulgo, o a hombres ignorantes y malintencionados, en contrapartida, el objeto que nos ocupa, no apoyándose en parecidas bases, no se encuentra expuesto a parecidos peligros.

La única iniciación que recomiendo y que busco con todo el ardor de mi alma, es aquella por la que podemos entrar en el corazón de Dios, y hacer entrar el corazón de Dios en nosotros, para hacer un matrimonio indisoluble, que nos haga el amigo, el hermano y el esposo de nuestro divino Reparador.

No hay otro misterio para llegar a esta santa iniciación que ahondar más y más en las profundidades de nuestro ser y no soltar la presa, no dejándola salir, la viva y vivificante raíz; porque entonces todos los frutos que debemos aportar, de acuerdo a nuestra especie, se producirán de manera natural, en y fuera de nosotros, como vemos que sucede en nuestros árboles terrestres, porque están adheridos a su raíz particular de la que no dejan de beber su savia.

Este es el lenguaje que he mantenido en todas mis cartas; y seguramente, cuando esté en vuestra presencia, tampoco tendré otro misterio más vasto y más apropiado que comunicaros. Y tal es la ventaja de esta preciosa verdad, que uno puede hacerla correr de un cabo del mundo al otro, y hacerla resonar en todos los oídos, sin que aquellos que la escuchan puedan hacer otra cosa que ponerla en práctica o dejarla allí, no obstante, sin excluir por ello los desarrollos que pudieran nacer en nuestras entrevistas y conversaciones, pero de los que creo estáis ya lo bastante provisto por nuestra correspondencia, y más aún por los minuciosos tesoros de nuestro amigo B. [Boehme] de los que en conciencia no puedo creerlos escasos, y de los que no temería por vos en el futuro, si queréis aprovechar vuestros excelentes fondos de tierra.

Es en éste mismo espíritu que os responderé sobre los diferentes puntos que me instáis aclarar de mis nuevas empresas. La mayor parte de puntos tienen que ver precisamente con estas iniciaciones por las que ya he pasado en mi primera escuela, y que dejé desde hace tiempo para entregarme a la única iniciación que verdaderamente es según mi corazón. Si acaso he hablado de esos puntos en mis antiguos escritos, ha sido en el ardor de aquella juventud, y por el ascendiente que sobre mí había tomado la costumbre diaria de ver tratar y preconizar por mis maestros y compañeros.

No podría, y ahora menos que nunca, inducir a nadie a tomar parte de un asunto, visto como me alejo del mismo a diario; por otro lado, sería de

poca utilidad para el público, el cual en efecto, en simples escritos, no podría recibir sobre este asunto luces suficientes, y al que por otra parte tampoco habría ningún guía para dirigirle. Esta suerte de luces deben pertenecer a aquellos que son llamados a hacer uso de ellas por orden de Dios y por la manifestación de su gloria, y cuando son llamados de esta manera, no hay que inquietarse sobre su instrucción, ya que la reciben entonces sin dificultad ni oscuridad alguna, y con mil veces más de nociones y mil veces más seguras que las que un simple aficionado como yo pudiera dar sobre estas bases.

Querer hablar de otra cosa, y sobre todo al público, es querer sin provecho alguno estimular una vana curiosidad, y querer trabajar más bien por la gloria del escritor que para la utilidad del lector; ahora bien, si he tenido errores de este género en mis escritos, más los tendría, si persistiera en continuar en esta misma línea. Así, mis nuevos escritos hablarán mucho de esta iniciación central, que por nuestra unión con Dios puede enseñarnos todo lo que debemos saber, y muy poco de la autonomía descriptiva de estos delicados puntos sobre los que usted quisiera que llevara mi atención, y a los que hay que hacer caso sólo en la medida que estos se encuentran comprendidos en nuestro departamento y nuestra administración.

Os diré, que en las generaciones espirituales de todo género, este efecto debe pareceros natural y posible, pues el hecho que las imágenes tengan relación con sus modelos debe estar siempre presente. Es por esta vía que caminan todas las operaciones teúrgicas en las que se emplean nombres de espíritus, sus signos, sus caracteres, en fin, toda cosa que pudiendo ser dada por ellos pueda tener relación con ellos; es por ahí que van los sacrificios levíticos; es por ahí, sobre todo, que debe ir también la ley de nuestra iniciación central y divina, por la que, presentando a Dios, tan pura como podamos, el alma que nos ha dado, y que es su imagen, debemos atraer el modelo sobre nosotros y formar por ello la más sublime unión que jamás haya podido hacer ninguna teúrgia ni ninguna ceremonia misteriosa de las que todas las otras iniciaciones van llenas.

En cuanto a vuestra pregunta sobre el aspecto de la luz o de la llama elemental, para obtener las virtudes que le sirven de guía, debe usted ver que esta pregunta entra absolutamente en la teúrgia, y en la teúrgia que emplea la naturaleza elemental, y como tal, la creo inútil y extraña a nuestro verdadero teurgismo, en el que no hace falta otra llama que nuestro deseo, otra luz que la de nuestra pureza. Sin embargo esto no prohíbe los conocimientos muy profundos que usted pueda extraer en B. [Boehme] sobre el fuego y sus correspondencias; allá cada cual con sus especulaciones; los conocimientos más activos sobre este punto deben nacer en las operaciones

espirituales sobre los elementos; y sobre este asunto, no tengo nada más que añadir" (Carta a Kirchberger, 19 de junio de 1797).

- 34 R. Amadou, "Sédir, levez-vous" (la teosofía de Saint-Martin), in *L'Initiation*, nº 2, abril-mayo-junio, 1989, p. 70-71.
- 35 Observaremos con atención esta aclaración particular, que nos ofrece Saint-Martin, a propósito del valor extraordinario del culto enseñado por el Divino Reparador en este pasaje donde nos da las indicaciones mayores sobre lo que constituye la clave espiritual profunda, a saber, la naturaleza misma de este nuevo culto, en colaboración con la "Sabiduría", la *Sophia*, completando el antiguo y dándole los elementos que no podría tener sin la intervención directa del Cielo: «El jefe universal de todos los institutores del culto puro y sagrado ha debido, al igual que ellos, volver a trazar sobre la Tierra lo sucedido en la clase superior, y esto conforme a esta gran verdad de que todo lo que es sensible no es más que la representación de lo que no lo es, y que toda acción que se manifiesta es la expresión de las propiedades del Principio escondido al que pertenece. El Elegido universal tiene que haber cumplido esta misma Ley de manera más eminente que acaso lo hicieran todos los Agentes a los que venía a completar la obra por ellos comenzada, puesto que estos sólo habían mostrado sobre la Tierra el culto de justicia y rigor, mientras que él ha venido a aportar el culto de gloria, de luz y de misericordia. De este modo, en todos estos actos y en el culto que ha ejercido, ha debido demostrar todo lo que se opera en el orden invisible. Desde lo alto de su trono, la Sabiduría divina no deja de crear los medios para nuestra rehabilitación: "Aquí abajo, el Regenerador universal no ha dejado de cooperar en el consuelo corporal y espiritual de los hombres, transmitiéndoles los diferentes dones relativos a su propia preservación y a la de sus semejantes, enseñándoles a alejar de ellos las trampas que les rodean y a colmarse de la verdad" » (Tabla natural, XIX).
- 36 El incienso que era ofrecido por el sacrificador a Dios sobre el altar de oro, en este lugar santo, no podía en ningún caso servir para otro uso, y debía ser consumido por un fuego proveniente únicamente del altar de bronce. El Levítico nos enseña al respecto que los hijos de Aarón fueron devorados por haber empleado un fuego extraño: «Nadab y Abihu, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, pusieron fuego en ellos y, tras echar incienso encima, ofrecieron ante Yahveh un fuego profano, que él no les había mandado. Entonces salió de la presencia de Yahveh un fuego que

los devoró y murieron delante de Yahveh. Moisés dijo entonces a Aarón: "Esto es lo que Yahveh ha declarado diciendo: Entre los cercanos a mí mostraré mi santidad, y ante la faz del pueblo mostraré mi gloria." Aarón no dijo nada. Moisés llamó a Misael y a Elsafan, hijos de Uzziel, tío paterno de Aarón, y les dijo: "Acercaos, retirad a vuestros hermanos de delante del santuario y llevadlos fuera del campamento" » (Levítico 10:1-5). El incienso, de otra parte, era única y exclusivamente reservado para el Eterno, y no contemplaba la posibilidad de ser destinado a otros usos profanos, puesto que participaba del culto celebrado en santidad, como nos dice el libro del Éxodo: «Y en cuanto a la composición de este incienso que vas a hacer, no la imitéis para vuestro uso. Lo tendrás por consagrado a Yahveh. Cualquiera que prepare otro semejante para aspirar su fragancia será exterminado de en medio de su pueblo » (Éxodo 30:37-38). En fin, su composición, tenida como secreta, era efectivamente realizada a partir de cuatro aromas, como le pidió Dios a Moisés: «Procurate en cantidades iguales aromas: estacte, uña marina y gálbano, especias aromáticas e incienso puro. Prepara con ello, según el arte del perfumista, un incienso perfumado, sazonado con sal, puro y santo; pulverizarás una parte que pondrás delante del Testimonio, en la Tienda del Encuentro, donde yo me encontraré contigo. Será para vosotros cosa sacratísima » (Éxodo 30:34-36).

- 37 Consideremos, concediéndoles la importancia debida, las preciosas luces que nos ofrece el Filósofo Desconocido en referencia al sentido de la Encarnación del Salvador, lo que Saint-Martin nombra como "la homoficación", es decir, el descenso a este mundo de materia del Hijo de Dios, venido, y con qué abnegación, a cumplir aquello que el hombre habría debido llevar a cabo si no se hubiera perdido: «La razón de la homoficación divina, tanto espiritual como corporal, tanto celeste como terrestre, tiene que ver con la tarea encomendada al hombre de someter la Tierra como Dios le había encargado, y a que, a pesar de nuestra caída, Dios respeta hasta tal punto Sus designios que se ha hecho hombre para cumplirlos en nuestro nombre, así como para dejarnos la gloria, mientras que Él se quedaría con toda la fatiga y toda la amargura. Por otra parte, el hombre estaba muerto espiritualmente antes de haber cumplido su misión, era necesario que el Reparador muriera corporalmente antes de haberse cumplido el curso ordinario de la vida del hombre y esto en una época que simbolizaba en todos sus puntos con los diversos grados progresivos de la enfermedad del hombre y los de su curación. [...] Pero si el hombre ha conservado algunas nociones de las proporciones que deben darse entre los remedios y los males y no siente como su corazón se rompe

concibiendo como debe ser de grande y horrible el abismo en el que ha caído, para que el gran Nombre divino, o la Palabra eterna que todo lo sostiene, venga a sumergirse después de él, no es digno de respirar y todavía menos de echar una ojeada sobre las verdades que le hemos presentado. Pues, ¿qué dolor puede compararse con el dolor de sentir, en cuanto, aquí abajo, esta palabra se encuentra expatriada? » (Del espíritu de las cosas, "Diferencia entre la misión del Reparador y la de Adán").

- 38 Ver Apéndice IV: «Saint-Martin y la cuestión del sacerdocio de Eterno».
- 39 «Es no conocer nada de este Reparador, dirá Saint-Martin, si solo se le considera bajo sus colores exteriores y temporales, sin remontarse, por las progresiones de la inteligencia, hasta el centro divino al que pertenece » (El Ministerio del hombre espíritu, 2ª parte, «Del Hombre»).
- 40 Es sin sombra de duda sobre este punto extremadamente sutil, relativo a la cuestión del nacimiento de Dios en el alma, que Saint-Martin, manifiesta su extrema intimidad con el pensamiento de Jacob Boehme (1575-1624), aquel a quien designará como su segundo maestro después de Martinès de Pasqually y, por otra parte, donde más se singulariza en el plano de las ideas y las concepciones, mostrando una nítida y evidente independencia doctrinal en relación a su antigua escuela. Efectivamente, habiendo descubierto en numerosos aspectos, por sus continuadas e intensas lecturas, una muy profunda y estrecha convergencia de puntos de vista con el extraordinario visionario de Görlitz, el Filósofo Desconocido, impulsará y llevará bastante lejos ciertas audaces propuestas tanto a nivel práctico como teórico, en particular, en sus últimas obras claramente marcadas por las tesis boehmianas, de entre las cuales *El Ministerio del hombre espíritu* (1802) es incontestablemente el mejor y más emblemático ejemplo. En efecto, sabemos que más que ninguno, Jacob Boehme desarrolló toda su teosofía, todo su singular pensamiento, sobre esta idea relativamente chocante respecto a nuestras convicciones habituales, y de los esquemas clásicos que nos han sido enseñados, consistente en que Dios, desde ese caos oscuro y tenebroso de los orígenes del que salió, desde esta nada primitiva, esta «nada inicial», este sin fondo (*Ungrund*), busca nacer, y es animado por el poderoso deseo de dotarse de una existencia substancial, incluso cuando la posee en esencia. Dios, para lograrlo, a pesar de la inmensidad de sus facultades y su poder infinito, tiene sin embargo necesidad del hombre, y más exactamente del alma del hombre que es un auténtico crisol, un vaso de elección destinado, desde la noche de los tiempos, a hacer nacer la simiente divina.

Como bien pone a la luz, con una ciencia inexplicada pero sin embargo con una impresionante seguridad, Jacob Boehme, cuando afirma en sus *Confesiones*: «¿Dónde quieres ir a buscar a Dios? Búscalo en tu alma que es la naturaleza eterna, en la que está el divino engendramiento» (*Confesiones*, Capit. 6, vers. VII, 16). Proposición, que por otra parte ya había expuesto sin rodeos en el primer texto que escribió, como consecuencia de una visión que tuvo en 1610, y que tituló *La Aurora naciente*: «El verdadero cielo está en todas partes, incluso en el lugar que estáis o andáis. Cuando vuestro espíritu alcanza la generación más interior de Dios y penetra a través de la generación sidérea y carnal, desde entonces estáis en el cielo» (*La Aurora naciente*, XIX, 24).

Así, a tenor de estas impresionantes palabras, hemos de admitir, si queremos entrar realmente en los últimos grados del pensamiento del Filósofo Desconocido, que conviene entrar un tanto seriamente en la obra de Jacob Boehme, a fin de descubrir la fuente de las distintas intuiciones espirituales desarrolladas después por Saint-Martin en sus propias obras, como la de la generación divina, la del “nacimiento” de Dios en el alma, entre otras igualmente muy importantes (*La Sophia*, la renovación del espíritu en Cristo, etc.), sin lugar a dudas la más original, la que aparece como siendo fundamental y mayor.

⁴¹ Ver Anexo II: «El “Pentáculo Universal” de Saint-Martin.»

JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ

y la esencia espiritual del
Régimen Escocés Rectificado



Blasón de la IIª provincia de Auvernia

III

JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ

“Aquel que es la Luz y la Verdad mismas, que sondea los corazones y lee los pensamientos más secretos [...] pide un culto puro y sincero al que todos los poderes y facultades de vuestro ser deben concurrir. Quiere ser adorado en espíritu y en verdad [...]”.

JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ, *Tratado de las dos naturalezas.*

El lugar que ocupa Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824), en el interior de la corriente Martinista, es a la vez singular, original, y de la mayor importancia. A menudo relegado y puesto de algún modo en último plano detrás de figuras mayores, realmente imponentes, como Martinès de Pasqually y Louis-Claude de Saint-Martin, Jean-Baptiste Willermoz no deja por ello de representar un elemento fundamental de la obra espiritual iniciada por Martinès de Pasqually, luego desarrollada y reinterpretada por Saint-Martin, incluso si este brillante e ingenioso lionés decidiera, a fin de hacer perenne la enseñanza de la que felizmente era depositario, dotarla de un marco estructural que construyó y edificó con inteligencia, y sobre todo, con un sentido extremadamente elevado de las realidades temporales y limitaciones humanas, sentido que hace verdaderamente de él un incomparable maestro formador, un notable educador, y sin lugar a dudas, uno de los más finos pedagogos del iluminismo cristiano del siglo XVIII.

Como ya sabemos, Jean-Bapstite Willermoz, impulsado por una inmensa sed de descubrimiento, se sumergió en la realidad de las logias

desde la edad de 20 años, en 1750, llegando muy rápidamente a escalar los diferentes grados de esta Sociedad con extraordinaria rapidez, puesto que dos años más tarde fue elegido Venerable Maestro de su taller. Al año siguiente, en 1753, ya formaba parte del número de miembros fundadores de la logia «La Perfecta Amistad», y vio incluso cómo poco tiempo después, en 1760, el conde de Clermont le autorizaba a constituir la Gran Logia de los Maestros Regulares de Lyon que tuvo por función reagrupar y federar al conjunto de logias lionesas.

Willermoz se convirtió así, al poco tiempo, en un adepto instruido y documentado, poseyendo, conociendo y practicando un conjunto considerable de Altos Grados en el «Capítulo de los caballeros del Águila Negra», que había erigido con algunos hermanos escogidos y cualificados de «La Perfecta Amistad», celebrando ritos relativamente cerrados correspondientes a los diferentes niveles de «Caballero del Águila Negra», «Comendador del Águila Negra» y «Gran Maestro del Águila Negra, Rosa+Cruz». Sin embargo, después de haber hecho un amplio recorrido por los misterios de la vía masónica, será objeto, con ocasión de un desplazamiento a París como los que efectuaba regularmente cada año para sus negocios relativos a sus asuntos profesionales, de una profunda conmoción que modificará radicalmente su orientación iniciática.

En efecto, por ésta época, es decir en la primavera de 1767, Willermoz, bajo los insistentes consejos de su amigo, Jean-Jacques Bacon de la Chevalerie (1731-1821), tendrá el inmenso privilegio de ser recibido, por Martinès de Pasqually en persona, en la Orden de los Caballeros Masones Elegidos Coëns del Universo, Orden que acababa de instalar recientemente su Tribunal Soberano al Oriente de Versalles. De inmediato, la impresión causada por esta recepción fue de tal magnitud que Jean-Baptiste Willermoz, no solamente guardará un recuerdo constante hasta su último aliento⁴², sino que, y por encima de todo, lo conducirá a comprometerse por completo en una vía y una doctrina a las que dedicará sus esfuerzos y su energía por el resto de sus días.

Si, a su vuelta a la capital de las Galias, Willermoz se afanó, al menos desde el punto de vista iniciático, por abrir un Templo Coën a fin de trabajar las instrucciones y rituales redactados por Martinès de Pasqually, expedidos —no lo olvidemos—, desde Burdeos por el maestro,

gracias a los cuidados de su muy útil secretario, Louis-Claude de Saint-Martin, sin embargo la verdadera gloria y la extraordinaria proyección póstuma del discípulo lionés del extraño taumaturgo que dirigía los Coëns, le vino por su importante papel en la edificación y creación de lo que se dio a conocer y pasó a la posteridad, en el marco de las actividades masónicas, bajo el nombre de Régimen Escocés Rectificado.

Este Régimen, pues, se trata de una estructura piramidal constituida como Orden, Orden caballerisca muy jerarquizada, que si por una parte es deudor de la Estricta Observancia Templaria de origen alemán por lo que respecta a su estructura organizativa y denominación de algunos de sus grados, se lo debe todo, absolutamente todo, a la Orden de los Elegidos Coëns en lo que concierne a su sustancia doctrinal y perspectiva espiritual.

En efecto, aprovechando la ausencia de un marco teórico sólido en el seno de la Estricta Observancia Templaria, Jean-Baptiste Willermoz tuvo la idea genial, así como el magnífico presentimiento y loable intuición de abrigar, cuando la rectificación elaborada y emprendida con éxito en 1778 con ocasión del Convento de las Galias, luego confirmada en 1782 en el Convento de Wilhemsbad, las ideas de Martinès de Pasqually en el interior del nuevo sistema que titulará, para distinguirlo y precisar de ahora en adelante su vocación específica a ojos tanto de los profanos como de los iniciados: Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa.

I. Los elementos fundamentales del Régimen Escocés Rectificado

La singularidad de Jean-Baptiste Willermoz, incluso cuando Saint-Martin se mostrara siempre muy circunspecto y a menudo sumamente crítico respecto a la asociaciones humanas, es el haber entendido que la Tradición, para perdurar, por muy sutil y elevada que sea, las organizaciones poseedoras de la transmisión iniciática se ven obligadas a componer con las obligaciones de la contingencia, a tener que apoyarse firmemente en las formas, en ocasiones pesadas, torpes y a veces apremiantes. La comprensión de esta ley en Willermoz explica en parte su fervor y su

inquebrantable fidelidad a la Francmasonería (poseedora según él de los más grandes secretos dignos de interés puesto que provenían de la «Tradición original»), y de los múltiples grupos, círculos, núcleos y asociaciones que se vinculaban a ella, más cerca o más lejos, a lo largo del siglo XVIII, y que representaban, a su juicio, un cierto número de oportunidades y posibilidades que debían, por principio y honestidad intelectual, ser explotadas y experimentadas.

El hombre, constataba Willermoz, que tenía en este aspecto de las cosas una larga práctica, es hasta tal punto frágil, cambiante y volátil que las verdades de innegable profundidad acabarían evaporándose entre sus manos con suma rapidez, resultando indispensable fijar el conocimiento y el saber en un cuadro que lo preservara de una muerte cierta, posibilitando a la «Alta Ciencia» atravesar los tiempos sin definitivamente perderse o disolverse en caricaturas fragmentarias e ignorantes.

Así las cosas, planteándose lógicamente la cuestión de saber cómo preservar el extraordinario depósito teórico que Martinès de Pasqually legaba a sus discípulos, fue que Willermoz pensó en adaptar, transformándola en su esencia pero no en su forma, la Estricta Observancia Templaria, de manera que se convirtiera en preciosa conservadora, en firme y sólida «depositaria» de una doctrina poseedora de las principales claves de los eternos enigmas a los que el hombre se ve confrontado, y ante los cuales permanece prohibido y mudo desde los orígenes.

Willermoz, a través de todas sus investigaciones, y fueron estas considerables desde el tiempo en que presidía en Lyon, con su hermano Pierre-Jacques, los destinos del «Capítulo de los Caballeros del Águila Negra», estuvo convencido de que la Masonería, a pesar de ella, era portadora del verdadero conocimiento, que entrañaba en su seno tesoros inestimables, de ahí su feroz voluntad por estudiar y adquirir todos los «Altos Grados» que circulaban en esa época en el seno del escocismo, de rebuscar incansablemente y explorar la menor pista, de «reunir» en un único manojo los rastros de un conjunto que contemplaba como auténtico depositario, históricamente, de las primeras y primitivas «simientes del Verbo». Ahora bien, cuando fue admitido en 1767, para su inmensa alegría, por Martinès de Pasqually en la Orden de los Elegi-

dos Coëns, su conmoción, inesperada, provocó tal cambio, modificó hasta tal punto su parecer que, como bien expresará al barón de Landsperg en una carta de 1772: «Desde entonces, todos los otros sistemas que conocía (pues no puedo juzgar aquellos que no conozco) me parecieron fútiles y fastidiosos. Es el único en que encuentro esa paz interior del alma, la más preciosa ventaja de la humanidad, relativa a su ser y a su principio».

Willermoz, que gracias a su entrada en los Coëns acababa finalmente de alcanzar aquello a lo que aspiraba desde hacía años, sabía desde entonces lo que era el secreto, dispersado y desfigurado en diferentes jirones esparcidos por la Masonería común, la cual había estudiado y explorado ampliamente en sus menores aspectos, y a la que Martinès calificaba, no sin una cierta y legítima reprobación, de «apócrifa», es decir, Masonería inexacta, incompleta, surgida –lo que es más grave todavía– de una tradición falsa y pervertida, heredera lejana de Caín y de su poco recomendable descendencia.

La Orden de los Elegidos Coëns, en los catecismos de sus diversos grados, cosa que chocó enormemente a Willermoz como buen alumno que había sido de los jesuitas ya ampliamente despabilado en estas materias, enseñaba que el hombre, creado en primer lugar a imagen y semejanza del Eterno, había, a causa de su horrible crimen, perdido su inicial identidad y se había convertido, si bien conservando la lejana imagen que le fue dada por bondad en su nacimiento, en un ser radicalmente desposeído de sus calificaciones, reducido, por su culpable acto, a un estado de alejamiento, de exilio y trágica «desorientación».

Destaquemos al respecto que un punto, un elemento argumental central y fundamental para Jean-Baptiste Willermoz, el cual hacía, y por otra parte hace todavía necesario, y hasta la hora final de la parusía, de la última Revelación, la existencia de una «vía» de realización espiritual de naturaleza esotérica, es que por su culpa y su crimen, el hombre se ha convertido en radicalmente ciego, viéndose inmerso en espesas tinieblas que le enmascaran y le velan trágicamente las luces de la esencial Verdad. Es por lo que las primeras palabras de la *Instrucción secreta* de los Grandes Profesos, reservada a los miembros más dignos de confianza del Régimen Rectificado, se referirán precisamente a este aspecto de

las cosas e indicarán, claramente, cuál es el sentido y el objeto particular del trabajo iniciático: «*Si el hombre se hubiera conservado en la pureza de su primer origen, la Iniciación nunca habría tenido lugar para él y la Verdad se ofrecería todavía sin velo ante sus ojos, puesto que ha nacido para contemplarla y para rendirle un continuo homenaje. Pero después que desgraciadamente descendiera a una región opuesta a la luz, es la Verdad misma la que lo ha sometido al trabajo de la Iniciación, rechazando sus búsquedas*»⁴³ (*Instrucción secreta*). De este modo, precisará todavía Willermoz, debe establecerse en el ánimo de aquel que se compromete en el camino delicado y difícil de la Iniciación que tendrá que cumplir una dura labor, que será únicamente a partir del esfuerzo y la renuncia que podrá proseguir y avanzar en su conocimiento de las leyes profundas que gobiernan tanto aquí abajo como allá arriba, y después de un largo recorrido, único para cada hombre, y si es verdaderamente sincero consigo mismo, estará eventualmente en la medida de descubrir los principios con los que habrá que alinearse y someterse, puesto que en tanto que iniciado está llamado a subir los maravillosos peldaños que le permitirán franquear, en el interior del Templo finalmente reconstruido, las imponentes puertas del Santuario.

Lo que impresionó profundamente a Willermoz en sus reflexiones, cuando su descubrimiento de la doctrina de Martinès de Pasqually, y lo animó en consecuencia a edificar un sistema concebido como una auténtica y eficaz propedéutica de la «reintegración», es que la degradación, que toca radicalmente a cada hombre venido a este mundo desde la Caída, hace de todos los hijos de Adán seres miserables, caídos de su grandeza primitiva, reducidos, en una noche cerrada que los rodea por todas partes, a reptar sobre un suelo cubierto de espinas y zarzas. De este modo, los hombres están limitados física y espiritualmente por cadenas que simbolizan el sufriente rigor de su determinación actual, pero que lejos de contentarse con su situación, como los pobres animales entregados a sus solas satisfacciones instintivas de la materia dedicados al ejercicio del gozo inmediato y frenético de sus sentidos, por el contrario las criaturas humanas, por medio de su inteligencia intuitiva, sienten que aspiran con toda la fuerza de su alma a otra dimensión, que esperan, confusamente, el advenimiento de «otro orden de cosas».

Ciertamente el hombre no es, como podemos constatar, un simple producto de la naturaleza, puesto que se encuentra ligado, aunque sea por frágiles resplandores que le indican su auténtico destino, pero subsiste sin embargo en él un peligro muy real que no escapa a Willermoz, excelente observador de las costumbres de su tiempo, consistente en que pudiera forjarse en el ánimo de los seres degradados, que no buscan obrar en su perfeccionamiento por la puesta en práctica de una penosa y lenta labor de purificación, una suerte de contentamiento gregario entusiasta que les llevara a apartar, en tanto que vanas quimeras, las realidades trascendentes, y a revolcarse en el indecente lodazal de una pretendida «naturalidad» que los llevará a negar, y en ocasiones incluso a destruir, todos los luminosos rastros de su memoria original: «*En el estado actual del hombre privado de la Luz, escribe Willermoz, lo más funesto que le puede suceder es olvidar o negar esta misma Luz [...]*» (*Instrucción secreta*).

Para construir su sistema, Willermoz, que deseaba poder proponer a sus contemporáneos una herramienta que estuviera en disposición de dar respuesta al siniestro desarrollo, al pueril libertinaje y al abyecto y a menudo estúpido ateísmo que se extendía peligrosamente por todos los estratos de la sociedad, efectuando una inquietante labor de zapa de las bases tradicionales de ésta última y de los fundamentos venerables de la santa religión cristiana, va pues a utilizar la estructura caballeresca de la estricta Observancia Templaria y su armoniosa arquitectura organizativa gradual, enriqueciéndola con un pedestal doctrinal y metafísico del que estaba desprovista. Para lograrlo, pues era evidente que no se podían transponer simplemente las teorías de Martinès sin pensar en darles una forma que estuviera en relación con la perspectiva, casi «militar», de la Estricta Observancia, sin intentar, de alguna manera, adaptarlas a la vocación propia de una Orden de Caballería, Willermoz tuvo la idea genial de conservar el emblema más conocido y extendido entre los MASONES desde la noche de los tiempos, a saber el Templo de Salomón, y conferirle, transponiendo el simbolismo de su historia en el camino que deberá efectuar cada hermano en el seno de su propia vida masónica, un valor incomparable portador de todas las tesis originales salidas de la doctrina martinésista⁴⁴.

El Templo ocupará así un lugar operativo, simbólico y principal en el Régimen Escocés Rectificado, por su carácter instructivo, ya que a partir del conocimiento de las reglas que permitieron y autorizaron su edificación por parte de los Hebreos, gracias a la asimilación progresiva de las leyes y principios específicos necesarios para la puesta en práctica de su construcción, se hace posible, para el iniciado, volver a descubrir los medios, las herramientas, el camino y la «Palabra», indispensables para proceder al trabajo de su propia reedificación según el modelo de planes preciso y sagrado dictado por Dios a Moisés, especialmente en las largas descripciones fielmente conservadas en el libro del *Éxodo*. En el ánimo de Willermoz se hace de nuevo posible, para el hombre llevado por un «verdadero deseo», el recobrar, por los efectos de una inefable e incomparable gracia que sobrepasa las débiles capacidades del entendimiento clásico que observa, y se limita a reconocer en su endu-recimiento, como única fuente de certeza la estrecha razón discursiva, la « semejanza » perdida glorificando y alabando el Nombre del Altísimo, de la Divinidad inaccesible e Infinita que es el Verbo, el Cristo Jesús, Señor y Salvador del mundo, el Logos del que nos habla el Prólogo del evangelio según san Juan: « [...] la verdadera luz que ilumina a todo hombre venido a este mundo » (Juan I:9).

II. Reconstrucción espiritual y nueva dedicación del Templo

Lo que había perfectamente comprendido Jean-Baptiste Willermoz, con una rara agudeza espiritual, cuando elaboraba en el secreto de su corazón los rituales de los diferentes grados del Régimen Rectificado, es que en su estado natural, el hombre desgraciadamente ya no está en disposición de poder aproximarse al trono de la Divinidad, mientras que, desde los orígenes, es en este celeste lugar donde se encuentran todos los frutos superiores e inestimables unguentos indispensables para la reparación y regeneración universal. El fundador de la logia «La Beneficencia», consciente de la miserable condición del hombre, asediado por las brumas que se levantan en él y le disimulan la extensión de su crimen, tratará pues de poner el acento, cuando elabore y conciba pacien-

temente los rituales masónicos, en señalar que el hombre se encuentra en la imperiosa necesidad de ponerse de nuevo en condiciones de llegar al pie de la escalera sobre la cual reposa el Eterno, si quiere responder a las obligaciones que le imponen sus deberes ante el Ser Supremo; Ser «*que ha operado siempre por el bien y la felicidad del hombre*».

En efecto, todas las enseñanzas del Régimen Escocés Rectificado no dejan de significar la infame degradación en la que se encuentra toda la raza de Adán, haciendo que cada criatura sea hoy, para su penosa vergüenza e inmensa tristeza, «*indigna de aproximarse al Santuario de la Verdad*». Por cuya razón, de acuerdo a los deseos de Willermoz, es preciso para el Masón cristiano, dejando a un lado todo lo demás, reencontrar la esencia de las virtudes adecuadas que le hagan suficientemente puro como para elevar el incienso de su plegaria hacia Dios. Es la única «Ciencia» que alimenta la auténtica Masonería e instruye a los verdaderos Masones; siendo el objetivo de esta «Ciencia» sagrada en relación al conjunto de conocimientos humanos «*el poner a todo individuo espiritual al alcance de rendir a este Ser Soberano un homenaje que no podría recibir proveniente de seres puramente pasivos y momentáneos*» (*Instrucción secreta*).

Para hacer progresar a los hermanos del Régimen Rectificado en virtud de santidad, e incitarlos a avanzar sin temor en la lenta labor de su reforma interior, Willermoz, juiciosamente, se valdrá de la imagen célebre y evocadora del Templo de Jerusalén y la utilizará inteligentemente como símbolo concreto y práctico de una auténtica «vía» de reedificación espiritual, transmitiendo de tal suerte a cada uno, a lo largo de su camino en el seno de las logias, un perfecto ejemplo del trabajo que aguarda a los fieles obreros del Señor, los piadosos servidores del Mesías: «*siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en Espíritu*» (Efesios 2:20-22). El Templo, cargado de un real poder emblemático en razón de su papel eminente en la Historia de la Revelación, en esta «Historia Santa» que es el vivo testimonio de la Presencia y de la acción de Dios entre los hombres, va así a participar directamente en las preciosas lecciones que serán dispensadas a

aquellos que habiendo decidido, después de haber hecho la constatación del carácter estéril de una existencia preocupada únicamente de ella misma, centrada sobre la satisfacción instintiva de sus necesidades primarias, dedicarse al lento trabajo de reconstrucción que conviene realizar en sí mismos, a aquellos que, deseosos de penetrar en los misterios efectivos del conocimiento superior, habrán comprendido que toda empresa digna de este nombre debe, en primer lugar, para todo hombre víctima de la Caída, ser una obra imprescindible de previo «restablecimiento».

Esta obra pues, lejos de ser facultativa, es para todo hermano que hace sus primeros pasos en el seno del sistema willermoziano, una obligación mayor, un imperioso deber, un riguroso mandamiento en el que no se puede escatimar, o peor aún, eximirse bajo cualquier pretexto falaz. En efecto, si el hombre desea ardientemente volver a la plenitud de sus derechos ante la Divinidad, si su voluntad no es fingida, y sobre todo, si se ha dado cuenta de ello con honestidad, saliendo de su ciega ilusión, del estado lamentable en que se encuentra, tendrá que, en primer lugar, y al margen de cualquier otra consideración, trabajar para presentar un plan perfecto, un edificio santificado so pena de verse cercenado de la comunión con el Eterno. Como subrayará con pertinencia Willermoz: «*El hombre bien purificado es el único sumo sacerdote que puede entrar en el Santuario de la Inteligencia, comprender su naturaleza, fortificarse en ella y rendir en su propio Templo un homenaje puro a aquel del que es imagen. Pero, previene solemnemente el maestro lionés, si desdeña purificarse antes de ponerse ante este altar, las tinieblas espesas de la materia vendrán a cegar lo; y encontrará la muerte donde debería encontrar la vida*» (Instrucción secreta).

Jean-Baptiste Willermoz, con su discurso, nos muestra que tanto el Templo como el hombre, constituidos uno y otro primitivamente por una imagen integral de exacta proporción, fueron destruidos, precipitados al abismo, saqueados, profanados, y debieron, penosamente, ser levantados de sus lamentables ruinas. Muy felizmente, Jeremías, cuando los Asirios redujeron a la nada el Templo de Salomón, tuvo la idea soberana de esconder el fuego sagrado, lo que resultará muy útil cuando en la dedicación del segundo Templo, efectuada por el Sumo Sacerdote,

Dios no hizo descender del Cielo, como todos esperaban, el fuego necesario para la ejecución de los ritos, y se vieron en la necesidad de resolver ir en busca del fuego disimulado por el profeta que permanecía en el fondo de un pozo en medio de un agua manchada, «cenagosa y corrompida» que, milagrosamente, cuando toda esperanza parecía absolutamente perdida, al ser vertida sobre el altar, fue capaz de consumir el holocausto generando un fuego vivo y luminoso: «*Figura perfecta de la resurrección del hombre en su primera forma incorruptible, a favor de todos aquellos que habrán dejado la carne y la sangre en la tumba, a imitación y por el socorro del hombre Dios y divino*» (Ibid.).

De este modo, cuando la edificación y consagración del segundo Templo por Zorobabel, hubo una gran alegría, una felicidad compartida y un inmenso alborozo entre la muchedumbre testigo de este magnífico acontecimiento, pero aquellos que guardaban memoria todavía del esplendor del primer Templo, nos dice Esdrás⁴⁵, se lamentaban y lloraban en razón de la pérdida cruel de su belleza primitiva que, visiblemente, no volvería a ser igualada ni reencontrada. De igual manera, en lo que concierne al hombre, su restablecimiento en santidad, por una lucha incesante, un esfuerzo constante y grandes dolores, no borrarán completamente los rastros de su infame prevaricación: «*Los Sabios verdaderamente instruidos sobre la Dignidad de la naturaleza humana, emanación pura y perfecta del seno del Eterno, están inmersos en la amargura y el dolor, viendo al hombre humillado y revestido de un cuerpo material y corruptible; no pueden imaginarse sin dejar de derramar lágrimas el Templo glorioso de su primera forma, cuando todas las naciones del universo venían a admirar su belleza y a prosternarse ante este Rey de Israel*» (Ibid.). No obstante, a pesar de su miserable situación, su triste suerte y el carácter lastimoso de su actual naturaleza, «volviendo a consagrar de nuevo» su Templo, es decir, purificando su corazón alejando de él su indigna complacencia ante su perversión culpable, imagen lejana del redescubrimiento del fuego sagrado que Jeremías preservó de la destrucción, el hombre puede esperar acceder de nuevo al Altar de los holocaustos y, entrando en el Santuario, celebrar un culto restaurado al Eterno.

Podemos constatar, por lo que acaba de ser desarrollado, que el estudio absolutamente «especulativo» del Templo, que formaba parte de

los rituales de la Masonería «apócrifa», inclinándose sobre los aspectos simbólicos y el valor cosmológico del venerable edificio, va pues a transformarse, para cada hermano, bajo la pluma sagaz de Willermoz, en una verdadera y progresiva «operación» de reconstrucción interior, «operación» todavía nunca formulada de tal rigurosa manera y argumentada de una forma tan precisa y organizada en la Historia del esoterismo cristiano⁴⁶.

Así, comprometido en la «vía» del Régimen Rectificado, el hermano aprenderá numerosas cosas que anteriormente no había ni tan siquiera entrevisto, y sobre todo estará en disposición, guiado y secundado por manos caritativas, de reedificar pacientemente, en él, las primeras fundaciones de su Templo particular, que evidentemente, no es diferente del Templo universal, sino que, por una lógica y natural comprensión, en tanto que cristiano, del carácter «personal» de su relación con la Divinidad, pasa ineludiblemente por la previa reconstrucción de sus propias estructuras en tanto que ser querido y escogido por Dios, ya que nosotros hemos sido, como lo recuerda san Pablo «...elegidos en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado» (Efesios I:4-5).

III. Degradación y muerte intelectual del hombre

A pesar de esta elección, de la que nadie puede dudar si quiere dar al bautismo recibido, cuando se convirtió en «hijo de Dios», todo su completo significado, queda sin embargo la extrema fragilidad del hombre, su endeble constitución física y anímica, el carácter profundamente deteriorado de su ser, son elementos singularmente problemáticos que necesitan un tratamiento particularmente riguroso que sólo puede ser dispensado, una vez más, por una institución cuya función, precisamente, es la de trabajar en el saludable despertar y reparación de la criatura: «[...] El hombre moral e intelectual [...] sometido por un tiempo, por el

efecto necesario de su degradación original, a la envoltura material de la que siente todo el peso, expuesto al choque de los elementos que accionan violentamente sobre su naturaleza física, y a todas las influencias que provocan continuamente sus pasiones y hacen surgir en él tantos vicios, tiene necesidad que se le recuerde qué peligros y qué socorros le rodean, cuáles son las causas de los sufrimientos que le afligen diariamente y qué esperanzas le ofrecen la nobleza de su origen» (Ritual del Grado de Maestro Escocés de San Andrés). Es por lo que, para responder a esta necesaria redención, casi vital, Willermoz construye, elabora y organiza el Régimen Rectificado como un perfecto seminario, un sutil método curativo, en ocasiones, ciertamente, intransigente y doloroso, con miras a regenerar las pobres facultades del ser corrompido que le permitirá rememorar la grandeza de su origen y la altura de su deber actual si quiere esperar, un día, reencontrar la plenitud: «*La Francmasonería [se sobreentiende el Régimen Escocés Rectificado] os recuerda continuamente y por toda suerte de medios, vuestra propia naturaleza esencial. Busca constantemente captar las ocasiones de daros a conocer el origen del hombre, su destino primitivo, su caída, los males que son su consecuencia y los recursos que la bondad divina le ha destinado para triunfar*» (Ibíd.).

No obstante la grandeza primitiva de la «naturaleza esencial» de la criatura, ésta no debe hacerse ilusiones, y Willermoz, con excepcional rigor y severo realismo, no se queda corto, y se sitúa aquí muy lejos del clima «progresista» de una cierta Masonería amiga de la composición de vibrantes panegíricos y odas inflamadas ponderando las glorias de la razón soberana, insistiendo sobre el estado absolutamente desorganizado, marchito y desviado de las facultades con las que el ser se enorgullece con tanta solicitud e ilusoria satisfacción, cuando al contrario todo en él manifiesta, desde su incalificable gesto criminal, las terribles y lamentables consecuencias de la Caída.

No contento por la culpa cometida, perdiendo desgraciadamente su cuerpo espiritual, habiendo sido groseramente «vestido de piel» (Génesis 2:21), es decir, habiendo sido «cambiado a un cuerpo material corruptible con el que vino a reptar sobre la superficie terrestre [que constituyó] una barrera impenetrable que lo separaba de todos los Seres espiritua-

les», el hombre, gracias a Adán, fue radicalmente destituido de sus «derechos originales» y perdió la maestría de sus propias facultades individuales, condenándose a una especie de auténtica y humillante muerte intelectual en la que, incluso cuando la nobleza de su primer estado le otorgaba el poder de leer en el pensamiento de Dios y mantener relación directa con Él, pasó a convertirse en un ser pasivo material dotado de una conciencia gregaria y enferma, limitado en todos los ámbitos.

Willermoz expone, con una ciencia psicológica consumada y sorprendente pertinencia, demostrando un gran dominio del tema, la manera en que se aplica y se ejerce esta «muerte intelectual» con la que el hombre es golpeado, haciendo de él una triste y lamentable marioneta entregada a los caprichos de las fuerzas residuales que lo superan por completo, y que, de manera ridícula, lo activan permanentemente al agrado de procesos mentales aleatorios cuyos mecanismos agitan en todos los sentidos los pensamientos de cada uno de nosotros como harían respecto a irrisorios títeres⁴⁷: «No debéis buscar la prueba de estas tristes verdades, explica Willermoz, en otra parte que en vos mismo en todos los instantes de vuestra vida corporal. Estaréis de acuerdo [constantaréis], que vuestros pensamientos buenos o malos os vienen por caminos extraños. Resulta obvio que el hombre actual no crea sus pensamientos, no puede procurarse por propia voluntad aquellos pensamientos que busca, ni conservar aquellos que tiene, prever cuáles tendrá, ni desembarazarse de aquellos que le importunan. ¿Quién es aquel, se pregunta, que puede dominar la serie y sucesión de sus pensamientos? ¿Quién puede decir por qué no tiene unos y por qué se obsesiona por otros? [...] El hombre se encuentra pues en este aspecto en una dependencia absoluta y todo le demuestra que sus pensamientos provienen de una acción ajena a la suya» (Instrucción secreta).

Su cuerpo, desde su salida del Edén, está entregado a la corrupción y sujeto a una desaparición certera, por otra parte muerto intelectualmente, y habría que añadir, para completar el cuadro, caído en sus tres principales facultades: ya que con su inteligencia limitada, su memoria cegada y su deseo, o apetito, desviado y pervertido, el hombre ofrece un muy miserable espectáculo a partir del cual uno se pregunta ¿cómo puede ser posible que aún y así, se muestre orgulloso y soberbio? Enig-

ma no resuelto de esta penosa ceguera de la que solamente puede librar-nos la gracia del Espíritu, único capaz de mellar nuestras pobres certezas y ofrecer, en nosotros, un fino pasaje a la Luz de la Verdad⁴⁸: «*Todo hombre, instruido sobre la excelencia original del hombre primitivo, de su alto y sublime destino en el universo creado, de las grandes virtudes, poderes y autoridad con los que fue revestido para cumplirlo, dirá Willermoz en un pasaje sobrecogedor, no puede disimular, a la vista del hombre actual caído de toda su gloria, desmoronado en el envilecimiento, desgraciado y convertido en esclavo del implacable enemigo del que debiera ser dominador, que está sometido a un estado de severo castigo justamente merecido; que es el orgullo, del que recibe todavía diariamente y a todo instante nuevos atentados, el que lo ha perdido; que es a causa del abuso enorme de su poder, de su voluntad y de todas sus facultades intelectuales lo que le ha separado de Dios*» (Tratado de las dos naturalezas).

El hombre, reducido así a este estado lamentable del que es incapaz de liberarse por sus propias fuerzas, resultándole imposible, es ésta una clara marca de su afligente miseria, ya que al no poder salir de ella por sus propios medios, no puede hacer otra cosa que entregarse, abandonarse por entero a la buena voluntad de la Divina Providencia sin la cual no es nada, sin ayuda de la cual solo puede continuar zozobrando todavía más en los terrenos pantanosos y cenagosos que le llevan hacia un siniestro final.

De toda manera, degradado físicamente, reducido trágicamente en todas sus facultades, intelectualmente moribundo, solo le queda admitir el carácter irremediable de su situación, desde su humana posición evidentemente, y esperar del Cielo un socorro superior, ya que, reconozcámoslo, «*la desgracia del hombre sería inexpresable si la misericordia divina no hubiera empleado un Reparador infinitamente poderoso para levantar al hombre de su funesta caída, y restablecerlo a su primer destino*» (Instrucción secreta).

Willermoz, con acentos extremadamente sombríos, que no hacen sino hacerse eco de las más severas páginas de san Agustín, insiste con fuerza sobre el carácter desesperado del ser humano y la ausencia total de medios en posesión de la criatura a fin de salir de las condiciones

insoportables en las que se encuentra encerrado, como lo estaría un prisionero olvidado en un oscuro calabozo hermética y definitivamente cercado. «Atado por su elección, el hombre aún es golpeado, se ha hecho incapaz de aproximarse por sí mismo al Bien» (*Tratado de las dos naturalezas*); el ser desposeído, desde su Caída, está bajo la dominación del pecado, se ha librado al poder del maligno, domesticado por las seducciones del enemigo. Su dependencia es pues absoluta y «permanecería eternamente separado de su Dios si el Amor infinito del Creador por su criatura querida no hubiera destruido esta barrera de eterna separación por su Encarnación en un cuerpo de hombre con el que ha querido revestirse para poder sufrir y morir en este cuerpo, y expiar así por el culpable todo lo que debía a la justicia» (*Ibid.*). Sin la acción de la Divinidad, sin el inmenso efecto de la compasión del Eterno que nos envió su Hijo, es decir, la parte más querida de Él mismo, su esencia íntima y reservada, su vivificante sustancia, su propia Luz, toda la humanidad se pudriría, hasta el final de los tiempos, en los grilletes de la materialidad y sufriría la infamia de una perpetua, degradante y definitiva separación.

IV. La «vía» de la iniciación cristiana

Quizá comprendamos mejor, desde este momento, porqué el Régimen Escocés Rectificado pide a sus miembros creer, no tan solo más o menos vagamente como en otros ritos masónicos, en la existencia del Gran Arquitecto del Universo en tanto que poder ordenador lejano e informal, sino que exige una auténtica y profunda «fe» cristiana, ya que toda la esencia espiritual de la Orden reposa en la convicción, cierta e inquebrantable, de la efectiva realidad y sobrenatural eficacia del misterio de la Encarnación.

Sin la venida de Cristo Jesús, sin la «Revelación», sin la muerte sacrificadora del Salvador sobre la madera sagrada de la Santa Cruz, que nos ha abstraído, por el don inconcebible de su vida y la ofrenda de su sangre cuando la Pascua, de la ley criminal en la que se complacía nuestro espíritu y a la que librábamos indignamente nuestros miembros, ninguna esperanza sería posible para el hombre, ninguna liberación nos podría

llegar por el carácter incurable de nuestro estado. Privado del uso de sus facultades, considerablemente disminuido, nada que no fuera Dios mismo podía romper las infranqueables barreras y ataduras que se habían constituido en torno al hombre, y que desgraciadamente lo obligaban a vivir en una inflexible reprobación. En el curso de los siglos, incluso después de la venida del Salvador, algunos creyeron posible dirigirse a los espíritus angélicos para que vinieran a socorrernos y a sacarnos del fango en el que estamos sumidos desde la salida del Edén. Ahora bien, esta solución no era tal, los ángeles, como sabemos, y a pesar de un poder significativo que les fue conferido, son incapaces de responder a la demanda formulada por los hombres, y solo pueden asistir impotentes a la severidad del exilio que soportan los hijos de Adán, preservándoles, sin embargo, de mayores peligros por la caritativa compasión y vocación muy especial, a los elegidos del Señor, acompañándoles por senderos más apacibles a fin de proteger a estas almas escogidas, y en la medida de lo posible, evitarles los múltiples peligros que se presentarán en su camino. No obstante era necesaria, en razón de la situación, una intervención de orden superior, dado que muchos, equivocados por una espesa ceguera, no veían «la necesidad de una intervención directa y personal de la Divinidad en el acto de expiación satisfactorio que el hombre debía a la Justicia divina. Viendo en Dios y en el hombre, caído de su estado glorioso, los dos puntos extremos del orden espiritual, [suponían] en las clases angélicas de los agentes espirituales intermedios lo bastante puros y poderosos [la capacidad] para aproximar el hombre a Dios, sin que fuera necesario que Dios mismo se sometiera a la Encarnación» (*Tratado de las dos naturalezas*). No, ante el carácter profundamente enraizado de la prevaricación y del pecado, era indispensable, en verdad, que fuera Dios quien se inclinara sobre nosotros y decidiera poner fin a los despiadados rigores que se habían abatido sobre la raza de los hombres. Se había hecho necesario que fuera un «Salvador» quien consintiera en romper los decretos pronunciados en el juicio por el crimen cometido por el hombre, un «Divino Redentor» desbordante de amor y mansedumbre que tomara en afección las criaturas reprobadas y se diera en sacrificio de oblación por ellas, en su lugar; en justificación de la irreparable culpa.

Así, en razón de una decisión bendita, la cual nunca podremos agradecer lo suficiente al Cielo, por el sacrificio de su vida, en un acto de santa y excepcional donación de Sí mismo, es el Divino Reparador, el Cristo Jesús, que nos libera de la condena que se abatía sobre el hombre en el jardín del Edén, y es de este dulce y buen Señor que recibimos desde entonces, no solamente las promesas de Salvación, sino también la justificación, la purificación, así como el alzamiento de la prenda perversa del pecado. No gracias a nosotros, a nuestros esfuerzos o méritos, ya que no tenemos ninguno, sino por la incomprensible gratuidad del Amor infinito de Dios⁴⁹. Es por lo que, para todo hermano del Rectificado, «*el primer paso que pueda conducir al gozo de la felicidad que corresponde al ser espiritual, es reconocer la Grandeza y la eficacia de los medios que Dios ha empleado en favor del hombre*» (*Instrucción secreta*). Willermoz nos ofrece, por otra parte, la razón de este don maravilloso otorgado libremente por Dios a su criatura infiel, y que participa de un plan divino que fue sellado, secretamente y para nuestra felicidad, al principio de los principios de la Historia de la humanidad: «*El hombre, convertido en culpable, fue expulsado de inmediato de ese centro puro y santificado que con su acción acababa de manchar. Fue precipitado sobre la Tierra y condenado a venir a reptar sobre su superficie en una forma material e imperfecta de la que él mismo acababa de crear el modelo, y a cuya forma sometía por consecuencia necesaria a toda su posteridad. Horrorizado por el resultado de su inicua operación, reconoció y confesó su crimen. Su arrepentimiento le supuso la promesa de un liberador cuya mediación obtendría su perdón; es lo que felizmente ha experimentado por la mediación del divino Reparador, y por su sacrificio sobre la Cruz*» (*Tratado de las dos naturalezas*).

Si ha sido la expresión de un sincero arrepentimiento, es la confesión de una verdadera contrición lo que le ha valido a Adán, muy felizmente, no ser reprobado para siempre y recibir la promesa de que le sería dado un benefactor Salvador capaz de ganar en su lugar, un día, la batalla contra la dominación de la muerte y vencer los poderes del infierno, por consecuencia de todo ello, el encaminamiento espiritual del hermano, según Willermoz, pasará ineludiblemente, no ya por la confesión cada vez más evidente de su fe a medida de su progresión en la

Orden, sino también, lo que sin duda no es lo más fácil a realizar, por la renuncia a la voluntad propia y la abnegación, virtudes purificadoras esenciales del iniciado cristiano. La «vía» iniciática será pues una «vía» de imitación de Jesucristo, un trabajo de mortificación, de muerte de sí mismo para hacerse conforme al Señor y a su abandono a la voluntad de Dios: «*El cual siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo [...] obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz*» (Filipenses 2:6-8). Ejemplo maravilloso de este Divino Salvador que renunció a sí mismo hasta la oblación sacrificadora de su propia vida por nuestros pecados, ya que es este Dios Reparador quien nos ha enseñado, y magníficamente desvelado, la manera de reedificar nuestro Templo particular, por el sacrificio del viejo hombre criminal y prevaricador que reside en nosotros, y el nacimiento, no según la carne sino según el «espíritu», del «Nuevo hombre» que el Padre aguarda en su Reino para acogerlo e introducirlo, por fin, y para siempre, en la eterna e inefable comunión de los Santos: «*Esta transmutación de la primera forma del hombre os ha sido demostrada por el Divino Reparador universal, cuando su resurrección, que habiéndose despojado en la tumba de todo lo perteneciente corporalmente al viejo hombre se manifestó ante los ojos de sus discípulos bajo su forma gloriosa individual, dándose por modelo a todos aquellos que aspiran a volver a sus derechos primitivos, ya que antes de consumir su sacrificio expiatorio en favor del hombre culpable y degradado, y para enojo de aquellos que habían operado su ruina, enseñó públicamente a los hombres los medios para reedificar su Templo particular, al igual que él debía reedificar el Templo universal*» (*Instrucción secreta*).

La iniciación cristiana, ofrecida por el Régimen Escocés Rectificado, es pues una escuela rigurosa de reedificación y expiación espiritual a fin de que el hermano esté en disposición, por el ejercicio de las virtudes que le han sido enseñadas, de entrar, habiendo obtenido poder ser «reconciliado», en la plenitud de sus derechos primitivos. Willermoz tiene palabras que no pueden ser más firmes sobre este extremo: «*Cristianos, escribe, no os hagáis más ilusiones, y cualesquiera que sean vuestras opiniones sobre el estado de las almas que dejan este mundo, no olvidéis*

nunca que nada de impuro puede entrar en el Cielo y que aquel que lleva la menor mancha no puede habitar con Aquel que es la pureza y la santidad mismas. Sed pues plenos de amor y reconocimiento por este Dios bueno que, conociendo vuestra debilidad, ha establecido para vosotros medios de expiación y purificación satisfactorios» (Tratado de las dos naturalezas). No hay por qué esconderlo, el cristianismo que nos pide profesar Jean-Baptiste Willermoz, no es el de la declaración exterior y superficial de pertenencia a una confesión religiosa, de manera mundana y circunstancial; exige, muy al contrario, una verdadera vida de fe y plegaria que nos permitirá actuar «en Nombre y en Verdad con el Agente reconciliador universal», es decir, con el Cristo Jesús Nuestro Señor y Divino Reparador, el Mesías de Israel que las naciones esperaban desde el comienzo de los tiempos.

Resulta claro, por lo que acaba de ser dicho, que la reconstrucción del Templo se hará, y solamente puede hacerse así para el Masón cristiano, sobre las ruinas del «viejo hombre»; muerte iniciática portadora evidentemente de la esperanza de la Resurrección, pero pasando, sin embargo, por la previa y sufriente puesta en práctica de la renuncia a imitación de Cristo, nuestro Maestro y precioso Redentor: «El precepto de una entera sumisión a la voluntad de Dios y de una perfecta renuncia a sí mismo es tan absoluto, y su constante ejecución es al mismo tiempo tan difícil, que nuestro divino Señor y único Maestro Jesucristo ha venido a la tierra para enseñarnoslo tanto por su ejemplo como por sus instrucciones. ¿Qué mayor ejemplo podía dejarnos, nos dice Willermoz, que su consentimiento tres veces repetido en el monte de los Olivos para morir ignominiosamente sobre la Cruz, a pesar del rechazo extremo que su humanidad asustada acaba de manifestar? ¡Oh hombres, qué lección! Meditadla día y noche y no la perdáis jamás de vista» (Ibid.).

V. El misterio de la unión de las dos naturalezas

Dios ha venido entre nosotros como un hombre semejante a los otros hombres; habiéndose hecho carne de una joven y piadosa virgen, la Virgen María, en la que se hizo la milagrosa unión de sus dos natura-

lezas cuando la hija de Israel pronunció la frase magnífica: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lucas 1:38). Entonces se operó en ella el descenso del Verbo. Vino a habitar este santo tabernáculo preordenado, predestinado por Dios desde los orígenes, habiendo sido preservada del pecado para convertirse en la madre del Salvador: «Es en el momento de su consentimiento que el hombre-Dios es formado corporalmente en el seno virginal de María, de su pura sustancia, de este verdadero y puro limo quinta esencial de la tierra virgen de su madre. Es formado y compuesto, como todos los otros hombres que vienen por un tiempo sobre la tierra, de una triple sustancia, es decir, de un espíritu puro, inteligente e inmortal, de un alma pasiva o pasajera, y de un cuerpo de materia, pero de una materia pura y no manchada que no proviene en absoluto, como en el resto de los otros hombres, de la concupiscencia de los sentidos, sino únicamente de la obra del Espíritu Santo» (Tratado de las dos naturalezas). Unión inconcebible e increíble de dos naturalezas distintas en un solo ser, unión que representa el verdadero misterio de la Encarnación, el aspecto concreto y extraordinario de su asombrosa realidad «prodigio del amor infinito de Dios por su criatura querida y seducida, convertida por su crimen para siempre en esclava y víctima del demonio, [por la que] se ha cumplido el inefable e incomprensible misterio de la Encarnación divina para la redención de los hombres, por Jesucristo nuestro único Señor y Maestro, que ha querido, para asegurar los efectos, reunir en Él por una unión indisoluble la naturaleza humana del prevaricador y su propia naturaleza divina» (Ibid.).

Esta visión, apoyada en la unidad de las dos naturalezas del Salvador, va a ofrecer a Jean-Baptiste Willermoz la ocasión para un extraordinario y profundo desarrollo que le permitirá trazar un paralelismo conmovedor entre esta unión realizada en la persona de Cristo, y esta «doble naturaleza» de la que es portador el cristiano regenerado, doble naturaleza que vivirá con bastante dificultad en razón del carácter inconciliable de sus dos esencias irreductibles una con otra. El hermano del Régimen, normalmente reconciliado con el Eterno, si ha entrado, evidentemente, con toda sinceridad en esta nueva posición en justicia ante la faz de Dios, habiendo rechazado las obras del mundo y los artificios

del demonio, puede participar de una vida según el espíritu que le vale ser distinguido con el título significativo de «Bien Amado». Pero la distinción, por consolante que sea, no modifica la antigua naturaleza, no cambia en nada la constitución de la identidad carnal del viejo hombre que continúa reprobada y rechazada, marcada definitivamente por los efluvios pestilentes del pecado y la prevaricación. Así la existencia del hermano lo apremiará a mantener firmemente a distancia las seducciones del maligno, para que puedan abrirse en él las luces de la Verdad, combate permanente que tendrá que librar hasta su último aliento, disciplinando su carne, humillando su enjuiciamiento, haciendo callar a su orgullo, renunciando a su falible pretensión y a los impulsos pasionales que le dicta el enemigo del género humano. Para lograrlo, el Régimen Rectificado le pedirá que se conforme a un cierto número de virtudes, virtudes cardinales y virtudes de fe, formando un septenario sagrado, auténtico candelabro de su Templo interior sobre el que podrán apoyarse las siete columnas del edificio reedificado y consagrado a la glorificación del Nombre del Eterno.

No obstante, hay evidentemente, en esta casi «cohabitación» entre la naturaleza caída y la naturaleza redimida, un ejercicio extremadamente delicado que no siempre resulta fácil de negociar, y que provoca muy a menudo períodos de crisis, de tensiones difíciles que engendran pruebas que participan del camino iniciático propiamente dicho, y que constituyen el efectivo sendero de progresión. En efecto, a pesar de su buena voluntad, sus esfuerzos sostenidos, el hermano debe considerar que *«las tendencias de la carne llevan al odio a Dios: no se someten a la ley de Dios»* (Romanos 8:7). Podrá por otra parte comprobar cada día, en sí mismo, la realidad de esta cruel y humillante ley, cuando examine con objetividad su comportamiento, viéndose «tal cual es», considerando sin taparse la cara el fruto de sus obras y constatando que una parte de su ser está profundamente manchada, resultando irreformable cualesquiera que sean los medios empleados para cambiar su orientación, y que la otra naturaleza, salida de su reconciliación, es bendecida por el Señor. Trágico e incomfortable estado, división que sólo encontrará su conclusión y resolución con la muerte, y que, bien que mal, habrá que asumir y soportar esperando ser liberado llegada la hora del traspaso.

Como lo expresa muy claramente el apóstol Pablo, traduciendo perfectamente lo que se desarrolla en cada uno de nosotros: *«sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí. [...] Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros. [...] Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, más con la carne, a la ley del pecado»* (Romanos 7:18-25). El hombre natural es, como bien pone a la luz san Pablo, incapaz de un buen movimiento, idéntico en este aspecto al rebelde Adán. Las numerosas gracias, las bendiciones del Cielo, la magnanimidad del Señor, son ciertamente un motivo de alegría para la criatura, pero su corazón de carne, su voluntad pervertida, su inteligencia ofuscada no se modifica o transforma a causa de esto. Toda la Historia Santa no deja de ser por otra parte un lacerante recuerdo de esta verdad⁵⁰: los Hebreos fueron preservados del juicio en Egipto, atravesaron en seco el Mar Rojo, recibieron el maná en el desierto, y aún y cuando Dios estaba presente entre su pueblo, Moisés pudo oír la voz del Eterno en el monte Sinaí; luego las doce tribus, bajo la dirección de Josué, entraron en la tierra prometida. Pero ¿qué es lo que ocurrió?, ¿de qué manera se lo agradecieron a Dios?: con la desobediencia y la traición, la idolatría y la corrupción de costumbres. Más tarde es el Hijo de Dios en persona quien, por amor y compasión, vino entre los suyos, librando un mensaje de benevolencia y ternura por la miseria del hombre, curando a los enfermos, aliviando a los menesterosos y los pobres, ahora bien, como persona sufrirá un castigo infame e indigno, se le clavará salvajemente y vergonzosamente sobre una Cruz, le fustigarán como a una cabeza de ganado, le sacrificarán como se sacrifica un cordero inocente y sin defensa. Finalmente, después de la Resurrección, por la Pascua de Pentecostés, el Espíritu Santo fue otorgado a los discípulos, las luces del Evangelio anunciadas a las naciones, las promesas de Salvación predicadas por toda la tierra. A pesar de esto, el hombre después de dos mil años ¿acaso es verdaderamente mejor?, ¿no asistimos a la

incansable repetición de parecidas abyecciones, al escaparate escandaloso de la más innoble corrupción, al triunfo general de la tiránica crueldad y a la dominación absoluta del embuste y el vicio, a unos niveles jamás igualados desde el comienzo de los siglos, como si las fuerzas del adversario de Dios reencontrarán la complicidad de su miserable aliado en el Edén, completamente locas y ebrias de cólera, desencadenándose con una rabia crecida y redoblada?

Parece cierto, lo decimos por experiencia, que la vida divina, la esencia renovada y regenerada en el hombre, ni mejora ni cambia la antigua naturaleza que sigue conservando todo su poder perturbador, y nos lleva incluso a afirmar que la aparición de la vida nueva, de la vida de la gracia en aquel que se ha comprometido con fe y esperanza en el seno del camino de la reconciliación, hace todavía más flagrante la radical perversidad de su antigua naturaleza, y la hace ver en toda su horrible abyección⁵¹. Es entonces que las angustias, las ansias del desespero tirarán de nosotros, como resulta lógico y a la vez extremadamente desagradable; de la pobre e indigna criatura que trata de salir de los fangos de la materialidad. Reconozcámoslo, el hombre dividido y fracturado es un muy triste vestigio, una «columna truncada» que solo conserva una base; columna rota incapaz de soportar el edificio majestuoso que tenía por misión sostener, que reducido a su más simple expresión de ruina es un lamentable testimonio de su grandeza pasada, de la noble vocación que tuvo y que sin embargo conserva a pesar de su triste estado presente. Hay en esta reunión ilógica y contrahecha entre un cuerpo de materia y un espíritu aspirante a la unidad con Dios, una fuente constante de tragedias, de dramas e insoportables dolores, un incesante tema de quejas y lamentaciones, una permanente razón para llorar y sumirse en sollozos angustiosos y desesperados. En realidad, como es fácil pensar: «La unión de un ser inteligente con un cuerpo material, consecuencia de la prevaricación del hombre, fue un fenómeno monstruoso para todos los seres espirituales. Puso de manifiesto la oposición extrema que hay entre la voluntad del hombre y la ley divina. En efecto, la inteligencia concibió sin dificultad la unión de un Ser espiritual y pensante con una forma gloriosa impasiva, tal como era el hombre antes de su caída; pero ésta no puede concebir la unión de un Ser intelectual e inmortal con un

cuerpo de materia sujeto a la corrupción y a la muerte. Este ensamblaje inconcebible de dos naturalezas tan opuestas, es sin embargo hoy el triste patrimonio del hombre. Por una naturaleza hace brillar la grandeza y su nobleza de origen; por la otra, se ve reducido a la condición de los más viles animales y es esclavo de las sensaciones y necesidades físicas» (Instrucción secreta).

A imagen de Jesucristo, que dejó «en la tumba los elementos de la materia, y resucitó en una forma gloriosa que solo tenía la apariencia de la materia, que incluso ni conservaba los Principios elementales, y que no era más que un envoltorio inmaterial del ser esencial que quiere manifestar su acción espiritual y hacerla visible a los hombres revestidos de materia» (Tratado de las dos naturalezas), el hermano comprenderá, a fuerza de trabajo y perseverancia, que tiene que «aniquilar» su propia voluntad, que le es necesario abandonar las prerrogativas de su débil poder a fin de hacerse conforme a su Divino Salvador: «es pues de todo punto necesario que siempre, y en toda ocasión de cierta importancia, haga y renueve desde el fondo de su corazón el sacrificio de su propia voluntad, de esta voluntad del viejo hombre que le ha quedado para su desgracia; es preciso que contraiga la feliz costumbre de una completa abnegación de la suya y la más perfecta resignación a la de Dios, que siempre se dará a conocer cuando su resignación sea sincera. El sacrificio de la voluntad propia y la entera abnegación de uno mismo son tan necesarias al hombre, que no le cabe esperar su perfecta rehabilitación sino en la medida que este sacrificio se haya hecho, completado y aceptado por la Justicia. Le es dada la vida entera para aprender a hacerlo, pero a menudo y casi siempre llega a su término sin tan siquiera haberlo comenzado, y es bien digno de lástima por ello [...]» (Ibid.).

A este respecto, la estancia terrestre servirá para aquel que haya tomado conciencia de las apuestas espirituales que están en trance de cumplirse a través de su raquílica existencia, que este es el lugar de erradicación de las escorias deletéreas de la antigua naturaleza, el brasero purificador; de tal manera que la criatura pueda, al término de su vida, presentarse sin demasiadas manchas ante el Eterno. Por otra parte, si su paso por este mundo no ha sido suficiente para obtener una perfecta rehabilitación, lo que sucede en la mayoría de casos a causa de la negru-

ra del alma humana, la Justicia Divina tiene precisamente prevista una segunda etapa, otro ámbito capaz de proseguir la obra comenzada sobre la tierra, siendo instalado, en los círculos de purificación, «un lugar de sufrimientos expiatorios en diferentes grados y de privación purificatoria, en el que [el hombre] podrá cumplir su obra, y merecer su perfecta reconciliación; ya que es allí que sufriendo el tiempo necesario que la Justicia exija, pero feliz por una firme esperanza, pagará su deuda hasta el último óbolo» (Ibid.). Pero, es sobre todo a imagen de Cristo, desde aquí abajo, que tiene la obligación de sacrificar su voluntad rebelde, de crucificar sus enjuiciamientos, haciendo callar su insumisión, realizando, sobre sí mismo, la unión de los dos triángulos, es decir, las dos naturalezas que posee, generando y haciendo visible la emblemática figura del «Sello de Salomón», símbolo esculpido en su centro con la letra «H» designando, detrás de Hiram, al Reparador universal, que los Maestros Escoceses de San Andrés del Régimen Escocés Rectificado llevan colgado del collar sobre su pecho⁵².

VI. El carácter «operativo» del Régimen

Hay una idea recurrente, muy a menudo extendida, que se puede encontrar frecuentemente a propósito del Régimen Escocés Rectificado, idea que volvemos a hallar bajo la pluma de numerosos autores, y no de los menores, consistente en afirmar la ausencia total del componente «operativo» en el seno del sistema elaborado por Jean-Baptiste Willermoz. Si esta opinión se fundamenta —en parte— en la voluntad declarada, y claramente anunciada, del fundador del Régimen de no haber querido introducir elementos directos de la teúrgia martinesista, incluso en la cima de la Orden, no hace sino hacer justicia a la voluntad de Willermoz, puesto que tal fue, efectivamente, su intención por múltiples razones, la principal entre muchas otras tiene que ver con el carácter delicado y complejo de estos ámbitos reservados, a los que solamente ciertos espíritus de una excepcional solidez pueden aventurarse sin riesgo de verse atropellados por fuerzas desconocidas que despiertan y manipulan, y que son muy difíciles de dominar siendo lo más corriente el aca-

bar convirtiéndose en su juguete y su esclavo. En contrapartida, declarar con seguridad la inexistencia de todo aspecto «operativo», si se quiere considerar que la teúrgia no es por sí sola, y muy lejos de ello, el conjunto y la totalidad de la obra espiritual, es un error que conviene firmemente corregir, ya que resulta profundamente olvidadizo de las grandes perspectivas trascendentes del sistema adoptado en 1782 en el Convento de Wilhemsbad, perspectivas que surgen, innegablemente, de un orden singularmente «operativo», si al menos se quiere reconocer en este término el sentido preciso que le es dado, puesto que, en este caso, es de «operación» divina de lo que se trata en el marco de los trabajos desarrollados en el seno del Régimen Escocés Rectificado.

Retomando una vez más el emblema venerable del Templo a fin de conferirle la plena y legítima dimensión que le corresponde, Willermoz juzgará necesario, como ya hemos visto, conducir a los hermanos del Régimen de un conocimiento exterior del edificio sagrado en que se celebraban las glorias del Eterno, a una íntima percepción de su carácter interior, de su valor directamente personal aplicado a cada hombre encaminado hacia el término de su reconciliación. Pero la secreta convicción de Willermoz, que tratará de transmitir en los rituales por una sabia y metódica costumbre de repetir las verdades de las Santas Escrituras, consistente en la certeza de que el hombre, si fue creado a imagen y semejanza de Dios, ha sido igualmente creado según los mismos principios que el Templo, mostrándonos por otro lado su forma corporal la idéntica división en tres partes del lugar santo de los Hebreos (Porche, Templo y Santuario), reproduciéndose parecidamente y aplicándose con la ayuda de las mismas leyes al hombre mismo: «El Templo universal está dividido en tres partes, que fueron siempre distinguidas por los Sabios bajo los nombres de terrestre, celeste y Supraceleste. Igualmente el de Salomón estaba dividido en tres partes distintas por su posición, su forma y su destino particular, a saber el Porche, el Templo interior y el Santuario. De igual modo también el cuerpo del hombre está dividido en tres partes bien distintas, que son el vientre, el pecho y la cabeza» (Instrucción secreta). Prosiguiendo su hábil analogía, Willermoz nos hace entonces penetrar en la comprensión sutil de los principios y reglas que se debían observar cuando se entraba en el recinto sagrado: «Los límites

del universo creado lo separan para siempre de una inmensidad increada y sin límites, que los sabios han llamado inmensidad divina. Esta está velada a los ojos de la naturaleza sensible y sólo puede ser concebida por la inteligencia. Igualmente en el centro del Santuario estaba el Santo de los Santos u Oráculo, que estaba velado a ojos del Pueblo y de los mismos Sacerdotes. Solamente el Sumo Sacerdote podía entrar una vez al año, para adorar la majestad suprema en nombre de toda la nación; y si era lo bastante imprudente como para presentarse sin haberse preparado con todas las purificaciones legales, espirituales y corporales, corría peligro de muerte» (Ibid.). Es precisamente a partir de esta constatación, relativa a la necesidad de purificación para el celebrante deseoso de franquear el velo que separa las otras partes del Templo del Santo de los Santos, que va a elaborarse toda la empresa espiritual dedicada a los hermanos avanzados de la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa.

La obra de purificación va a imponerse así como la «vía» por excelencia que propone el Régimen Escocés Rectificado a sus miembros, «vía» que se presenta como un camino de subida hacia la esencia primitiva de la que el hombre se alejó para su desgracia, camino de lenta ascensión hacia el centro de la Creación que estableció nuestro primer padre, en tanto que agente inmediato de la Divinidad, en un estado de gloria y de perfección: «Es preciso que hoy, para volver a ese centro del que descendió, escribe Willermoz, suba por el mismo camino y que pague a cada uno de sus agentes principales el tributo de expiación y de justicia que él mismo se ha impuesto para recobrar los siete dones espirituales que poseía en su plenitud. Es este tributo de expiación y justicia que el hombre debe empezar a pagar aquí abajo, aunque no pueda liquidar plenamente en la medida que se encuentra atado a esta forma de materia que lo expone continuamente a nuevos peligros. Su trabajo aquí abajo es el de purgar con el mayor de los cuidados los siete vicios, o pecados capitales, opuestos a las siete virtudes que son las únicas que pueden procurarle los siete dones del espíritu» (Lecciones de Lyon, nº 103, miércoles 23 de octubre de 1776, W). Comprenderemos así mucho mejor porqué las siete virtudes (cuatro cardinales y tres teologales) ocupan un lugar central en los rituales de la Orden, y el sentido de la insistencia sosteni-

da que imponen las instrucciones por preguntas y respuestas de los diferentes grados, poniendo por delante la importancia de las virtudes específicas atribuidas a cada clase iniciática⁵³, hasta que el hermano llega, al término de su itinerario simbólico, ante la Montaña de Sión donde percibirá, en su cumbre luminosa y radiante, al Cordero de Dios, el *Agnus Dei*, rodeado de los siete sellos de los que habla el Apocalipsis, es decir los siete precintos que mantienen cerrado el Libro de la Revelación: «Vi también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos. Y vi a un Ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: “¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos?” Pero nadie era capaz, ni en el cielo ni en la tierra ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo. Y yo lloraba mucho porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los Ancianos me dice: “No llores; mira, ha triunfado el León de la tribu de Judá, el Retoño de David; el podrá abrir el libro y sus siete sellos» (Ap., 5:1-5).

Podemos ver cuán esencial es este lento trabajo de purificación, de «rectificación», y hasta qué punto interviene en la posibilidad, para el hermano consciente del carácter propio de su misión, de verse contado entre los elegidos del Señor y ser digno de figurar, si Dios lo quiere, en el interior del Libro que retienen los siete sellos, sabiendo que sólo podrá contar, para ayudarle en su labor y en su obra, con la «fuerza» del León, León abrigado bajo una piedra, es decir, naciendo en el pesebre de Belén como nace en el seno de cada piedra bruta cuando la luz de la Verdad atraviesa la roca espesa de la materialidad; adorable León de la tribu de Judá, el Cristo Nuestro Señor que ha vencido por nosotros al poder de las tinieblas, que ha abierto los siete sellos y nos ha liberado definitivamente de las cadenas de la prevaricación.

Así, las progresivas operaciones de purificación que propone realizar el Régimen Escocés Rectificado, tomándose el tiempo conveniente en estos ámbitos, respetando las capacidades y la economía particular de cada uno, no son en absoluto desdeñables, puesto que intervienen directamente en la eventual celebración a la que es invitado el discípulo del Divino Reparador, celebración que le procurará franquear la puerta del Santuario, levantar el altar de los perfumes y ofrecer su incienso al

Eterno: «El hombre convenientemente purificado es el único sumo sacerdote que puede entrar en el Santuario de la Inteligencia, comprender su naturaleza, fortificarse por ella y ofrecer en su propio Templo un homenaje puro a aquel del que es imagen. Pero si descuida purificarse antes de situarse ante este altar, las espesas tinieblas de la materia vendrán para cegararlo y encontrará la muerte allí donde debía encontrar la vida» (*Instrucción secreta*).

¿Se puede decir –después de esto–, que el Régimen Escocés Rectificado está exento de todo aspecto «operativo», que no posee ningún elemento de naturaleza práctica, cuando antes al contrario, es un auténtico seminario en el que son enseñadas y establecidas las bases de la verdadera purificación espiritual? Observemos, al respecto, que es precisamente este aspecto particular, esta singular insistencia relativa al trabajo de purificación lo que demuestra, si acaso hubiera necesidad de ello, su profunda convergencia e identidad con la doctrina Martinista⁵⁴.

Pero resulta mucho más halagador para la vanidosa criatura manipular ciegamente a los elementos etéreos, convocar a las potencias intermedias y los espíritus angélicos, librarse a prácticas invocatorias sin preocuparse por las condiciones previas requeridas antes de lanzarse a estos ejercicios extremadamente peligrosos. Al abrigo de la espiritualidad, es en realidad cuando podemos estar seguros, y más allá de la vana curiosidad, del orgullo y la pretensión del hombre caído que son célebres en este tipo de trabajos contestables, totalmente desprovistos de interés iniciático real si no van precedidos de una potente purgación de las escorias del viejo hombre.

Es por lo que, sabiamente, cristianamente, Jean-Baptiste Willermoz nos invitará a la única teúrgia que es esencial y primera, aquella que debe intervenir sobre el altar privilegiado y superior que reside en el hombre, es decir, su corazón. Willermoz nos pedirá que, con paciencia y templanza, nos dediquemos en primer lugar a la reforma vital de nuestro ser por el camino oscuro, silencioso y secreto de la humildad, de la renuncia y la plegaria. Vía recta y absoluta de santificación, único camino asegurado de nuestra profunda reconciliación con el Eterno: «*Humillarse, velar sobre uno mismo y rezar son pues los deberes principales de todos los miembros de la Orden. La plegaria debe ser vocal, debe ser la*

expresión de la facultad de la palabra que constituye el hombre a semejanza divina. Debe ser precedida de un examen de su conducta, de una confesión de sus culpas, de la exposición de sus necesidades y acompañada de la solicitud de los socorros necesarios» (*Lecciones de Lyon*, n.º 103, miércoles 23 de octubre de 1776, W). He aquí el método del Régimen Escocés Rectificado, la obra propia y específica del sistema querido por Jean-Baptiste Willermoz quien, para ser austero, no escatima los útiles esenciales para proceder a una verdadera reconstrucción del ser, para restablecerlo en la plenitud de la gracia de Dios, para reintroducirlo en la comunión desgraciadamente rota con el Eterno. ¿No es acaso ésta una «operación» vital, una «operación» sin la cual es del todo imposible esperar penetrar en los misterios divinos? La respuesta se impone por sí misma y nadie la contestará. Luego, ¿cómo atreverse a pretender –después de esto–, que el Régimen Escocés Rectificado está desprovisto de toda dimensión «operativa», que no detenta prácticas espirituales fundamentales? Es más precisamente todo lo contrario, a saber, que el Régimen Rectificado no es otra cosa, en toda su estructura piramidal y jerárquica, a sus diferentes niveles, siempre y cuando sea vivido correcta y fielmente, que una profunda y penetrante «operación» de purgación salvadora, de reconstrucción regeneradora, de un despertar de la criatura a la verdadera fe, de una «vía» efectiva de soberana santificación.

Por otra parte, y se percibe aquí toda la exigencia de su vocación a la «bienhechora» caridad, no se trata de aguardar, de acuerdo a las concepciones de Willermoz, a los últimos grados de la Orden para recibir los medios que se esconderían al más joven de los Aprendices –el Régimen, en razón de su carácter cristiano– compromete inmediatamente al nuevo hermano en la comprensión de que las realidades divinas le son accesibles desde el instante que recibe a Jesucristo como Salvador, que se pone en manos del Redentor y trabaja para la muerte de la naturaleza pecadora que hay en él⁵⁵. De hecho, desde el sacrificio de Nuestro Señor en la Cruz, las promesas de vida eterna son ofrecidas a todo hombre nacido de nuevo, es decir, no según la carne y la sangre, sino en espíritu y en verdad. Y, desde este punto de vista, la única autoridad, la única regla, es la ley del Cielo, la Palabra revelada del Reparador; es únicamente ella la que manda y dirige, en sustancia, los trabajos de la Orden.

VII. La celebración de la Nueva Alianza

Profundamente calado por las verdades que habrá descubierto durante sus múltiples «viajes», ya un tanto desbastado y sobre todo limpio de los principales vicios que manchan su personalidad profana, el hermano, si persevera y prosigue seriamente su camino conservando su completa confianza hacia aquellos que le sirvieron de guía cuando se encontraba todavía en las tinieblas del mundo, comenzará a percibir, a lo lejos, las luces que esperaba recibir, y redoblará su firmeza y voluntad por aproximarse a ellas. Sintiendo convertido, progresivamente, como un extraño en el mundo al que estaba, hasta no hace mucho, tan apegado, verá nacer en él, al principio débilmente y luego imponiéndose día a día al cabo de los años, un extraño sentimiento de distancia e indiferencia respecto a los bienes temporales, hallándose su alma deseosa y teniendo prisa en comulgar y participar de las realidades sobrenaturales.

Dejando, más o menos simbólicamente, el «Campamento» que lo retenía cautivo en el valle de las sombras, dirigirá sus pasos hacia el monte de la Salvación, aquel donde Dios se mostró a Moisés, y comprenderá que la lentitud en la ascensión está ligada a las reglas que le fueron impuestas a Adán para que obtuviera su reconciliación después de su brutal desposeimiento del Edén. La ley espiritual del ternario, de los tres tiempos o tres niveles que dirigen toda cosa aquí abajo, se aplicará entonces en él y formará, tanto en su seno como bajo sus pies, una santa arquitectura en la que entrará con respeto y temblorosamente: *«Esta división ternaria, general y particular, ha sido misteriosamente figurada antes de la construcción del Templo de Jerusalén por Moisés en el Sinaí; montaña misteriosa que forma así mismo un modelo digno de la mayor de las atenciones. Cuando Moisés se dirigió al monte Sinaí para adorar al Señor y recibir la ley destinada a la nación elegida, dejó al pueblo en el Campamento al pie de la montaña, y les marcó los límites que no debían sobrepasar bajo pena de muerte. Este Campamento en el desierto figura la triste estancia del hombre sobre esta tierra, y le indica que no puede sin crimen acelerar voluntariamente el curso de su vida temporal» (Instrucción secreta).*

Para subir a la Santa Montaña, para aproximarse a Dios, el hombre es de este modo invitado a dejar las cosas terrestres, a abandonar los restos y vestigios de una existencia degradada, pero debe hacerlo respetando las reglas impuestas por el Eterno, es decir, que su trayecto en dirección a la Luz está obligado a observar una marcha mesurada, una marcha ritmada por el principio ternario, aquel mismo que presidió la edificación del triple recinto del Templo y que se aplica, parecidamente, a la ascensión de todo ser deseoso de encontrar al Señor en su corazón.

Para hacernos comprender esta ley, Willermoz, volverá sobre el relato del *Éxodo* en el que Moisés, en tres etapas diferentes, subió al monte Sinaí y respetó por tres veces la prescripción sagrada que le había sido impuesta, que era la de poco a poco elevarse por encima de los hombres, de abstraerse de la comunión con las criaturas para acceder a la plenitud de la unión con Dios: *«Estando lo límites puestos, el conductor de los Hebreos subió a la montaña con Aarón y los setenta Jefes de las Tribus, que dejó a una cierta altura por encima del campamento para marcar la primera división universal. Subió a continuación más arriba, con Josué, al que dejó en esta parte de la montaña, para designar la segunda división del universo. Finalmente subió solo a un lugar más elevado como el sumo sacerdote en el Santuario, y este lugar figuró la parte denominada Supraceleste. Después de haber adorado al Eterno, como favor especial y sin parangón, fue llamado hasta la cumbre, es decir, al Santo de los Santos, donde recibió la ley para el pueblo y la confirmación de su misión por un Diputado divino de una Orden superior» (Ibid.)* Estas líneas, más allá de su extrema profundidad sagrada, son de hecho una suerte de perfecta representación del encaminamiento rectificado un auténtico mapa que permite guiarse para encontrar la «vía», un maravilloso indicador de lo que le aguarda y que deberá cumplir para aquel que habrá sido admitido como un buscador, un perseverante y un sufrido.

Aquel que, al igual que Moisés, es llamado a subir la montaña santa para contemplar a Dios en su Gloria, después de haber abandonado el «Campamento» manchado por la profanación (*Éxodo* 33:7-11), tiene por vocación encontrar al Cristo «fuera de la puerta», no posee morada fija sobre la tierra, pero tan solo espera entrar en la casa del Padre par

celebrar, sobre el altar de oro, el culto reservado, la santa liturgia de los Levitas, de los «bien amados» hijos del Señor: *«Tenemos nosotros un altar del cual no tienen derecho a comer los que dan culto en la Tienda. Los cuerpos de los animales, cuya sangre lleva el Sumo Sacerdote al santuario para la expiación del pecado, son quemados fuera del campamento. Por eso, también Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Así pues, salgamos donde él fuera del campamento, cargando con su oprobio; que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro. Ofrezcamos sin cesar, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre»* (Hebreos 13:10-16). En este lugar, lejos de las murallas de la ciudad de los hombres, el hermano que haya logrado subir los peldaños que lo separaban del Templo, que lo tenían alejado del Santuario, erigirá un altar, y quemando sus perfumes, hará subir su plegaria hacia el Eterno. Edificará, no un altar muerto y sin vida, un altar desprovisto de fe, sino un altar construido con las piedras de su centro particular, de su cámara secreta donde se encuentra su corazón purificado y santificado, iluminado por el candelabro de siete brazos que brilla no con una luz material, sino con una claridad santa y bendita de Dios.

Willermoz se abre sobre este asunto con increíble franqueza y sin ningún tipo de disimulo, y declara, a propósito del hermano que ha llegado a este estado en su ascensión: *«El corazón, sede de todas las afeciones, es el altar sobre el que se deben ofrecer los perfumes diarios a la Divinidad y mantener con sumo cuidado el fuego sagrado destinado a consumir los holocaustos, so pena de ser entregado a todos los males con los que estaba amenazado el pueblo hebreo en caso de que los Levitas dejaran apagar el fuego puesto bajo su cuidado»*. Luego añade, no sin señalar que los males serían inmensos para los insensatos que se arriesgaran a ofrecer sobre el altar de los holocaustos un «fuego extraño», estas líneas esenciales, en absoluta concordancia con los consejos ya ampliamente prodigados, y que tienen por objeto inscribirse en el lugar más íntimo de la conciencia de la criatura deseosa de seguir y conformar sus pasos a los del Señor: *«El altar de los holocaustos ofrecidos por la nación entera estaba situado en el Atrio interior. Este pórtico figura la*

tierra, que es a la vez receptáculo de todas las acciones temporales, y el altar especial sobre el que el hombre, víctima pasajera, debe inmolarsse voluntariamente a imitación de la víctima eterna universal» (Instrucción sereta).

El cuerpo de gloria, incorruptible, que el hombre detentaba antes del pecado original, era una imagen prefiguradora del Arca de la Alianza, una lejana forma del Santuario de piedra; encarnaba, si se puede decir, puesto que no tenía ningún rastro ni de carne ni de sangre, la perfección de la unidad de Adán con el Creador, era testimonio de la estrecha ligazón existente entre Dios y su criatura tiernamente amada, de la armonía dulce y apacible establecida por el Señor a fin de que reine, de nuevo, un justo equilibrio y que, incluso, puedan salir definitivamente de la prisión material, liberados de las cadenas de la insoportable exterioridad, los primeros espíritus prevaricadores. Sin embargo, por su falta, en razón de su acción culpable, el hombre, que despreció la ley y se revolvió contra su benevolente Creador, *«su cuerpo incorruptible, este Santuario del espíritu divino, que era verdadera Arca de la Alianza, fue destruido y [fue] revestido con las cadenas de la muerte, [y] se convirtió en esclavo del enemigo al que había venido a combatir y castigar. Es así que privado de todos sus derechos y sintiendo todo el horror de la privación, no osó mostrarse ante aquel que justamente lo había desprovisto de sus poderes originales»* (Ibid.). Por este hecho, para el pobre hijo de Adán, el retorno a sus derechos no puede cumplirse sin la previa extinción de su pensamiento pecaminoso, en la crucifixión de su voluntad pervertida, en la inmolación de su acción prevaricadora; sacrificio de expiación de sus tres facultades estropeadas, en que consiste todo el alcance de la obra a llevar a cabo, subtendida por el sistema willermoziano y que es en realidad el fundamento mismo del culto de la «Nueva Alianza».

Basándose sobre el significado de la triple prosternación efectuada por Cristo en su dolorosa soledad del Huerto de los Olivos, Jean-Baptiste Willermoz nos muestra cómo el hombre mismo, si quiere recordar la magnífica lección que le dio el Salvador, puede practicar su culto y celebrar los misterios de la Nueva Alianza que le proporcionarán la apertura de las puertas de la Jerusalén de Arriba: *«El hombre primitivo,*

el primer Adán, prevaricó y consumó su crimen por el abuso de sus tres facultades intelectuales de Pensamiento, Voluntad y Acción. Ultrajó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo que todos juntos son un solo Dios. Era preciso pues que el segundo Adán, que el hombre Dios, reparara estos mismos ultrajes por las mismas vías y en las mismas proporciones. Es lo que explica por qué el hombre-Dios Reparador hacer tres prosternaciones diferentes con las mismas angustias, haciendo la misma plegaria y mostrando siempre la misma resignación, y es también por qué el sacrificio de su voluntad solo es aceptada después de la tercera prosternación y que solo entonces recibe el testimonio que ha sido escuchado por el ángel que le es enviado para consolarlo y fortificarlo» (Tratado de las dos naturalezas). Comprenderemos sin duda mucho mejor por qué, en este instante, y a la lectura de éstas líneas, el Régimen Rectificado está constituido como una lenta propedéutica sacrificante, una escuela de mortificación, de renuncia, de abandono de la voluntad propia, puesto que este abandono, esta puesta de las propias facultades en manos del Padre, este humilde depósito, a los pies del Salvador, de nuestras orgullosas pretensiones, constituyen justamente la ofrenda pura que somos llevados a presentar ante el Eterno para dar respuesta a lo que exige de nosotros, para aceptar su llamada y recibir por efecto de su gracia santificante los frutos de la Nueva Alianza.

Es por otra parte lo que dice exactamente Willermoz cuando nos habla de rebajar nuestra voluntad y rechazar las tendencias dañadas, acción salvadora que participa propiamente de la obra rectificada por excelencia: *«Para que el hombre pueda individualmente recoger los frutos de la redención del género humano y apropiarse del pleno disfrute de la parte que le está destinada, es preciso que contribuya, con todos los esfuerzos de que sea capaz, para adquirirla; y como ha sido por el abuso de su voluntad que se ha hecho culpable y ha merecido su castigo, solamente por un mejor y constante buen uso de su voluntad podrá reparar su falta»* (Tratado de las dos naturalezas). Esto explica por qué el trabajo en las Logias del Régimen, antes de ser la adquisición de un saber libresco y simbólico, incluso si este último participa evidentemente de la necesaria formación del hombre aspirante a la Luz, es en primer lugar y ante toda cosa el aprendizaje de un ascesis, de una disciplina por la que los

hermanos trabajarán firmemente, rebajando su voluntad degradada para abrirse a las realidades celestes liberándose, progresivamente, de los grilletes de la prisión material, la cual aprenderán poco a poco a tener a distancia, a considerarla bajo un punto de vista radicalmente diferente de aquel a como es contemplada por la mayor parte de las criaturas caídas todavía duraderamente prendidas en las trampas de la seducción mundana. Entonces, y solamente entonces, los nuevos «Hijos del Cielo», los «Bien Amados» del Padre, podrán finalmente entrar en el Santuario del Eterno para reavivar el fuego sagrado y empezar, por la gracia concedida a los piadosos y a los justos que perseveran en la humildad y la plegaria, a celebrar el verdadero culto reservado a los elegidos del Señor.

VIII. Una Orden de Caballería según el Espíritu

En el fondo, el deseo de Willermoz, en su voluntad de reforma y rectificación de la Estricta Observancia Templaria, fue instituir una Orden capaz de responder a las exigencias del Evangelio, una auténtica Caballería cristiana dándose por objeto, no la conquista de los bienes temporales, de ahí su rechazo a los sueños quiméricos de algunos que deseaban fuera reedificada en su poder inicial la Orden del Temple, sino que muy al contrario, los «Pobres Caballeros de Cristo» elevaran un nuevo edificio dedicado a la gloria del Eterno, edificio que pudiera escapar a la venganza de los tiempos y a la locura de los hombres, siendo una morada invisible, un Templo «místico» inaccesible a los profanos.

Perfectamente consciente de que el único criterio, reclamado en el presente por el Cielo a aquellos que participan con Adán de la horrible prevaricación, es que se provean de un corazón puro, que se establezcan en un firme arrepentimiento de sus pecados, que alimenten una justa aspiración de extraerse de las tinieblas del vicio y de la muerte, Jean-Baptiste Willermoz concibió y formó laboriosamente, con rara inteligencia, el Régimen Escocés Rectificado, y comprometió toda su energía en la «rectificación» efectuada cuando el Convento de las Galias de 1778 y el Convento de Wilhelmsbad en 1782, dotando su sistema de una estructura que tomaba prestada mucho más de las reglas y formas

de las Ordenes militares de la antigua Caballería medieval, como da testimonio de ello el Código de los C.B.C.S., que de las concepciones de la Masonería liberal defendidas por los ingleses, quienes expusieron su visión, muy poco tradicional, en las célebres Constituciones de 1723 redactadas por los pastores protestantes Anderson y Desaguliers.

Totalmente extraño a esta perspectiva universalista y débilmente religiosa, aunque conservaba, en su momento, reales raíces cristianas que luego con el pasar del tiempo, y como era previsible, han quedado totalmente diluidas. Perspectiva universalista que ignoraba absolutamente todos los elementos teóricos de la doctrina de la «reintegración», el Régimen Rectificado puso, desde los primeros instantes de su fundación, principios intangibles que hicieron de él no solamente un componente original, sino sobre todo profundamente diferente del medio masónico del siglo XVIII, situación que la Historia no ha desmentido, que perdura desde entonces, y por cierto con muchas probabilidades de proseguir en los tiempos venideros. Por otra parte, deseoso de preservar la herencia de Martinès de Pasqually, su incontestable maestro en el ámbito de la iniciación, Willermoz confía la misión de conservar en toda su integridad la enseñanza de los Elegidos Coëns a los miembros partícipes de los últimos niveles de su Orden, es decir, a los hermanos introducidos en la clase secreta de la Profesión y Gran Profesión, instituyendo una suerte de cenáculo en el interior de la Orden interior, más allá del último grado dicho «ostensible» de Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa, cenáculo que será el corazón escondido y velado del Régimen y cuyo deber será el de velar rigurosamente sobre los fundamentos esenciales de la doctrina⁵⁶.

La convicción de Willermoz, retomando de algún modo la palabra del Salmo: «...a tu casa la santidad conviene, oh Yahveh...» (Salmo 93:5), reposaba sobre una certeza extremadamente establecida, como ya hemos demostrado ampliamente, consistente en que el hombre no puede dar un solo paso en el camino de la iniciación en el estado en que se encuentra desde el punto de vista natural; resulta pues imprescindible que sea purificado, puesto que ninguna mancha proveniente de la criatura enferma puede penetrar en el Templo. Después de esta constatación preliminar, era conveniente establecer, para responder a una situa-

ción ontológicamente insoportable, una especie de plan, una estrategia con miras reparadoras que tendría por función el permitir el paso de las tinieblas a la Luz, tratándose de ciertas almas escogidas para las que harían falta socorros especiales, completando, feliz y armoniosamente, aquellos que el Eterno confiere en su ministerio. De este modo, se imponía el que pudiera ser erigida una Orden, ciertamente iniciática pero de esencia caballeresca, capaz de luchar contra los restos de la degradación, apta para comprometerse en un combate para reducir y abatir las fuerzas malsanas que encierran a los seres en oscuros calabozos del ámbito de las sombras. La raíz del mal proviene, como sabemos, de la ruptura que sobrevino entre Dios y el hombre. Cuando en su locura criminal, Adán, escuchando los embustes del demonio, pisotea los mandamientos divinos, se puso, por sí solo, en la imposibilidad de reunirse con su Principio. A causa de esto, la Luz del Cielo, no consigue atravesar este campo de monstruosas ruinas que representan los corazones áridos y venenosos de las criaturas atadas a los espíritus perversos, es detenida, desgraciadamente, por una frontera que la Divinidad, por amor, no quiere romper, frontera que no es otra que la de nuestra propia libertad. En efecto: «*Lo que impide que la reacción de los fuegos espirituales divinos lleguen hasta el fuego espiritual del hombre, son sus manchas que le han hecho contraer su unión con los seres de las tinieblas, seres que siendo impuros, no pueden comunicar con los puros y forman alrededor del hombre un envoltorio y una barrera que intercepta la comunicación de estos fuegos. Para que la unión se lleva a cabo, es preciso que la acción del hombre, en concurso con la reacción divina, rompa y disipe la barrera tenebrosa, y es solamente por esta unión que puede ser vivificado*» (Lecciones de Lyon, nº 92, miércoles 6 de marzo de 1776, SM). Se nos pide, en razón de los datos objetivos que encontramos cuando nuestra venida a este mundo, el librar una batalla, el comprometernos en una lucha espiritual, y para lograrlo, si bien el Cristo en la Cruz ha vencido por nosotros definitivamente a Satán, era sin embargo preciso, para responder al deber de acción que incumbe a las criaturas salvadas por el sacrificio de Jesús, que fuera forjada una «*Santa Orden*», una Orden de Caballería iniciática que estuviera en disposición de llevar al combate y conducir a la victoria a las almas que aspiran a

romper la temible «barrera tenebrosa», almas valientes que se han revestido con la armadura de la fe, el casco de la Salvación y la espada de la Verdad⁵⁷, sabiendo que es en la unidad, ligados entre ellos por una justa causa que los hombres lograrán perseverar en su misión, mientras que solos y aislados son, por su debilidad constitutiva, inevitablemente arrollados por las fuerzas negativas, inmediatamente devorados por los poderes hostiles que acechan su menor extravío, el más pequeño desfalecimiento, la más ínfima relajación de su ardor espiritual.

La constitución de una Orden, portadora y heredera de una larga tradición⁵⁸, era algo que se imponía pues a Willermoz, a fin de poder ofrecer a los hombres, poseedores de una verdadera nobleza de corazón pero sin embargo desorientados en el seno de un período incrédulo y corrompido, la posibilidad de participar en la obra saludable de rearme espiritual y religioso, en la reconstrucción de los cimientos del verdadero Templo no hecho de la mano del hombre, y cumplir, por ello mismo, el imperioso deber impuesto a aquellos que no pueden aceptar, o que sufren, pudriéndose en el marasmo existencial sin intentar escaparse de la tenebrosa cárcel en la que fueron encerrados al venir a este mundo; lugar terrible y engañoso dominado por aquel que es su príncipe, y que, sobre todo, detenta en estos ámbitos peligrosos la gloria y la autoridad (Lucas 4:6).

La Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, tal como surgirá de la intención de su fundador, encarnará así esta sociedad que deberá representar una posibilidad para «el alma de deseo» de agregarse a un piadoso reagrupamiento, una organización jerarquizada y estructurada, habitada por el justo conocimiento de las necesidades de los tiempos y la perfecta conciencia del indispensable trabajo de «reconciliación» que hay que realizar durante la corta vida que nos ha sido dada. Por este hecho, el hermano que acepte las reglas de obediencia pronunciará, en el momento de su armamento, un juramento de fidelidad a la Orden, y se ligará definitivamente a ella por compromisos formales, poniendo en este instante sagrado su mano, en prenda de sinceridad, sobre las Santas Escrituras. Pasará a pertenecer, desde entonces, a un cuerpo orgánico, sólido y unificado, a una comunidad espiritual que poseyendo una auténtica fe le confiere una rara y notable verticalidad.

Progresando a continuación en el respeto de sus deberes, en las obligaciones que le impone su estado, revistiéndose con la obediencia y dejándose lentamente trabajar por la «Palabra» revelada, el Caballero, comulgando interiormente con la «sangre de Cristo», aceptará, y consentirá con alegría, en su transformación redentora por medio del «baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de la vida eterna» (Tito 3:5-6).

Estas promesas de la esperanza de vida eterna participan por otra parte directamente de la aspiración propia del hermano del Régimen, de cada Caballero convertido en capaz de aprenderlas como una certeza que acompaña todas sus acciones y sus menores pensamientos, puesto que habiendo puesto sus dos rodillas en tierra, sobre el suelo polvoriento de este valle de lágrimas para poder rogar al Cristo en la Cruz que nos purificó del pecado de prevaricación, y del que el Caballero lleva su imagen sobre su manto, en un fuego permanente que traspasa la inmaculada blancura de la vestimenta que lo envuelve y protege. La Cruz de Cristo es en este aspecto la única palanca de la «reintegración», ella representa la perspectiva y el cumplimiento, el modelo y el Principio. Es en su «misterio» que se esconde el conjunto de la doctrina, así como la integridad del Todopoderoso Verbo de Dios. Ella reincorpora a la vez el origen primitivo y el destino al primer y al segundo Adán, en un cuaternario simbólico, una unidad reencontrada, acabando y disolviendo definitivamente, por efecto de su fuerza salvadora, los grilletes de la manifestación que nos tenían encadenados en este universo degradado, grilletes que serán por otra parte llevados a desaparecer cuando el fin de los tiempos sobrevenga, puesto que no poseen ninguna realidad verdadera, ninguna consistencia ontológica propia: «El universo creado, cuando el tiempo prescrito para su duración aparente sea cumplido, todos los principios de vida, tanto general como particular, le serán retirados para que se reintegren a su fuente de emanación. [...] El universo entero se borrará tan súbitamente como la voluntad del Creador se haga oír; de manera que no quedará ningún vestigio, como si no hubiera existido jamás» (Instrucción secreta).

La Cruz anuncia ya este momento —ella es su vivo recuerdo—, la constante memoria, la feliz certeza; ella es la esencia sustancial de la consagración del Caballero, su viático, el lugar de su renacimiento a ejemplo del «Fénix» que surge, resplandeciente y brillando de una vida nueva, de los leños de su hoguera, de ahí de donde normalmente debiera haber sido sacrificado. De instrumento de muerte, de útil destinado al suplicio, la Cruz se convierte en posibilidad de retorno al seno de la Divinidad, el puente sobre el que el hombre reconciliado es reintroducido en el Edén primitivo: *«La Cruz, dividiendo figurativamente por sus cuatro brazos en cuatro partes el universo creado, señala Willermoz, nos recuerda con bastante claridad las cuatro regiones celestes que fueron el primer dominio del hombre en su estado de pureza e inocencia, como su centro en el que el Divino Reparador expiró nos recuerda este centro de las regiones, este Paraíso terrestre que fue la sede de su gloria y de su dominación, que el hombre manchó con su crimen, y del que fue vergonzosamente expulsado para siempre. Sin embargo, el glorioso destino de este lugar de delicias no fue totalmente destruido: la Justicia divina se contentó con establecer un guarda seguro “armado con la espada de fuego” para defender la entrada; pero el hombre-Dios, habiendo plenamente satisfecho la deuda por su sumisión y por su muerte a la Justicia divina, es desde este centro de dolor y de ignominia que, resucitando gloriosamente y triunfante en su humanidad, rehabilita al hombre y a toda su posteridad en el derecho primitivo de poder habitar aún el centro de las regiones celestes»* (Tratado de las dos naturalezas). Lejos de aparecer como una suerte de confirmación del triunfo de lo negativo, del fracaso de la misión redentora del hombre-Dios ante las legiones del mal, la Cruz destruye la corrupción y libera al hombre corrompido: *«[Ella] lo purifica y santifica de nuevo para disponerlo a convertirse en el lugar de reposo y paz donde las almas justas, después de haber sido purificadas y reconciliadas, irán a esperar a la sombra de la gran luz cuyo pleno disfrute les está asegurado, el fin de los tiempos, el instante afortunado en que estando rotas las barreras del espacio irán todas juntas después del Divino redentor a recibir el pago inefable de la Redención que será su eterna, absoluta e inalterable beatitud»* (Ibid.). Sublime destino de aquel que se hizo aliado del demonio, y que es ahora llamado a colaborar, en

un inmenso arrebató de amor, con la Santísima Trinidad en la rehabilitación de la Creación caída.

El hermano, penetrando el sentido, que hasta entonces le era inaccesible, descubriendo lo que es la obra de la «reintegración», es entonces convidado a entrar, después de haber aceptado unirse a la Cruz de Cristo, en la completa intimidad de la Verdad, en la profundidad espléndida de la Palabra del Verbo de Dios que devendrá su principal «objeto», su fuente fecunda, el alimento único de su plegaria.

Dedicado a la meditación y a la defensa de la Palabra revelada, el Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa comprenderá íntimamente el sentido del pasaje de la Epístola de Pedro: *«Habéis purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para amaros los unos a los otros sinceramente como hermanos. Amaos intensamente unos a otros, con corazón puro, pues habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente»* (1 Pedro 1:22-23). Así, convencido de la incorruptibilidad, vivificado por la Palabra, unido a Cristo y a su Cruz por la fe, el cumplimiento de la regeneración se presentará entonces para el Servidor del Mesías, no sin sorpresa, bajo la forma de un bautismo del que el profeta del segundo Templo, Ezequiel, había ya evocado la realidad: *«Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas»* (Ezequiel 36:27). Es este mismo bautismo que antes de dejar esta tierra el Cristo prometió a sus discípulos: *«sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos...»* (Hechos 1:8); extrañas palabras las de las Escrituras, que merecen por nuestra parte un atento examen para llevarlas a su nivel de cumplimiento y realización, no haciendo más que aclarar con una luz singular la *Instrucción para la recepción de los hermanos Caballeros en la Orden*, que anuncia solemnemente: *«No es para cambiar el culto a lo que somos llamados, es para enseñar a los hombres lo importante que para ellos es rendirle culto»*⁵⁹.

Ahora bien, para devolver este culto y restablecerlo en el Templo, para encender sobre el altar de los holocaustos un Fuego Nuevo, para elevar los preciosos perfumes hacia el Eterno, para invocar su Nombre y celebrar su Gloria, se trata, después de haber experimentado y sufrido

las dolorosas marcas de la purificación, de «hacer sitio al Espíritu», de abandonarse al secreto e indecible poder del Cielo, de ser sensible a las manifestaciones de la «Causa activa e inteligente», al soplo del Señor, a este signo conferido a los elegidos del Altísimo, simbolizando la plena realidad de la «Presencia» en la secreta cámara del corazón. Es por lo que Willermoz escribirá, en su gran sabiduría y su profunda comprensión de las verdades divinas, él, que había claramente entrevisto como perfecto Martinista que *«el único objetivo de la iniciación es hacer remontar del Porche al Santuario»*, y que hizo toda su obra, por pura caridad e infatigable vocación, para que fuera propuesta una efectiva «vía» de restablecimiento a los hijos extraviados por las ilusiones de los tiempos y las astucias del adversario, aspirando, con todo su ser y desde el fondo de sí mismos, a reencontrar el camino del Reino: *«Este signo es ciencia. Es el cumplimiento de todas las figuraciones que nos representa la Ley de la Alianza o de promesa. Las explica todas. Nos figura esta columna de nubes luminosa que marchaba guiada por el ángel del Señor por delante de los israelitas para conducirlos a la Tierra prometida»*.

- 42 Willermoz quedó hasta tal punto impresionado por lo que vivió ese día que cincuenta años más tarde, en 1821, en un correo a Jean de Turckheim, le recordaba en un entusiasta relato que su recuerdo permanecía todavía intacto, siendo incluso «imperecedero», y que rememoraba con precisión todos los puntos importantes de lo que había recibido y descubierto en esta ocasión.
- 43 J.-B. Willermoz, «Instrucción secreta de los Grandes Profesos», in R. Le Forestier, *La Franc-Maçonnerie templière et occultiste aux XVIII^e et XIX^e siècles*, Aubier, 1970. Resulta preferible de todas todas, al texto publicado por René Le Forestier, la edición realizada por Jean Saunier (Ostabat) en *Le Symbolisme* (abril-junio de 1969), edición que permanece no obstante inacabada, pero poseyendo sin embargo un cierto número de referencias indispensables para un acercamiento coherente a este documento singularmente denso y frondoso, siendo su acceso, más allá del carácter ya de por sí poco fácil del discurso, relativamente complejo y difícil.
- 44 Jean-Baptiste Willermoz escribe: *«El Templo de Jerusalén es el gran arquetipo general de la Francmasonería, que se ha renovado bajo diversos nombres, diversas formas y diferentes épocas. Los Francmasones extraen su origen de este mismo Templo. Las revoluciones que le sobrevienen [nos] recuerdan aquellas otras relacionadas con el hombre mismo y las que ha experimentado, en los diferentes tiempos, la Orden de los Masones, la más antigua y más respetable que jamás haya existido»* (Ritual del Grado de Maestro Escocés de San Andrés, MS 5922/2, Biblioteca de la ciudad de Lyon).
- 45 *«En cuanto los albañiles echaron los cimientos del santuario de Yahveh, se presentaron los sacerdotes, revestidos de lino fino, con trompetas, y los levitas, hijos de Asaf, con címbalos, para alabar a Yahveh según las prescripciones de David, rey de Israel. Cantaron alabando y dando gracias a Yahveh: "Porque es bueno, y porque es eterno su amor por Israel." Y el pueblo entero prorrumplía en grandes clamores, alabando a Yahveh, porque la Casa de Yahveh tenía ya sus cimientos. Muchos sacerdotes, levitas y jefes de familia, ya ancianos, que habían conocido con sus propios ojos la primera Casa, sobre sus cimientos, lloraban con grandes gemidos, mientras que otros lanzaban gozosos clamores. Y nadie podía distinguir los acentos de clamor*

jubiloso de los acentos de lamentación del pueblo, porque el pueblo lanza grandes clamores, y el estrépito se podía oír desde muy lejos» (Esdras 3:10-13)

- 46 Antoine Faivre señaló accidentalmente, en un pasaje relativo a los últimos años de la Orden de los C.B.C.S. (1782-1815), el lugar muy importante que Willermoz reservó al Templo en sus reflexiones, y sobre todo el papel significativo que le otorgó, muy superior al que hasta entonces era el suyo en el seno de las logias: «*El simbolismo del Templo de Salomón, al que Willermoz ha conferido uno de los más bellos significados en el Occidente moderno, permanece como la piedra angular de su obra filosófica*» (A. Faivre, *L'Ésoterisme au XVIII^e siècle*, Seghers, 1973, págs. 176-177). La constatación es perfectamente exacta, y hace efectivamente justicia a la obra del fundador del Régimen Escocés Rectificado, pero es, pensamos, en un sentido que sobrepasa ampliamente el simple aspecto «filosófico», que Willermoz va a dar a la imagen del Templo, puesto que va a recibir bajo su sagaz pluma una dimensión propiamente iniciática, y no únicamente especulativa y teórica, de inestimable valor, como dan testimonio elocuentemente, y en numerosas partes, las *Lecciones de Lyon*: «*Todos los seres provenientes del Creador son templos, escribe Willermoz. Hay que distinguir los diferentes tipos de templo. Templos materiales, el más pequeño átomo de materia es uno de ellos, puesto que tiene su vehículo que lo anima. Templos espirituales de los seres que accionan y dirigen la creación temporal sin estar sometidos al tiempo, como era Adán en su primer principio. Templos espirituales temporales elevados visiblemente sobre esta superficie durante la duración de los tiempos, para la reconciliación: los siete principales son el de Adán, el de Enoc, Melquisedec, Moisés, Salomón, Zorobabel y Cristo, modelos de liberación y reconciliación. [...] El cuerpo del hombre es una logia o templo, que es la repetición del templo general, particular y universal. La masonería consiste en edificar edificios sobre su base. Nosotros somos pues masones espirituales. La masonería apócrifa derivada de la Orden llama a sus asambleas logias y nosotros templos [...]. Sigue una indicación instructiva del mayor interés desde el punto de vista "operativo": "Todos los templos espirituales han sido fundados sobre 7 columnas, que son alegóricamente los 7 dones del espíritu concedidos al hombre en su principio y cuya facultad de acción puede desarrollarse en él solamente por la unión y correspondencia directa con su cuaternario de emanación divina. Estas 7 columnas estaban representadas en el templo de Salomón por el candelabro de 7 brazos que llevaba 7 estrellas o lámparas encendidas y figuraban los 7 planetas que son las 7 columnas de la creación universal. El sumo sacerdote transponía este*

candelabro según las diferentes partes sobre las que quería operar» (*Lecciones de Lyon*, n^o 4, lunes 17 de enero de 1774, W). Willermoz volverá varios meses más tarde sobre el significado preciso del Templo según las tres acepciones que lo caracterizan, en una nueva lección destinada a los adeptos lioneses: «*Distinción: el gran templo universal, el templo general terrestre y los templos particulares. En el primero, acción de los seres espirituales emancipados en la creación; en el segundo, acción del alma general terrestre; en los terceros, acciones de los seres particulares. Templos intelectuales, templos corporales, templos materiales. Todos los seres emanados y emancipados en lo temporal operan su acción y su culto particular en uno de los tres. En los primeros, el espíritu puro y simple, cada uno describiendo su círculo; en el segundo, el hombre y todos los espíritus planetarios corporizados; en el tercero, es un lugar dedicado a la acción y al culto particular de varios de ellos. El cuerpo del hombre y el templo de Salomón son la repetición de la creación y la imagen del gran templo universal. El hombre es a la vez la imagen de la creación universal por la división de su cuerpo y del cuerpo general terrestre por su forma que es triangular. Su cabeza representa el centro o alma terrestre. Si el cuerpo del hombre es un templo, debe operar un culto*» (*Ibid.*, n^o 99, sábado 22 de junio de 1776, W).

- 47 No mesuramos quizá en su justa dimensión la extrema clarividencia del análisis expresado por Jean-Baptiste Willermoz a propósito de esta «muerte intelectual» en el hombre actual, que se traduce por su triste dependencia y su ausencia casi total de dominio respecto a los pensamientos que surgen y atraviesan su conciencia. Los descubrimientos efectuados por las ciencias del espíritu desde el siglo XVIII, relativas en particular a la delicada noción «de inconsciente» a la que nuestra época es tan aficionada, nos ofrecen una brillante prueba de las afirmaciones avanzadas por Willermoz, y confirman perfectamente, si acaso hubiera necesidad de ello, la exactitud de su parecer en la materia. Hablando, como lo hace respecto al alma, de una «vía animal pasiva» recibida después del pecado original, habiendo roto, primeramente la facultad de comunicación con Dios y los diferentes «agentes espirituales» que poblaban la inmensidad supraceleste, e igualmente la capacidad para establecer un enlace con el «centro de su pensamiento», el hombre queda reducido a un estado de comprobable domesticación que no le deja ninguna autonomía en el plano intelectual. Recibiendo con toda pasividad los pensamientos que vienen a instalarse en él, es el juguete irrisorio y ridículo de una turba de impresiones exteriores o interiores, que hacen de él un pobre instrumento profundamente «desorientado», desprovisto de toda estabilidad. Atraído por deseos contradic-

torios, dividido entre sus tendencias más inconfesables, sus diversas inclinaciones groseras, sus apetitos instintivos, su ambición desmesurada, su sed feroz de dominio y poder, sus mórbidas seducciones, y podríamos continuar aún largo tiempo esta larga y lacerante enumeración de defectos redhibitorios que componen, en proporciones diferentes para cada uno, la arquitectura de toda personalidad individual; el hombre es un cadáver, un animal malsano y lamentablemente degradado en el plano sensitivo puesto que está domesticado por ideas ajenas que se apoderan de él y lo obsesionan sin que éste pueda preservarse de ellas. Como muy bien constata Willermoz: «*Esto no podría ser de otra manera, ya que el hombre corporal no puede comunicar con el centro de pensamiento y de inteligencia. De este modo, sólo puede ser susceptible de dos tipos de ideas; unas puramente sensibles son motivadas en él por la percepción de objetos materiales sometidos a sus sentidos; las otras, intelectuales, le llegan también por los sentidos aunque solo tengan relación con su inteligencia, que las juzga, adoptándolas o rechazándolas. Es también por esta misma vía de los sentidos que experimenta la acción de las dos causas opuestas [...]. Así todos los pensamientos del hombre actual son producidos en él por los "seres" que le rodean*» (Instrucción secreta). Dicho esto, cuando hagamos un enjuiciamiento severo sobre la constitución carnal y mortal de la que el hombre está provisto, no hemos de olvidar nunca valorar el penoso decaimiento de sus facultades mentales, quizá aún más gravemente aquejadas que su envoltorio exterior e indudablemente fuente de los más siniestros sufrimientos que se abatirán sobre la tierra en el curso de los años, haciendo de la criatura, desde su expulsión del Edén, la más espantosa corrupción que pueda imaginarse en el seno del viviente, la horrorosa «desemejanza» del arquetipo original, del Adán primitivo «emanado» en perfección a «imagen y semejanza» de Dios.

48 Una vez más, y de manera incansable, Willermoz repite a los hermanos del Régimen Rectificado esta importante lección que tiene por finalidad inscribirse duraderamente en su ánimo: «*Es esta degradación del hombre, el abuso de su libertad, el castigo recibido, la esclavitud en la que ha caído y las consecuencias funestas de su orgullo [lo que representa] el saqueo y la destrucción del primer Templo de Jerusalén: imagen sensible de la humillante metamorfosis que ellos ocasionaron en la primera forma corporal del hombre*» (Ritual del Grado de Maestro Escocés de San Andrés).

49 En un discurso pronunciado con ocasión de la recepción del caballero de Guibert en el seno de la Orden de los Elegidos Coëns, y para ilustrar esta

idea de que es de Dios de quien obtenemos todo, y no de nosotros mismos, Vialetes d'Aignan declaraba: «*No olvidéis, que por nosotros mismos no podemos nada, y que solamente gracias al socorro que nos viene de arriba podemos alguna cosa. Pidamos pues, y pidámoslo en el espíritu de las palabras de nuestro divino maestro: "Todo lo que pidáis en mi nombre os será concedido", nos dice. Después de parecida promesa ¿cuán culpables no seríamos si no hiciéramos de ella el buen uso que debemos? Nos ha dicho también: "Allí donde dos o tres se reúnan en mi nombre, yo estaré entre ellos." ¡Oh! Dios mío, puesto que tal es vuestra promesa, repartid vuestra santa bendición sobre todos nosotros, a fin de que solo tengamos un corazón y una voz para alabaros y bendeciros eternamente. Sobre todo, Dios mío, tened piedad de vuestra criatura que se humilla diariamente ante vos para pedirnos que se haga tu voluntad, y en ese día solemne en que vuestra Iglesia celebre la Resurrección de vuestro divino Hijo, resucitad en nosotros el don de serviros en espíritu y en verdad*» (Vialetes d'Aignan, Discurso del 24 de marzo de 1798).

50 Willermoz expresará así, con exactitud, esta aflictiva ley de la perversión estructural del corazón natural de la criatura carnal, ley de hierro que se deberá aplicar ¡ay! desde la salida del Edén hasta el final de los tiempos, en todos los períodos de la historia humana: «*La historia del pueblo hebreo, verdadera en todas sus partes, no es más que la repetición a grandes rasgos de la del hombre primitivo y general; y ésta a su vez el gran modelo de todos los acontecimientos venidos y por venir*» (Ritual del Grado de Maestro Escocés de San Andrés).

51 Las *Lecciones de Lyon* ofrecerán a Saint-Martin, en presencia de Willermoz y de algunos otros hermanos escogidos, la ocasión para una perfecta aclaración respecto a esta unión de las dos naturalezas en el hombre, y expondrá, con todo su talento, los grandes principios que determinan el modo específico de nuestra estancia temporal, dándole la posibilidad de proceder a un destacado ejercicio de síntesis doctrinal que merece, a pesar de su relativa longitud, el que sea citado en razón de su significativo valor instructivo: «*El hombre actual está compuesto de dos naturalezas diferentes, por el lazo invisible que encadena su espíritu a un cuerpo de materia. Siendo su espíritu una emanación del principio divino que es vida y luz, tiene la vida por su naturaleza de esencia divina eterna, aunque no pueda producir los frutos de esta vida que solo está en él por las influencias de la fuente de donde ella emana. Si no se hubiera apartado nunca de su ley, habría permanecido en su naturaleza de espíritu puro y simple, para operar*

los hechos para los cuales había sido emanado, y no hubiera sido necesario que sufriera la acción de los seres inferiores a él. Pero, habiéndose manchado por su unión con el jefe de las tinieblas, fue precipitado al centro de la materia que había creado para servir de barrera y molestia a los primeros prevaricadores. Allí, ha sido revestido de un cuerpo tenebroso que le ha impedido comunicarse directamente con el espíritu, puesto que en ésta situación no puede ejercer ninguna de sus facultades ni recibir ninguna comunicación espiritual sino por medio de sus propios órganos corporales. Este cuerpo está sujeto a la imperfección y las enfermedades. El hombre experimenta pues, males espirituales y males corporales. Los males de su espíritu son la ignorancia y el error sobre su propia naturaleza y la impotencia en la que se encuentra para operar su ley de ser espiritual divino; los males de su cuerpo son todos los desarreglos que le sobrevienen y que le impiden cumplir con las funciones que el menor le ordena. Es el crimen de nuestro primer padre y nuestras propias prevaricaciones los que nos han proporcionado estos males. Debemos trabajar sin descanso para librarnos de ellos, pero no podemos nada por nosotros mismos, al haberle sido quitado todo poder al hombre a causa del abuso que ha hecho del mismo, y como es a causa de su voluntad perversa que ha sido privado de su poder, no hay otro medio para que le sea devuelto que purificar su voluntad y su deseo, y nada puede recibir de bueno si no es por su guía, que es el único que puede curar sus enfermedades espirituales y corporales, obteniendo de la misericordia divina el perdón por sus prevaricaciones. Estas son las tres cosas que debemos pedir sin cesar, y que él puede procurarnos» (Lecciones de Lyon, 7 de febrero de 1776, SM).

52 Ver Anexo III: «Explicación de la joya de Maestro Escocés de San Andrés».

53 Es cierto, el hermano del R.E.R. deberá esperar «pacientemente» el Grado de Maestro Escocés de San Andrés para que le sea revelada la totalidad de virtudes que le servirán para guiarse en su camino iniciático; sin embargo en el «Catecismo o instrucción por preguntas y respuestas para el grado de Aprendiz francmasón», que por otra parte está calcado sobre la forma del antiguo catecismo del Concilio de Trento, encontramos una pregunta que parece reunir y resumir todo el sentido de la insistencia observada por la Orden en el curso de los diferentes grados, a fin de mostrar la importancia de la puesta en práctica permanente de la virtud en el seno del recorrido Masónico. Esta pregunta es la siguiente: «Para recordarles que deben construir en sus corazones un templo a la virtud y tratar de hacerlo tan perfecto como el que fue elevado por Salomón a la Gloria del Gran Arquitecto

del Universo». De igual modo, de manera constante, el ritual, cuando la recepción del impetrante gusta recordar la importancia de la virtud; así esta frase del Venerable Maestro al hermano Aprendiz, precediendo al instante de la segunda recepción de la luz: «sólo la Virtud lleva al hombre a la Luz». Más tarde, cuando su acceso a la maestría, si está atento, el hermano podrá igualmente descubrir esta declaración de naturaleza para informarle ampliamente sobre el valor y el sentido de las instrucciones de las que se ha beneficiado desde su llegada a la Orden: «P. ¿Cuáles son los siete dones espirituales? R. Los tres primeros están indicados por los tres rrellanos de la escalera del Templo, que tienen también relación con las virtudes que me han sido enseñadas en los tres primeros grados» («Instrucción por preguntas y respuestas para el Grado de Maestro», Ritual del grado de Maestro, Rito Escocés Rectificado, 1802).

54 Louis-Claude de Saint-Martin, ante los hermanos de Lyon, presentó de algún modo el equivalente del programa general del Rectificado, y casi fijado el conjunto de objetivos, y el método, que Jean-Baptiste Willermoz se ocupará de inscribir en el corazón de su sistema: «La vida temporal del hombre aquí abajo es una expiación, pero para que esta expiación se cumpla y lo conduzca a su reconciliación, no basta con que deje pasar el tiempo con indiferencia. Si se complace en las tinieblas en las que está, si no se dirige hacia la luz, si no la desea, si no la pide, el tiempo que así pasa no tiene provecho para él. Su reconciliación no puede serle concedida si no siente que está separado de su principio y no experimenta los sufrimientos que son consecuencia de esta separación. Para tener una idea de estos sufrimientos, solo tenemos que pensar en nuestros deseos, ya que los gozos de los bienes de la materia, sea cual sea la abundancia en que la poseamos, no nos complacerán nunca plenamente; que siempre estos gozos vienen acompañados o seguidos de agitaciones de desgana o enojo; que deseando siempre alguna cosa mejor hasta el infinito, este deseo es la prueba de que solo el infinito puede contentarnos y que estamos privados de este infinito. No es posible en modo alguno que tengamos este sentimiento inútil, esto no puede ser otra cosa que el efecto de la analogía de nuestro ser con el Ser infinito. Si no fuéramos de la misma esencia, destinados a estar íntimamente unidos a él, ¿por qué este Ser, que no hace nada en vano, nos daría un deseo que no pudiera nunca ser satisfecho? Debe haber pues para nosotros un medio de alcanzar lo que deseamos, pero solo podemos lograrlo con muchas penas y trabajos» (Lecciones de Lyon, nº 90, miércoles 21 de febrero de 1776, S.M.).

55 Si fuera necesario convencerse, bastaría simplemente con leer con atención los consejos dados a los Aprendices en la *Regla Masónica* que les está destinada, describiendo con escrupuloso cuidado y precisión los principios que deben observarse: «no olvides nunca tu propia perfección y no descuides satisfacer las necesidades de tu alma inmortal. Desciende a menudo hasta el fondo de tu corazón, para escudriñar en él hasta los rincones más escondidos. El conocimiento de ti mismo es el gran eje de los preceptos masónicos. Tu alma es la piedra bruta que es necesario desbastar: ofrece a la Divinidad el homenaje de tus sentimientos ordenados y de tus pasiones vencidas. Que las costumbres castas y severas sean tus compañeras inseparables, y te vuelvan respetable a los ojos de los profanos; que tu alma sea pura, recta, veraz y humilde. El orgullo es el enemigo más peligroso del hombre, lo mantiene en una confianza ilusoria de sus fuerzas. Que la idea sublime de la omnipresencia de Dios te fortifique, te sostenga; renueva cada mañana el deseo de ser mejor: vela y reza. Y cuando al anochecer tu corazón satisfecho te recuerde una buena acción, o alguna victoria conseguida sobre ti mismo, únicamente entonces, reposa tranquilamente en el seno de la Providencia y repón nuevas fuerzas.» («Regla Masónica», Artículo VII, 1,2 & 4, Ritual del Grado de Aprendiz, Rito Escocés Rectificado, 1802.) Palabras ampliamente confirmadas por el Artículo II de la misma Regla, que insiste más todavía sobre el sentido del trabajo a llevar a cabo: «¡Hombre! ¡Rey del mundo! ¡Obra maestra de la creación que Dios animó con su Aliento!, medita tu sublime destino. Todo lo que vegeta alrededor de ti, y que sólo tiene una vida animal, perece con el tiempo, y está sometido a su dominio: sólo tu alma inmortal, emanada del seno de la Divinidad, sobrevivirá a las cosas materiales y no morirá jamás. He ahí tu verdadero título de nobleza; siente con fuerza tu dicha, pero sin orgullo: él pierde a tu raza y te precipita otra vez en el abismo. ¡Ser degradado!, a pesar de tu primitiva grandeza, ¿quién eres tú delante del Eterno? Adórale desde el polvo y separa cuidadosamente este principio celeste e indestructible de mezclas extrañas; cultiva tu alma inmortal y perfeccionable, y hazla susceptible de ser unida al origen puro del bien, entonces será liberada de los groseros vapores de la materia. Es así que serás libre en medio de la esclavitud, dichoso en el centro mismo de la desgracia, inamovible en el más fuerte de los temporales y podrás morir sin temor» (Ibid., Artículo IIº, 1).

56 «Es esta clase, que es el último grado en Francia del régimen rectificado, poco extendida, en todas partes desconocida y cuya existencia misma es cuidadosamente escondida desde su origen a todos los Caballeros que no han sido reconocidos todavía como dignos o capaces de ser admitidos con

provecho, la que está dedicada a la prosperidad del régimen del que he hablado más arriba. Es aquella, que en los tiempos borrascosos ha sido el paladín y el conservador de los principios fundamentales de la Orden, que espero lo volverá a ser de nuevo muy pronto, como puede convertirse también en su tumba allí donde sea entregada a hombres ligeros y despreocupados para los que el envoltorio es el todo, y no penetran nunca hasta el núcleo. Me hubiera quedado verdaderamente desconsolado si los archivos de esta clase tan preciosa hubieran sufrido en Lyon, que es su depósito general, la misma suerte de destrucción que han experimentado por lo general en otras partes» (Carta de Jean-Baptiste Willermoz al Príncipe Charles de Hesse Cassel, 10 de septiembre de 1810).

57 San Pablo da estos tres útiles consejos a los audaces Caballeros del Espíritu que combaten en el mundo para la Gloria de Dios: «Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir las acechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneros firmes. ¡En pie! Pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu [...].»

58 En realidad, hay algo de exageración, y un cierto error al hablar pura y simplemente de la «constitución» de la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, en el sentido que Jean-Baptiste Willermoz daba simplemente este nombre a una forma tradicional de transmisión que consideraba como extremadamente antigua, mucho más antigua incluso que la Orden del Temple, la cual fue sin embargo detentora de la misma durante un cierto período de la Historia, y de la que el Régimen Rectificado conserva hoy la herencia. Esta Orden, muy antigua, que se disimuló durante un tiempo bajo el velo de la Francmasonería, y que quedó y permanece escondida para la mayoría, Willermoz la designa bajo el título misterioso de «Alta y Santa Orden»; Orden primitiva, que «a falta de poder ser nombrada, sólo puede ser llamada como Alta y Santa Orden», base de la verdadera iniciación, y que no debe ser confundida en absoluto con las formas

contingentes que toman prestada, por un tiempo limitado, las instituciones dedicadas al estudio de las «ciencias sagradas» y la perfección de los hombres. Por otra parte, en la respuesta polémica que hizo a *Eques a Fascia*, en oposición y respuesta a la malvada querrela que le había interpuesto, Willermoz no disimula en absoluto que el título de «Caballeros Bienhechores» que había conservado para denominar a los hermanos de la Orden interior del Régimen Rectificado, era en realidad una elegante manera de designar una sociedad de hombres consagrados a un objetivo, no únicamente dedicado de manera exclusiva y prioritaria al ejercicio de la caridad pública, ya que no hubiera habido necesidad para esto de reunirse secretamente y mantener reuniones cerradas, lejos de miradas indiscretas si el único «objeto» fuera el de socorrer a los pobres o aliviar a los enfermos y necesitados, sino que había además en esta organización una finalidad de naturaleza puramente iniciática: «*resulta cierto que la beneficencia, tal como la entendemos, escribe el Fundador de la Orden de la Ciudad Santa, no es solamente un objetivo accesorio, y sus alegorías, sus emblemas, son instrucciones bienhechoras que la Institución otorga a aquellos que recibe en su seno. Si solo fueran signos mudos, o tan solo fueran susceptibles de una mera interpretación relativa a la Orden del Temple, me pregunto ¿por qué recomendar con tanto ahínco al Masón el meditarlos? ¿Una Sociedad que solo quisiera aliviar a la Humanidad, debería, para alcanzar este objetivo, reunirse en un templo que únicamente encierra emblemas? Para hacer el bien a los hombres, ¿hay necesidad de poner en práctica marcas de esta naturaleza? Cuando solo se quiere recoger recursos para darlos a los indigentes, se forma una casa de caridad y uno se ocupa solamente de este objeto [...]»* (Respuesta a las afirmaciones contenidas en la obra del R. H. *Eques a Fascia*, Prae + Loth, y Vis. Prus. Ausiae, teniendo por título: *De Conventu Generali Latomorum apud Aquas Wilhelminas*, Impreso en Lyon en la minuta depositada en los Archivos, 1784). Así pues, tendremos cuidado, observando particular atención sobre este punto clave, que explica y subtiende toda la empresa willermoziana, de recordar que la intención que presidió la acción del discípulo lionés de Martinès de Pasqually, cuando se tuvieron los Conventos Constitutivos del Régimen Escocés Rectificado, fue la de preservar y conservar una herencia fundamental, de naturaleza doctrinal y operativa, y que es esta herencia lo que constituye el corazón del Régimen, e igualmente el venerable e inestimable depósito primitivo conservado, precisamente, por la «Alta y Santa Orden». Resulta evidente de todo ello que la mayor de las discreciones se impone en estas materias, pero se nos autorizará sin embargo, para la justa comprensión de esta cuestión delicada donde las haya, una muy corta citación de la *Instrucción*

para la recepción de los hermanos Escuderos Novicios de la Orden Bienhechora de los Caballeros Masones de la Ciudad Santa, que no deja planear ninguna duda sobre la efectividad de este origen: «*La institución masónica no puede ni debe ser confundida con la Orden primitiva y fundamental que le ha dado nacimiento; son en efecto dos cosas distintas. La Orden primitiva debe ser secreta, porque tiene un objetivo esencial que es muy elevado, y que pocos hombres son dignos de conocer; su origen es tan lejano, que se pierde en la noche de los tiempos; todo lo que puede la institución masónica, es ayudar a remontarse hasta esta Orden primitiva, que debemos contemplar como el principio de la Francmasonería; es una fuente preciosa, ignorada por la multitud, que no puede perderse: una es la Cosa misma, la otra solo es el medio para alcanzarla; es bajo este punto de vista, mi B.A.H., que hay que considerar la Francmasonería en general, y el Régimen particular al que estáis vinculado, si queréis tener una justa idea y sacar algún provecho*».

- 59 Cuando su primera estancia en Lyon, volviendo de la misa de viernes santo, y después de haber hecho sus invocaciones, he aquí lo que escribía Saint-Martin, palabras que no dejan de tener cierta relación con las intuiciones de Willermoz sobre estos mismos temas: «*Las diferentes propiedades del bautismo del Espíritu y de los diferentes grados de nuestro curso espiritual temporal, a saber la purificación o bautismo, la confirmación o el Espíritu y la comunión o lo Divino. La pureza para entrar en lo Divino y para estar en nuestra verdadera naturaleza es inexpresable a los mortales, el Cristo mismo no quiso que sus discípulos lo tocasen antes de haber remontado hacia su Padre. La Iglesia, aunque en la ignorancia, continúa siendo el asilo de la Virtud, del Espíritu, de la Luz y de la humillación que lleva al amor y al goce. No debemos avergonzarnos de ser cristianos, dichosos incluso cuando solo estemos en estado de parecerlo*» (Lecciones de Lyon, nº 94, 5 de abril de 1776, SM).

CONCLUSIÓN

«La Sociedad de los Independientes por entero tenía también los ojos puestos en los grandes acontecimientos que estaban ocurriendo; cada uno de los miembros de la sociedad resplandecía de exaltación al ver acelerarse así el reinado de un poder justo y el triunfo de la verdad. Se oyeron entre ellos cánticos sagrados entonados por adelantado, y nuevos anuncios proféticos sobre los éxitos aún mayores que debían seguir y coronar la buena causa».

Louis-Claude de Saint-Martin, *El Cocodrilo, Canto 62*

Al término de este estudio, que al menos esperamos haya servido para una mejor comprensión del sentido efectivo, concreto y auténtico del Martinismo, entendido éste en su acepción genérica inicial e innata, así como para haber aclarado lo que son sus bases doctrinales, lo que verdaderamente propone este camino iniciático, absolutamente original en el seno del esoterismo cristiano del que fue, y lo sigue siendo, incontestablemente, una de sus más altas formas de expresión, nos es posible, después de haber penetrado en la intimidad del pensamiento de los tres maestros fundadores de esta corriente, que marcaron por otra parte duraderamente con su emblemática huella la historia del Iluminismo, percibir mejor lo que los une, lo que los hace participar de esta evidente identidad doctrinal, al igual que, paralelamente, aquello que los distingue y diferencia, desde el punto de vista del método, de las elecciones «operadas», para alcanzar el objetivo de sus esenciales trabajos que tenían por objeto, en una constante y permanente voluntad, la «Reintegración» del hombre en su esencia primitiva.

No obstante, y a pesar de que no hayamos buscado, en absoluto y con total honestidad, negar y dejar en silencio las diferencias, incluso

profundas divergencias sobre ciertos aspectos que expresaron durante su paso por este mundo los tres maestros que hemos abordado y estudiado en estas páginas, figuras atrayentes y singulares poseedores de una preciosa «ciencia», conviene sin embargo, así nos parece, so pena de apartarse radicalmente de las sustanciales verdades que apoyaron constantemente su acción, el no olvidar jamás que un principio fundamental los ligaba fuertemente, los hacía de manera igual pero no idéntica, partícipes de una parecida «vía», de un objetivo común, que no era otro que el cumplimiento efectivo de la obra preparatoria y sagrada de «reconciliación», misión, deber y valor del hombre regenerado, del «hombre Nuevo» deseoso de aproximarse al Santuario de la Divinidad.

De este modo, no nos equivoquemos, Martinès de Pasqually, Louis-Claude de Saint-Martin y Jean-Baptiste Willermoz, en el fondo, y más allá de sus concepciones originales, sus actitudes distintas respecto al desarrollo de la «carrera», que sobre todo es preciso, y quisiéramos insistir sobre este punto una vez más, no pretenden enmascarar ni oponerse, sino más bien conjugar, enriqueciéndolas al armonizarse entre ellas, al no ser antagonistas sino singularmente vecinas y cercanas, estos tres maestros pues, hablan con una sola voz, participando de la misma visión, admitiendo parecidos principios ante cuestiones centrales y reivindicando, al mismo tiempo y de manera conjunta, posiciones comparables sobre los temas más importantes. Esta constatación, si uno quiere ser consecuente y lógico con su enunciado, debe entrañar una visión afinada por nuestra parte, y comprometernos en aproximarnos a estos ámbitos en los que dominan las realidades sutiles, con mucha delicadeza, precaución y humildad, con un agudo sentido del matiz, así como con la convicción de que detrás del inmediato peso de los hechos subsiste siempre una invisible complementariedad especificando los hombres de fe y sus empresas, siendo estas de un orden muy elevado de sabiduría y conocimiento.

A buen seguro, cada uno juzgará deseable orientarse, en función de su sensibilidad, de sus aspiraciones y predisposiciones, en dirección hacia una forma mejor que otra, y escogerá, o más exactamente será con discernimiento escogido, para ir hacia una «vía», sea ésta intrínsecamente «cardíaca» e interior, o más nítidamente «operativa» y «activa».

Considerará de este modo, después de intensas meditaciones, una reflexión continuada, un serio examen y, en razón a elementos precisos a evaluar serenamente, que es preferible comprometerse en un determinado sendero, hacer suyos los métodos y herramientas de una aproximación particular, penetrar en un camino determinado. Pero, por legítimas y respetables que sean estas decisiones, que determinan la orientación de una vida, nadie puede negar por ello las luces propuestas en otras acciones. A este respecto, volvamos a decirlo, no hay ni puede haber varios «martinismos»; hay hombres diferentes, ambientes distintos, atmósferas y condiciones específicas, por otra parte perfectamente válidas y respetables, pero el Martinismo es «uno», no dividido y no divisible, pues la Verdad que defiende y venera es única.

De tal manera que si quisiéramos, intentando preservar el espíritu original, dar una fiel imagen, podríamos decir que el Martinismo es, con toda evidencia, y ello contando a partir de la época del siglo XVIII, en que se desarrolló y expresó apoyándose en sus propias convicciones, en que se dio a conocer desarrollando sus posiciones directrices, una escuela secreta de perfeccionamiento y descubrimiento de las leyes ocultas que gobiernan el mundo sensible, y que recíprocamente rigen silenciosamente aquellas que no lo son. El Martinismo es al mismo tiempo, y es en esto que reside su aspecto determinante, en primer lugar, un maravilloso crisol transformador, un formidable instrumento de realización, una exigente herramienta de «conversión» para que sean anunciadas, en la renuncia a uno mismo y el aniquilamiento voluntario, la Gloria de Dios y los misterios de la inaccesible Divinidad. Obra bendita y piadosa, casi «religiosa», en la que son, parecidamente proclamados con magnífico entusiasmo, el Amor al Eterno y a su infinita misericordia, revelando y honorando la sublime santidad de su Nombre.

Así entendido, el Martinismo es ordenado, concebido para ser vivido según las leyes del corazón, alimentado por anchos ríos de oración interior y plegaria, de invocación y alabanza. Esto explica, en parte, porqué podemos considerarlo fácilmente como una sociedad sagrada dedicada al servicio de los ámbitos superiores que tienen su centro en la fina punta del alma, una cofradía evangélica que tiene su sustancia en la Santa Palabra de las Escrituras, un cenáculo iluminado y bañado por los

dulces rayos de Aquel que es la «Luz» maravillosa y bienhechora «*que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*» (Juan 1:9).

En este aspecto, el Martinista, que inmediatamente, y para su mayor felicidad, beneficiado por la insustituible aportación de las enseñanzas sanmartinianas se ha visto gratificado por una iluminación directa repentina y turbadora que lo ha situado, casi a pesar suyo, en la intimidad del Filósofo Desconocido, que ha sido convidado providencialmente, porque ello le era necesario e indispensable, a limpiar y reconstruir lentamente su alma herida, preparándose espiritualmente para asumir la blanca túnica de los pobres Caballeros de Cristo, convirtiéndose así en un digno y celoso discípulo de Jesús ayudado en su búsqueda por el fecundo tesoro que transmite y entrega la Masonería willermoziana del Régimen Escocés Rectificado, este elegido del Señor pues, este ser secundado y acompañado, sin que a menudo lo sepa, por los ángeles, guiado en cada uno de sus pasos por la Divina *Sophia*, se encuentra íntegramente, en todas sus acciones, orientado hacia el Cielo, manteniendo, desde el presente, un vivo diálogo con lo Divino, edificando, durante el tiempo de su corta estancia terrestre, su morada en la eternidad.

Por desconcertante y sorprendente que esta afirmación pueda suponer, el Martinismo no es una Orden, una estructura o una organización; es un espíritu y una obra, una pura e intensa celebración en la que están presentes, en santa ofrenda de oblación, en alejamiento y separación de los ruidos y el caos de este mundo caído y degradado, los odoríferos aromas, los perfumes deliciosos destinados a humear en el altar del Eterno. Se dirige a aquellos que, por culpa de la insumisión de Adán, en un primer tiempo «sembrados» y engendrados en el polvo, son llamados, por la promesa, a llevar «*la imagen del celeste [...] pues, la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos, ni la corrupción hereda la incorrupción [...]*», palabras por otra parte seguidas inmediatamente por la célebre exhortación que nos dirige el apóstol Pablo: «*Así pues, hermanos míos amados, manteneos firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que vuestro trabajo no es vano en el Señor*» (1 Corintios 15:50-58.)

«La obra del Señor», ciertamente, ¿pero cuál es el trabajo humano capaz de recibir tal denominación, trabajo suficientemente santo y sagra-

do para ser beneficiario de tal respeto?; ya que no hay, en este lugar de exilio en el que hemos –para vergüenza nuestra– de morar y soportar las penas de privación y alejamiento, mejor nombre que pueda recibir la actividad del hombre, no hay calificativo comparable, en disposición de hacernos concebir la grandeza de una tarea. En efecto, «la obra del Señor» surge de una labor no profana puesto que se relaciona con el servicio de la casa de Dios, está reservada a aquellos que están dirigidos hacia el lugar Santo, aquellos que son llevados, siguiendo «el lucero del Alba» (Apocalipsis 22:16), hacia los altares reservados a la conmemoración de los ritos de la «nueva Alianza» que el Eterno, en su bondad, trabajó con los suyos, y que desea ver honrar y recordar solemnemente por la remisión de la sentencia gracias a la sangre del Cordero; «*pedras vivas*» de la morada que ha querido reunir, estableciéndolos «*edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor [...] hasta ser morada de Dios en el Espíritu*». (Efesios 2:20-22). Se trata pues, en esta «obra del Señor», de que lo que los redimidos efectúen en el seno de su Templo espiritual, que lo que hagan en su Santuario interior, lejana imagen del Templo de Jerusalén, transponga en modo imperceptible los ritos que se practicaban en este lugar para la glorificación del Nombre del Eterno.

Se trata, desde entonces, de aprender el servicio del Templo invisible, de entrar en la tienda de asignación y contemplar, en silencio y recogimiento, el Arca⁶⁰, de entrar en el Tabernáculo, es decir la cámara secreta del corazón iluminada por el candelabro flameante llevando las siete luces del Espíritu al lado del cual reposan, en la quietud de su ordenamiento senario, los doce panes de proposición simbolizando las doce puertas de la Jerusalén de arriba⁶¹, y a continuación inclinarse, con deferencia y verdadera humildad, delante del altar de oro y depositar, en un ardiente arrebatado de amor, nuestro incienso. Tal es «la obra» a llevar a cabo, el trabajo sagrado, la santa labor, sabiendo sin embargo que no somos nosotros los que actuamos, miserables criaturas roídas por el orgullo, la prevaricación y el pecado, devoradas por la aniquilación y sometidas a la muerte, sino el Cristo que «*vive en nosotros*» (Gálatas 2:20); es la Divinidad en su «Aurora Boreal», que nos transforma,

nos mueve, nos conduce, a pesar de nuestras siniestras tinieblas y nuestra noche radical⁶², hacia el Santo de los Santos, y nos insta, nos ordena, por un don inmenso y gratuito que recibimos de su gracia, tocando verdaderamente aquí los vertiginosos fundamentos del misterio de la elección, en tanto que sacerdote de la Ciudad Santa.

El Filósofo Desconocido dirá, evocando esta ordenación, esta consagración: «[es] preciso que esta obra santa se opere en nosotros, para que podamos decir que hemos sido admitidos en la categoría de los sacrificadores del Eterno» (*El Hombre Nuevo*, 16). Esta obra, es decir, la obra Martinista por excelencia, tiene necesidad, por razón de su naturaleza, de seres singulares destinados al santo sacrificio, de hombres de «deseo» pudiendo darse y dedicarse, por entero, al servicio del Santuario, de seres que no duden en lavarse y purificarse rigurosamente, a fin de hacerse dignos de aproximarse al altar de los perfumes⁶³, para celebrar un culto de adoración «*en espíritu y en verdad*», es decir, un culto animado por los fieles y sinceros «Servidores Desconocidos» del que el Altísimo pide sus votos (Juan 4:23-24); rito sacrificador de inmólación y expiación transmitido por los justos y los Profetas, desde Abel, Enoc, Elías y Noé, pasando por Moisés, Josué y Zorobabel, preservado hasta nuestros días por los elegidos del Señor, rito que debe ser realmente presidido por los sacerdotes del nuevo Templo, reedificado místicamente, y en consecuencia no perceptible a los ojos carnales, iluminado solamente por la inefable Presencia del Divino Maestro y Reparador, el Cristo Jesús, el Mesías, Nuestro Soberano Redentor: יהושוע (Ieshuah).

- ⁶⁰ Dios hablando a Moisés le asegura: «*Allí me encontraré contigo; desde encima del propiciatorio, en medio de los dos querubines colocados sobre la arca del Testimonio, te comunicaré todo lo que haya de ordenarte para los israelitas*» (Éxodo 25: 22).
- ⁶¹ Tratándose del valor simbólico del número doce, recordaremos, evidentemente, que es por la combinación del cuatro y el tres que se produce el doce, siendo este último, en este aspecto, el número de la elección, el cuadrado multiplicado por el triángulo, el número de los hijos de Israel (Éxodo 24:4, Josué 4:4, I Reyes 18:31, II Crónicas 4:4, Esdras 8:24), el número de piedras preciosas que llevaba el sacerdote del Templo en su pectoral, el Soberano Sacrificador (Éxodo 28:21). Por otra parte, fue rodeándose de los «doce» que el Divino Reparador declaró querer elegir un pueblo nuevo en Nombre del Eterno (Mateo 10:1-42); en cuanto a los 144.000 elegidos de los que nos habla el Apocalipsis son, simbólicamente, la figuración de los 12.000 de las doce tribus de Israel llevando sobre la frente el Nombre de יהוה (Apocalipsis 7:5-8; 14:1).
- ⁶² Podemos, concerniente al estado terrible de caída en el que nos encontramos, recitar y repetir incansablemente, con Saint-Martin, para no olvidar jamás la perversidad de nuestra naturaleza y evitar caer en el orgullo que pierde nuestra raza, las palabras de esta bella y conmovedora plegaria: «Señor, ¡cómo puedo atreverme a contemplarme ni un instante sin estremecerme de horror por mi miseria! Habito en medio de mis propias iniquidades que son fruto de mis abusos de todo género, y que se han convertido en mi vestimenta; abuso de todas mis leyes, abuso de mi alma, abuso de mi espíritu, abuso y abuso diariamente de todas las gracias que tu amor no cesa diariamente de verter sobre tu ingrata e infiel criatura. Es a ti a quien todo lo debo ofrecer y sacrificar, y nada debo ofrecer al tiempo que está ante tus ojos, como los ídolos, sin vida ni inteligencia, y sin embargo no ceso de ofrecerlo todo al tiempo, y nada a ti; y por ello me precipito por anticipado en el horrible abismo de la confusión que sólo se ocupa del culto de los ídolos, donde tu nombre no se conoce. Hago como los insensatos y los ignorantes del mundo que emplean todos sus esfuerzos para aniquilar las temibles decisiones de la justicia, y hacer de manera que esta tierra de prueba que habitamos no sea a sus ojos una tierra de angustia, trabajo y dolor. Dios de paz, Dios de verdad, si la confesión de mis culpas

no es suficiente para que me las perdone, acuérdate de aquel que ha querido cargar con ellas y lavarlas en la sangre de su cuerpo, de su espíritu y de su amor; él las ha disipado y borrado, desde que se ha dignado acercarse a tu palabra. Como el fuego consume todas las sustancias materiales e impuras, y como este fuego que es su imagen, vuelve hacia ti con su inalterable pureza, sin conservar ninguna huella de las manchas de la tierra. Es solamente en él y por él que puede hacerse la obra de mi purificación y renacimiento; es por él que tú quieres operar nuestra curación y salvación, para que empleando los ojos de su amor que todo lo purifica, no veas más en el hombre nada de informe, y sólo veas esta chispa divina que a ti se asemeja y que tu santo ardor atrae perpetuamente a ella como una propiedad de tu divino origen. No, Señor, tú sólo puedes contemplar lo que es verdadero y puro como tú; el mal es inaccesible a tu vista suprema. He ahí porqué el hombre malvado es como el ser del que tú no te acuerdas, y tus ojos no saben ver, puesto que ya no tiene relación contigo; y sin embargo es ahí en este abismo de horror donde no temo tener mi morada. No hay otra alternativa posible para el hombre; si no está perpetuamente sumergido en el abismo de tu misericordia, está en el abismo del pecado y la miseria que lo inunda; pero también, apenas aparta su corazón y su mirada de este abismo de iniquidad, vuelve a encontrar este océano de misericordia en el que haces nacer todas tus criaturas. Es por lo que me prosternaré ante ti en mi vergüenza y en el sentimiento de mi oprobio; el fuego de mi dolor desecará en mí el abismo de mi iniquidad, y entonces ya sólo existirá para mí el reino eterno de tu misericordia. *Amén*» (Saint-Martin, *Plegaria IV*).

- 63 Es sabido que el lugar Santo era reservado exclusivamente, bajo la antigua ley, a los Sacrificadores del Templo de Jerusalén, lo que hoy, después de la venida de Jesús-Cristo que desgarró, en el momento de su Pasión sobre la Cruz, el velo que prohibía el acceso, ya no es el caso, puesto que los «hijos de Dios», según la gracia del bautismo, los que «en un tiempo *no eráis* pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios» (1 Pedro 2:10), son convertidos, formal y concretamente en: «*linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz*» (1 Pedro 2:9). Por este hecho, la entrada en el lugar Santo queda ampliamente abierta a todos los elegidos del Señor, ya que por el Cristo, «*unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu*» (Efesios 2:18). Pero conviene recordar que los Sacrificadores, como ya era en el culto del Templo, deben siempre, simbólicamente cuando menos, conservar sus pies desnudos sobre la arena

a fin de recordar quiénes son todavía en su estancia terrestre, perdidos en medio del desierto, en marcha por el frío valle de las sombras, en permanente espera, aquí abajo, del Reino de los Cielos. Habría igualmente que poder considerar en detalle el significado propio de cada objeto del Santuario, la «*mesa de los panes de proposición*» (Éxodo 25:23-30; Levítico 24:5-9), el «*candelabro*» (Éxodo 25:31-40; Levítico 24:1-4; Números 8:1-4) y «*el altar de oro*» (Éxodo 30:1-10), de manera de comprender realmente el sentido espiritual y el papel preciso en el marco del servicio divino. Evocaremos aquí, sin embargo, por su función central en el marco de los trabajos martinistas, tan solo el altar de oro, para destacar que es un emblema, un modelo mismo de Cristo, del que anuncia y prefigura el papel de intercesor e intermediario entre los hombres y el Eterno. Compuesto de madera de sittim, completamente chapado en oro puro indicándonos su carácter precioso e inmaculado, como el Cristo fue un oro magnífico sobre la madera de su suplicio, representa un cuadrado perfecto, un codo de ancho y un codo de largo por dos de alto, situado delante del velo que ocultaba el Arca Santa: «*Colocarás el altar delante del velo que está junto al arca del Testimonio y ante el propiciatorio que cubre el Testimonio, donde yo me encontraré contigo*» (Éxodo 30:6). El Sacrificador, entrando en el Templo, mientras que el pueblo rezaba en el exterior, ofrecía incienso sobre el altar, como nos muestra Lucas en su evangelio, hablándonos de Zacarías, padre de Juan el Bautista: «*le tocó en suerte, según el uso del servicio sacerdotal, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso. Toda la multitud del pueblo estaba fuera en oración, a la hora del incienso*» (Lucas 1:9-10.) Tenemos aquí, evidentemente, una magnífica imagen de Jesús cuando se dirige, en un acto de perpetua intercesión por nosotros, al Padre (Hebreos 7:25, Romanos 8:34), así como del ángel del Apocalipsis cuando hará subir hasta Dios, al final de los tiempos, las invocaciones de los santos: «*Otro Ángel vino y se puso junto al altar con un badil de oro. Se le dieron muchos perfumes para que, con las oraciones de todos los santos, los ofreciera sobre el altar de oro colocado delante del trono. Y por mano del Ángel subió delante de Dios la humareda de los perfumes con las oraciones de los santos*» (Apocalipsis 8:3-4). De igual modo, restableciendo y renovando las formas de la divina liturgia enseñada por las Escrituras, es sobre el altar de oro, en una admirable correspondencia espiritual, que el iniciado cristiano, el discípulo de Jesús en su Templo secreto, con un corazón puro y el sentimiento de su indignidad, puede a su vez ofrecer al Eterno el incienso de su plegaria y celebrar así, con una intensa y profunda devoción, el culto perfecto de adoración.

APÉNDICES

I. El Estatuto ontológico de la materia, o el problema doctrinal y dogmático de su carácter «necesario» según Martinès.

Evidentemente, y este es uno de los puntos más singulares de su doctrina, Martinès recordará, a su manera, y con la ayuda de una admirable ciencia, lo que san Juan decía ya con fuerza, a saber que «*el mundo entero yace en poder del Maligno*» (I Juan 5:19), exponiendo en su discurso una concepción extremadamente negativa al encuentro de la materia y el mundo creado. Lo que es bastante nuevo en el pensamiento de Martines, es su violenta condena y reprobación de todo lo que constituye la realidad existencial, lo que ha llevado a ciertos autores, que lo han mal leído y sobre todo mal comprendido, a considerarlo sospechoso de dualismo afirmando que transparenta en su doctrina una evidente tendencia al maniqueísmo. ¿Qué hay de ello verdaderamente? ¿Cuál es, en este punto delicado, la concepción exacta de Martinès de Pasqually?

Indiscutiblemente, la gran dificultad de las tesis Martinesianas se sitúa en la explicación del episodio de la constitución del mundo material. Para todos aquellos, y son numerosos, que conservan en la memoria la famosa frase del texto del Génesis: «*y vio Dios que estaba bien [...]*», que volvemos a encontrar en ciertas etapas de la edificación del universo en las Santas Escrituras, puede parecerles curioso descubrir, bajo la pluma de Martinès, una presentación de la creación del mundo material respondiendo a una necesidad casi imperiosa metafísicamente, puesto que fue decidida por Dios para servir de prisión a los espíritus caídos y sublevados: «*Cuando estos primeros espíritus concibieron pensamientos criminales, el Creador aplicó la ley sobre su inmutabilidad, creando este universo físico de apariencia material para que fuera el lugar fijado donde estos espíritus perversos actuaran y ejercieran en privación toda su malicia*» (Tratado, 6). Estamos aquí, reconozcámoslo, muy lejos de la gratuidad, de la generosa liberalidad del Creador que dispensa, sin

necesidad alguna, los beneficios de su omnipotencia, que desea incluso, por amor, la felicidad de los seres y las cosas haciéndolas emerger de la mera posibilidad, constituyéndolas y formándolas con sus propias manos. En efecto, afirmar como lo hace Martinès, que «*el Creador aplicó la ley sobre su inmutabilidad, creando este universo físico*», señala positivamente, en el acto divino, una evidente «necesidad» que no responde inicialmente a las intenciones de Dios; como algo que le fue impuesto casi contra su voluntad, contra su primitiva voluntad. El mundo, «el universo físico», fue así creado, no para brillar con una alegría participativa y hacer surgir de la nada, llevándolos al ser, los pensamientos contenidos en el espíritu de Dios, sino, muy al contrario, para encarcelar, atar, ser un «lugar fijo», una célula y un recinto en que los espíritus perversos, constreñidos por los estrechos límites de los «horribles abismos de la materia» (*Tratado*, 138), permanecieran en una «privación» protegida pero a buen recaudo, pudiendo, en estas condiciones hostiles y humillantes, desarrollar, sin que representaran demasiado peligro para el Cielo, las capacidades de su «malicia».

Así pues, Dios encierra y delimita un espacio destinado al mal, a los espíritus caídos; establece, como lo muestra muy bien el *Cuadro Universal* (cf. Anexo I: «El *Cuadro Universal* de Martinès»), tres partes situadas a distancia de la inmensidad divina, tres regiones principales denominadas: la inmensidad supraceleste, la inmensidad celeste y la inmensidad terrestre, de las que las dos últimas sirven de «límites», de fronteras infranqueables. Por este hecho la materia, originalmente, surgida de un orden de abatimiento y limitación, representa una masa orgánica salida, no de la gozosa emancipación del deseo divino, sino de la imperiosa reacción de Dios ante la revuelta de los espíritus demoníacos. Lo que resulta absolutamente innegable, más allá del aspecto singularmente despreciativo del compuesto material, es que Martinès, si bien se aparta de las posiciones clásicas propuestas por los textos bíblicos concernientes al origen del mundo, no puede en ningún caso ser tachado, estrictamente hablando, de dualismo maniqueo, ya que deniega firmemente el menor estatus ontológico a la materia.

La materia, para él, no tiene existencia propia, no posee ninguna realidad ontológica fundamental, la materia constituye un execrable

abismo, un lugar de reprobación, un ámbito de desolación repulsivo y horrible, un abyecto precipicio en el que están inmersos y encerrados los enemigos del Eterno. Este negro panorama, esta pintura trágica y reconozcámoslo, casi desesperante, es hasta tal punto cierta y fiel, que los tristes vestigios de este desierto por el que a nuestra vez erramos, para nuestra mayor vergüenza, emparedados y cautivos, está comprometido a una entera y total disolución, a una desaparición radical que llevará el conjunto de elementos a la nada. Hablando por otra parte de la apocatástasis final, utilizando la imagen de la separación que sobreviene cuando la muerte entre el alma y el cuerpo, Martinès nos confía: «*Es por esta observación que pueden concebir el acontecimiento y la revolución que sobrevendrá al universo entero cuando Aquel que lo vivifica se separe de él. Porque, a imagen de los cuerpos particulares, esta materia permanecerá errante y en la inacción, hasta que sea completamente disipada. Tal es la ley que pondrá fin a todas las cosas temporales*» (*Tratado*, 274).

Resulta evidente, cuando se examina seriamente el problema de la naturaleza del mundo creado, y por consecuencia, de la condición humana en su seno desde el punto de vista teórico, que la antropología Martinèsiana no participa en modo alguno de una influencia gnóstica, antes muy al contrario, puesto que Martinès hará recaer en la sola responsabilidad del hombre, y no en la malsana voluntad de un demiurgo cualquiera o «potencia hostil», la situación en la que se encuentra inmersa la humanidad, atada y encerrada en el seno de la terrible prisión material. Por otra parte, René Le Forestier, ha demostrado la clara reprobación de Martinès ante las tesis de Marcion, y su viva crítica de las concepciones maniqueas tratándose de la cuestión del origen de la Creación.

Sabemos que Marcion (nacido hacia el año cien en Sinope) sostenía que *Jehová*, el Dios del Antiguo Testamento, era un tirano cruel deseoso de mantener a los hombres en una total dependencia y severa sumisión, y que hubo que esperar la bienaventurada Revelación de Jesús-Cristo para que nos fuera desvelada la esencia oculta del verdadero Dios de Amor y bondad, el Soberano de los mundos invisibles y espirituales, mundos que son la única patria de las almas perdidas en este valle horrible y abyecto, deseosas de reencontrar la fuente de luz eterna. Ahora

bien, es precisamente contra esta tesis errónea, que evidentemente puede seducir por su aparente simplicidad, pero que quita demasiado rápido la responsabilidad a los hombres de las consecuencias del pecado que habita en ellos, contra lo que se levanta vigorosamente Martinès: «Es a esta doctrina blasfematoria sobre Jehová demiurgo que hace manifiestamente alusión Pasqually cuando relata que “los Espíritus perversos convencieron a los Menores de que el creador del universo era uno de ellos”, y cuando afirma enérgicamente que “toda creación proviene directamente del Eterno y que es imposible crear otro universo”; son pues los Marcionistas, prosigue Le Forestier, quienes, llevando a las últimas consecuencias las premisas puestas por su maestro, terminan por identificar al Dios de la Biblia con el Diablo, a lo que [el Tratado sobre] la Reintegración responde cuando añade: “Estos espíritus perversos llegaron hasta convencer a estos Menores que la creación universal era falsamente atribuida a la divinidad, que este Dios del que habían oído hablar antiguamente [Appelle, discípulo de Marcion, profesaba que el Dios de Israel era en realidad un ángel al que nombraba Igneus, que se había revelado a Moisés sobre el Sinaí en la Zarza Ardiente; es a esta tesis que parece hacer claramente alusión nuestro pasaje] no era otra cosa que uno de ellos que dirigía toda la creación y el hombre mismo después de su advenimiento sobre la tierra y que en consecuencia, la emanación de los Menores venía del gran príncipe del Mediodía (el demonio), jefe principal de todo ser material e inmaterial, que (lo que) quiere decir comporta el fuego del eje central incorporado en una forma, instándoles a reconocerlo y a obedecerlo ciegamente en todo lo que les inspirara por medio de sus agentes inferiores”. Así pues, sobre cuestiones importantes: carácter de la emanación, origen y naturaleza de la materia y del hombre, teoría de la involución, Pasqually se separa claramente de los gnósticos [...]» (R. Le Forestier, *La Franc-Maçonnerie occultiste au XVIII^e et l'Ordre des Élus Coëns*, La Table d'Émeraude, 1987, pág. 309-310).

Después de estas líneas extremadamente claras no puede subsistir, eso nos parece, ninguna especie de ambigüedad a propósito del origen del mundo material en la concepción Martinésiana. Pero, no obstante, una delicada interrogación, a reflexionar, no deja de subsistir en el tras-

fondo, cuando miramos un poco más de cerca las posiciones de Martinès, en particular cuando, de manera explícita, afirma que la Creación, al igual que el conjunto del compuesto material, son los productos de alguna manera «secundarios» de una modificación que se hubiera cumplido, perturbándolo significativamente, en el orden divino primitivo, confiriendo una naturaleza «necesaria» a la obra creadora realizada por Dios, «necesidad» que deja un tanto perplejo, al leerla, en el plano teológico y doctrinal, y que evoca y sugiere, innegablemente, ciertas influencias, no estrictamente maniqueas, pero sin duda y de manera incontestable con perceptibles tintes de remanencias dualistas.

A este respecto, y con el fin de limpiar a Martinès, con loable intención, de toda sospecha de herejía maniquea, Edmond Mazet, en un interesante estudio publicado en 1976 en *Renaissance Traditionnelle*, sostenía: «La doctrina de Martinès se encuentra muy alejada, a pesar de lo que se pueda decir, de las diversas formas de dualismo, tanto de aquellas que ven en la materia un principio autónomo y coeterno a Dios, y que fundamenta el principio del mal, como de aquellas otras que hacen derivar la materia de un demiurgo distinto a Dios y opuesto a él. La materia no es un principio malo, y no es tan siquiera un principio: la materia es creada. Y no es intrínsecamente mala ya que ha sido creada, si no directamente por Dios, cuando menos según su voluntad y por agentes que le están ciegamente subordinados. La materia no tiene por otra parte suficiente realidad propia para ser intrínsecamente lo que sea: a ojos de Martinès solo el espíritu es verdaderamente real, y la materia solo tiene apariencia de realidad. [...] En el fondo, el pensamiento de Martinès sobre el mal y la materia es enteramente conforme a la doctrina de la Iglesia» (E. Mazet, «La Conception de la matière chez Martinès de Pasqually et dans le Régime Écossais Rectifié», *Renaissance Traditionnelle*, n° 28, octubre-diciembre 1976, pág. 272). Señalemos, sin embargo, que el problema real en Martinès, desde el punto de vista teológico (el otro es una concepción pre-niceana de la Trinidad y una cristología singularmente discutible), y contrariamente a lo que piensa Edmond Mazet que le entrega, demasiado rápido, carta de perfecta ortodoxia, no reside en su rechazo a conferir a la materia una independencia originaria salida de un poder malvado, puesto que el fundador de los Elegidos Coëns no se arriesgó jamás a

sostener que lo creado surgiera de un principio extraño a Dios, lo que hubiera sido, efectivamente, la expresión de un puro maniqueísmo, sino que consiste, digámoslo a fin de no enmascarar las concretas dificultades dogmáticas que se nos presentan desde el punto de vista teológico, en su teoría que supone un carácter «necesario» a la Creación, contradiciendo innegablemente todas las enseñanzas del Magisterio. Sostener, como lo hace Martinès (y con él, el conjunto de numerosos pensadores representativos de la corriente del Iluminismo cristiano del siglo XVIII: Louis-Claude de Saint-Martin, Jean-Baptiste Willermoz, Kirchberger, Eckartshausen, Franz von Baader, etc.), que Dios fue forzado a producir el mundo material para responder a un desorden sobrevenido en el mundo divino, es, estrictamente hablando, inaceptable por la doctrina de la Iglesia. Ahora bien, los numerosos pasajes describiendo a esta Creación como «necesaria» son, a los hechos podemos remitirnos, extremadamente claros y precisos en Martinès, que no duda en expresar su visión en diversas partes de su *Tratado sobre la reintegración*, como lo hará en el «Gran discurso de Moisés» donde escribe: «*sin esta prevaricación, no habría habido creación material temporal, terrestre ni celeste; [Aprenderás a conocer la necesidad de toda cosa creada, y la de todo ser emanado y emancipado.]*» (*Tratado*, 224); luego, un poco más adelante: «*Sin esta primera prevaricación, ningún cambio hubiera sobrevenido a la creación espiritual, y no habría habido ninguna emancipación de espíritus fuera de la inmensidad, no habría habido ninguna creación de límite divino, fuere supraceleste, celeste o terrestre, ni ningún espíritu enviado para accionar en las diferentes partes de la creación. No puedes dudar sobre todo esto, pues los espíritus menores ternarios no habrían jamás dejado el lugar que ocupaban en la inmensidad divina para operar la formación de un universo material*» (*Tratado*, 237); o aún más explícito: «*Deben entender que la materia primera fue concebida por el espíritu bueno para contener y someter al espíritu malo en un estado de privación y que verdaderamente esta materia primera, concebida y dada a luz por el espíritu y no emanada de él, había sido engendrada para estar a la sola disposición de los demonios*» (*Tratado*, 274).

Si acaso Martinès puede ser tachado de maniqueísmo, no es haciéndole el inexacto e infundado reproche de que sitúe un demiurgo en el

origen de la existencia de la materia (lo que permite, a menor coste y muy rápidamente, mostrando la falsedad de la acusación, absolverlo de toda acusación maniquea), sino que es en este aspecto de su doctrina relativo a la afirmación del carácter «necesario» de la Creación que podría dar más fácilmente motivo a eventuales críticas de los censores eclesiásticos (en el caso que estos últimos tuvieran la remota idea de inclinarse un día sobre este asunto), haciendo del acto creador el objeto de una decisión impuesta a Dios, casi de manera exterior e imperiosamente, a causa de los acontecimientos que turbaban la armonía y pureza de la inmensidad divina lo que testimonia, incontestablemente, una real influencia heterodoxa de tendencia dualista.

La gratuidad de la creación

Recordemos que en el curso de la historia de la Iglesia, los Padres tuvieron en numerosas ocasiones que luchar contra las tesis gnósticas y maniqueas, y mantuvieron siempre, contra sus adversarios, que la Creación fue un don de Dios, un efecto de su amor y no una respuesta a un acontecimiento perturbador que se haya producido en el mundo divino, habiendo obligado a Dios a reaccionar con la constitución del mundo material a fin de aprisionar a los enemigos del orden celeste. «*Según distintos sistemas gnósticos*, escribe Claude Tresmontant, *la creación se ha hecho necesaria como consecuencia de una catástrofe, de una caída, de una falta, situada al nivel mismo de lo divino. [...] Según el mito maniqueo, la creación es impuesta al Principio bueno por un ataque venido del Reino de las tinieblas [...]. De diferentes maneras, las tesis gnósticas, y el neoplatonismo, niegan la libertad y gratuidad del don creador. Niegan la creación negando que ésta sea un don. Ahora bien, está precisamente ahí la esencia de la creación, según la teología judía y cristiana*» (C. Tresmontant, *La Métaphysique du christianisme et la naissance de la philosophie chrétienne*, Seuil, 1961, pág. 190). Volvemos a encontrar reafirmada, en los primeros siglos cristianos, esta gratuidad, esta noción de don, en Atenágoras, Irineo, Hilario de Poitiers, Basilio de Cesarea, Juan Damasceno y en el mismo Agustín, que como sabemos, habiendo estado inicialmen-

te adscrito a las tesis maniqueas hizo más tarde un giro, y declaró respecto a esta cuestión: «Por estas palabras: Dios vio que estaba bien, queda suficientemente significado que Dios, por alguna necesidad que le concernía, pero por su única voluntad, ha creado lo que ha sido hecho, es decir, porque era bueno» (*De Civitate Dei*, XI, XXIV). O incluso: «Todo lo que Dios ha creado, no estaba obligado a hacerlo, sino que ha creado todas las cosas que ha querido. La causa de todas las cosas que ha creado es su voluntad [...]. Dios ha creado por bondad, no tenía necesidad de ninguno de los seres que ha creado» (Enn. In Psalm, 134, 10).

Dios crea, como lo recuerda la Iglesia, por efectos de una superabundante bondad, ella es el principio de la Creación; el amor, el bienhechor *ágape* de Dios «es un acto libre, un acto de donación, un acto reflexivo y querido. No se trata de obligación ni necesidad, sino de gracia» (C. Tresmontant, *op. cit.*, pág. 195). Juan Damasceno lo expresa igualmente sin rodeos: «Puesto que Dios, bueno, y bueno de manera supereminente, no se ha contentado con su propia contemplación, sino que, por exceso y superabundancia de su bondad, le ha complacido que existieran seres que pudieran recibir sus dones y que participaran de la bondad, del no ser al ser, hizo venir y creó la universalidad de los seres, visibles e invisibles, y el hombre que está constituido de una parte visible y otra invisible [...]» (*De Fide orth.*, II, ii, PG, XCIV, 864, EP, 2349).

La doctrina de Orígenes

Un solo Padre, Orígenes, que nació en Alejandría en 185, altamente loado a su muerte por su piedad, su casta pureza y su fervor por san Pánfilo y san Gregorio Taumaturgo, y a pesar de que sus tesis fueron luego severamente condenadas en el concilio de Constantinopla en 523, parece defender, en numerosos puntos y diversos aspectos, posiciones próximas a Martinès. Es en su *Peri Archon*, donde sostendrá, como hizo Martinès en su *Tratado sobre la reintegración*, que la Creación no surge de una libre decisión, sino que fue el resultado, la consecuencia de una revolución negativa sobrevenida en el mundo divino. Para Orígenes, «la materialidad es una consecuencia de la Caída. Todos los seres materiales

son sustancias intelectuales caídas. Las criaturas intelectuales permanecieron en una morada divina, antes de caer en los lugares inferiores, y convertirse, de invisibles que ellas eran, en visibles. Desde que hubieron caído, tuvieron necesidad de cuerpo. Es por lo que Dios hizo los cuerpos, y creó este mundo material y visible. La materialización es una consecuencia de la caída, pero, en Orígenes, es Dios quien crea la materia a causa de la caída» (C. Tresmontant, *op. cit.*, pág. 421). Analizando el texto de los Evangelios, Orígenes pone a la luz el sentido de la fórmula utilizada por los sinópticos cuando evocan la «fundación del mundo» (Mateo 13:25, 25:34; Lucas 11:50; Juan 17:24), fórmula tomada luego por san Pablo en sus *Epístolas*, y que hace referencia a una noción de descenso, de evidente degradación. Los escritores sagrados emplearon en efecto el término *katabolé*, proveniente del verbo *kataballô*, es decir, la acción de «echar de arriba a abajo» para hablar de la creación del mundo material, y Orígenes considerará que esto no provenía de un contrasentido por su parte, sino de una clara voluntad de indicarnos el carácter descendente del acto creador, mientras que hubiera sido posible y normal, en parecida circunstancia, utilizar el término *ktisis*, que significa positivamente la Creación en sentido pleno y original.

Para Orígenes, pues, la Creación es la manifestación concreta de un descenso de arriba en dirección abajo, una caída, un movimiento significativo «de superioribus ad inferiora descendum» (*De Princip.*, III, 5, 4, K). Orígenes desarrollará, en numerosas páginas su visión y no dudará en sostener, con expresiones que prefiguran extrañamente las tesis Martinèsianas: «Las almas, a causa del excesivo decaimiento de su inteligencia, han sido encerradas en estos cuerpos espesos y compactos: es por ellas que en lo sucesivo ha sido necesario que este mundo visible fuera creado» (*Ibid.*).

Las almas culpables se han materializado y han recibido un cuerpo carnal para someterlas a una justa sanción que su acción culpable les había merecido; tal es la tesis de Orígenes conocida bajo la denominación de ensomatosis, describiendo el descenso a los cuerpos de entidades espirituales, entidades que vienen a este mundo a cumplir una purificación redentora. A este respecto, Orígenes establecerá una etimología singular entre alma (*psuchê*) y frío (*psuchros*), para significar el hecho

de que las almas son entidades, inteligencias «resfriadas» que vienen a este mundo a expiar, estando revestidas de cuerpos materiales, sus pecados. Justiniano relatará por otra parte, en una carta destinada a los Padres que se reunían en el Concilio de Constantinopla, la doctrina profesada por los monjes origenistas parecida en todos sus puntos a las tesis del *Peri Archôn*: «Las entidades racionales se han enfriado (se han alejado) de la caridad divina, de donde su nombre de almas; es a causa de un castigo que han sido revestidas de cuerpos más espesos, los nuestros, y han sido llamadas hombres. Aquellas que han llegado al colmo del mal han revestido cuerpos fríos y oscuros, son y se nombran demonios y espíritus del mal. Es pues en virtud de un castigo y una pena por los pecados cometidos en una existencia anterior que el alma ha recibido un cuerpo» (*Carta de Justiniano al Concilio, y Anatema IV del concilio de Constantinopla*, K., p. CXXII).

Por otra parte Orígenes apoyará su tesis de una Caída en la materia, en cuerpos groseros y animales, como respondiendo a una falta anterior, fundamentándose en el relato, verdaderamente sobrecogedor del tercer capítulo del libro del Génesis, donde es dicho, después del episodio del pecado original: «Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió» (Génesis 3:21). Método confirmará que la posición de Orígenes es claramente la expresada en sus obras, y dará testimonio de esta identidad en estos términos: «Orígenes imaginaba una preexistencia mítica de nuestras almas. Adán y Eva, según él, eran intelectos desnudos antes de revestir las túnicas de piel; eran absolutamente incorruptibles, inmortales, exentos de necesidades naturales tales como comer, beber o dormir» (*De Resurr.*). Como podemos ver, el cuerpo material es para Orígenes una vestimenta espesa y degradada, una marca concreta de la Caída y no dudará, para sostener su tesis, en apelar a ciertos pasajes de las Escrituras que venían a corroborar su visión, en particular estos extractos de los Salmos: «Antes de ser humillado, me descarriaba» (Sal 118:67); «Vuelve, oh alma mía, a tu reposo» (Sal 104:7); «¡Saca mi alma de la cárcel!» (Sal 142:8). El pensamiento de Orígenes, expuesto sin rodeos, es la expresión de una doctrina que podemos resumir así: «La desgracia para el alma es haber descendido, es la ensomatosis, la caída en el cuerpo material. La salvación para el alma es la de volver allí de

donde viene. Esquema común al neoplatonismo, a la gnosis, al orfismo y a la teosofía bramánica. Es este esquema el que adopta Orígenes» (C. Tresmontant, *op. cit.*, pág. 431). Lo que resulta muy chocante, de toda manera, y digno de observación, es que como Martinès, Orígenes piensa en el fin de los tiempos como una cesación del universo material, una suerte de «desmaterialización» poniendo término al compuesto grosero, disolviendo los elementos carnales: «Las almas abandonan los cuerpos que habían asumido, con los que ellas estaban revestidas. El estado final será pues incorpóreo. Toda la naturaleza material, corporal, será abolida. La creación por completo será liberada de la servidumbre de la materia» (*De Princ.*, II, 3, K).

Después de este examen, resulta evidente que la doctrina de Martinès, si presenta serias dificultades respecto a las enseñanzas del Magisterio, y en particular cuando se trata de la cuestión del estatuto ontológico de la materia y del carácter gratuito de la Creación, dificultades que no conviene negar so pena de esconder la verdad y faltar al deber de honestidad intelectual, surge sin embargo de un muy estrecho parentesco con el origenismo, y puede incluso ser contemplada, si se quiere pensar en ello, como una de sus formulaciones, desde el siglo XVIII, de las más fieles y conseguidas.

Es por lo que, a nuestro parecer, los discípulos contemporáneos de Martinès, próximos o alejados, harían bien en sumergirse en la atenta lectura de Orígenes, y estudiar y meditar seriamente las tesis de este gran hombre de la Iglesia, que llegó, con una rara profundidad y excepcional ciencia, como pocos hayan hecho antes que él, a los soberanos misterios de la Revelación para hacer surgir de ella los inmensos tesoros espirituales de los que es portadora, tesoros muy necesarios a los hombres que luchan duramente a lo largo de su penosa existencia en el seno de las circunferencias materiales, en esta región de las «diferencias» por tomar una expresión de san Bernardo, es decir «la región que designa la naturaleza caída que ha perdido su "semejanza" como consecuencia del pecado original» (Canto LXXXII, 5), a fin que alcancen, por la santa gracia del Reparador, a sustraerse de las determinaciones que recibieron en consecuencia del pecado, y puedan al fin participar, en su eternidad futura, de una comunión reencontrada y tan esperada con la Divinidad.

II. La teología del pecado original

El carácter específico de la doctrina de Martinès, a propósito del pecado de Adán, viene precisamente de su posición respecto a las consecuencias terribles del acto del primer hombre, y es totalmente significativo constatar, en el autor del *Tratado sobre la reintegración*, una muy negra visión, endureciendo en ocasiones al extremo las consecuencias del pecado original, consecuencias señaladas con más o menos nitidez y firmeza por las Iglesias, tratándose de la situación actual en la que se encuentra reducida la humanidad. Sin embargo, conviene, antes de inclinarse sobre la cuestión de la prevaricación desde el punto de vista teológico, y abordar las posiciones oficiales de las Iglesias cristianas ante el pecado original (sabemos que en esta materia ciertos pensadores, principalmente católicos y reformados, marcados por las tesis modernistas, sobre todo después del último siglo, han hecho sufrir, con mayor o menor pertinencia, significativas inflexiones a los dogmas profesados por sus respectivas confesiones), en primer lugar precisar que la noción de «pecado» posee un carácter genérico caracterizando lo que, por naturaleza y por esencia, está profundamente estropeado tanto en las criaturas como en el mundo, lo que ha sido marcado, de manera duradera, por el peso considerable de la reprobación, noción que debe ser distinguida de lo que comúnmente se designa como siendo los «pecados», o sea, los múltiples actos culpables cometidos por los hombres, de por sí muertos espiritualmente en su ser desde la Caída original, en violación directa y radical de los mandamientos divinos. Como dice el apóstol Juan: «los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (Juan 3:19), lo que confirma estas terribles palabras de Jesús dirigidas a los herederos de Adán: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre» (Juan 8:44).

En efecto, la gravedad del acto de Adán radica en el hecho de que, cuando su traición, voluntariamente ha pisoteado e injuriado la confianza que Dios había puesto en él; seducido por el tentador se ha abandonado, sin mesurar sin duda las consecuencias de su actitud, a una fatal desobediencia. «En este pecado, enseña la Iglesia Católica, el hombre se prefirió a sí mismo en lugar de Dios, y por ello despreció a Dios:

hizo elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien. El hombre, constituido en un estado de santidad, estaba destinado a ser plenamente "divinizado" por Dios en la gloria. Por la seducción del diablo quiso "ser como Dios", pero "sin Dios, antes que Dios y no según Dios". La Escritura muestra las consecuencias dramáticas de esta primera desobediencia. Adán y Eva pierden inmediatamente la gracia de la santidad original. Tienen miedo del Dios de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas. La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quiebra [...]. La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraña y hostil. A causa del hombre, la creación es sometida "a la servidumbre de la corrupción" (Rm 8:21). Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de desobediencia, se realizará: el hombre "volverá al polvo del que fue formado". La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad. Desde este primer pecado, una verdadera invasión de pecado inunda el mundo: el fratricidio cometido por Caín en Abel; la corrupción universal, a raíz del pecado [...]. Además, por el efecto trágico de esta desobediencia, la Iglesia afirma que «la inmensa miseria que oprime a los hombres y su inclinación al mal y a la muerte no son comprensibles sin su conexión con el pecado de Adán y con el hecho de que nos ha transmitido un pecado con que todos nacemos afectados y que es "muerte del alma". [...] Todo el género humano es en Adán "sicut unum corpus unius hominis" ("Como el cuerpo único de un único hombre"). Por esta "unidad del género humano", todos los hombres están implicados en el pecado de Adán, como todos están implicados en la justicia de Cristo [...] Adán había recibido la santidad y la justicia originales no para él solo sino para toda la naturaleza humana: cediendo al tentador, Adán y Eva cometen un pecado personal, pero este pecado afecta a la naturaleza humana, que transmitirán en un estado caído. Es un pecado que será transmitido por propagación a toda la humanidad, es decir, por la transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales» (Catecismo de la Iglesia Católica, Vers. 7. La Caída, III, art., 397-401; 403-404).

Si, como podemos constatar, la Iglesia de Roma es bastante severa, los Orientales parecen mucho menos pesimistas que los Latinos en esta materia, y admiten difícilmente que la muerte haya podido ser el efecto principal de la cólera de Dios, viéndola más bien como testimonio de su condescendiente prevención respecto a la criatura, es decir, como un «remedio» compasivo que le fue otorgado como bien recuerda Teófilo de Antioquia (*À Autolykos*, 2, 26), o también Ireneo de Lyon, Método y numerosos otros Padres. Estos rechazan igualmente, por la misma lógica, la idea de una corrupción general del género humano por culpa de Adán, descartando la posibilidad de una transmisión directa por generación, contraria a su juicio a la bondad de Dios, haciendo, según su punto de vista, que los hombres pequen «como» Adán, pero no «en él», habiendo transmitido este último a su descendencia tan solo una «debilidad pero no una falta». Cirilo de Jerusalén escribirá: «*El alma no ha pecado antes de entrar en el mundo. Hemos venido sin pecado y es por el libre albedrío que pecamos*» (*Catequesis*, 4, 19). San Juan Crisóstomo, por su parte, volverá igualmente, en una de sus *Homilías*, sobre la idea de una transmisión por generación del pecado de Adán: «*¿Qué quieren decir las palabras “debido a que todos han pecado? Significan, que a consecuencia de la caída de Adán, incluso aquellos que no han comido del fruto del árbol se han convertido en mortales [...]. El texto “como por la desobediencia de uno solo, muchos han sido constituidos en pecadores” plantea una grave cuestión [...] ¿Qué quiere decir la palabra “pecadores”? Me parece que debe ser traducida por condenados al suplicio de la muerte*» (*Homilías sobre la Epístola a los Romanos*, X, 1-3). En cuanto a Cirilo de Alejandría, será todavía más afirmativo y sostendrá: «*¿Cómo que “todos han pecado en Adán”? ¿En qué los pecados de éste nos conciernen? ¿Cómo todos nosotros y aquellos que no han nacido todavía, hemos sido condenados con él? Y respecto a esto, bien que Dios ha dicho que los padres no morirán por sus hijos ni los hijos por sus padres: “Cada cual morirá por su propio pecado” (Deuteronomio 24:16) ¿No es acaso el alma que ha pecado la que debe morir? Hemos incurrido en la pena de Adán porque todos nosotros hemos imitado su trasgresión; es en este sentido que hemos pecado... He aquí como nos hemos convertido en pecadores a consecuencia de la culpa de nuestro primer padre*

[...]. *Cuando hubo desobedecido y que fue condenado a la ley de la corrupción, las voluntades impuras entraron en su naturaleza y la ley de los miembros hizo su aparición en nosotros. La enfermedad del pecado se amparó de nuestra naturaleza como consecuencia de la falta de Adán. Muchos se han convertido en pecadores, no porque hayan pecado con Adán, sino porque tienen la misma naturaleza que Adán, es decir, una naturaleza que está bajo la ley del pecado*» (*Comentario sobre la Epístola a los Romanos*, 5). Para los Ortodoxos, resulta cierto que Adán no puede haber transmitido a su descendencia, por una suerte de determinación ciega e injusta, una naturaleza culpable y equivocada que debe ser objeto de reprobación, de rechazo por parte de Dios. Para ellos, todos nosotros hemos simplemente recibido, como lo expresan la mayoría de Padres, una naturaleza dispuesta ciertamente a la desobediencia, pero no estando, por esencia, radicalmente corrompida y ontológicamente caída.

En contrapartida los reformados, por una significativa influencia agustiniana, tan central evidentemente en el pensamiento de Martín Lutero (1483-1546), llevarán por su parte a sus máximas consecuencias las afirmaciones del apóstol Pablo expresadas en su *Epístola a los Romanos*, cuando este escribe: «*Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron [...]. Así pues, como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo procura toda la justificación que da la vida. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos*» (*Romanos* 5:12; 18-20). De tal suerte, constriñéndose escrupulosamente a las afirmaciones de las Escrituras, los reformadores verán al hombre como estando radicalmente corrompido, dotado de una naturaleza enferma y perdida sin el socorro de la gracia. Lutero, tomando al pie de la letra las palabras de Pablo: «*vosotros, que erais esclavos del pecado*» (*Romanos* 6:17), considerándonos pues como espiritualmente «*muertos en vuestros delitos y pecados*» (*Efesios* 2:1), evocaba «*el veneno, inyectado por el viejo dragón, que contaminó profundamente a Adán y a sus hijos*». Contemplará la

carne como puesta bajo el dominio de Satán, y considerará que la voluntad de las criaturas está rota para siempre después de la Caída, lo que hace del hombre natural, poseyendo un corazón perverso y malos deseos, un ser no libre, un esclavo reducido y víctima del terrible poder de la corrupción. La especie humana, históricamente, es para los reformados pecadora por esencia y no puede, por sí misma, liberarse de las ataduras que la retienen cautiva en la esclavitud de la concupiscencia y la desobediencia. Es por lo que el artículo 15 de la Confesión de Fe de los Países Bajos afirmará: «*Nosotros creemos que, por la desobediencia de Adán, el pecado original se ha extendido sobre todo el género humano. Es una corrupción de toda la naturaleza y un vicio hereditario, con la que son manchados los niños desde el vientre de su madre, y que produce en el hombre toda suerte de pecados. Es hasta tal punto tan vil y tan enorme ante Dios, que es suficiente para condenar al género humano. No puede ser extirpado incluso ni por el bautismo, ni ser totalmente desarraigado. No deja de deslizarse como una fuente manchada [...]*» (*Confessio Belgica*, art. 15). Juan Calvino (1509-1564), horrorizado igualmente por la enormidad del pecado de Adán, escandalizado y dolorosamente golpeado por esta increíble injuria hecha a la santidad de Dios, dirá por su parte: «*A la vista de nuestra naturaleza corrompida, y así pues de nuestra aviesa vida, todos somos por odio a Dios, culpables de su juicio y nacidos en condenación*» (*Inst.* II, XVI, 3). Sin la virtud redentora y justificadora de la Cruz, sin la fuerza sobrenatural de la gracia, el hombre es pues visto por la Reforma como totalmente incapaz por sus obras de obtener la salvación. No es maestro de sí mismo, no posee los medios para liberarse de las cadenas del pecado, no se pertenece por lo que respecta a su rehabilitación espiritual que le es imposible de realizar por sus propias fuerzas; solo, sin la ayuda de Dios, se encuentra entregado por completo a los poderes del mal; como lo señala, con una cierta pertinencia, Calvino: «*No somos en absoluto nosotros: olvidémonos pues de nosotros mismos en la medida que sea posible y de todo cuanto está en torno nuestro. Al contrario, estemos en el Señor: que su voluntad y sabiduría presidan pues todas nuestras acciones. Estemos en el Señor: que todas las partes de nuestra vida se refieran a él, como a fin único. ¡Oh, cuanto ha aprovechado al hombre, que conociéndose no ser suyo,*

ha quitado el señorío y gobierno de sí mismo a su propia razón, para conformarlo a la de Dios!» (*Inst.* III, IV, 1).

Los tres puntos de vista antes expresados resumen brevemente las posiciones de los teólogos católicos, ortodoxos y reformados, y a pesar de sus matices y en ocasiones efectivas divergencias, presentan al menos la ventaja de admitir, a diferencia de las opiniones discutibles de algunos teólogos contemporáneos superficialmente atentos a las grandes verdades contenidas en los relatos de las Santas Escrituras, la realidad de una falta situada en el origen de la Historia humana, lo que es, concretamente, ampliamente suficiente para un cuidadoso desarrollo del sentido profundo y esencial de la Caída. Es importante comprender que sin la hipótesis de la falta original, toda la legitimidad de la iniciación cristiana se esfuma y convierte en inútil. Si el hombre no se encuentra hundido, degradado y destruido espiritualmente, no se entiende por qué le resulta necesario e indispensable efectuar un largo camino en dirección a su restablecimiento, de emprender un duro trabajo de purificación y santificación, que se impone incontestablemente a todo individuo un tanto lúcido tratándose de la naturaleza degradada de su ser y de la inmensidad de su perversión en el plano natural, si nada en él mereciera ser severamente corregido y rectificado. Como lo escribirá, justamente, el Filósofo Desconocido dirigiéndose a cada uno de nosotros: «*¡Oh hombre!, si no te hayas lo bastante avanzado para verter lágrimas sobre tu miseria, al menos no presumas hasta llegar a contemplarla como un estado de felicidad y de salud. No te dejes prender en estas fascinaciones que te seducen. No hagas como un niño enfermo que deja de gritar por el ruido de un sonajero agitado ante sus ojos, y que incluso ofrece un semblante sonriente y tranquilo, como si el mal que lo aqueja ya hubiera pasado, cuando la visión del sonajero no ha hecho más que suspender por un tiempo sus dolores. Por poco que cierres por un instante tus ojos a estas ilusiones que te distraen, el mal no tardará en hacerse sentir [...]*» (*Ecce Homo*, III).

Pero más grave aún es el sentido de la Encarnación y el holocausto sangrante de Cristo, que pierde todo su valor si se niega la realidad del pecado original. Si el hombre no hubiera estado profundamente marcado y roto por la falta, ¿por qué hubiera sido necesario que Dios enviara

a su Hijo para liberarlo, para obtener la gracia de la Salvación al precio de un tan pesado sacrificio? Por otra parte, sobre este aspecto relativo al punto fundamental de la cuestión, es notable que exista una casi total unanimidad de las Iglesias, incluso si sus interpretaciones y apreciaciones a propósito de las consecuencias y la transmisión del pecado original puedan, naturalmente, presentar ciertos legítimos matices.

III. La naturaleza de la carne y el pecado

Si Martinès es en ocasiones considerado, y con razón, de profesar una doctrina eminentemente judeocristiana, (en numerosos aspectos fue mucho más judío que cristiano), podemos sin embargo ver, por su clara reprobación de la carne y en su discurso referente a las consecuencias de la Caída, una fuerte imposición en su pensamiento de elementos neoplatónicos que parecen contradecir, a su vez, las demasiado rápidas afirmaciones a las que podría conducir una lectura superficial de sus textos.

En efecto, recordemos que la antropología hebraica ignora esta distinción, que atraviesa el pensamiento cristiano, entre el cuerpo visto como burdo y animal y el alma, hasta tal punto por otra parte, que si bien existe un término en hebreo para designar el alma (*nephesch*), que se traducirá por *psychê* en griego, y por *anima* en latín, no hay ningún término en esta lengua para significar el cuerpo material en tanto que distinto del alma, mostrando claramente la ausencia de toda concepción dualista en el pensamiento original de los Hebreos. Para ellos, si no hay alma, entonces tampoco hay cuerpo; una y otro forman una unidad indisociable. Es bien conocida una palabra para hablar del cadáver, pero no la hay para el cuerpo separado del alma, es por lo que se utilizará una expresión particular (*basar*), para evocar la totalidad alma/cuerpo, expresión que encontraremos en griego bajo el nombre de *sarx*, de *caro* en latín y finalmente de «carne» en castellano. Ahora bien, la palabra «carne», como consecuencia de numerosas confusiones, y bajo la influencia de la tradición filosófica salida de las corrientes griegas (pitagorismo, orfismo, neoplatonismo), se ha convertido para nosotros en sinónimo de «cuerpo», es decir, lo que denominan como *sôma*, lo que

representa únicamente el envoltorio material, creando así un importante contrasentido. La única designación hebraica que se correspondería a lo que entendemos por «alma» en Occidente, es el término *ruach*, o sea «el espíritu», que dará *pneuma* en griego y *spiritus* en latín, término que se aplica tanto al espíritu de Dios: «*Que Yahveh, Dios de los espíritus de toda carne*» (Números 27:16), como al del hombre: «*Verteré mi espíritu sobre toda carne*» (Joel 2:28).

San Cirilo de Alejandría (*De recta FIDE ad Augusta*, P.G., LXXVI), hará justamente observar que el evangelista Juan utiliza la palabra *sarx* a fin de exponer el misterio de la Encarnación: «*la Palabra se hizo carne*» (Juan 1:14), afirma, equivale a: «*la Palabra se ha hecho hombre* (alma y cuerpo)», insistiendo en su texto sobre la voluntad de Cristo de asumir plenamente, al completo, la naturaleza humana.

Dicho esto, nadie podrá contestar la radical oposición, con la que Martinès se encuentra en perfecto acuerdo, oposición que volvemos a encontrar en los evangelios: «*El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada*» (Juan 6:63), y particularmente en san Pablo, entre dos órdenes absolutamente antitéticos: el orden del espíritu y el orden de la carne. Incluso si algunos rechazan, por obcecación voluntaria y visión antropológica errónea, el reconocer el antagonismo de estos dos órdenes, y a pesar de ello claramente señalado en múltiples sitios del texto sagrado, es preciso rendirse a la evidencia y admitir que la naturaleza del hombre (es decir su alma y su cuerpo), entendida bajo el término genérico de «carne», está tocada por la corrupción y la reprobación. Cómo no citar, en primer lugar y a la vista de su carácter emblemático, el episodio de Nicodemo, doctor de Israel, al que Jesús anuncia que debe nacer de nuevo, concluyendo su discurso así: «*Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu*» (Juan 3:6). En cuanto al apóstol Pablo, nadie mejor que él ha establecido los lazos concretos entre el pecado y la carne, exclamando incluso, en un lamento casi desesperado y patético: «*¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?*» (Romanos 7:24). La oposición aparece, igualmente y de manera muy clara, señalada en este pasaje significativo: «*Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contra-*

rias a la carne, como que son entre sí antagónicos [...]» (Gálatas 5:16-17). Finalmente, de nuevo en la *Epístola a los Romanos*, es una verdadera condena de lo que representa la «carne» en su esencia y naturaleza que nos es dirigida, estableciendo una equivalencia sorprendente entre la «carne» y el pecado: «Porque, cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, excitadas por la ley, obraban en nuestros miembros, a fin de que produjéramos frutos de muerte» (Romanos 7:5). Luego, un poco más adelante, y siempre con la misma intransigencia: «Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. [...] ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí. Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne [...] pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros» (Romanos 7:15-18; 23). El clamor de Pablo es de una gran honestidad: «soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, mas con la carne, a la ley del pecado» (Romanos 7:25).

¿Querremos todavía negar, después de estas palabras, el fruto venenoso que representa la «carne»? ¿nos atreveremos a rechazar ver el carácter para siempre terrible y sumido de lo que es carnal? Entonces escuchemos a Pablo que, con una temible fuerza de convicción, insiste más delante para no dejar subsistir el menor rastro de ambigüedad: «Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu» (Romanos 8:3-4). Después de este impresionante recordatorio, que pide ser leído con temor y temblor, un santo furor continua habitando al apóstol de los Gentiles, y como si esto no bastara, queriendo hacer penetrar firmemente el mensaje de Salvación en el corazón de sus oyentes, prosigue su prédica con estas temibles líneas: «los que viven según la carne, desean lo carnal; más los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; más del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios: no se someterán a la ley de Dios, ni siquiera pueden; así, los que están en la carne, no pueden agradar a Dios» (Romanos 8:5-8).

Pablo esperaba ciertamente convencer con su discurso, pero quería sobre todo poder estar seguro de hablar a seres que habían ya emprendido el rechazar las obras de la «carne», entregando, más allá de la distancia de los siglos, una enseñanza vital para nuestro devenir sobrenatural, si aceptamos por nuestra parte, evidentemente, el deponer lo que en nosotros hay de «alienado» por efecto del pecado: «Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece; mas si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia» (Romanos 8:9-10).

Concluimos pues con estas palabras de Pablo, que podrían asumir todos los discípulos de Martinès, en las que convendremos sin dificultad que es muy difícil negar su sentido directo y categórico, y que tienen la virtud de disipar toda contestación posible a propósito de la cuestión que nos ocupa: «la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos» (I Corintios 15:50).

De este modo, la carne, incluso concebida como siendo la unidad del alma y del cuerpo, lo que no quita nada de la reprobación con la que está cargada, puesto que ello engloba la materia corporal y su principio de emanación, es violentamente rechazada por su corrupción, ella es pecaminosa por naturaleza y no participará en la realidad futura del reino. Martinès, que no había dejado de sostener esta visión absolutamente paulina del devenir relativa al compuesto carnal «psicosomático», añadirá sin dudar: «Podemos ver claramente que el cuerpo es un caos para el alma, o para el menor, por la manera en que el menor pasa su vida temporal en este cuerpo de materia como castigo por el crimen del primer hombre» (Tratado, 124).

IV. Saint-Martin y la cuestión del sacerdocio de la Iglesia

Sabemos de la desconfianza, por no decir más, que manifestó Saint-Martin en diversas ocasiones ante al sacerdocio transmitido por la Iglesia visible de Cristo, y la severidad de sus virulentas críticas respecto a un ministerio muy lejos de responder a las exigencias espirituales que a

uno le cabe esperar por parte de los ministros del Eterno, cuya manifestación más simbólica parece haber sido, según algunos (cf. Joseph de Maistre, *Veladas de San Petersburgo*, XIª Velada, 1821; E. Caro, *Essai sur la vie et doctrine de Saint-Martin*, Hachette, 1852, p. 71), su rechazo a aceptar la presencia de un cura en la cabecera de su cama en el momento de dejar esta tierra (se trata en realidad, y en primer lugar, del *Mercure de France*, que anunciando la desaparición del teósofo de Amboise sobrevenida el 13 de octubre de 1803, señalaba que Saint-Martin no quiso un sacerdote, in *Mercure de France*, 18 de marzo de 1809, n.º 408, p. 499 y ss.). Joseph de Maistre, en su *Veladas de San Petersburgo*, contrariado, señalaba que Saint-Martin no creía en la legitimidad del sacerdocio cristiano: «[...] lo que llama más la atención es el prefacio que escribió [refiriéndose a Saint-Martin] para su traducción de la obra los Tres Principios, escrita por el alemán Jacob Böhme. Allí es donde, después de haber justificado hasta cierto punto las injurias vomitadas por este fanático contra los sacerdotes católicos, acusa a nuestro clero de haber equivocado su destino [en el prefacio de la traducción citada, Saint-Martin se expresa de la manera siguiente: “Es a este sacerdocio a quien hubiera correspondido la manifestación de todas las maravillas y todas las luces de las que el corazón y el espíritu del hombre tienen tanta necesidad.” (París, 1802, in-8º, “prefacio”, p. 3)], es decir, en otros términos, que Dios no ha sabido establecer en su religión un sacerdocio tal cual debiera ser para llenar sus divinas miras» (J. de Maistre, *Veladas de San Peterburgo*, XIª Velada).

No obstante, las páginas más duras, y sin lugar a dudas más célebres de Saint-Martin, fueron publicadas en 1802 en el *Ministerio del hombre-espíritu*, testimoniando una convicción desde hacía largo tiempo establecida y que debió, con toda probabilidad, tener su nacimiento, en la época (entre los años 1768 y 1774) en que estudiaba y descubría nuevas luces, en Burdeos, junto a su primer maestro: Martinès de Pasqually. Este último, no lo olvidemos, si bien exigía de sus discípulos una plena y completa pertenencia y comunión con la Iglesia católica romana para poder ser admitidos en la Orden de los Caballeros Masones Elegidos Coëns del Universo, era igualmente muy crítico en sus juicios en materia religiosa, y no escatimaba la virulencia de sus ataques respecto a los

sacerdotes a los que juzgaba ignorantes de los misterios de su propio sacerdocio.

Se ha podido decir, para explicar la actitud de Saint-Martin, que desconocía la verdadera Iglesia («*El pensamiento de Saint-Martin rechaza incluso las formas religiosas, en especial los sacramentos de la Iglesia, a no ser que se priven de toda forma, o sea, de la Iglesia. Pero ningún discípulo del teósofo de Amboise se considera obligado a renunciar a la iglesia y sus sacramentos. Por el contrario, aprenderá lo que ignoraban Martinès y Saint-Martin: lo que es la iglesia y lo que son los sacramentos*» Cf. R. Amadou, in «Introducción», *Tratado sobre la reintegración de los seres*, Colección martinista, 1995, p. 37), habiendo tenido ante sus ojos, de acuerdo a esta tesis, solamente un pálido reflejo, incluso una caricatura de la función desarrollada por los ministros efectivos de Jesús Cristo. Resulta evidente que el siglo XVIII no fue sin duda, es lo menos que se puede decir, el período más grande que conoció la Iglesia católica en el curso de su historia, pero el argumento no nos parece aceptable en estos términos, ya que si acaso pudiéramos concederle un posible crédito en el caso de Martinès, en contrapartida parece infundado postularlo para el teósofo de Amboise. En efecto, Saint-Martin, muy instruido en estos ámbitos, podía fácilmente hacer la distinción entre los defectos puntuales, por muy patentes que fueran, que constataba en torno a él, y el espíritu que presidió la edificación de la venerable institución de la que era miembro bautizado, conociendo perfectamente las riquezas de su Iglesia, el inmenso aporte de su tesoro espiritual que se traducía por un desarrollo fecundo y excepcional de las Órdenes religiosas productoras de buenas acciones y santidad, la amplia e impresionante difusión de escritos místicos de un valor extremadamente elevado, la contribución incomparable a la inteligencia y profundización de la fe de textos magníficos redactados por doctores y teólogos entre los más sabios e iluminados, y por encima de todo, la extraordinaria belleza del culto latino poseyendo todavía, por aquellos años marcados por las decisiones del Concilio de Trento, todas las cualidades, virtudes y la sublime pureza de la antigua liturgia gregoriana. Es por lo que no creemos que la cuestión planteada por Saint-Martin, referente a su rechazo crítico del sacerdocio cristiano tal como se profesaba por los clérigos de su tiempo, no

concierno únicamente a la Iglesia católica, sino que toca, en realidad, a todos los sacerdocios y sacramentos conferidos por mediación de instituciones humanas, y así pues extendiéndose a todas las iglesias, occidental y oriental, incluyendo a la de Antioquia.

La exigencia de Saint-Martin sobre este punto tiene terribles consecuencias, y hay que reconocer que su postura está lejos de ser fácilmente comprendida. Tratemos sin embargo de ver más claro, y calar parte por parte, si es posible, incluso al precio de molestar las efectivas convicciones del Filósofo Desconocido.

Su vivo rechazo del sacerdocio tiene ante todo diversas causas que resulta bueno enumerar previamente y resumirlas, a fin de avanzar en nuestro estudio:

La primera de estas causas, en absoluto desdeñable, surge de la falta de fe y la ausencia de fuego sobrenatural que manifiestan, al menos en apariencia, la mayoría de gentes de iglesia: *“Si hubiera visto perecer a algunos sacerdotes al pie del altar desde donde pretendían tratar directamente con la Divinidad, me hubiera convencido de la verdad que ellos anunciaban, pues con las manchas físicas, morales y espirituales con que estaban cubiertos, si se hubieran aproximado tanto como decían a la Divinidad, no hubieran podido evitar ser consumidos más rápidamente que las sustancias de la tierra son consumidas por el fuego del rayo”* (Retrato, 477).

La segunda participa de un análisis fundamentado en la visión escatológica de Boehme, que presidía la llegada del tiempo de “la Iglesia de Enoc”, que debería forzosamente preparar la Iglesia actual, al estar esta inclinada solamente por preocupaciones humanas, y su interés dirigido y enfocado sobre cuestiones relativas únicamente a problemas existenciales: *“La Iglesia humana se inclina cada día hacia su ruina de acuerdo al cumplimiento de todos los presentimientos de las gentes de oficio, y para preparar la llegada de la Iglesia de Enoc de la que habla el amigo B. capit. 30 de Myst. Magn. Los teofilántropos son una de las sordas limas que la corroen. No hay más que ver lo que pasa en los templos de los cristianos en que estos filántropos se introducen [¡qué diría actualmente!]; he visto lo bastante solamente con atravesar San Eustaquio en París para ver que Dios quiere llevarnos a la ejecución del precepto del Evan-*

gelio sobre la plegaria que nos dice, que cuando queramos orar, debemos encerrarnos en nuestras habitaciones. Ya que resulta bien claro que no se podrá orar mucho en las iglesias de los hombres” (Retrato, 834).

La tercera causa, entre muchas otras pero sin embargo una de las más importantes, proviene de una grave confusión producida a lo largo de la Historia, por la que los sacerdotes, a favor de ciertos acontecimientos, se han amparado en la Iglesia para lograr sus propósitos, mientras que es la propia Iglesia quien habría tenido que conservar, en todos sus miembros, las señas de autoridad y consagración: *“Es la Iglesia quien hubiera debido ser sacerdote, y es el sacerdote que ha querido ser Iglesia. He ahí la fuente de todos los males”* (Retrato, 832), dice Saint-Martin con firmeza. Lo que expresa igualmente en estas líneas: *“La llave de la ciencia no deja de estar al alcance de los Ministros de los altares, como en un centro de unidad que no debe nunca abandonar, pero la mayor parte de ellos no se sirven de la misma para entrar en el Santuario; impiden incluso al hombre de deseo que se le aproxime, por miedo que este no perciba su ignorancia, y prohíben que se trate de conocer los misterios del Reino de Dios, cuando según las mismas tradiciones de los cristianos el Reino de Dios está en el corazón del hombre, y que en todos los tiempos, la sabiduría lo haya llevado a estudiar su corazón”* (Tabla Natural, XX).

Podemos encontrar la misma opinión, pero aún más desarrollada, en este sobrecogedor pasaje:

“La Providencia quisiera ser el único Dios de los pueblos, porque sabe que solo pueden ser felices con ella; y el clérigo ha querido ser esta Providencia. Ha querido establecer su propio reino, hablando de este Dios, del que a menudo no sabe ni defender la existencia.

La Providencia le ha dicho a este clérigo que no quedaría piedra sobre piedra del templo construido por la mano del hombre; y a pesar de esta sentencia significativa, ha cubierto la tierra de templos materiales, del que por todas partes se ha hecho el principal ídolo. Los ha llenado de todas las imágenes que su trabajadora codicia ha podido inventar; y por ello ha extraviado

y atormentado la plegaria, mientras que hubiera debido ocuparse únicamente de darle libre curso.

Le ha ordenado entregar gratuitamente los tesoros que ha recibido gratuitamente; pero, ¡quien no sabe cuánto se ha olvidado de esta recomendación!

[...] Los sacerdotes han transformado todos los derechos saludables y bienhechores que primitivamente hubieran debido pertenecerle, en una despótica devastación y en un reino autoritario sobre las conciencias; en todas partes han hecho de sus libros sagrados una tarifa de exacción sobre la fe de las almas; con este papel en la mano y escoltados por el terror, han ido hacia el simple, el tímido o el ignorante, a quien no han dejado tan siquiera la facultad de leer sobre el papel su parte de contribución de creencia en su persona, por miedo a que no viera el fraude; pareciéndose en esto a los recaudadores de impuestos pecuniarios, que abusan algunas veces de la ignorancia y la bonhomía de los aldeanos; han dejado en nada el único remedio y el solo régimen que podía devolvernos la salud y la vida [...]. Acaparadores de subsistencias del alma [...] interrumpen la circulación de estas subsistencias para tasarlas a su voluntad y dejar al hombre en la necesidad; prevaricación que, según los profetas, tiene a ojos de Dios el primer rango entre las prevaricaciones; porque Dios quiere alimentar las almas de los hombres con la abundancia que le es propia, y que ellas sean, por así decirlo, como saciadas por su plenitud” (Carta a un amigo sobre la Revolución francesa).

Idéntico análisis, igualmente, en estas líneas no menos radicales:

“Nuestros pastores han tomado el reino por aquello con que lo hubiéramos debido alcanzar. Han hecho retroceder al rebaño con el mismo acicate con el que hubieran debido hacerlo avanzar; es con las armas de la luz que nos han retenido en la oscuridad [...]. Vieron que la llave de la ciencia, que Cristo había aportado, era una llave luminosa y que abría todas las barreras;

y con esta sola idea, hubieran podido darse cuenta de todos los errores subsiguientes que han resultado de su error primero. [...] Nos han hecho retroceder mucho de este lado [de la ley de Moisés], excepto por lo que respecta a lo temporal, a los diezmos y los bienes terrenales, se han acogido más que el mismo Moisés a la ley levítica que nos daban como siendo pasada. [...] Los sacerdotes cristianos han defraudado la ley de Moisés, en la medida que se han arrogado las ventajas temporales sin poner en juego la menor de sus virtualidades; y han defraudado también la ley de Cristo, en la que nos han querido hacer creer no tomando ni mostrando en absoluto el espíritu y diciéndonos que, puesto que la iglesia estaba establecida, los milagros eran inútiles, mientras que sus pastores nos habían llevado, por su marcha retrógrada, a la ley de Moisés, que no era más que la ley de los milagros.

[...] Se han perdido también transponiendo el espíritu mismo de las principales instituciones sobre las que reposa todo el edificio del cristianismo. La eucaristía, por ejemplo, siendo una vía abierta al orden vivo de la palabra que se había establecido sobre todas las regiones purificadas por la obra de la restauración, como ella estableciéndose sobre el pan ácimo, por la ceremonia en cuestión; mientras que el reparador decía al respecto que la carne y la sangre no servían de nada y que sus palabras eran espíritu y vida.

Nuestros pastores han transpuesto y reducido el espíritu de esta divina institución, concentrando su sentido general en la fórmula ceremonial que no es más que su extracto; concentrando su espíritu universal y vasto como el infinito en lo que tan solo debería servirle de soporte y en el mundo externo y reglamentario, es decir en un límite tan estrecho que este espíritu de la institución no puede caber ni procurarse todos los desarrollos que desea; en fin, haciendo de una institución de beneficencia y de una ley gratuita, entregada a la libre disposición del hombre, una institución de rigor.

Se han extraviado, haciendo de esta institución una costumbre tan múltiple, pero tan monótona en sus variedades, que este

espíritu que ella debía hacer crecer y elevarse en eternas progresiones no ha dejado de ir retrocediendo como consecuencia de esta monótona intemperancia que incluso ha terminado a menudo por dejar al pastor y al rebaño en mitad de la aridez de los desiertos.

[...] Se han perdido, reduciendo igualmente el poder de ligar y desligar los pecados. Era en lo espiritual, era en las correspondencias superiores y de todo género, donde era realmente importante aprender a discernir y ligar o desligar los pecadores, para manifestar la gloria del principio, para inspirar a las naciones el respeto que estas le debían y para operar la detención o liberación del culpable.

Pero los pastores, que a cada día que pasaba perdían este discernimiento espiritual, lo han reemplazado por discernimiento material...

Por no hablar, no hablo de otra distracción que han tenido nuestros pastores, cuando han infligido a los pecadores la plegaria como penitencia, mientras que, en su verdadero sentido, la plegaria no puede ser otra cosa que una recompensa [...]” (Del espíritu de las cosas, “Errores de los ministros de la nueva ley”, vol. 2).

¿Qué recordar de esta severa enumeración de múltiples faltas, no exhaustiva, evidentemente, pero que tiene el mérito de presentar los principales agravios que alimentaba Saint-Martin respecto a la Iglesia y sus sacerdotes? Simplemente que el Filósofo Desconocido fue imbuido, aparentemente con una real constancia, por una visión singularmente original, visión alimentada ciertamente por sus propios análisis sobre los que tuvo largo tiempo para meditar desde su primera iniciación en Burdeos, y de exponer en diferentes ocasiones, pero igualmente, significativamente inspirada por una voluntad de retorno a un cristianismo purificado y auténtico. Ahora bien, de la imagen de este cristianismo según sus deseos, Saint-Martin va a encontrar el eco, en primer lugar, no en el entorno de sus amigos, fervientes católicos, o rusos piadosos fieles de la iglesia ortodoxa, sino entre los miembros de los círculos

“filadelfianos” que encontrará cuando su estancia en Inglaterra, lejanos discípulos de Jacob Boehme (1575-1624) y de Johan Georg Gichtel (1638-1710), o también entre los admiradores franceses del zapatero de Görlitz, del que tuvo conocimiento en Estrasburgo (Charlotte de Boecklin, Rodolphe Saltzmann (1749-1820, etc.) que no dejaban de proferir alabanzas de una fe interiorizada iluminada por la mano invisible del Señor, así como la obligación para cada uno de una necesaria relación directa con Dios. En efecto, Saint-Martin era un gran admirador (por otra parte, dará testimonio de ello claramente en su correspondencia mantenida con Kirchberger, cf. *Correspondencia inédita*, 1862) de las obras de Jane Lead (1623-1669), de las que habría que citar como más significativas: *The Revelation of Revelations* (1683), *The Enochian walks with God* (1694), *The Laws of Paradise* (1695), *The Tree of Faith* (1696) y *The Signs of the Times* (1699), así como las obras de John Pordage (1608-1681), en particular su *Teologia Mystica* (1683) y su magnífico texto titulado *Sophia* (1699), representativos de sus inspiradas visiones llamando al establecimiento de un cristianismo desembarazado de los sacerdotes e iluminado, únicamente, por la gracia de Jesucristo, sin olvidar, muy evidentemente, los escritos de Gottfried Arnold (1664-1714) y de William Law (1686-1761).

Jane Lead, al igual que John Pordage, que deseaban el establecimiento de la Iglesia verdadera de los santos, de los hombres regenerados y purificados, anunciaban el fin de todas las iglesias institucionales “exteriores”, prediciendo la llegada inminente de una “Dispensación” nueva que vendría a restablecer el reino de Nuestro Señor. Según ellos, habiéndose mostrado inútil esperar ciertos socorros de las estructuras eclesiales tradicionales, las almas, muertas y sumidas por el pecado, solamente podían en lo sucesivo ser salvadas y restablecidas en su comunión con el Cielo, gracias a la iluminación interior por el mismo Cristo. (“*Not outward application of Christ is of that availance, as a Christ within, who pours His saving-name as ointment, wich performs the Cure of the lapsed state of the soul, because an intward disease must have an intrinsical medicine, that may penetrate through the inward parts, that all may be made whole. This is the intended redemption by Christ*”) (J. Leade, *The Enochian Walks*, 1694, p. 39).

En este sentido, es evidente que la mayoría de tesis defendidas por los "filadelfianos", y otros teósofos partidarios de un radical y nuevo soplo vivificante para la cristiandad, van a reencontrarse bajo la pluma del Filósofo Desconocido, que sabrá darles una original traducción y un brillante colorido personal, pero de las que podemos decir que se distinguen por un rechazo de la autoridad de los sacerdotes, una desconfianza muy señalada respecto a los sacramentos exteriores, una nítida voluntad de unión íntima y secreta con Dios, en definitiva, la afirmación del carácter a la vez único, universal y no transmisible, cuando menos por ceremonias humanas, del sacerdocio de Jesucristo.

Podríamos multiplicar a discreción los pasajes en los que Saint-Martin desarrolla estos diferentes puntos (su insistencia sobre el bautismo en espíritu y no según el agua corporal es relativamente característico de sus posiciones). Recordemos, sobre todo, que su sentimiento no dejará de ampliarse y encontrará su plena expresión en las páginas de su última obra, el *Ministerio del hombre-espíritu*, que será distribuida en público solamente un año antes de su vuelta a Dios, en el momento mismo, por otra parte, en que ofrecía a los lectores sus propias traducciones de las obras de Jacob Boehme (*L'Aurore naissante* y los *Trois principes de l'essence divine*, respectivamente en 1800 y 1802 en París, Imprenta Laran). No obstante, para continuar en la sola cuestión de la naturaleza del sacerdocio, que apela evidentemente a muchas otras que se desprenden lógicamente de esta última, pero que sin embargo encuentran en ella su resolución, recordemos algunos elementos centrales sin los cuales no es posible comprender la postura del Filósofo Desconocido en estos ámbitos.

Hablando, como lo hizo por ejemplo en el *Nouvel homme*, de una recepción de la unción sacerdotal independiente de toda transmisión eclesial, instituyendo al hombre en tanto que "sacerdote del Señor", sin que sea necesario el sacramento de ordenación conferido por un miembro de la Iglesia visible, o de esta universalidad del sacerdocio que sostenía cuando decía: "*La Iglesia merecía por otra parte el nombre de universal, en el sentido de que todos los lugares resultan adecuados para la celebración de sus misterios, que todos los hombres son sacerdotes por el espíritu y que todos pueden servir los sacrificios. Pero hoy ha perdido este*

título, concentrándose y perdiendo la inteligencia de la ley natural; La llave de la ciencia debe ser común" (*Mon livre vert*, 603), Saint-Martin se fundamenta en realidad en las palabras del apóstol Pedro cuando este declara: "*Vosotros, en cambio, sois linaje elegido, sacerdocio real, raza santa, pueblo destinado a la posesión para que anunciéis las excelencias del que os llamó desde la sombra a su luz maravillosa*" (I Pedro 2:5-9). Palabras que conciernen a todos los cristianos y no a una categoría particular a la que serían, únicamente, reservadas estas promesas. Son los discípulos de Cristo, en su conjunto, que constituyen una "nación santa", un "sacrificio real" como lo señala el libro del Apocalipsis: "*Aquel que nos ama y nos liberó de nuestros pecados con su propia sangre, al que nos constituyó en reino y en sacerdotes para el que es Dios y Padre suyo [...]*" (Apocalipsis 1:5-6); verdad, todavía más reafirmada y precisada con insistencia en la parte profética del mismo libro, cuando son puestas a la luz las virtudes de las que se benefician en el presente los redimidos, virtudes extraordinarias adquiridas al precio supremo del sacrificio sangrante del Cordero: "*Digno eres de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado y nos rescataste para Dios con tu propia sangre de toda tribu y lengua y pueblo de raza. Y los hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes*"; "*Dichoso y santo quien tiene parte en la resurrección primera; sobre ellos no tiene potestad la segunda muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y del Cristo [...]*" (Apocalipsis 5:9-10; 20:6). Esto explica por qué el apóstol Pablo, en su *Epístola a los Hebreos*, anima a todos los cristianos sin excepción —a saber todos aquellos que han sido marcados y bendecidos por el signo de la cruz convirtiéndose en Cristo—, a cumplir los deberes de su sacerdocio, explicándoles cómo deben proceder en esta obra santa: "*Por medio de él, pues, ofrezcamos constantemente a Dios un sacrificio de alabanza, esto es, el fruto de los labios que confiesan su nombre*" (Hebreos 13:15).

Igualmente que no hay más que un bautismo, no hay más que un sacerdocio, el sacerdocio de Cristo: "*Todos, en efecto, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuando fuisteis bautizados en Cristo, os revestisteis de Cristo. No hay judío, ni gentil, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer: todos en efecto sois uno solo en Cristo Jesús*" (Gálatas 3:26-28). Ya no es posible, bajo la ley de Cristo, que sea constituida

una casta sacerdotal que se reserve el privilegio de celebrar los ritos de la Nueva Alianza: *"El cristianismo no puede estar compuesto, señala Saint-Martin, más que por la raza santa que es el hombre primitivo, o verdadera raza sacerdotal"* (*El Ministerio del hombre-espíritu*).

Queriendo, a este respecto, mostrar el carácter universal del ritual eucarístico transmitido y dado libremente a celebrar por Nuestro Señor a todos los bautizados, el Filósofo Desconocido pone cuidado en explicarnos: *"El catolicismo [esta observación se aplica evidentemente, a todas las confesiones salidas de la primitiva Iglesia poseedoras de un clero que forma una clase especial dedicada a la celebración de la Cena], que reposa particularmente en la misa, no se encontraba, cuando la última Pascua de Cristo, sino en los grados iniciales de este sacerdocio; ya que cuando el Cristo celebró la Eucaristía con sus apóstoles, y les dijo, Haced esto en memoria mía, habían recibido de antemano los poderes para cazar a los demonios, curar a los enfermos y resucitar a los muertos; pero no habían recibido el complemento más importante del sacerdocio, puesto que la consagración del sacerdote consiste en la transmisión del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no había sido dado todavía en ese momento, porque el Reparador no había sido aún glorificado (Juan, 7:39)"* (*Le Ministère de l'homme-esprit*). ¿Qué quiere decirnos, con estas palabras, Saint-Martin? Que todos los cristianos son, por su bautismo, miembros de Cristo, y así pues capaces de conmemorar la santa Cena; que todos los cristianos son, en plenitud, sacrificadores y sacerdotes; que la institución de un sacerdocio reservado a una clase distinta de hombres exclusivamente autorizados a celebrar los misterios de la fe, es no solamente extraña a la voluntad del Hijo de Dios, sino que además está en contradicción con el "espíritu del verdadero cristianismo".

Para Saint-Martin, que sigue en esto no solamente las concepciones de los discípulos de Jacob Boehme y Gichtel, sino también la letra del Evangelio, el cristianismo no es el establecimiento de una estructura teniendo por objeto la organización de un modelo de sacrificio calcado en los modos de la antigua Alianza, no se trata pues, en sentido propio, de una religión con sus preceptos, sus reglas y sus ceremonias, ya que desde la muerte y resurrección del Salvador, un Soberano Sacrificador

ha subido a los cielos ejerciendo por nosotros, junto al Padre, un servicio divino, una sublime e incomparable intercesión, y es a consecuencia suya que todo cristiano, todo hijo de Dios, es sacerdote y sacrificador: *"Bajo este punto de vista, para estar verdaderamente en el cristianismo, hay que estar unido al espíritu del Señor; y haber consumado nuestra alianza completa con él. Ahora bien, bajo esta perspectiva, el verdadero cristianismo más que una religión sería el término y el lugar de reposo de todas las religiones y de todos estos laboriosos caminos por los cuales la fe de los hombres, y la necesidad de purgarse de sus manchas, los obligan a caminar todos los días. Es así mismo una cosa tan notable que en la totalidad de los cuatro Evangelios, que reposan en el espíritu del verdadero cristianismo, la palabra religión no aparece ni una sola vez; solamente en los escritos de los Apóstoles, que completan el Nuevo Testamento, se hace mención de ello en cuatro ocasiones.*

Una en los Hechos de los Apóstoles (26:5), en la que el autor solo habla de la religión judía. La segunda en Colosenses (2:18) donde el autor se limita a condenar el culto o la religión de los ángeles. Y la tercera y cuarta en la Epístola de Santiago (1:26-27) en la que dice simplemente: 1) que si alguno cree ser religioso sin refrenar su lengua, antes bien engañando su corazón, su religión es vana. Y 2) que la religión pura y sin tacha, a ojos de Dios Padre consiste en visitar a los huérfanos y las viudas en sus aflicciones, y guardarse de la corrupción del mundo; ejemplos en los que el cristianismo parece tender mucho más sobre su divina sublimidad, o hacia el lugar de reposo, que en revestirse de los colores de esto que estamos acostumbrados a llamar religión" (*Le Ministère de l'homme-esprit*).

Desde la venida de Cristo, las ordenanzas de las antiguas religiones (paganas y judaica) se han convertido en caducas, han sido trastocadas por la luz de la Revelación, el ordenamiento antiguo se ha superado, el hombre ya no tiene necesidad de un intermediario para aproximarse al trono de la Divinidad, Jesucristo se ha encargado de abatir el velo (Mateo 27:51) que nos separaba del Santuario: *"La gracia de Dios que trae la salvación se muestra a todos los hombres"* (Tito 2:11). Jesús, por su muerte, ha purificado a los hombres pecadores: *"Porque con un solo ofrecimiento ha perfeccionado para siempre a los que van siendo santifi-*

cados” (Hebreos 10:14). En consecuencia, la gran verdad, turbadora y magnífica, que Saint-Martin quiso expresar y proclamar a sus íntimos, referente a la completa consagración ministerial de cada cristiano por Cristo, no es otra que la verdad de las mismas Escrituras tal como lo enseña Pablo: *“Teniendo, pues, hermanos, confianza en entrar al Santuario por la sangre de Jesús, camino reciente y vivo que él nos renovó a través del velo, esto es, a través de su cuerpo, y contando con un sacerdote grande en la Casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y plenitud de fe después de limpiarnos los corazones de toda mala conciencia y lavarnos el cuerpo con agua pura”* (Hebreos 10:19-22). Todo “hombre de deseo”, todo cristiano confesando su fe en Cristo, todo creyente regenerado por el Espíritu puede entonces entrar libremente, gracias a Jesús, en el Santo de los Santos; ya no es necesario, y sería incluso condenable, recurrir a servicios de intermediarios teniendo por función, de acuerdo a leyes obsoletas y superadas, el que intercedan por nosotros—lo que sería, positivamente, negar la eficacia de la obra de Cristo, al considerar que su sacrificio por liberarnos del imperio del pecado no ha actuado enteramente para nosotros— estando como ahora está el Arca visible para nosotros y habiéndonos sido ofrecido el contemplarla, por pura gracia: *“El cristianismo nos muestra a Dios al descubierto en el seno de nuestro ser, sin el socorro de las formas ni las fórmulas. El catolicismo nos deja a merced de nosotros mismos en la labor para encontrar a Dios escondido bajo el aparato de las ceremonias”* (Le Ministère de l’homme-esprit).

La idea de que pueda perdurar un sacerdocio calcado sobre el modelo de los cultos sumergidos aún en las tinieblas de la servidumbre anterior a Cristo, es absolutamente inaceptable para Saint-Martin, ya que *“el cristianismo es la región de la liberación y la libertad; [...] el cristianismo lleva nuestra fe hasta la región luminosa de la eterna palabra divina; [...] el cristianismo es la instalación completa del alma del hombre en el rango de ministro y obrero del Señor; [...] el cristianismo une constantemente el hombre a Dios, siendo como son, por naturaleza, dos seres inseparables; [...] el cristianismo es una activa y perpetua inmolación espiritual y divina, del alma de Jesucristo y de la nuestra”* (Le Ministère de l’homme-esprit).

Como podemos ver, la posición del Filósofo Desconocido en relación al sacerdocio cristiano es, no solamente de una rara exigencia, sino igualmente de una sublime y sorprendente profundidad, exigencia y profundidad que, lejos de señalar un inadmisibile desconocimiento y una muy improbable ignorancia de lo que es “la Iglesia de los sacramentos”, nos hace al contrario comprender mejor, sentir mejor, las razones de su desconfianza y el vigor de ciertas de sus palabras, o en ocasiones de sus sorprendentes actitudes que pudieran, como es natural, sorprender, respecto a los sacerdotes y al ejercicio, en el seno de sus diversas iglesias, de su magisterio. Saint-Martin aspira a una renovación del cristianismo que le confiera una pureza no encontrada hasta entonces, desea un proceso capaz de hacernos acceder a una era en la que finalmente sea vivida “en espíritu y en verdad” la fe en Jesucristo: *“Yo creo, dirá, que son los sacerdotes los que han retardado o perdido al cristianismo, que la Providencia que quiso hacer avanzar al cristianismo hubiera debido previamente apartar a los sacerdotes, y que así se habría asegurado de algún modo que la era del cristianismo en espíritu y en verdad no comience sino después de la abolición del imperio sacerdotal; ya que cuando Cristo ha venido, su tiempo estaba todavía en el milenario de la infancia, y debía crecer lentamente a través de todos los humores corrosivos con que su enemigo trataba de infectarlo. Hoy ha cumplido un año más, y este año, siendo una generación natural, debe dar al cristianismo un vigor, una pureza, una vida, de la que todavía no podía gozar en su nacimiento”* (Portrait, 707).

Teniendo pues en todas las fibras de su ser “el espíritu del verdadero cristianismo”, la esencia del puro mensaje de Jesucristo, Saint-Martin aspiraba a que se abriera por completo y pudiera estallar la unión íntima del alma y del Eterno en el silencio absoluto del corazón; no podía, por este hecho, admitir que el discípulo de Jesús delegue su acción, y que sea otro que no él, que este hijo querido rescatado al precio de la sangre, quien presente su ofrenda y su sacrificio al Redentor, ya que cada bautizado, desde el advenimiento del Mesías, es sacerdote y profeta para ofrecer a Dios sacrificios espirituales, a saber, el fruto de los labios que bendicen su Nombre y cantan su Gloria infinita, puesto que, digámoslo a continuación del teósofo de Amboise: *“El cristianismo está compuesto de la raza santa, de la verdadera raza sacerdotal”*.

ANEXOS

I. *El Cuadro universal* de Martinès de Pasqually

Martinès habla a menudo, en realidad, cuando evoca el *Cuadro universal*, de “figura” o “figura universal”, a la que da igualmente en ocasiones el nombre de “cuadro”, nombre que en la actualidad le es el más generalmente atribuido. Este *Cuadro universal*, cuyo interés pedagógico y descriptivo no hace falta demostrar, es explicado de manera extremadamente detallada en el *Tratado sobre la reintegración*, en el capítulo 224 según la juiciosa numeración establecida por Robert Amadou, ofreciendo al lector una imagen instructiva y concreta de la estructura total de los mundos, perfecto resumen de las concepciones martinésistas en estos ámbitos singularmente complejos. Partiendo de la Inmensidad divina, inaccesible y de la que no se puede, por definición, decir nada, despliega ante nosotros, en diferentes círculos, el conjunto del universo creado en el seno del cual se encuentran situadas las diversas categorías de espíritus o clases que trabajan y actúan bajo las órdenes del Creador. He aquí cómo Martinès presenta el Cuadro en el *Tratado*, lo que es ciertamente, por la originalidad de su estilo y el tenor de su enseñanza, la mejor manera de hacer sentir su importancia y su valor: “*Considera, Israel, la figura que te presento: reconocerás en ella las clases que componen la corte de la Divinidad; verás claramente cómo se opera la cuádruple esencia del Creador, no solamente en todos los seres espirituales emanados de él, sino también en toda su creación universal; aprenderás a conocer que el Eterno lo ha creado y emanado todo, y que ha creado y emanado de él a cada instante todas las cosas por reglas fijas e inmutables, es decir, por peso, número y medida. Estas tres cosas significan la ley, el precepto y el mandamiento dados a los seres espirituales divinos; ellas significan también la virtud, la facultad y el poder que el Creador ha puesto en su menor, desde el mismo momento de su emancipación, para que opere según su pensamiento, su intención y su palabra en las*

cuatro regiones celestes y las tres terrestres. Todo esto te está siendo enseñado por esta misma figuración” (Tratado, 223).

A fin de que el lector pueda abordar verdaderamente el esquema del *Cuadro universal*, damos, más adelante, una reproducción del mismo de acuerdo a un dibujo de Saint-Martin, reproducción que, más allá del interesante hecho de ser de la propia pluma del Filósofo Desconocido, nos parece relativamente bien establecida, permitiendo comprender inmediatamente a qué corresponden los diferentes elementos evocados por los términos que acompañan el trazado de las circunferencias. Por otra parte Robert Amadou, en su notable presentación del *Tratado* sobre la reintegración, habla del *Cuadro universal* en estos términos, haciéndonoslo así mucho más explícito y comprensible, términos instructivos que merecen toda nuestra vigilante atención: “Este dibujo fija la imagen de nuestro mundo en su estado presente. Este estado se inserta en una sucesión y él mismo es dinámico. La fuerza actuante, nos atrevemos a calificarla de historiosófica, ya que la Sabiduría ha reglado el juego en que participaban Dios, los espíritus del hombre y el universo. Pongamos atención en que en el momento representado en la figura, los espíritus humanos y los otros están repartidos de manera accidental. La prevariación de algunos espíritus ha inaugurado, efectivamente, el tiempo y el espacio que detalla el *Cuadro universal*. Dios ha excluido a los ángeles rebeldes de su corte divina, de su inmensidad. El universo, que rodean los espíritus del eje del fuego central, es el lugar de su exilio. Proviene de una creación efectuada por los espíritus que le permanecieron fieles. Bajo orden del Eterno, estos espíritus creadores han cumplido su tarea, profiriendo, dice Martinès, la palabra del hijo octonario (Octonario será en consecuencia el poder confiado al primer menor).

*¿De qué le sirve al hombre conocer este dispositivo cuyo esquema habrá entreabierto en la complejidad? Para actuar y vencer. Para operar la reintegración, objetivo último, y misión del hombre emanado con ese objeto. La reintegración hará entrar a todos los seres en la eternidad del amor divino” (R. Amadou, “Introducción al Tratado”, in *Traité sur la réintégration des êtres*, Collection martiniste, Diffusion rosicrucienne, 1995, p. 13-14).*

El *Cuadro universal* es pues un perfecto resumen, una representación precisa de toda la doctrina de la emanación y la reintegración, una

suerte de proyección ideal de los principales conceptos expuestos por Martinès, que son objeto de largos comentarios en el interior del *Tratado sobre la reintegración*, conceptos concretamente aplicados y “activos” en el seno de los trabajos de la Orden de los Caballeros Mases Elegidos Coëns del Universo. Estamos, de este modo, ante una síntesis general comportando la estructura completa de los diferentes ámbitos y zonas de los mundos, esto en relación con las diversas clases de espíritus que el Eterno decidió emancipar después de la primera revuelta celeste. Podríamos citar igualmente, del mismo Robert Amadou, estas líneas extraídas de la *Introducción* a la edición del libro *Los Números* de Saint-Martin, en la que de nuevo es presentado el *Cuadro universal*:

*“En esta figura, en este cuadro, opera, según el autor, toda la naturaleza espiritual mayor, menor e inferior. Podemos ver, en efecto, las inmensidades celeste y terrestre, que rodean el eje o eje de fuego central, comunicarse, por mediación de la inmensidad supraceleste con la inmensidad divina. Nada mejor, para aprender el Martinesismo, que explorar el territorio de esta carta. Y luego sintetizar, descubriendo la clave de la organización, la energía del organismo” (R. Amadou, “Introduction” in *Les Nombres*, Cariscript, 1983, p. 9).*

He aquí pues el *Cuadro universal* tal cual lo realizó Saint-Martin, traduciendo, en su grafismo original, el conjunto de datos expuestos por Martinès de Pasqually:

Explicación del *Cuadro universal* de Martinès de Pasqually

El *Cuadro universal*, de arriba abajo, nos presenta por orden, para su lectura y visión, los elementos siguientes que conviene situar e identificar correctamente con el fin de comprender realmente la organización general de los mundos de acuerdo a la doctrina coën:

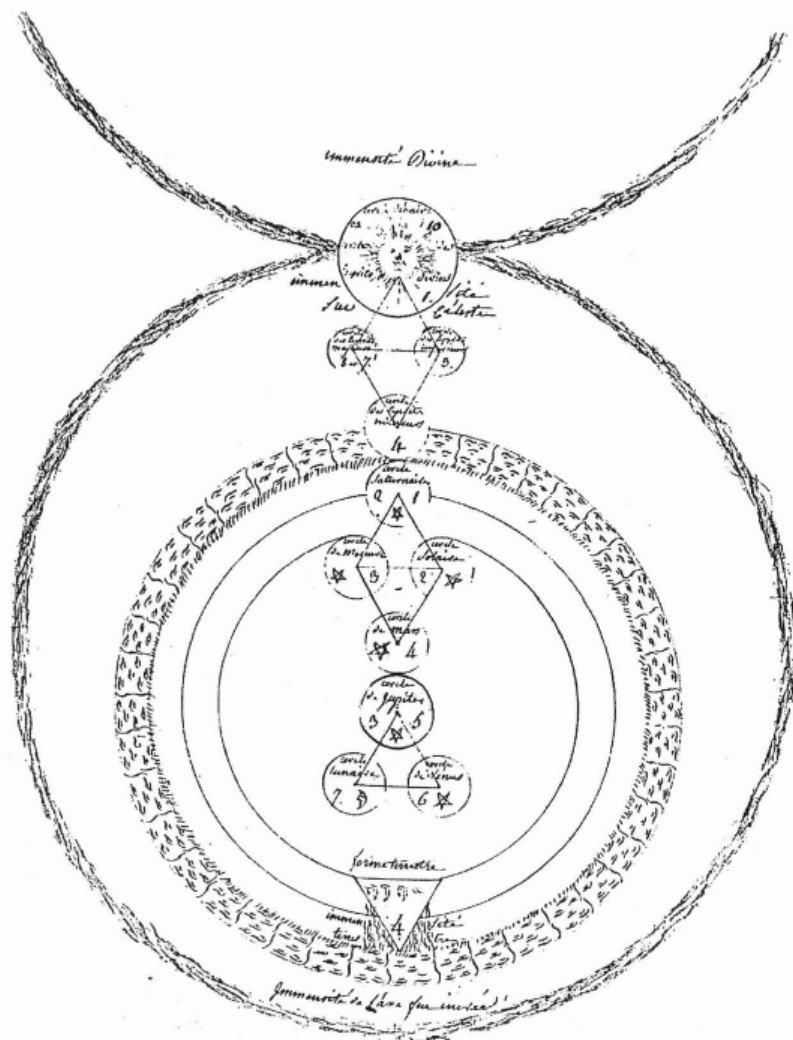
Inmensidad divina

O “mundo divino increado”, dominio infinito de la Unidad en el que Dios es el Centro inmutable y eterno.

Inmensidad supraceleste

Ámbito de los espíritus emancipados después de la primera prevaricación de los espíritus mayores, conteniendo:

- **Círculo (10)** de los espíritus superiores denarios.
(El Círculo de los espíritus mayores octonarios no está, por lo que a él respecta, ni en la inmensidad divina ni en la inmensidad supraceleste, puesto que estos espíritus deben “*ir a operar la justicia y la gloria en las diferentes inmensidades sin distinción*”; es por lo que a veces está unido al Círculo de los espíritus septenarios).
- **Círculo (7)** de los espíritus inferiores septenarios.
- **Círculo (3)** de los espíritus menores ternarios.
- **Círculo (4)** de los espíritus menores cuaternarios unidos al centro divino, participando de la inmensidad supraceleste y de la inmensidad celeste, de donde fueron emanados los menores, o “*clase general de las inteligencias humanas*”, es decir, los hombres y el primer Adán, a quien el Eterno confió el mando y la



Cuadro universal
Dibujo de Louis-Claude de Saint-Martin
(*Leçons de Lyon*, op. Cit, p. 42)

misión de “establecer la sede del dominio universal”, a fin de ayudar en la lucha contra los espíritus sublevados y “*comprimirlos todos juntos en su acción perversa*”.

Inmensidad celeste

O espacio universal limitado por:

- El **áxis (o eje) del fuego central**
“*Circunferencia ígnea e impenetrable [...] formada por la multitud de espíritus inferiores que permanecieron fieles*”, principio dinámico y anímico de la vida material englobando el conjunto de la creación universal, en el que se encuentran los cuatro planetas superiores que constituyen las cuatro regiones celestes, en una suerte de “correspondencia” con los círculos de la inmensidad supraceleste, allí donde fue situado por Moisés el Paraíso terrestre y el árbol de la vida:
- **Círculo (1)** planetario de Saturno
- **Círculo (2)** planetario del Sol
- **Círculo (3)** planetario de Mercurio
- **Círculo (4)** planetario de Marte

Luego los tres planetas inferiores:

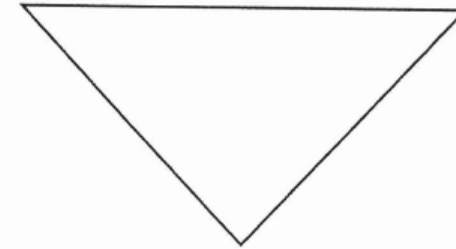
- **Círculo (5)** planetario de Júpiter
- **Círculo (6)** Planetario de Venus
- **Círculo (7)** planetario de la Luna

Mundo terrestre

O forma terrestre representada por un triángulo con la punta hacia abajo del que cada lado es un horizonte, principio o esencia:

Norte / Sal / Agua

Mediodía / Azufre / Fuego



Oeste / Mercurio / Tierra

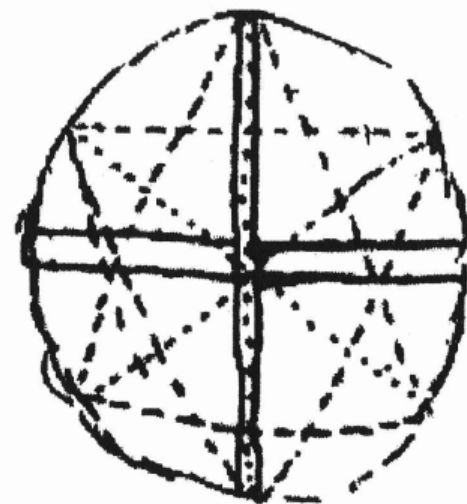
II. El “Pentáculo Universal” de Saint-Martin

Saint-Martin tenía una profunda admiración por lo que denominaba la “geometría espiritual”, considerando que ésta poseía una clave esencial, una “llave activa”, capaz de resolver la cuestión crucial que concierne al hombre y su devenir sobrenatural. En diversas ocasiones trató de indicar cuán importantes eran estos conocimientos relativos a los trazos que se despliegan según un orden preciso en el espacio, y hasta qué punto podían revelarse fundamentales aquellos datos numéricos a que obedecían estas figuras abstractas, que se dibujaban ante nuestros ojos favoreciendo el llevar nuestra mirada hacia el crecimiento de un árbol, de una flor, o hacer un rodeo para descubrir un paisaje o la observación vigilante y regular de los astros, elementos diversos y variados que representan la firma concreta de la naturaleza, que a menudo contemplamos con sorpresa sin traspasar su secreto. Convencido del carácter superior de esta “ciencia” secreta, extraña pero apasionante, el Filósofo Desconocido desliza en ocasiones a su lector en torno a ciertas páginas escogidas, a indicaciones preciosas al respecto, y llega incluso a considerar, en el *Ministère de l’homme-esprit* (1802), que si René Descartes (1596-1650) “*rindió un importante servicio a las ciencias naturales aplicando el álgebra a la geometría*”, tenía sin duda alguna, realizado por su reflexión y sus estudios, una equivalente “operación” saludable y benéfica, haciendo coincidir al hombre con el álgebra divina, ofrecién-

donos así la posibilidad de leer, con innegable clarividencia, en la intimidad de las cosas, y descubrir las admirables lecciones transmitidas por el Creador, que es, positivamente, el Ordenador invisible: “No sé si habría rendido un tan gran servicio el pensamiento aplicando al hombre, como he hecho en mis escritos, a esta especie de geometría viva y divina que lo abarca todo, y con la que contemplo al hombre-espíritu como siendo el verdadera álgebra y el universal instrumento analítico” (*Le Ministère de l’homme-esprit*).

La pertinencia de Saint-Martin, en estos ámbitos relativamente sutiles, es innegable, y bastaría para convencerse de ello con penetrar un poco en su obra publicada a título póstumo, *Los Números*, para darse cuenta de la extensión de sus conocimientos, que ejercerán por otra parte una significativa influencia sobre el pensamiento de Hoene Wronsky (1776-1853), al igual que, un poco más tarde, sobre las singulares ideas de Saint-Yves d’Alveydre (1842-1909). El Filósofo Desconocido estaba convencido de que la geometría divina, esta geometría “viva” y “activa”, escondida detrás de la inmediata visibilidad de las cosas, está en disposición, si sabemos revelar sus leyes, de comprender el sentido y el objeto, de hacernos acceder a verdades de orden superior, interviniendo directamente en la organización interna de la arquitectura divina universal, y más particularmente en su relación con el menor de esencia cuaternaria que es el hombre.

A fin de traducir visualmente su palabras, Saint-Martin tomará especial cuidado en establecer un croquis preciso y fiel de su concepción original representando su visión del hombre y del Universo en su relación con la Divinidad, croquis, o más exactamente “figura” simbólica que recibirá, por ello, el nombre de “Pentáculo Universal”, y que se convertirá en emblema por excelencia del Martinismo.



El “Pentáculo Universal” dibujado por Saint-Martin (extraído de su libro *Les Nombres*, según la edición Cariscript, 1983), y realizado por Robert Amadou a partir del manuscrito de los fondos Z.

Para explicitar el significado propio de este “Pentáculo Universal”, que se nos presenta y entrega como siendo “más que suficiente para ponernos en la buena vía”, es indispensable remitirse a lo que nos dice el mismo Saint-Martin en *Les Nombres*, y referir cada uno de los aspectos constitutivos del Pentáculo (círculo, triángulo, línea, etc.), formando en su unidad la figura misma, a lo que son capaces de indicarnos en el plano teosófico. Recordaremos en este sentido que la figura del Pentáculo está organizada según una ley de concordancia numérica, aliando el ternario (número de circunferencia) al cuaternario (número central); ternario y cuaternario ofreciéndonos pruebas “muy convincentes para hacernos distinguir nuestro origen del de la materia”, al igual que, y en un idéntico movimiento, “para mostrarnos nuestra superioridad sobre toda la naturaleza física, nuestras relaciones directas con nuestro principio y la duración inmortal de nuestro ser que tiene la vida en la inmortalidad misma”.

Leamos pues con atención las líneas de Saint-Martin, auténtica lección de “geometría divina”, enseñanza de insustituible valor apta para

hacernos penetrar en los misterios de la generación, de la degradación y, gracias a la Divinidad, de la feliz reintegración:

“El círculo natural se ha formado de manera distinta al círculo artificial de los geómetras. El centro ha llamado al triángulo superior y al triángulo inferior, que reaccionando mutuamente, han manifestado la vida. Es entonces que el hombre cuaternario ha aparecido. Sería del todo imposible encontrar este cuaternario en el círculo sin emplear líneas perdidas o superfluas, si nos limitáramos al método de los geómetras. La naturaleza no pierde nada, ella coordina todas las partes de sus obras unas con otras. Así mismo, en el círculo regularmente trazado por ella, podemos ver que los dos triángulos, al unirse, determinan la emancipación del hombre en el universo y su lugar ante el centro divino; podemos ver que la materia solo recibe la vida por reflejos que brotan de la oposición que lo verdadero siente en relación a lo falso, la luz en relación a las tinieblas, y que la vida de esta materia depende siempre de dos acciones; podemos ver que el cuaternario del hombre abarca las seis regiones del universo, y que en estas regiones, estando ligadas de dos en dos, el poder del hombre ejerce un triple cuaternario en esta morada de su gloria.

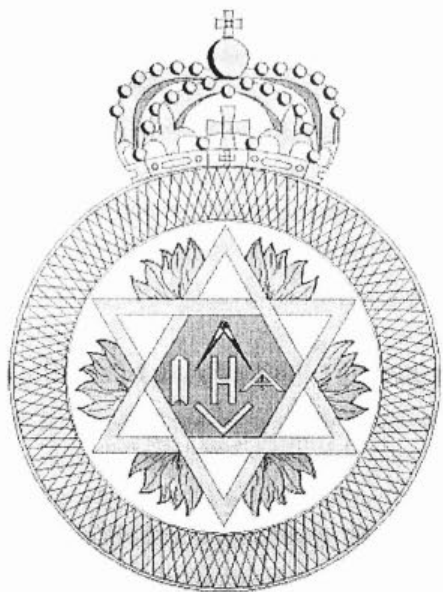
Es aquí que se manifiestan las leyes de este soberbio conocimiento del que los Chinos nos han dejado trazas, quiero decir el conocimiento del kéou-kou. El hombre, prevaricando a imitación de los primeros culpables, se ha alejado de este centro divino frente al que había estado situado; pero por mucho que se haya alejado, este centro ha permanecido en su lugar, puesto que ninguna fuerza puede hacer temblar este trono formidable: “Sedes tua in seculum seculi [Tu trono es para siempre] (Sal. 14:7). Así pues, cuando el hombre ha abandonado este sitio glorioso, es la Divinidad misma que se ha prestado a reemplazarlo y quien opera por él en el universo este mismo poder del que se ha dejado despojar por su crimen. Pero desde que viene a tomar el lugar del hombre, ella se reviste de los mismos colores vinculados a las regiones materiales donde primitivamente esta-

ba establecido (la altura del cuerpo del hombre es igual a ocho veces su cabeza), puesto que no puede mostrarse en el centro de este círculo sin situarse en medio de todas estas regiones. He aquí lo que el estudio del círculo temporal natural puede enseñar a ojos inteligentes. La figura trazada, aunque imperfectamente, es más que suficiente para ponerse en la vía” (Saint-Martin, Les Nombres).

III. Explicación de la joya del Maestro Escocés de San Andrés

Para entender el simbolismo verdadero de la joya que llevan los Maestros Escoceses de San Andrés, de la que resulta inútil precisar la inmensa y extraordinaria riqueza, en la medida que ella viene a hacernos sensibles y visibles los principios fundamentales de la doctrina Martinista, nos es preciso escuchar al mismo Jean-Baptiste Willermoz describirnos, en algunas palabras, lo que representan los diversos elementos de este emblema: *“La joya [...] que el Maestro Escocés lleva suspendida sobre su pecho encierra, en un doble triángulo formando una estrella llameante de seis puntas, la primera letra de un Nombre reverenciado. Esta letra inicial situada en el centro de los dos triángulos designa la unión hecha al hombre de un conductor iluminado para guiarlo y dirigirlo en todas sus acciones, mientras esté en su doble triángulo, es decir, mientras esté sometido a la unión de sus dos naturalezas. El color rojo sobre el que reposa en el centro esta letra misteriosa designa la vida animal a la que está unido por un tiempo” (Instrucción secreta).*

El “Sello de Salomón” constituido por los dos triángulos, en cuyo interior se encuentra la letra “H”, es pues, para Willermoz, una suerte de símbolo viviente, un verdadero programa de lo que el hombre tiene que efectuar si desea hacerse digno de su primitivo origen y su destino futuro, recordándole el carácter particular de su situación actual, que le obliga a trabajar en la armonización de sus dos esencias, de sus dos naturalezas irreconciliables, cuya unión responde a un solo objetivo, a un único objeto: reencontrar, por una regeneración totalmente espiritual y mística, el estado que el hombre degradó por su culpa cuando aún estaba en el Edén.



Joya del Grado de Maestro Escocés de San Andrés del Régimen Escocés Rectificado, lado salomónico

En efecto, cuando su milagrosa Resurrección, el Cristo se manifestó a sus discípulos en un cuerpo inmortal extraño a la materialidad basta y grosera con la que había estado cubierto durante su estancia terrestre, y mostró a los hombres el estado luminoso al que estaban llamados y con el que estaban originalmente revestidos cuando no se habían hecho todavía culpables del crimen original. Igualmente Hiram, en la imagen de su salida de la tumba, como lo muestra una de las planchas del grado, da al hermano Maestro Escocés del Régimen Rectificado un emblema magnífico de lo que tendrá que realizar si quiere, a buen seguro, ser fiel a las exigencias de la vía iniciática en la que se encuentra comprometido: *“Expresa la doble naturaleza de Aquel que es la verdadera Luz del mundo (Juan I:9; VIII:12; XII:46; XII:35-36), y del hombre que es su imagen, y el círculo que lo rodea es el emblema de su eternidad” (Ritual del Grado de Maestro Escocés de San Andrés, Biblioteca de la Villa de Lyon, MS 5922/2).*

Willermoz no deja por otra parte de insistir muy particularmente en este punto en su *Instrucción*, sabiendo la importancia que ella compor-

ta desde el punto de vista de la doctrina de la “reintegración”, doctrina que ha introducido claramente en la cumbre de la Orden y que atraviesa totalmente el conjunto de su sistema masónico: *“Hiram resucitado y saliendo gloriosamente de su tumba, rodeado de las mismas virtudes recibidas del Creador, y que debían conducirlo a la Inmortalidad, os recuerda al hombre-Dios y divino [Jesús-Cristo], del que el Maestro Hiram es el emblema, que por su resurrección gloriosa en un cuerpo incorruptible, que manifestó según su voluntad, hizo conocer a sus verdaderos discípulos el estado al que debían aspirar. Comparad, indica juiciosamente Willermoz, la historia del maestro Hiram conductor y jefe de todos los obreros del Templo, asesinado por compañeros, con todo lo que os ha sido enseñado sobre este Agente universal y divino, y encontraréis relaciones dignas de toda vuestra atención” (Instrucción secreta).*

Willermoz, fundamentándose en las enseñanzas precisas recibidas anteriormente de su maestro, Martinès de Pasqually, maestro del que decía que era *“iniciado en la alta ciencia secreta de Moisés”*, redactó el ritual de los Maestros Escoceses de San Andrés, meditando con atención los capítulos del 40 al 44 del libro de Ezequiel, que se denominan muy justamente *“La Torá de Ezequiel”*, y que describen, con cuidado meticoloso, los planes, la forma, las medidas y las diversas salas del nuevo Templo de Jerusalén.

Es llevándolo hacia lo alto de *“una muy alta montaña hacia mediodía”* (Ezequiel 40:2), que el Eterno hizo ver a Ezequiel este augusto edificio levantado y reconstruido, nos dicen las Escrituras, para que sea celebrada la gloria del Altísimo y que su culto se cumpla de nuevo y que retumbe su Nombre en el secreto del Santo de los Santos. Ezequiel, sacerdote del antiguo templo antes del exilio a Babilonia del pueblo de Israel, entrevió pues bajo una forma transfigurada la divina liturgia de la Palabra. En su Apocalipsis san Juan retomará también todas estas imágenes, extraídas de esta *“Torá de la visión”*, y mostrará a Dios en medio de los suyos en la nueva Jerusalén, pero san Juan introducirá sin embargo algunas modificaciones significativas en su Apocalipsis en relación a Ezequiel: en la nueva Jerusalén ya no hay Templo de piedra, Dios está directamente en medio de los suyos, ya no hay necesidad de signos materiales para manifestar su divina presencia, su Nombre es un Tem-

BIBLIOGRAFÍA

AMADOU, R.

Louis-Claude de Saint-Martin et le Martinisme, Introducción al estudio de la vida de la Orden y la doctrina del Filósofo Desconocido, Le Griffon d'Or, 1946.

Trois questions de bibliographie saint-martinienne, La Tour Saint-Jacques, 1962.

Louis-Claude de Saint-Martin le théosophe méconnu, in *L'Initiation*, n° 4, 1975; n° 1-2-3-4, 1976; n° 1-2-3, 1977; n° 1-2, 1978; n° 1-2-3-4, 1979; n° 2-3, 1980; n° 2, 1981.

Le Temple Cohen de Toulouse, Cariscript, 1986.

Présence de Louis-Claude de Saint-Martin, L'Autre Rive, 1986.

«Prier avec Saint-Martin», in «*Dix Prières*» de Louis-Claude de Saint-Martin, Cariscript, 1987.

Illuminisme et Contre-Illuminisme au XVIII^e siècle, Cariscript, 1989.

Catéchisme des Élus Coëns, Cariscript, 1989.

Sédir, levez-vous, la théosophie de Saint-Martin, Cariscript, 1991.

«Introduction» a la reedición del *Traité sur la réintégration des êtres*, Collection Martiniste, Diffusion rosicrucienne, 1995.

«Preface» a la edición de *Les leçons de Lyon aux Élus Coëns, un cours de Martinisme au XVIII^e siècle*, Dervy, 1999.

Martinisme, CIREM, 1997.

AMBELAIN, R.

Le Martinisme, histoire et doctrine, Niclaus, 1946.

Le Martinisme contemporain et ses véritables origines, Les Cahiers de Destins, 1948.

L'Alchimie spirituelle, technique de la voie intérieure, La Diffusion scientifique, 1961.

La Franc-Maçonnerie oubliée, Robert Laffont, 1985.

AYRAULT, R.

La genèse du Romantisme allemand, Aubier, 2 vol., 1961.

BAADER (Von), F.

Fermenta cognitionis, Albin Michel, 1985.

Les enseignements secrets de Martinès de Pasqually. Ed. Têlètes, 1989.

BENZ, E.

Der vollkommene Mensch nach Jacob Boehme, Kohlhammer, 1937.

Der Prophet Jacob Boehme, eine Studie über den Typus machreformatorischen Prophantentums, Verlag der Akademie der Wissenschaften, 1959.

Les sources mystiques de la philosophie romantique allemande, Vrin, 1968.

BERDIAEFF, N.

«Études sur Jacob Boehme, A. – *L'Ungrund* et la liberté. B. – La doctrine de la *Sophia* et l'androgynie, Jacob Boehme et les courants sophiologiques russes», in *Jacob Boehme, Mysterium Magnum*, Aubier, 1945.

BIASI, J-L.

Le Martinisme, SEPP, 1997.

Bulletin de la Société Martinès de Pasqually, n° 1-15, 1990-2005.

Cahiers de l'Hermétisme: Jacob Böhme (A. Faivre; F. Tristan; G. Wher; P. Deghaye) Albin Michel, 1977.

Cahiers de l'Hermétisme: Sophia et l'âme du Monde, Dervy, 1983.

CAILLET, S.

Cours de Martinisme, Institut Eléazar, 13 fascículos, 1990-2003, (HC).

«Les sept sceaux des Élus Coëns», *Renaissance Traditionnelle*, n° 122-125-126-127-128-133, 2000-2001-2003.

La Franc-Maçonnerie égyptienne de Menphis-Misraïm, Dervy, 2003.

CELLIER, L.

«L'Illuminisme au XVIII^e siècle», in *Cahiers de la Tour Saint-Jacques*, 1960.

Centre de Recherche sur l'histoire des idées de l'Université de Picardie, *Jacob Boehme ou l'obscur lumière de la connaissance mystique*, (H. Schmitz; P. Deghaye; J.-L. Vieillard-Baron; J.-F. Marquet; M. Veto; M. De Gandillac; B. Rousset; A. Faivre; P. Trotignon), Vrin, 1979.

CUVELIER-ROY, X.

Sursum Corda, trois entretiens sur les sciences secrètes, Diffusion rosicrucienne, 2003.

DACHEZ, R.

«Les premiers grades coëns», *Renaissance Traditionnelle*, n° 71-74.

«Les Élus Coëns à Saint-Domingue en 1767-1768, textes d'instruction sur les deux premiers grades bleus», *Renaissance Traditionnelle*, n° 79, 1989.

DAVY, M.-M.

«Introduction à Jacob Boehme», in *L'Initiation*. Octobre-novembre-décembre, 1968.

DEGHAYE, P.

«*Psychologia Sacra*», in *Cahiers de l'Hermétisme, Jacob Böhme*, Albin Michel, 1977.

«*La Fleur du feu, de la sublimation dans la théosophie de Jacob Boehme*», *Revue Française de Psychanalyse*, I. 1980.

«La Sagesse dans l'oeuvre de Jacob Boehme», in *Cahiers de l'Hermétisme, Sophia et l'âme du Monde*, Dervy, 1983.

La Naissance de Dieu, ou la doctrine de Jacob Boehme, Albin Michel, 1985.

DERMENGHEM, E.

Joseph de Maïstre mystique, la Colombe, 1946.

ECKHARTHAUSEN

La Nuée sur le Sanctuaire, Les Amitiés Spirituelles, 1965.

FAIVRE, A.

Kirchberger et l'illuminisme au XVIII^e siècle, Nijhoff, 1966.

«Un martinésiste catholique, l'abbé Pierre Fournié», *Revue de l'Histoire des Religions*, 1967.

Eckarthausen et la théosophie chrétienne, Klincksieck, 1969.

L'Ésotérisme au XVIII^e siècle en France et en Allemagne, La Table d'Émeraude, 1973.

Accès de l'Ésotérisme occidental, 2 vol., Gallimard, 1986 & 1996.

Philosophie de la Nature, Albin Michel, 1995.

FONTAINE, D.

Le Martinisme Russe du XVIII^e siècle à nos jours, *Les Cahiers Verts*, n° 6, 1981.

GEIGER, M.

Aufklärung und Erweckung, E.V.Z., 1963.

GORCEIX, B.

Johann Georg Gichtel, théosophe d'Amsterdam, L'Âge d'Homme, 1975.

Flambée et Agonie, Mystiques du XVII^e siècle allemand, éd. Présence, 1977.

GUINET, L.

Zacharias Werner et l'ésotérisme maçonnique, Mouton, 1962.

HUTIN, S.

Les disciples anglais de Jacob Boehme, Denoël, 1960.

JACQUES-LEFÈVRE, N.

Louis Claude de Saint-Martin le Philosophe Inconnu, Dervy, 2003.

JOLY, A.

«Willermoz et l'Agent Inconnu», La Tour Saint-Jacques, 1962.

Un mystique lyonnais et les secrets de la Franc-Maçonnerie: J-B. Willermoz, Demeter, 1986.

KLIMOV, A.

«Le *Mysterium Magnum* ou la Révélation du Néant», in *Le Vide*, Minard, 1969.

«Le Philosophe teutonique ou l'esprit d'aventure», in *Jacob Boehme*, Confessions, Fayard, 1973.

KOYRÉ, A.

La philosophie de Jacob Boehme, Vrin, 1929.

LABOURÉ, D.

Aux origines du R.E.R. Martinès de Pasqually, SEPP, 1995.

LE FORESTIER, R.

La Franc-Maçonnerie templière et occultiste au XVIII^e et XIX^e siècles, Aubier Montaigne, 1970.

La Franc-Maçonnerie occultiste au XVIII^e siècle & l'Ordre des Élus Coëns, La Table d'Émeraude, 1987.

LIGOU, D.

Dictionnaire de la Franc-Maçonnerie, PUF., 1991.

MARTINÈS DE PASQUALLY

Traité de la réintégration, Robert Dumas, 1974.

MATTER, A.J.

Saint-Martin le Philosophe Inconnu, Collection Martiniste, 1992.

MAZET, E.

«La Conception de la matière chez Martinès de Pasqually et dans le Régime Écossais Rectifié», *Renaissance Traditionnelle*, n° 28, 1976.

NAUDON, P.

La Franc-Maçonnerie et le Divin; histoire philosophique de la Franc-Maçonnerie à l'égard du sentiment religieux, Dervy, 1960.

PAPUS

Louis-Claude de Saint-Martin, éd. Demeter, 1988.

Martinès de Pasqually, éd. Demeter, 1986.

RIBADEAU-DUMAS, F.

Les magiciens de Dieu, les grands illuminés des XVIII^e et XIX^e siècles, Laffont, 1970.

RIJNBERK, G., (Van)

«L'occultisme et la métapsychique au XVIII^e siècle», *La Revue Métapsychique*, n° 1-3, 1934.

Un thaumaturge au XVIII^e siècle, Martinès de Pasqually, sa vie, son oeuvre, son ordre, Alcan, 1935.

Épisodes de la vie ésotérique, Derain, 1949.

ROOS, J.

Aspects littéraires du mysticisme philosophique au temps du romantisme, Heitz, 1952.

SAINT-MARTIN, L.-C., (de)

Des erreurs et de la vérité, ou les hommes rappelés au principe universel de la science, 1775.

Ode sur l'origine et la destination de l'homme, 1781.

Tableau naturel des rapports qui unissent Dieu, l'homme et l'univers, 1782.

L'Homme de Désir, 1790.

Ecce homo, 1792.

Le Nouvel Homme, 1792.

Lettre à un ami, ou considérations [...] sur la Révolution française; suivies du précis d'une conférence publique [...], 1795.

Le Crocodile, 1799.

De l'Esprit des choses, 1800.

Le cimetière d'Amboise, 1801.

Le Ministère de l'Homme-Esprit, 1802.

Des Nombres (postuma), 1843.

Mon portrait historique et philosophique, 1961 (Préface et Introduction de R. Amadou).

Mon Livre Vert, 1991.

SEKRECKA, M.

«Louis-Claude de Saint-Martin le Philosophe Inconnu, l'homme et l'oeuvre», *Acta Universitatis Wratislaviensi* n° 65, «Romania Wratislaviensa» II, 1968.

SCHOLEM, G.

Les grands courants de la mystique juive, Payot, 1994.

SUSINI, E.

Franz von Baader et le romantisme mystique, 2 vol., Vrin, 1942.

Lettres inédites de Franz von Baader, PUF, 1967.

TEDER

Rituel de l'Orde Martiniste, Télètes, 2002.

TOURNIAC, J.

Principes et problèmes spirituels du Rite Écossais Rectifié et de sa chevalerie templière, Dervy, 1969.

Les Tracés de Lumière, Dervy, 1976.

Melkitsedeq et la Tradition primordiale, Dervy, 1997.

La Franc-Maçonnerie chrétienne et templière des Prieurés écossais rectifiés, SEPP, 1997.

URSIN, J.

Création et histoire du Rite Écossais Rectifié, Dervy, 1993.

VAR, J.-F.

«L'Essor de Phenix, Jean-Baptiste Willermoz et la naissance du Régime Écossais Rectifié», *Cahiers Villard de Honnecourt*, n° 19, 2^a serie, 1989.

«Introduction à la doctrine du Régime Écossais Rectifié», *Cahiers Villard de Honnecourt*, n° 31, 2^o serie, 1995.

[Entrées]: Martinism (First Period); Martinès de Pasqually; Willermoz in. *Dictionary of Gnosis & Western Esotericism*, Brill, 2005.

VIATTE, A.

« Un illuminé du XVIII^e siècle Martinès de Pasqually », *Revue d'histoire littéraire de l'Église*, t. VIII, n° 38, 1922.

«Le théosophe Saint-Martin et le génie du christianisme», *Revue d'histoire littéraire de la France*, n° 30, 1923.

«*Les sources occultes du romantisme, illuminisme, théosophie, 1770-1829*», Champion, 1965.

VIVENZA, J.-M.

«Le Delta rayonnat au R.E.R., et la notion de lumière», *Vers la Tradition*, n° 65-67, 1996-1997.

«Le mystère de "l'Abîme Infini" chez François Malaval, *Connaissance des Religions*, n° 67-68, 2003.

«Joseph de Maître et le Régime Écossais Rectifié», Dossier H, l'Âge d'Homme, 2005.

«Le sens spirituel de la mort selon la doctrine de l'Illuminisme mystique», *La Soeur de l'Ange*, n° 3, 2005.

Prière du coeur et oraison intérieure chez Louis-Claude de Saint-Martin, (proxima aparición).

WARRAIN, F.

La théodicée de la kabbale, suivie de la «Nature éternelle» d'après Jacob Boehme, éd. Véga, 1984.

WEHR, G.

Jakob Boehme: der Geisteslehrer und Seelenführer, Aurum Verlag, 1979.

«La Chute dans la théosophie chrétienne», in *La Chute, de l'exil à la rédemption*, éd. Noesis, 2002.

WILLERMOZ, J.-B.

Les Sommeils, La Connaissance, 1926.

Les leçons de Lyon aux Élus Coëns, un cours de Martinisme au XVIII^e siècle, Dervy, 1999.

L'Homme-Dieu, Traité des deux natures, Collection Martiniste, Diffusion rodicrucienne, 1999.

SUMARIO

Prólogo	5
Introducción	11
Advertencia	23
Martinès de Pasqually	25
I. La Esencia del Eterno	30
II. La Emanación de los seres espirituales	34
III. La sublevación de los primeros espíritus	36
IV. La gloria primitiva del menor espiritual cuaternario	41
V. La prevaricación de Adán	45
VI. La corporización del hombre	48
VII. El culto primitivo	51
VIII. La obra de la "Reintegración"	58
Louis-Claude de Saint-Martin	71
I. La vía interior	75
II. La purificación del corazón	78
III. El "Hombre Nuevo" y la obra de santificación	83
IV. Nuevo nacimiento y regeneración	86
V. La plegaria como teúrgia cardíaca	89
VI. El Divino Reparador	92
VII. La unción sacerdotal del hombre-espíritu	97
VIII. El nacimiento de Dios en el alma	101
Jean-Baptiste Willermoz	121
I. Elementos fundamentales Régimen Escocés Rectificado	125
II. Reconstrucción espiritual y dedicación del Templo	130
III. Degradación y muerte intelectual del hombre	134
IV. La "vía" de la iniciación cristiana	138
V. El misterio de la unión de las dos naturalezas	142

VI.	El carácter "operativo" del Régimen	148
VII.	La celebración de la Nueva Alianza	154
VIII.	Una Orden de Caballería según el Espíritu	159
Conclusión		179
Apéndices		189
I.	El estatuto ontológico de la materia...	189
	– <i>La gratuidad de la Creación</i>	195
	– <i>La doctrina de Orígenes</i>	196
II.	La teología del pecado original	200
III.	La naturaleza de la carne y el pecado	206
IV.	Saint-Martin y la cuestión del sacerdocio de la Iglesia	209
Anexos		225
I.	El Cuadro Universal de Martinès de Pasqually	225
	– <i>Explicación del Cuadro Universal</i>	229
II.	El "Pentáculo universal" de Saint-Martin	231
III.	Explicación joya de Maestro Escocés de San Andrés	235
Bibliografía		241

GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES
MARTINISTAS & MARTINEZISTAS
DE ESPAÑA



CATÁLOGO
DE
PUBLICACIONES

